EL TERRUÑO

PRIMITIVO







MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

(Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950)

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 3

CARLOS REYLES: EL TERRUÑO

Preparación del texto y establecimiento
de variantes a cargo de ANGEL RAMA.

CARLOS REYLES

EL TERRUÑO

Y

PRIMITIVO

Prólogo de

ANGEL RAMA

MONTEVIDEO

1953

PROLOGO

La personalidad de Carlos Reyles ha sido hasta hoy y quizás siga siendo por mucho tiempo, una excepción y un disturbio en nuestras letras, por cuanto se presenta actuando en dos grandes esferas raramente vinculadas de modo auténtico: la de las letras a las cuales se dedicó respondiendo a un don nato de escritor y a su necesidad de singularización intelectual, y la de los negocios ganaderos en la que actuó con escasa felicidad, terminando por perder la gran fortuna que heredara de su padre, hacendado progresista que renovó los rudimentarios sistema agropecuarios de nuestro país y cuya obra pretendió continuar y perfeccionar infructuosamente su hijo. La excepcionalidad de Reyle no radica simplemente en esta doble actividad, sino en la forma especial cómo en su persona y obra se vincularon y superpusieron artificialmente dos esferas de acción que dadas las características especiales que asumieron en su caso particular, parecían llamadas a separarse e incluso a una oposición radical.

Si repasamos los comienzos literarios de Reyles, en especial sus ACADEMIAS donde por primera vez estructura coherentemente sus aspiraciones artísticas, nos encontramos con un escritor perteneciente a la primera efusión del modernimo, atento a un complejo raro de sensaciones en que el refinamiento y la morbosidad se reparten equitativamente la conciencia humana, que tiene un origen europeo conocido en la década amarilla del XIX y que designamos con el nombre de decadentismo. Reyles se propone al iniciar su literatura, "un arte que no sea indiferente a los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad *fin de siglo*, refinada y complejísima, que transmita el eco de las ansias y dolores innombrables que experimentan las almas atormentadas de nuestra época, y que esté pronto a escuchar hasta los más débiles latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado". El personaje que representa este estado de conciencia y de arte es el Julio Guzmán de EL EXTRAÑO —que reaparece en el SIN RAZÓN, PERO CANSADO de H. Quiroga, demostrando que más que un caso personal es una consecuencia humana y literaria de la época— construído en base a un conjunto de referencias personales que establecen una poderosa asociación entre personaje y autor. Reyles aparece en la pléyade de refinados, sensuales e hiperestésicos, más o menos imaginativos, que dieron la tónica común del modernismo en estos países americanos: coleccionistas de objetos de arte y sensaciones raras, de un dandismo desdeñoso, cultivadores de amores prohibidos, decadentes

y nerviosos, extraños que se sentían desterrados en América y soñaban con París. Ese es el mundo de Julio Guzmán, expresado con un acento personal inconfundible.

Pero no se crea que PRIMITIVO, la primera novela corta de las ACADEMIAS, responde a un criterio distinto: es distinto el ambiente en que se mueve el personaje, y su cultura, pero idéntico el refinamiento psicológico, el sadismo, la disgregación de la voluntad, el progresivo aniquilamiento de la persona y la angustiosa vacuidad de la existencia que Reyles postula en una y otra obra. Y ambas novelas son semejantes porque intentan el análisis minucioso de un amor torturado que lleva implícito el afán de destrucción y sufrimiento. El propio Reyles subraya la semejanza al poner en boca de Julio Guzmán este juicio sobre el autor de PRIMITIVO: "Reconozco en el autor una criatura de mi patria espiritual. Tiene su *manera* cierto ímpetu, cierto sabor extraño que seduce: acción sugestiva, rápida —parece que quisiera al fin de cada capítulo provocar una serie de reflexiones, de pensamientos— y finezas de dicción, símiles y tropos rebuscados, extravagantes a primera vista, pero precisos y no desprovistos de encanto".

Este es el segundo aspecto, derivado del anterior, que singulariza la actitud literaria de Reyles, el estilo preciosista, cargado de imágenes ricas y excesivamente poéticas a veces, pero con una sobriedad que el autor supervalora en el mismo pasaje. Por el camino de esta búsqueda estilista de formas nuevas —"quien va-

ría la forma, produce sensaciones nuevas" — llegará Reyles al afán de purismo que distingue su novela EL TERRUÑO, donde la prosa modernista de sus obras anteriores se españoliza y academiza.

Dadas estas características de su aparición en las letras, se comprende fácilmente que esta esfera de su actividad choque violentamente con la otra que comparte su vida, aunque el autor haya pretendido superponerlas. De su carácter de rico hacendado surgirá su concepción realista de la actividad humana, su afirmación de la energía y la fuerza en el hombre como valores superiores, su defensa del afán de riquezas simbolizado en la obtención de dinero, que es poder, el vago vitalismo nacido de Nietzsche que tiende a colocar en un segundo plano los valores intelectuales y aporta una terminante negación del idealismo romántico basado en la generosidad, el amor desinteresado, la pasión sin cálculo, el menosprecio del poder material. Estos criterios, que doctrinalmente forman su libro LA MUERTE DEL CISNE, serán novelados en EL TERRUNO, donde constituyen la tesis, o mejor, el tema de conversación y discusión que aproxima y aleja a los personajes entre sí.

Si profundizamos algo más este curioso caso de nuestras letras, tendríamos que distinguir entre la *persona* Carlos Reyles cuya naturaleza íntima conocemos en parte por su biografía y sobre todo a través de su escritos dominados por la tónica confesional, y la *situación* Carlos Reyles, que también conocemos mejor por su obra literaria pero cuyo centro de irradiación

está en su posición de ganadero adinerado, dedicado con entusiasmo y escaso fruto a su labor renovadora. Estas dos zonas, que en otro hombre pudieran haberse disociado, se sumaron exteriormente en Reyles y el lugar donde conflictualmente se manifestó su vinculación y su mutuo rechazo, fué en la obra literaria. Por eso su literatura ocupó durante mucho tiempo una especie de tierra de nadie o tierra de todos, donde confluían las diversas corrientes originadas en estas dos esferas disímiles. Por un lado lo atraían hacia el tratamiento de los grandes problemas nacionales, económicos y sociales desde el punto de vista de su situación particular, y a una interpretación filosófica que arrancando del positivismo se decora con una apelación a la energía aplicada a la vida; por otro lado lo inclinaban a un escrudiñamiento de las zonas oscuras de la conciencia tratando de entender al hombre, en especial aquellos de voluntad quebrada y que respondían al decadentismo primisecular; pero su visión en esta zona obedece al criterio esteticista del modernismo.

Si bien este criterio es el dominante y para verlo basta con revisar su primera novela, POR LA VIDA, las ACADEMIAS y LA RAZA DE CAÍN, ocurre que las dos esferas de su actividad entran a veces en conflicto como podemos observar en LA RAZA DE CAÍN y sobre todo en EL TERRUÑO que recibe el impacto de las ideas expuestas en LA MUERTE DEL CISNE y del fracaso, del autor en política. Pero además EL TERRUÑO marca la finalización del período conflictual,

ya que sus obras posteriores se inclinan decididamente del lado del esteticismo literario con El embrujo de Sevilla, El gaucho Florido y A batallas de amor campos de pluma, y si bien en ellas encontraremos algunos de los momentos literarios más felices del autor, en cambio registrarán mucho menos del Reyles auténtico que vemos modularse de 1888 a 1916, que respalda la obra de esos años con una personalidad compleja y contradictoria. ¿Qué ha ocurrido? Dos cosas: ha entrado en crisis la *situación* Carlos Reyles que terminará por disolverse con la pérdida de su fortuna que lo desnuda y deja convertido pura y exclusivamente en escritor; la *persona* Carlos Reyles sufre un proceso de maduración que lo aleja del decadentismo refinado y morboso de sus años iniciales y le confiere una seguridad y convicción que le permiten contemplar el mundo totalmente desde fuera, como un espectáculo.

Deberemos atenernos aquí al primer período de la producción de Reyles, que va de 1888 con Por la vida a 1916 con la primera edición de El Terruño, analizando los pormenores previos a esta obra que nos explican su ubicación y su sentido ideológico y artístico.

Dijimos que veíamos la *persona* Reyles más que en su biografía en sus obras literarias, y es natural, porque en ellas descargó lo más íntimo de sí, aun lo que veló en su conducta social. Todos los caminos pueden llevar a la literatura: Reyles siguió el confesional, de tal modo que la literatura surge en él de una necesidad de desahogo interior que como todo desahogo lleva

implícito el ansia de comprenderse y explicarse tanto ante los demás como ante sí. No fué, desde luego, un pensador, ni aportó una nueva visión de la naturaleza, ni las aproximaciones a que llegó con ayuda de las últimas novedades europeas, fueron permanentes. Pero esas búsquedas nos revelan que reconocía un enigma en las cosas, que ese enigma le atraía y que siempre intentó develarlo. El mundo se le presentaba como un misterio y dentro de ese mundo, participando en su misterio, estaba también él. "Sus ojos, estupefactos, parecían ver lo invisible y descubrir las íntimas y ocultas correspondencias del Bien y del Mal...". Así dice de Tocles al terminar la novela y así pensaba de sí mismo, pero concluída vida y obra, podemos decir que solamente le "parecía ver lo invisible", nada más que parecerle, pero lo que realmente vió fueron las contradicciones que operaban sobre su propia personalidad, el fluir de su conciencia, la discusión entablada en ella en torno a los caminos a seguir y a propósito de las temporales quiebras de su voluntad.

¿Porque no será conveniente que de una vez por todas veamos en este hombre fuerte, activo y realista, que preconizó el valor todopoderoso del dinero y la energía egoísta aplicada a la vida, un soñador, un ser bastante débil, de voluntad quebradiza, capaz de grave indecisión como la que condena a sus personajes más afines? ¿Acaso no podremos sospechar en él una especie de parálisis hamletiana a lo "enfant du siècle" que se manifiesta en la discusión continua en su conciencia sobre los caminos a se-

guir, en la sustitución de doctrinas afirmadas demasiado estentóreamente? ¿No conviene resaltar en él junto a los grandes proyectos realistas, los hondos desalientos, junto al impulso de fuerte actividad económica, la intensa sensualidad a la que se abandona gustosamente? La observación de su obra literaria nos permitirá descubrir la evolución de su personalidad y su modulación artística.

Su creación literaria se rige por una mecánica, que opera de un modo muy semejante en la mayoría de sus novelas y que parte de la invención de los personajes antes que de la situación argumental o del ambiente. Este último será casi siempre el mismo: la vida en la estancia modelo con los problemas que plantea su buen funcionamiento y las fuerzas que lo retardan y dificultan, como está ejemplificado en BEBA, EL TERRUÑO y parte de LA RAZA DE CAÍN. Este ambiente es el dato proporcionado *a priori* al novelista, por cuanto pertenece a la problemática del hacendado Carlos Reyles, defensor de la transformación agropecuaria del país y promotor de la Federación Rural; constituye el elemento en que vive y del que vive, e ingresa naturalmente a su literatura como un permanente telón de fondo que por momentos adquiere especial relieve. Cuando esto ocurre el ambiente impone las situacions argumentales como simples derivaciones: así en EL TERRUÑO donde le permite presentar los cuatro tipos de estancias nacionales con su aspecto característico y los elementos humanos correspondientes.

Pero en el autor parece surgir primero, de acuerdo con su mecánica creadora, un personaje, más exactamente una conciencia que analiza a las demás y a sí misma, en busca de una verdad definitiva; preferentemente un hombre culto, refinado e inteligente, un hombre capaz de comprender la conducta de los demás hombres y también las virtudes y defectos de su personalidad, un hombre que abarca el desarrollo y el sentido de la actividad del mundo y por lo tanto de la novela en que actúa, pero que no sobrepasa esta etapa de la comprensión: como si este mucho saber acerca de las fuerzas encontradas del bien y del mal que se mueven en la vida le restara fuerzas para su acción personal, como si vulnerara el resorte íntimo de la voluntad o como si sintiera la inutilidad de su esfuerzo ante el desenvolvimiento fatal de la vida por obra del vigor instintivo y egoísta que ponen en ella esos otros hombres, que sin embargo no comprenden los motivos de sus respectivas acciones.

Es Julio Guzmán, es Tocles, es en parte Ribero, es, en definitiva, Carlos Reyles que le confiere a los personajes centrales de sus novelas un trasunto de su conciencia de "miserable soñador", que después de mucho reflexionar cree conocer las causas de la actividad vital a cuyo derrotero está vinculado fuertemente por su situación, pero de la que personalmente se cree muchas veces segregado.

De ahí que ese primer personaje sea visto desde dentro, en la intimidad de su conciencia, desdibujándose en su calidad de actor para ter-

minar siendo sólo conciencia que contempla. Porque si bien centraliza la acción, no constituye el elemento dinámico que la desencadena sino un espejo en que se refleja y debate la naturaleza del impulso vital. Es éste el verdadero promotor de los hechos que no dependen por lo tanto de los personajes estrictamente hablando, y deben atribuírse a un rasgo indiscriminado de la especie: afán de poder, instinto de conservación, obtención de riquezas, etc.

Esta conciencia no está sola. Merced a su comprensión del funcionamiento de la vida genera sus propios opositores, que sin embargo pertenecen a su misma familia y en definitiva son emanaciones, en sentidos opuestos, de la particular *situación* en que se encuentra. En LA RAZA DE CAÍN, Julio Guzmán, que representa la conciencia comprensiva y cuya voluntad está quebrada, se vincula por un lado a Crooker y por el otro a Cacio. El primero, y en general todos los Crooker, representa la fuerza instintiva que actúa con vigor en busca de su provecho; es la *situación* Reyles exteriorizada en un personaje que por acomodarse al sentido real de la vida está llamado a triunfar. Observando su actuación en la obra y su tratamiento literario se repara en que se le ve a través de otra conciencia, y no de la suya, una conciencia que es la de Julio Guzmán y en definitiva la del autor, de la que surge como corporización de ciertas fuerzas que actúan en ella; por eso se constituye en un personaje exterior y superficial que por momentos no rebasa los límites del símbolo necesario para el cumplimiento de

la acción. El segundo, Cacio, es la misma *persona* Guzmán en un estadio inferior, derivado de su pobreza y su falta de calidad natural y de cultura. Es lo que podría haber sido Guzmán nacido en otro ambiente y la sospecha de esta posibilidad que se torna en temor, le confiere al personaje una carga emocional poderosa que lo vivifica. Como al mismo tiempo se le ubica en su propia conciencia pero con suficiente distancia del creador como para verlo también desde fuera, se torna en el personaje más logrado literariamente.

Guzmán es, por lo tanto, el centro creador donde se trasunta el novelista: hacia arriba le espera el progreso que representa Crooker; hacia abajo la caída y destrucción de Cacio. Pero aquí se liga íntimamente a Cacio y por eso su destino es idéntico, también es condenado y es mayor su cobardía.

Del mismo modo se organiza la materia de EL TERRUÑO, aunque con mayor calidad artística y con una más decidida intervención de los elementos personales. Con frecuencia se ha visto en la novela una acerba crítica de las ideas y conducta de Tocles, apoyándose en los propósitos explícitos de Reyles cuyo origen veremos luego. Si bien existe tal crítica, aunque no tan acerba como se ha pretendido, no se comprenderá bien el alcance de la novela si no se repara previamente en la similitud de Tocles con Reyles, y se da valor afirmativo a muchas observaciones del personaje que el autor compartía totalmente, como su censura de las guerras civiles motivadas por la pugna de los par-

tidos tradicionales o su visión del ideal sonámbulo de los hombres.

Como Tocles, Reyles es un intelectual, ha fundado asociaciones para renovar la cultura del país, ha intentado adoctrinar a sus contemporáneos, intervino y fracasó en la vida política, vió la indiferencia hacia sus libros doctrinales, sufrió las consecuencias de las guerras civiles en sus estancias y escribe por último el libro que Tocles parece abandonar, EL MARAVILLOSO SONAMBULISMO DEL HOMBRE

Tocles es, como Guzmán, la conciencia en crisis que refleja el desarrollo de la novela y que debate los sentidos contradictorios de la conducta humana sin poder llegar a una solución. Comprende la verdad que asiste a la realista Mamagela, pero su naturaleza se rebela contra esa verdad y apunta una interpretación superior de los fenómenos humanos ("hay dos clases de criaturas: unas que nacen para enterrar el burro; otras, para desenterrarlo"). Su destino debería ser semejante al de Guzmán, abandonando el hogar por estar incapacitado para la vida que le es asignada, tal como él se dice quince páginas antes de terminar la novela: "tu tierra son las nubes, tu familia la soledad, tus semejantes los fantasmas que engendra tu imaginación", si no fuera que Reyles le obliga a retomar el cauce real forzadamente sin que quede explicada la transformación del personaje necesaria para justificar esta determinación. El final conformista no corresponde en puridad al desarrollo de la novela.

Del mismo modo que Guzmán, Tocles está custodiado a un lado por Mamagela y al otro por Primitivo, que son ambos personajes vivos, a pesar del aire literario que circunda a Mamagela, quien parece una versión a lo profano de Santa Teresa. Mamagela ocupa el lugar de Crooker, pero su españolismo, robusto buen sentido, sentimientos piadosos no exagerados, entereza de ánimo, energía, le dan el aspecto de un personaje de pueblo algo galdosiano y no exactamente nuestro, vivo y literariamente rico a la vez. En cambio Primitivo, que le sirve de contrapeso, ha quedado desdibujado, en parte porque Reyles utiliza un material ya viejo y no supo adaptarlo, transformándolo, a la nueva situación en que lo coloca. Esto dió lugar a varias irregularidades e incoherencias, que son probatorias, una vez más, de cómo las situaciones argumentales vienen en Reyles después de la invención de personajes con sus problemas psicológicos característicos, y cómo se acomodan a sus exigencias.

La resolución de EL TERRUÑO, aunque forzada, significa una modificación de los presupuestos con que Reyles se manejó en LA RAZA DE CAÍN, donde el centro de atracción fué Cacio lo que explicaba su riqueza psicológica; ahora el centro de atracción es Mamagela y es ella la que se destaca en la novela después de Tocles. Pero su fortaleza, como la de Crooker, es obtenida en parte porque el personaje es visto desde fuera, en su actuar decidido sobre el mundo pero no en el análisis de sus motivos, simplificando su conciencia con una abundante poda

de pensamientos y reflexión que en cambio sobrecargan a Tocles, al punto que en la segunda edición Reyles corta páginas enteras dedicadas a su autoanálisis. Como si para darles vigor a sus seres naturales, Reyles necesitara previamente vaciarlos.

Del análisis somero de esta mecánica creadora, extraemos una primera conclusión general: de un modo u otro, todos los personajes centrales son manifestación del propio Reyles y las diferencias o aproximaciones entre ellos son dadas por las distintas maneras de vincularse dentro de él, *persona y situación.* Reyles nos presenta la gama oscilatoria en que se mueve, de un extremo a otro, desde lo que podemos llamar su seguridad y acuerdo con el mundo circundante, hasta el mayor peligro de su personalidad, imaginativamente exagerado, pasando por su calidad de "extraño" que constituye la norma. Es la tríada peculiar en que se ramifica literariamente. Su creación en este primer período parte del autoanálisis, de la observación de sus conflictos interiores, de la búsqueda de caminos y de sus fracasos. Cuando inventa sus personajes, aunque utilice numerosos datos de la vida exterior y tome rasgos físicos y espirituales de otros hombres, la contextura peculiar que les otorgará provendrá de sí mismo. Atraído por su compleja vida consciente, por los problemas especiales que en ella se plantearon, Reyles se demora en su contemplación, en las diversas fases por que atraviesa, y extiende esta contemplación a su obra literaria. Desde ya debe observarse que en Reyles

no hay descubrimiento de nuevas zonas de la vida interior, ni el retrato psicológico como en los grandes novelistas del XIX; hay una contemplación del fluir, contradictorio a veces, de su conciencia, y esto nos da la pauta de cómo la nota dominante de su literatura sigue siendo, a pesar de toda su preocupación moral y sociológica, el esteticismo, que en él podemos llamar esteticismo psicologista. Su obra, que se adscribe en sus comienzos al signo estético y decadente del modernismo americano, sufre el influjo de un conjunto de ideas derivadas de la *situación* Carlos Reyles, que una vez desvanecida vuelve a dejar intacta, acrecentando sus valores decorativos, la permanente vocación de belleza superior que la distingue, con su devoción por el estilo, por la lengua literaria, por la eufonía de las descripciones, por la plasticidad de las escenas, por la elegancia y precisión en el análisis de estados de alma raros y nerviosos, por la inteligencia y el refinamiento en las letras.

La literatura significa para él la consecución de la belleza, pero también la posibilidad de enseñar a sus contemporáneos, propagando entre ellos lo que piensa sobre diversos asuntos, tanto psicológicos como sociales o políticos. En el prólogo de EL EXTRAÑO, dirá: "Los que pidan a las obras de imaginación mero solaz, un pasatiempo agradable, *el bajo entretenimiento,* que diría Goncourt, no me lean; no me propongo entretener: pretendo hacer sentir y hacer pensar por medio del libro lo que no puede sentirse en la vida sin grandes dolores, lo que

no puede pensarse sino viviendo, sufriendo y quemándose las cejas sobre los áridos textos de los psicólogos; y eso es muy largo, muy duro...". Los libros de este primer período tendrán un propósito doctrinal que el autor explicita en notas, declaraciones y dentro de la propia obra, como si temiera que pudieran dar lugar a equívocos. LA RAZA DE CAÍN va antecedida por estas palabras aclaratorias: "Respetuosa y humildemente dedico a la Juventud de mi país, este libro doloroso, pero acaso saludable".

Para "hacer pensar por medio del libro", más que a textos áridos, recurrió a su propia naturaleza consciente, a las experiencias, dolorosas quizás, que él padeció, lo que nos explica uno de los rasgos más curiosos de su literatura. Dijimos que la contemplación de su conciencia se extiende a la obra y engendra los personajes. Pero no se confunda contemplación con complacencia admirativa. Aquel primer personaje, —conciencia que refleja la obra y que representa con más fidelidad al autor—, es justamente el enjuiciado y su actitud, al concluir el libro, es condenada terminantemente. Así ocurre en BEBA, donde Ribero fracasa en sus proyectos de cabañero y en su matrimonio; así en LA RAZA DE CAÍN donde el refinado, sensual e inteligente Julio Guzmán termina destruyendo su vida; así en EL TERRUÑO donde los valores idealistas de Tocles sufren total bancarrota y donde se salva porque accede a desembarazarse de sus creencias, a dejar de ser él. La literatura nacida como desahogo se hace confesión

y termina en condena. Pero esta condena no es absoluta, sólo se pierde una parte de él, y curiosamente aquella que nos parece a nosotros la más importante: su persona desnuda. Se salva en cambio *la persona* que se ampara en *la situación*. Él es algo más que Cacio, es Julio Guzmán, pero si se pierde como tal, se salva como Crooker; es más que Primitivo, pero si fracasa como Tocles, se salva merced a su calidad de Mamagela. Esta forma de salvarse no disminuye, sin embargo, el curioso caso de catarsis que singulariza la literatura de Reyles en su primer período. Construye sobre su personalidad más íntima y conflictual, aquella que ni siquiera aparece socialmente, un personaje rico en pensamiento y sentimiento (que no lo es sólo Ribero y Guzmán, sino también Tocles a pesar de su aspecto y andanzas ridículas) en boca de quien pone las observaciones más profundas, pero quien sufre de un desacomodo con la realidad por el cual será condenado.

El mejor exponente de esta situación, como el mejor exponente novelístico de su primer período, es EL TERRUÑO, donde su personaje central, presentado quijotescamente como un ser ridículo que sólo parece inspirar menosprecio y que deberá abjurar de sus convicciones para sobrevivir, se eleva sobre el ambiente natural en que se encuentra para tratar de entender los motivos de la conducta humana y el secreto funcionamiento de la vida.

En torno a él Reyles ofrece una visión del campo uruguayo y de sus problemas económicos, sociales y políticos. En la carta privada a Rodó,

pidiéndole que rehaga el prólogo para EL TERRUÑO, lo aconseja del siguiente modo, opinando sobre su obra: "Sería bueno darle (al lector) una idea del concienzudo realismo de las escenas y los personajes, del prolijo cuidado y amor con que está hecho todo lo que es paisaje y ambiente; de la *posición* de la obra dentro de la literatura campera; del simbolismo del *terruño* (conciencia profunda, intuición); del extravío de Tocles (sonambulismo de la razón razonante); de la novedad pintórica del estilo (descripción de Los Abrojos, muerte de Pantaleón), de las vislumbres, turbadoras, en fin, y dolores verdaderos del miserable soñador".

En el ambiente que enmarca la obra el tema dominante es de carácter político: la lucha de los partidos tradicionales, cuyas filas en el campo presenta engrosadas por elementos regresivos como los caudillos y el hermano de Primitivo o por los enganchados a la fuerza, y cuyo enfrentamiento provoca la devastación del campo, arruinando la obra de las fuerzas progresistas, que son las nuevas estancias. Este planteamiento había sido adelantado por otros escritores, como Florencio Sánchez, e incluso Viana, pero en ninguno adquiere esta expresión contundente y documentada, obra de quien vió personalmente afectada su riqueza por las guerras civiles. Creada en un período de pacificación del país, la obra tiene en este aspecto un poder de evocación más que de alegato, y sirve de pretexto para desarrollar el tema central representado por la típica tríada reyleana: Primitivo - Tocles - Mamagela.

Da motivo a la situación argumental que nos permitirá ver el comportamiento de los tres enfrentados a una realidad categórica que los obliga a tomar posición. Pero al mismo tiempo le permite a Reyles demostrar la pericia de su escritura en la salida quijotesca de Papagoyo, en esa noche que "era como un pozo sin fondo, tenebrosa y llena de silencio"; la descripción del combate y muerte de Pantaleón en el capítulo XIV; el donaire epistolar de Mamagela, tan teresiano, y que todavía cultivaban nuestras abuelas; el preciosismo de sus descripciones que a veces caen en lo pomposo, pero que en otras adquieren una tensión que lo ubica como uno de los mejores prosistas de nuestro modernismo.

ANGEL RAMA.

EL TERRUÑO

CARLOS REYLES

Nació en Montevideo el 30 de octubre de 1868. Su padre fué un rico hacendado y político uruguayo quien se destacó por su obra de perfeccionamiento de la ganadería nacional. Realizó sus primeros estudios como pupilo en el Colegio Hispano-Uruguayo, pero no continuó estudios universitarios. Al fallecer su padre en 1886 se constituye en único heredero de una de las mayores fortunas del país, que, luego de su matrimonio en 1887 con Da. Antonia Hierro, pasa a administrar libremente En adelante su actividad se repartirá entre sus tareas de hacendado y cabañista en el Uruguay y la Argentina, sus frecuentes viajes, y el ejercicio de las letras. En 1888 publica su primer ensayo novelístico "Por la vida" y en 1894 su primer novela realista "Beba", a la que siguen las "Academias": "Primitivo" en 1896, "El Extraño" en 1897 y "El Sueño de Rapiña" en 1898. En 1900 publica su segunda novela importante, "La raza de Caín'. Actúa fugazmente en política intentando un movimiento reformista que englobe los diversos partidos existentes. Funda con ese propósito el Club Vida Nueva (1901). El Club tuvo una vida efímera y no sobrevivió al alejamiento de su presidente, Reyles, quien, disgustado con este fracaso, intentará un movimiento al margen de los partidos. En 1903 reclama en su folleto "El Ideal Nuevo" una unión de las fuerzas económicas del país, proyecto que se concretará en 1915 en la fundación de la Federación Rural. "La Muerte del Cisne" publicada en 1910 sirve de justificación filosófica de este movimiento preconizado por Reyles, mientras "El Terruño" (1916) es la visión novelística del mismo. Realiza constantes viajes por Europa Afectada gravemente su enorme fortuna debe regresar al país donde le nombran asesor literario de la Comisión Nacional del Centenario (1929-30), planeando el ciclo de conferencias que historiaron sintéticamente la literatura uruguaya y que se publicaron en 3 volúmenes en 1931. En 1932 es designado para la Cátedra de Conferencias de la Universidad y el mismo año publica su última novela, "El Gaucho Florido (la novela de la estancia cimarrona y el gaucho crudo)". Publica sus conferencias y ensayos en "Panoramas del mundo actual" (1932) y en "Incitaciones" (1936). Este año es designado presidente del Servicio Oficial de Difusión Radioeléctrica y muere en Montevideo el 24 de julio de 1938. Póstumamente se publicaron "A batallas de amor... campos de pluma" (1939) y "Ego Sum" (1939).

De la presente novela se han hecho las siguientes ediciones: Montevideo, Renacimiento, 1916, (Unica edición autorizada por el autor); Montevideo 1927, (Edición retocada y definitiva); Santiago de Chile 1936; Buenos Aires 1945.

I

Apenas sonaron, espaciados y quedos, los tres golpes de ordenanza dados en la puerta con los nudillos, doña Ángela contestó: "Voy", y, casi simultáneamente, oyóse el dolido crujir de los colchones y el agrio rascar del fósforo, como si la buena señora esperase, con la caja de ellos en la mano, la hora de levantarse. Por lo demás, nada de esperezos ni modorras para salir de entre mantas. Un buen esgarro, que dejaba expeditas las vías respiratorias, y al suelo. Las chancletas, alineadas simétricamente, esperaban bostezando la venida de los pies; el batón de lana en invierno, de percal en verano, pero siempre del mismo corte, aguardaba triste el alma que periódicamente lo habitaba, suspendido como el flácido cuerpo de un ahorcado de la perilla del lecho, el monumento histórico de la familia, que así llamaba doña Ángela, mitad en serio, mitad en broma, al tálamo nupcial, porque en él fueron concebidos y nacieron, unos tras otros, los nueve vástagos que con legítimo orgullo le había dado a su marido. Los pies, por la fuerza del

hábito, se introducían en las pantuflas; los brazos, de igual suerte, en las mangas del batón, y un momento después de los consabidos golpes, la diligente matrona salía al corredor y empezaba el ajetreo y trajín en que andaba todo el día, sin que le pesasen[1] ni molestaran mayormente el mundo de apretadas grasas y temblorosas pulpas que tenía que poner en movimiento Poseía, la buena señora, en grado máximo, esa chusca elasticidad de los gordos.

Eran las tres de la madrugada, de una madrugada limpia de nubes, tersa, serena y luciente, al modo de las espejadas aguas[2] de las lagunas en las que se mira la sonámbula del cielo Esta parecía una calavera de plata. Innúmeras estrellas se guiñaban el ojo con ritmo igual.[3] Oíase el silencio campesino. Ni una chispa de viento movía la arboleda, la cual proyectaba grandes y fijas sombras en la tierra húmeda. No cacareaban los gallos, no ladraban los perros, no cantaban los grillos; todo dormía en "El Ombú", todo dormía en la campaña llena de misterio y de paz.

Doña Ángela respiró con ansia y deleite el frescor de la noche, paseó una mirada cariciosa por el vasto cielo y, echando a andar, dirigióse a la despensa, por los resquicios de cuya ventana salía un hilo de gualda luz. Amabilia, su hija mayor, ya la esperaba allí con el delantal puesto, desnudos los brazos y arremangadas las faldas.[4] Era aquel, día de amasijo y por añadidura víspera del cumpleaños de la señora, de Mamagela, como la nombraban los suyos cariñosamente, uniendo el sustantivo

mamá y la palabra gela, diminutivo familiar de Angela. Además de la fabricación de pan y los quehaceres ordinarios: la confección de la manteca, el corte de la leña, la limpieza general, había que hacer las tortas, los buñuelos apetitosos y otras frutas de sartén; los famosos rosquetes bañados y las golosinas con que se celebraba en "El Ombú" el natalicio de la patrona. Ésta, en tan memorable fecha, gustaba rodearse de sus hijos, allegados y antiguos servidores, y regalarlos a todos con largueza, tanto más meritoria cuanto que de ordinario era muy medida y parsimoniosa en el gobierno económico de la casa. Y en tan alta estima tenía los productos de su doméstica industria, y tantas virtudes materiales y aún morales les atribuía, que si alguien faltaba a la fiesta, enviábale religiosamente su porción adondequiera que el ausente se encontrase, y si éste, por caso raro, era hijo o yerno, iba el obsequio acompañado de cariñosa carta en la que abundaban saludables reflexiones encaminadas, entre otros fines, a apretar los lazos de la familia, de cuyo culto fué siempre doña Angela devota y celosa defensora. Y como le gustaba plumear y tenía mucho sentido práctico, retozona fantasía y no poca sal en la mollera, decía cosas muy graciosas y puestas en su punto, que los agraciados apetecían y saboreaban con tanta fruición como los rosquetes bañados, célebres en toda la República según ella.

Labia y malicia le venían, sin duda, de su estirpe andaluza, y el gusto de discurrir dogmáticamente y pergeñar frases, de la asidua

lectura de la doctora de Ávila y otros místicos del Siglo de Oro, que junto con algunos añejos tratados de cetrería y arte culinaria, había heredado su madre de un hermano, cura párroco del pueblo en que corrieron las lozanas mocedades de doña Ángela. Desde la viudez de *misia* Mariquita, con él vivían las dos en decente y pulcra estrechez, y sin más restos del señorío y rumbos de la casa solariega en ecijana tierra, que un raído tapiz oriental y un amplio brasero, con profuso clavo y adorno de bronce, alrededor del cual se habían reunido, en remotos inviernos, varias generaciones de hidalgos, joviales curas y ricos labradores. Los padres de *misia* Mariquita, al emigrar de España, no quisieron dejar en las uñas de alguaciles y procuradores aquellos objetos que les recordaban el antiguo esplendor de la familia, venida a menos por las inepcias fiscales y las locuras de cierto antepasado, tronera y manirroto, el cual, con gente de coleta y barraganas, se había comido una buena parte de las hanegas de tierra que poseía, dejando entrampadas las otras. A pesar de la pobreza, que no escondía ni ostentaba, y del ambiente vulgar del pueblo, conservó la viuda el porte señoril de la cabeza, signo de casta, y la urbanidad y enteriza disposición de ánimo que adquirió en el convento donde se había educado. Y a la condición principal, que revelaban las buenas maneras, debía el que sus relaciones las tuvieran en alta estima y le diesen el tratamiento de *misia*.

El pueblo era triste, las noches largas; para matar las horas, mientras el buen cura dormitaba en un rincón, después de la frugal comida, y la abuela hacía solitarios, *misia* Mariquita leía en voz alta y la niña escuchaba sin pestañear, almacenando en la sesera expresiones pintorescas, términos y giros que más tarde le comunicaron a sus epístolas, llenas de refranes y dichos criollos, el saborete castizo de la época del coloniaje.

La luz macilenta de las velas de sebo alumbraba a medias la espaciosa estancia, ocupada, en gran parte, por una ancha mesa de pino, donde el pardo Sinforoso y la mulata Juana hundían en la blanda masa los puños y los brazos del color y brillo[1] de la caoba pulida por los años. Alrededor de las paredes corría, a guisa de armario, una estantería, resguardada del polvo por corredizos cortinajes de cretona; en un ángulo, sobre un pequeño tinglado, veíase la panzuda damajuana del agua con la *guampa* de beber colgando de la tapa y, en otro de los rincones, un antiquísimo mortero de pisar *mazamorra*, alto de un metro y curado como una vieja pipa, recordaba el pasado gobierno doméstico de la patrona vieja, y lo hacía venerable, como una reliquia, a los ojos de todos. Varias sillas retaconas con asiento y respaldares de peludo cuero de vaca, y un sillón patriarcal aforrado de lo mismo, completaban el mueblaje.

—Buenos días, Foroso; buenos días, Jua, ¿qué tal va eso?—dijo Mamagela al entrar, y, hundiendo el índice en la masa, añadió:

—Hay que *apuñearla* más. No olviden lo que les he dicho; la masa es como el fierro: cuanto más se golpea,[1] mejor está.

Dióle un par de sonoros besos a Amabilia, y a punto seguido atareóse en examinar los ingredientes que le tenían preparados para la fabricación de los rosquetes y el bizcochuelo, que ella dirigía siempre muy repantigada en su peludo sillón y sin darle punto de reposo a la lengua. De todo probaba, en todo metía el dedo y luego daba sus órdenes acompañadas generalmente de algún comentario, chuscada o cuentito al caso, con lo cual hacía más amena la velada y menos fatigoso el trabajo, por veces, rudo y harto prolongado Fuera gusto de charlar y reír o sutil procedimiento, doña Ángela distraía a su gente de mil modos, y cuando la cháchara y el cuento resultaban ineficaces para desterrar la soñarrera o el mal humor, que hacía rezongar a Foroso y estirar la jeta a Jua, cogía la guitarra y rasgueaba con andaluz donaire un cielito suave y manso como un sueño, o entonaba alguna décima retozona que hacía desternillar de risa a los mulatos. En casos extraordinarios, como las vísperas de carreras, rifas, partidos de pelota y otras fiestas que en la pulpería de "El Ombú" se celebraban para traer al retortero al moroso vecindario, les prometía un *pericón* en concluyendo la faena, el cual rematar solía en un especie de paseo, danzado alrededor de la mesa, paseo que encabezaba la mismísima Mamagela, marcando el compás sin cesar el rasgueado, y remataba su feliz marido, don Gregorio, o familiarmente Papagoyo, si acertaba a pasar por allí.

Con estas y otras artes que su feliz ingenio y campechanía natural le dictaban, ciencia culinaria, habilidades diversas, conocimientos médicos y fértil imaginación en recursos contra todo achaque y en todo trance, hacíase respetar y adorar de los suyos la castellana de "El Ombú", hasta el punto que allí nadie veía ni oía sino por los ojos y los oídos de ella. Además, como era caritativa y se perecía por dar consejos y prestar servicios, y en cualquiera circunstancia tenía el tacto singularísimo de decir la palabra que halaga el oído y alegra el corazón, y como, por otra parte, nadie sabía mejor que ella organizar un baile o disponer los tiquis miquis de un velorio, poner unas ventosas o quebrar *los agallones*, se comprenderá el prestigio indiscutible de que gozaba la ínclita matrona, no sólo en sus dominios sino en el pago entero.

Ocupó su asiento de costumbre, cruzó las manos sobre el redondo bandullo y lanzó un suspiro de satisfacción. A poco, entró una mulatita[1] con la caldera y el mate. Dejó presurosa ambos adminículos por tierra y musitó, acercándose a la señora con las manos juntas como quien ora o demanda perdón:

—¡La bendición, madrina!...

—Dios te haga una santita—respondió Mamagela, besándola en la frente—. Dame un cimarrón ligerito y diles a Canora y Vivorí que traigan las *bateas*: ya vamos a cortar el pan.

Canora y Vivorí eran dos mulatas de las que servían en "El Ombú" por la comida y algunos trapitos de regalo. El pago de sueldos se oponía a los principios económicos de doña Ángela.

Palabritas de miel, buenos consejos, tantos cuantos quisieran; jornales, no: era dinero tirado a la calle, según decía, y decía verdad porque las pardas lo gastaban estúpidamente en moños y perendengues y no trabajaban mejor. Mamagela enseñábales, con paciencia digna de alto encomio, la cartilla, el catecismo y el manejo de la escoba y el cucharón, y, por añadidura, a asearse y vestirse con pulcritud. Las tomaba jóvenes, no después de los veinte ni antes de los doce; así que llegaban a su ínsula, hacíales dar un baño de jabón en el arroyo, seguido de la consiguiente friega de Agua Florida; vestíalas de pies a cabeza, *encorsetaba* prolijamente para disciplinarles las desmandadas pulpas, y les ponía, sujeto a los hombros, un delantal con muchos ringorrangos, y, además, como adorno, un lazo celeste en las apretadas motas Y a punto seguido, de nuevo las bautizaba, haciéndoles alguna sabia alteración en el nombre, que de rústico o desgraciado lo tornaba musical o poético. Así, del feo Nicanora, había hecho el arcádico Canora; del espeluznante Vivorina, el alegre Vivorí. A cambio de estos inestimables favores, servíanla ellas con fidelidad. A veces, empero, se iban de la casa, por ventolera o tras de algún Don Juan de jeta y mota, o también porque el pícaro Foroso, que, por haberse criado en la casa y no haber visto un peso en toda su vida, gozaba de ciertas inmunidades, las ponía más gruesas de lo que hacía falta... En tales casos, harto frecuentes, siendo él atropellador y ellas querendonas, indignábase doña Angela y ponía al tenorio de bandido y sinvergüenza

que no había por donde cogerlo; después, comprendiendo acaso las flaquezas de la carne pecadora, acomodaba lo mejor que podía los preceptos de su quisquillosa moral a los hechos consumados y sacaba de pila a lo que naciera, con lo cual todo el mundo quedaba contento, y los *Forositos*, de ojos celestes como el padre, un pardo rubio, iban cundiendo como la mala hierba. Sin embargo, saliesen de la casa por una razón u otra, las fugitivas, en los tiempos duros, que no tardaban en venir, buscaban siempre la querencia de "El Ombú" y el arrimo de Mamagela. Ésta las recibía sin rencor, las sermoneaba un poco y todo entraba en sus quicios, por manera que nunca le faltaba numerosa y barata servidumbre.

Pególe dos buenos chupetones a la *bombilla*, muy gorda e historiada, y aseveró frunciendo mucho los labios y tragándose la mitad de las sílabas, como siempre cuando pontificaba:

—No hay nada como un *cimarrón* para entonar el estómago. Lástima, Amabí, que hayas perdido la costumbre en Montevideo. Haces mal. Chocolate, té, café, mejunjes del diablo son que valen poco para la salud y cuestan caro al bolsillo. Sólo el mate conserva la frescura del cutis[1]. Mírame a mí, y dime si hay alguna madama de por allá que tenga estos colores, como no se los ponga con bermellón. Apuesto a que tu marido no toma mate en la ciudad. Por eso está tan enclenque el pobre.

—¡Ave María!, mamá; no digas eso. Temístocles tiene una salud de hierro... aunque no tome mate. Para él, tan atareado, el mate es

cosa de haraganes, un resto de la pereza nacional.

—Dile que no disparate—replicó Mamagela—. La pereza nacional es levantarse a las doce de la mañana y luego bostezar todo el día sobre los libros. ¿Qué provecho saca, como no sea perder la vista y hacerse callos en las asentaderas? El hombre no nació para leer, sino para trabajar; la mujer no vino al mundo para ser maestra de escuela, como tú, sino para tener hijos, como yo, y criarlos, y enseñarles la doctrina cristiana, y llenarles la barriguita de cosas buenas. La pedagogía no te deja tener hijos ni vivir como Dios manda. Yo no quería criarte *para el balcón,* como mi cuñada, tu madrina, que en él se está todo la santa tarde; ni *para el pintoresco,* para correr, como ella, las calles, muy emperejilada y oliendo a esencias de la China, que la voltean a una, sino para cuidar de tu casa y vivir contenta con tu maridito y tus hijos, comiendo cosas sanas, buenos platitos y ricas golosinas hechas en casita por tus propias manos. Créeme, hija, fuera de eso, todo es artificio malsano y bambolla.

Doña Ángela sentía hacia su ilustre cuñada y comadre, señora principalísima, muy llevada y traída en las crónicas sociales de la capital, por el atuendo de la casa y la elegancia en el vestir, el secreto encono de las personas campesinas y pobretonas hacia sus parientes acaudalados y urbanos. La quería y respetaba empero, y aun le estaba agradecidísima por la educación que, sin pararse en gastos, le había dado a Amabí, teniéndola además en la propia casa

y cuidándola como a hija hasta que se graduó de maestra y casó luego, pero eso no era óbice para que doña Angela, entre chanzas y veras, pusiese en solfa siempre que venía a pelo los gustos señoriles de la atusada dama y le tirase al codillo, porque los tales gustos ofendían su criolla llaneza, le irritaban los nervios y le revolvían y enojaban el espíritu, por ser el reverso de los principios que ella profesaba sobre el recato de la mujer cristiana, el santo ahorro y la moral de manga estrecha y pretina ancha.

Amabilia, sin sacar las manos de la masa, volvió la cabeza hacia su madre y rompió a reír, mostrando los dientes blanquísimos y la lengua limpia y roja como la de un perrito faldero.

—¡Está divina la vieja hoy!... A la verdad, mamá, eres impagable. ¡Cuánto tiempo hacía que no escuchaba el sermón contra los trapos, el balcón y la vida de la ciudad! Quizá tienes razón—repuso poniéndose grave repentinamente, y luego tornando a reír: —En lo que no tienes razón es en lo del mate. No negarás que eso de meter por turno varias personas la misma bombilla en la boca, es sucio y favorable a la propagación de toda suerte de microbios.

Mamagela refunfuñó:

—Lo que dices está bueno para allá, dado que todos son medio tisiquientos. Aquí, en la campaña, nadie tiene microbios en la boca... ni en parte ninguna. ¿Qué te parece, Foroso? ¿Qué te parece, Jua?

—¡Cosas de brujos!—formuló el pardo, con voz mujeril y como estrangulada siempre.

—Tiene razón el pardo ladino: cosas de esos

matasanos de médicos son para embaucar a la gente y sacarle la plata — aseveró doña Angela, sin poder disimular su inveterada tirria hacia todo lo que trascendiese a civilización urbana, refinamiento de las ciudades y no fuera sencillez campesina, ciencia doméstica y talento natural.

Canora y Vivorí colocaron la batea, acabadita de lavar, sobre dos sillas, y a punto seguido empezó el corte del pan, las tortas y los bizcochos, que luego ponían en aquélla y cubrían con una frezada para que no se *pasmasen.* Cada persona inventaba, con fantasía más o menos regocijada y feliz, una forma especial, que era como su marca de fábrica Ese día aparecieron en la batea, con grande alborozo de todos, los panes *de picos* y los bizcochos *trenzados* de Amabí, ausentes desde el casamiento de ésta. Despojándose de la gravedad pedagógica, lo cual le iba de perlas, los hizo la profesora con desusado e íntimo gozo y más primor que nunca, cual si pusiera en las curvas graciosas y los picos alargados místicamente sus cándidas alegrías de la infancia y pasadas ensoñaciones de soltera...

La elaboración de los rosquetes y demás golosinas era tarea sumamente peliaguda, y en ella sólo intervenían la señora y Jua, la cual tenía muy buena mano y conocía el *punto* de la repostería de "El Ombú" por haberse criado, como Foroso, en la casa materna de doña Angela y respetar, a modo de una religión, las tradiciones culinarias de misia Mariquita, que eran, en suma, las tradiciones culinarias del convento de Écija en que aquélla se había educado, célebre

en toda España por la piedad y los alfajores de las monjas.

En medio de tanta actividad, Mamagela estaba en sus glorias. Levantóse del sillón y empezó a meter las narices y fisgonear en los tachos, vasijas y recipientes alineados por Jua en la cabecera de la mesa. Sus manos de abadesa, regordetas y con hoyuelos, tenían un modo peculiar, rápido y gracioso, de batir las cremas, espolvorear el azúcar y modelar la masa delicada de los rosquetes. Y según fuese la calidad del esfuerzo que hiciera y el grado de atención que éste demandase, su rostro, muy movible, de ojos grandes, saltones y brillantes como si hechos fueran de porcelana, recorría una verdadera escala de expresiones, que iba desde las muecas y sacadas de lengua del colegial ornando sus mayúsculas, hasta la sonrisa seráfica y el pasmo de los bienaventurados.

—Aquí tienes, Amabí, lo que te convendría saber y aprovecharía más que todas las pedagogías del mundo... y a tu marido también, porque, digas lo que digas, está tan entecado el pobrecito que parece lo tuvieras a media ración. Compara sus huesos pelados con el *inverne* de tu padre: el viejo está siempre de *matambre arrollao*, y no creas que es de natural, yo soy quien lo pone así a fuerza de churrasquitos, golosinas y palabritas de miel. Una buena casera, una señora de su casa, sabedora de lo que trae entre manos, debe tener siempre al marido gordo y lucido. Con el buche lleno, el palomo no busca otro palomar... —Guiñó el ojo y continuó: —Y yo estoy viendo que la más pura tra-

dición de la familia va a perderse, si Dios no lo remedia, porque mis hijas no la reciben de mí religiosamente, como yo la recibí de tu abuela, y ésta de la mía, y la mía de no sé qué otra, y así, hasta el principio de la creación. Fíjate, fíjate todo lo que se perderá — repetía apuntándole a su hija con una cuchara de palo chorreando huevo — por tu poca afición a la cocina.

Con mucha monería, respondió Amabí:

—Te equivocas; en Montevideo hago unos platitos y unos postres de chuparse los dedos...

—Más fe le tengo al mastuerzo: cuando saliste de aquí, no conocías el punto de la masa fina. Y a propósito de punto, Jua: a esto le falta un poquito de azúcar y dos yemitas, y después, ya sabes, duérmete batiendo... Tú, Foroso, puedes irte a ordeñar; las muchachas concluirán el amasijo. No olvides curarle con *unto sin sal* las tetas a la vaca rabona. Yo iré por allá. Y tú, Amabí, que tienes pocos años y buenos brazos, ayúdame a llevar la batea.

Hizo aún otras recomendaciones, y luego, madre e hija, salieron con la preciosa carga hacia la cocina, amplia habitación donde se respiraba orden y limpieza, bien al contrario de lo que, por regla general, acontece en las cocinas rurales: criaderos de pulgas, posadas de perros y asilos de cosas sucias. Era aquella la sala de invierno de "El Ombú". En las crudas madrugadas, mientras afuera ululaba el viento y caía el agua como espesa lluvia de chuzos, allí se reunían patrones y servidores a tomar el mate en amorosa compañía. El *fogón* era alto y co-

bijado en su total extensión por la chimenea de cumplida campana, blanquísima por fuera, negra de hollín por dentro. Propiamente, no era aquel el clásico fogón criollo, sino una cocina de material con sus respectivas hornillas, pero que conservaba en el medio, como indicio de la forma tradicional, y a eso debía el nombre, un grande espacio, treinta centímetros más bajo que el resto, cubierto enteramente por una parrilla fija en la que podía asarse muy a gusto media res o un capón entero. La estancia olía a limpieza. Las mesas de pino blanco aparecían como anemiadas y consumidas por las caricias ardientes del jabón de potasa y del estropajo; las rojas baldosas del piso, diríase que conservaban, merced al diario fregoteo, el rubor de la original pureza: cacharros, cacerolas, trebejos, resplandecían en los estantes adornados con papel[1] y sobre la cornisa de la chimenea como los vasos sagrados sobre el altar, y eran, en efecto, los vasos sagrados de los dioses Lares, y aquel el recinto donde ardía el fuego del hogar en un ambiente de quietud y amor propicio al culto de las virtudes caseras. Sobre todo, las honradas ollas de barro, panzudas, humildes y discretas, daban la nota íntima y familiar, casi tierna, reforzada y subida de punto por el balde de la espumosa leche recién ordeñada y el cesto de las verduras acabadas de arrancar. Ambas cosas, puestas sobre la mesa, no parecía sino que traían a la cocina la placidez pastoril de los corrales y el candor del huerto.

II

Mamagela empuñó la larga y lustrosa pala y empezó a meter el pan en el horno. Amabí la ayudaba solícita y gozosa. El calor ponía en sus mejillas, cubiertas de tenue vello, el rojo de los duraznos pelones, y en los ojos, húmedo brillo el color de la masa, fresca y tierna como las carnes de un infante. Estaba realmente apetitosa. Notándolo, dijo Mamagela:

—No sabe tu marido lo que se pierde esta mañana; pero así es: las cosas buenas de este mundo no se han hecho para los dormilones: el que no madruga, no ve salir el sol.

Cuando se encaminaron hacia los corrales, era de día claro. El rocío humedecía los opulentos cardos, las borrajas y las ociosas yerbas que lujuriantes crecían alrededor de las casas. A lo lejos, el campo salía de entre las sábanas de la niebla; ésta se levantaba dejando a trechos jirones de tenues gasas enredadas en las matas de pasto. El ganado empezaba a moverse; los pájaros a trinar. De las poblaciones que se divisaban en las cuchillas, subía al cielo lentamente una columna de humo.

Mamagela exclamó:

—Da gusto respirar este aire; parece que le entrara a una la gloria por los pulmones.

La hija le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia sí.

—¡No puedes figurarte, mamita, lo contenta que estoy!...

—Es porque vuelves a la vida natural.

Hubo un silencio.

—Las vacaciones terminarán pronto — observó Amabí.

Las dos se embargaron en sus pensamientos. Después, interrogó Mamagela:

—¿Por qué no dejan la apestosa ciudad y salen a la campaña a probar fortuna? Tocles tiene muy cerca de aquí el pedacito de campo que le dejó el bendito de su padre. Que lo pueble con una buena majadita y algunas vacas, y vivirá gordo y contento como un obispo.

Amabí recordó que era maestra de segundo grado y que su marido escribía en los periódicos y aspiraba a la diputación.

—Nosotros tenemos otras ambiciones, quizás una misión que cumplir — replicó mondando el pecho y con el tono pedagógico que, despojándola de su acostumbrada naturalidad, la convertía en otra e indigesta persona—. Tú comprendes, mamá. Temístocles o Tocles, como tú quieres, no puede renunciar al porvenir que allí le espera en la política y el periodismo. Por mi parte, no me he matado estudiando para salir a la campaña a criar vacas y ovejas. No es por desprecio, no; adoro estas cosas, pero en cuanto

a dedicarles mi vida entera, ¡ah!, no; no tengo el derecho de renunciar a...

—Y ¿qué misión es ésa? — interrumpió doña Ángela, frunciendo los labios.

—Él, luchar por los ideales de su partido; yo, enseñar al que no sabe; ambos, hacerles a nuestros compatriotas la limosna del pan espiritual.

Doña Ángela rompió a reír, como si le hicieran cosquillas; Amabí, picada, exclamó:

—¡Ave María!, mamá, ¿es tan risible lo que he dicho? ¿No es profesor él? ¿No soy maestra yo?

—Perdona, hija, qué quieres, encuentro muy gracioso eso de que ustedes les repartan el pan a los compatriotas, como yo a las gallinas. ¿Están seguros que ustedes lo tienen y que ellos lo necesitan? ¿No les hará más falta ahorrarlo? Escucha, no te soliviantes. La caridad, bien entendida, dice en no sé qué parte el Evangelio, ha de empezar por uno mismo. Hablas como una doctora; tu marido te ha *envenenao,* pero a mí no me quitan el sueño palabras bonitas, ni me deslumbran relampagueos... Tengo el gaznate demasiado angosto para comulgar con ruedas de molino. Te diré: no creo en los políticos, ni en los generales, ni en los doctores de esta tierra; sólo piensan en vivir del presupuesto de la nación. A ellos les debemos las contribuciones y las revoluciones ¡Malditos sean! Por otra parte, ¿qué quieres que haga tu marido con sus retóricas entre esos vividores que sólo conocen la gramática parda y la aguja de marear?

Y como Amabí argumentara que sin ideales ni clases dirigentes que los encarnen los países

no pueden vivir, menos prosperar, repuso la ilustre matrona:

—No sé qué te diga. Soy una vieja ignorante; pero me parece que si todos se quedasen en sus casitas y trabajaran, este país sería un paraíso.

En esta interesante plática llegaron al gallinero y abrieron las puertas para que salieran las gallinas, que de noche quedaban dentro a causa de los zorrillos y las comadrejas. Había dos *echadas*: cumplían obstinadamente la delicadísima función de empollar, y las levantaron de sus nidos para darles de comer y limpiar los huevos. En una pequeña repartición veíanse las que tenían pollitos. El ojo escrutador de Mamagela recorrió todos los rincones. Era muy ducha en la cría; su gallinero, aunque pobre y primitivo, hecho con latas y tablas viejas, conservábase libre de pestes, y daba pollos y huevos todo el año. "Y para qué más", decía la patrona, y tenía razón. Picoteando aquí y allá y removiendo las alas, se desparramaron las gallinas por el campo. El gallo más hermoso y fuerte que iba entre ellas, se plantó en una pequeña eminencia, irguió el cuello y lanzó a la luz y la libertad el saludo de su cocoricó sonoro.

—¡Linda, linda mañanita! — tornó a repetir doña Ángela — . ¡Parece mentira que haya personas tan desprovistas de alma y cacumen, que no comprendan esta hermosura, esta delicia, esta poesía natural! A mí, que no me digan: Montevideo no tiene tales encantos. Allí la gente no sabe vivir, no sabe gozar. Por mi parte, te diré que, cuando me siento en el corredor, rodeada de mis flores y de mis pájaros, y contemplo en

los potreros las vacas y las ovejitas rumiando tranquilamente, mientras las crías retozan con la barriguita llena, y pienso que no estoy encinta, ni tengo hijo que criar, me paso las horas muertas bañandome en agua de rosas y dándole gracias a Dios por haber sido tan genoroso conmigo.

De pasada, le dieron un vistazo al sucio y nauseabundo chiquero; detuviéronse un instante en el *corte de la leña,* donde el "Sacristán", el hijo de doña Ángela, que quería ser cura — el más *ladiao* de la familia, según propia confesión —, hacía astillas a hachazo limpio, y llegaron al corral. Foroso ordeñaba, sentado cómodamente en un banquito de *ceibo;* la vaca lamía al ternero atado a una de sus patas delanteras, el cual tenía el hocico y la frente blancos de espuma; las otras lecheras esperaban su turno rumiando, ya maneadas por los hermanos menores de Amabí, que llamaban Mador, Mérico, Aní, y, en globo, los muchachos, y eran los ayudantes de Foroso en las faenas caseras. Amabí, acometida de repentino contento, se puso rápidamente las faldas[1] entre las piernas y agachóse junto a la vaca recién *apoyada* para que *bajase* la leche.

—La niña ha elegido la que tiene las tetas más duras — observó el mulato.

—No importa, Foroso; yo no tengo las muñecas *abiertas* como tú. Verás cómo le saco hasta la última gota.

Dos hilos de blanco licor empezaron a caer con fuerza en el balde.

—¡Qué ha de tener las muñecas abiertas! Son *ardiles* de este pardo mañero para dejarles a los muchachos las brevas más duras de pelar — argumentó Mamagela, y, por no ser menos, imitó a su hija.

En el verano, a pesar de su corpulencia, solía ayudar a Foroso en la ordeñada; no en el invierno, porque a menudo había que hacerlo bajo la lluvia y entre el barro siempre, lo cual resultaba harto penoso.

Con dos buenas y colmadas jarras de leche para los guachos, dirigiéronse madre e hija a los galpones. Hasta hacía poco "El Ombú" sólo había sido *pulpería* o almacén de campaña; pero por inspiración de la patrona, cuyo espíritu inquieto no dormía, complicóse el negocio de la noche a la mañana, y tomó otros rumbos, con la cría de ovejas merinas de *pedigree*. Largo tiempo y en silencio rumió su idea, tomó datos e informes, leyó algunos libros que le prestaron e hizo repetidas visitas a cierto compadre suyo, poseedor de una importante cabaña, en la cual logró colocar a Mador, que era precisamente el ahijado de aquél. El muchacho le tomó gusto al oficio y aprovechó el tiempo. Mamagela, cuando lo juzgó convenientemente preparado, hízole conocer sus ambiciosos planes a Papagoyo, no de sopetón, sino poco a poco, con mil precauciones, porque la condición mansa y timorata del buen negociante repugnaba el riesgo y la aventura. Con eso y con todo, le pareció que el cielo se le caía sobre la cabeza; encabritóse al principio, luego vaciló, después expresó algunas dudas, sin gran convencimiento, porque



la maleante señora, conociéndole el flaco, le hacía danzar ante los ojos estupendas ganancias, y por último concluyó, como siempre, por aceptar los proyectos de su media naranja, que era no sólo la voluntad activa, sino también el espíritu inventivo de la casa. En las veladas de ese invierno memorable, no se habló en "El Ombú" de otro asunto. A todos apasionaba la descomunal aventura de la cabañita. Hicieron mil proyectos, dibujaron planos, discutieron presupuestos y rendimientos, y, a cada instante, *yerbeando* al amor de la lumbre, mientras afuera retumbaba el trueno, descubrían nuevas perspectivas económicas, horizontes encantados, futuras dichas. Hasta los ojos turbios y mortecinos de la vieja Jua, se llenaban de doradas visiones.

El robusto realismo de doña Ángela dejaba en la reposada mente de ésta poco espacio a las ensoñaciones. Mantenía vivo, sí, quizá por creerlo favorable al cumplido éxito de la empresa, el iluso entusiasmo y los fantaseos de los otros; pero ella, por su parte, quería precaverse contra todo evento, hacer las cosas con pies de plomo, y asombraba a Papagoyo y al mismísimo Mador con las previsiones de su ciencia zootécnica, adquirida no sabían cómo ni dónde, cálculos demostrativos y acertadas conjeturas sobre la parte económica de la explotación, que era lo que más le interesaba. Por fin, antes de las esquilas, se decidieron a adquirir cincuenta borregas de alto precio, para edificar sobre sólida base. La intrépida matrona, con la idea de obtener una rebajita, como así aconteció fué con

Mador a elegirlas a la estancia de su compadre. Partió muy mañanera en un carrito de pértigo, tirado por Aní, jinete en el overo barrigón de Papagoyo. Se le puso al vehículo un colchón para hacer menos duro el traqueteo, y sobre él se acomodó lo mejor que pudo Mamagela, con la sombrilla en una mano y el abanico en la otra, porque sufría atrozmente de los calores. Fué una odisea. El duro movimiento del carro y frecuentes barquinazos en los baches y *pasos feos* del camino, la hacían rebotar como una pelota, le molían los huesos, le maceraban las carnes, que luego el sol se plugo en derretir, y desacomodaba el corsé y también la *capota, hecha en casa,* cuyas plumas fueron quedando por el camino. Pero ella, a pesar de tales malandanzas, no cabía en el pellejo de gozo, y cuando hizo su entrada triunfal en el patio de la "Cabaña Eúskara" y descendió del carro delante de la numerosa familia de su compadre, que salió a recibirla con cara de pascuas, casi se desmaya de emoción venturosa.

La llegada de las borregas a "El Ombú" determinó grandes cambios en la vida y costumbres de sus moradores. De súbito desaparecieron la rusticidad e incuria primitivas, y hasta el mismo paisaje varió a poco, tomando un aspecto riente, como si un hada benigna lo hubiera tocado con su varita mágica. Surgieron los *galpones* para abrigar los preciosos animales durante el invierno, y, sobre todo, en la época de la parición; los potreritos, para dividirlos según conviniera; los árboles, para darles refugio y umbráculo contra los soles de fuego; los

maizales, alfalfares, avenales, y, por último, surgió también la torre de un molino. En lo moral, la transformación no fué menos completa. Inusitada actividad rompió desde un comienzo la holgazana placidez de antaño. ¡Con qué íntimo gozo, con cuánto amor se afanaron chicos y grandes en las obras y tareas que impusieron, por la sola virtud de su presencia allí, aquellos animalitos, bautizados donosamente por doña Angela con el nombre, cariñoso y poético, de las rositas de "El Ombú"! Foroso, que servía lo mismo para un fregado que para un barrido, fué el rústico arquitecto de los galpones de *terrón* y techo de paja. Con maña, como si en su vida no hubiera hecho otra cosa, delineó con piolín y estacas en la tierra, la planta de cada galpón, marcando bien la anchura de las paredes y las aberturas. Luego, ayudado por los muchachos, *cortó* los terrones, que puestos en seguida unos sobre otros con el pasto hacia abajo y bien unidas las junturas, fueron formando los gruesos muros. Mador trajo la paja para el techo, del campo de un vecino, y los *horcones* y las *tijeras* del monte de otro. Las alfajías las hicieron de sauce criollo. Mientras se elevaban los edificios, iba el futuro cabañero acarreando el precioso y barato material. Cuando llegó la hora peliaguda del *quinche*, Foroso no se mostró menos hábil que en el corte del terrón y el *levante* de las paredes. Con una horquilla le alcanzaba Mador los mazos de la cortante y áspera *paja brava*, que el mañoso pardo disponía convenientemente a fin de que no pudiese penetrar el agua y ataba luego a las tijeras con un grueso *tiento*.

La construcción de puertas y ventanas fué obra de Papagoyo, que sabía *carpintear;* la pintura le correspondió a Mamagela y las pardas, a las cuales ella enseñóles a manejar el pincel como antes el cucharón, y los trabajos menudos quedaron a cargo de los muchachos, que además ayudaban en todo. Durante el mes, largo de talle, que duraron las obras, empezaban el trabajo al *venir las barras* del día, y terminaban fatigados, pero gozosos, ya bien entrada la noche. El almacén permanecía casi abandonado. Mérico, que tenía muy buena letra y, por eso, compartía en el negocio las tareas de su padre, escapábase a menudo de detrás del mostrador e iba a echar su manito en la obra; se suspendieron los amasijos y hasta la ordeñada; sólo Jua ocupábase en las faenas de la casa, desierta todo el día, porque para el desayuno un *churrasco* hecho sobre las brasas, y el frugal almuerzo, cordero al asador con *fariña* y queso de postre, no habían menester de manteles ni cubiertos ni de otras ceremonias que el tajo limpio y la dentellada perruna, agrupados todos en cuclillas alrededor del fogón. En cuanto al mate, circulaba todo el día, cebado por el Sacristán. Y cuando todo estuvo concluído para alojar dignamente a las cincuenta princesitas de sangre real, se efectuó la inauguración de la cabaña con gran concurrencia de vecinos, y hubo asado con cuero, gallina rellena, *carbonada,* chocolate, rosquetes, pasteles, vino *carlón,* licores y un baile que duró toda la noche y terminó en una alborozada procesión a los establos, con acompañamiento de acordeones, guitarras, flau-

tas de caña, trombones hechos con *caronas* arrolladas, y otros improvisados instrumentos, y en la que tomó parte todo el mundo, incluso la servidumbre, con Foroso y Jua a la cabeza. Al son de la música entraban por una puerta y salían por la otra y volvían a entrar y tornaban a salir, entre risas, gritos, cantos, y tan hondo contento, que a muchos se les llenaban los ojos de lágrimas. De repente:

—¡Silencio! — gritó Foroso en medio de las borregas —. La patrona va a hablar.

Y absortos, estupefactos, con ganas de reír y llorar a la vez, vieron adelantarse a doña Angela con una copa en la mano. Era un golpe teatral que había preparado la matrona en el mayor misterio[1].

—"Queridos amigos nuestros — dijo con el rostro transfigurado[2]—: a todos les deseo salud y felicidad en este día dichoso en que festejamos la obra modesta, pero santa, de una familia honrada y trabajadora. Vamos a criar lindos carneritos para refinar las majadas, aumentar la lanita de las esquilas y llevar la prosperidad a todas las estancias".

Aplaudieron, y ella, ya completamente dueña de sí, risueña, maleante, sin pizca de afectación, pero llena de un convencimiento que daba pie a la risa admirativa, no a la burla, continuó, subrayando las frases con grandes caídas de párpados y expresivos gestos:

—"Si esto no es trabajar por el bien de la patria, que me emplumen... El progreso de nuestro amado país pende del progreso de la campaña; hasta los niños de teta lo saben.

La campaña, aunque no lo digan los doctores, es la vaca lechera de la nación. Sí, señores: todos nos nutrimos de ella, desde el presidente de la República hasta el último gaucho. Y bien: mientras en las ciudades discursean y tragan viento o papan moscas, ocupémonos nosotros en doblarle el vellón a las ovejas y el peso a las vacas. Voy a revelarles un secreto que no quiero llevarme a la tumba ni podrirme con él: los rodeos y las majadas son las únicas cosas serias del país".

Rieron; hubo algunos bravos; Mamagela, muy grave, dejó que pasaran las risas, y prosiguió:

—"Los animalitos finos, que nosotros criamos con tanto amor, y que a veces los bárbaros, con divisa blanca o con divisa colorada[1], sacrifican sin piedad, enriquecen y *enseñan,* sí, señor, enseñan más cosas útiles que las escuelas mismas. Ciego de nacimiento y redondo como la O es el que no lo vea. Fíjense bien en lo que voy a decir: a nuestros ranchos no llegan los libros, pero llegan los carneros de apretado vellón, y cuando llegan, todo cambia, porque los cuidados prolijos que exigen, nos hacen trabajar con más empeño e inteligencia. Por eso, las estancias adelantadas me parecen a mí grandes escuelas donde los orientales aprenden lo que les hace falta. Quédense allá los magnates comiendo la sopa boba, y déjennos tranquilos en nuestros ranchos trabajando para todos.

"Acuérdense de lo que les dice una pobre mujer sin luces, sin letras — aquí entornó los ojos y sonrió con grande humildad —, pero a quien el libro de la vida ha enseñado a no

confundir la puerta con la ventana: la grandeza del país no saldrá de las Cámaras ni de las Universidades, sino de los galpones. Parece herejía y no lo es. En efecto, ¿qué vale más: un discurso de cuarenta horas o un carnero de cuarenta libras? Lo primero es puro viento, palabras embusteras que entran por un oído y salen por el otro; humo que va a las nubes y deja vacías las manos; lo segundo es labor, inteligencia, pan en la casa del pobre, abundancia en la casa del rico y conciencia tranquila en la casa de todos; es también plata en el Banco, abono del mundo, semilla de prosperidad; si se echa en la tierra brotan las casitas blancas como palomas, los rodeos de mil cabezas, los ferrocarriles, los palacios, las ciudades, los bosques y el bienestar de las familias. Que nos dejen trabajar en paz y en gracia de Dios, es lo único que les pedimos a esos sabios fabricadores de guerras, contribuciones y leyes, que sólo sirven para espantar los pájaros. ¡Viva el trabajo, viva la paz, viva la patria!"

Este discurso, a pesar de sus cómicos asertos, fué escuchado[1] por el auditorio con grandes muestras de aprobación, quizá no tanto por lo que decía sino por quien lo decía y la manera de hacerlo. Por boca de doña Ángela hablaban la experiencia incrédula y socarrona del paisano y el buen sentido rural. Las personas allí presentes pensaban, en el fondo, como ella, y sentían que aquellas palabras, mitad chuscas, mitad graves, no eran viento, sino entrañas vivas de Mamagela, Mamagela en acción, cosas vi-

vidas, y por eso, aun moviendo a risa, convencían y emocionaban.

Al concluír, la abrazaron y colmaron de felicitaciones, y Papagoyo la besó en la frente, mientras ella, como echándolo a broma, comentaba riendo su propio discurso, el cual mereció los honores de la publicidad en un periodiquín del Durazno, fué transcripto y comentado por un diario de la capital, y figuró en los anales de la familia con el título de "El discurso del Ombú".

III

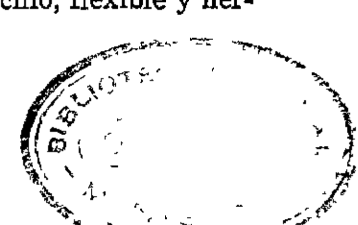
A las ocho de la mañana ya estaba, como de costumbre, aseada y emperejilada Mamagela, hamacándose dulcemente en una mecedora de paja, bajo el alero que protegía el corredor. En el cielo raso de rejilla hacían nido las golondrinas, y era un contento verlas ir y venir trazando en el aire vertiginosas zetas. Punto estratégico: desde aquel rincón grato, cobija y atalaya, observaba la señora el teje maneje de su marido en el almacén, el trajín de los pardos en la cocina, el *movimiento* de los muchachos en los galpones, y, por la ventana que daba al campo, extasiábanse sus ojos en el criollo paisaje de los potreritos y las lejanías de la propiedad, limitada por un monte de árboles indígenas, petizos, espinosos, de tronco retorcido y ramaje enredado y sucio como la pelambrera de esos *gurís* que se crían revolcándose delante de los ranchos... La disposición de los edificios dejaba entre ellos un espacio libre llamado el *cuadro*, especie de patio, en el cual, revestido de azulejos, veíase el aljibe, y, cubierto de espesa enredadera, un quiosco que resguardaba del

sol la amplia pileta de lavar. El resto del cuadro ocupábanlo, a trechos, dispersos grupos de rosales, claveles y jazmines y arriates de flores, ya en tierra, ya en tarros pintados con alquitrán.

Allí, gozando de la gracia de Dios, tomaba Mamagela la segunda tanda de mates, pero esta vez con rosquetes y refino de azúcar quemada. Era su habitual desayuno, y solía prolongarse hasta muy rayana la hora del almuerzo. Acompañábanla por turno, en los momentos de huelgo, ora Papagoyo, con el cual conversaba de las ventas del almacén, y, sobre todo, de los fiados, que les quitaba el sueño a los dos; ora Mador, con el que departía de ovejas y carneros; ora los muchachos, y cuando no tenía quien le diese palique, llamaba a Jua y le hacía mil recomendaciones, o despotricaba con Foroso, que leía los diarios, de política y otros temas graves.

Esa mañana hacíale compañía Amabí. De vez en cuando ésta se levantaba para llevarle un mate a su marido, que leía en la cama y se levantaba a las doce, con grande escándalo de doña Ángela.

Era Tocles un producto de la Universidad, extraño al rústico ambiente de "El Ombú". Usaba quevedos y hablaba siempre con tono doctoral. La frente demasiado vasta para la cabeza, y la cabeza demasiado voluminosa para el tronco, a su vez demasiado corpulento para las débiles piernecillas que lo sostenían, dábanle la insana apariencia de un grande feto. Sin embargo, tan miserable cuerpecillo, flexible y ner-



vioso como si hecho fuera de rabos de lagartijas, aprisionaba un alma singular, llena de fuego sacro y divinas torturas. Tocles ardía en amor de la vida noble y esforzada a que se creía destinado por su nombre de pila: ¡Temístocles! De pequeño oyó referir mil veces a su padre, abogado español, verboso y entusiasta, a quien los griegos se le habían subido a la cabeza, las hazañas del gran patricio. No heredó el hijo del padre, junto con el entusiasmo y los arrestos del orador, el fondo gallegote, logrero y buscavidas, que llevó al abogado sin pleitos a sacar tajada de las sociedades filantrópicas o cosa así, fundadas por él, a trochemoche, en su noble existencia. Temístocles heredó sólo la verbosidad y el lirismo. El glorioso nombre lo hizo creerse en la niñez de una esencia superior a la de los otros mortales, y esta infantil vanidad, gota de agua horadando montañas, determinó luego las angulosidades de su carácter, exaltado y agresivo, y dió pie a la noble ambición de ser en *la tacita de plata de la América latina,* lo que Aristóteles, Píndaro y Pericles fueron en la inmortal Atenas. Para el caso, empezó por componerse una cabeza de circunstancias y darse con ardor, como principio de su apostolado, al escalamiento del Pindo sonoro. Mas las musas no le dispensaron sino muy avaramente sus favores, y entonces vinieron los desencantos y las secretas amarguras, sin que por ello desaparecieran las fiebres de la imaginación. Nombre famoso, testa dantoniana e idealismos ornamentales, impidiéronle renunciar a la gloria; lo aguijoneaban

cruelmente y produjeron a la postre el patético conflicto entre las facultades limitadas y las ambiciones desmedidas y, con él, los acerbos dolores de la inteligencia y del orgullo. Empero, Tocles no se daba a partido, al contrario, redobló sus dramáticos esfuerzos; quiso apurar todos los jugos del saber a fin de ponderar y facilitarle la salida en el momento psicológico a *lo que él llevaba dentro,* aunque no supiese bien qué era, ni en qué consistía su excelencia y, atiborrándose de abstrusas lecturas, ahondó más el espantable abismo que separa la realidad imaginaria de la realidad viviente, las ideas de los hechos, e hizo completa por este arte su incapacidad práctica en los negocios y las aventuras corrientes del mundo[1].

Y, caso singular, cuanto menos éxito tenía y menos medraba, más se exaltaba su sombrío orgullo y más culpaba a la sociedad de no comprenderlo ni estimar las altas virtudes que él no había probado todavía. Pero desde hacía cosa de un año sospechaba la dolorosa verdad, esa verdad destructiva que la eterna y benéfica ilusión oculta cuidadosamente; asaltábanlo de continuo amargas dudas, esas dudas que son cardos y espinas en las praderas del alma. Todas las mañanas, al despertar en medio de la bucólica placidez de "El Ombú", se decía: "Tengo cerca de cuarenta años y estoy al pie de la montaña. ¿Soy lo que creí o sólo un iluso? ¿Un vidente o un tragador de viento? ¿Un super-hombre o un *marchand de marrons?"* Y el mate y los famosos rosquetes le sabían a cuerno quemado.

Precisamente esa mañana, a las dudas y desazones ordinarias, añadíanse otros resquemores, motivados por un suelto que acababa de leer, donde se daba cuenta, sin comentarios, como si se tratase de un asunto baladí, de la aceptación lisa y llana de su renuncia a la presidencia del "Club Libertad", del que había sido fundador y principal columna. Aquella aceptación descortés parecíale una nueva ingratitud de sus correligionarios, que ya lo habían traicionado al proclamar a un Juan Lanas cualquiera candidato del club, de *su* club, a la representación nacional. Su bien escrita renuncia, el documento político, en el que valientemente le señalaba *nuevos rumbos al partido*, no mereció siquiera una nota de la Comisión directiva. Había para darse al diablo, y Temístocles lo hacía concienzudamente.

Cuando entró Amabí con el mate, pasóse la mano por la vasta frente con un movimiento rápido y enérgico, signo inequívoco de la tormenta interior, y dijo, tendiéndole el diario:

—¿Sabes lo que son mis amigos? Pues bien, ¡son unos reverendísimos puercos! Mira la manera innoble de aceptar mi renuncia. Pero están frescos si creen que me voy a quedar con la bofetada, que no es bofetada, sino patada de burro; se la devolveré, y con intereses y todo.

Dióle un formidable mordisco al rosquete que le alcanzó Amabí, y, con la garganta medio abrasada por el agua del mate, continuó:

—Aceptaré la proclamación de mi candidatura, que me ofrece lanzar un club de la opo-

sición aquí mismo, en el Durazno, y pronunciaré un discurso que les va a encender el pelo.

Amabí sentóse en el borde de la cama, enteramente cubierta de libros y revistas, y posó los ojos, grandes, un poco saltones y dulces como los de un borrego, en el rostro congestionado de su marido. Las venas dilatadas llenábanle a Tocles las sienes de prominentes ramificaciones y nudos por donde a ella le parecía que circulaban en tropel los más altos y pedagógicos pensamientos del mundo. Lo amaba no sólo con el manso cariño de la esposa, sino con el supersticioso respeto de la discípula hacia el maestro que todo lo sabía y todo lo explicaba. Con Tocles había cursado filosofía; ya casada, siempre que él disertaba, y lo hacía a menudo, parecíale a ella oír nuevamente las conceptuosas tiradas de su antiguo profesor, sobre si la evolución era una cadena o una espiral, la *finalidad sin fin* del arte, y la cuádruple raíz del principio de la razón suficiente. Aunque Amabí, a pesar de la pedagogía, era de condición simple y gozadora, sin asomos siquiera de las acrimonias y negruras de Tocles, creíase obligada a compartir o, por lo menos, a comprender las efervescencias morales de su marido, y por eso aguantaba las ventoleras y cavilosidades de éste con estoica resignación, aunque no sin fatiga, sin sentir a veces que el suelo le faltaba bajo los pies. Tanto razonar no la dejaba vivir. Tantos intrincados argumentos para cumplir los actos más comunes, y el aquel de ponerle a todo sonajas y cascabeles metafísicos, la mareaban; pero no se atrevía a decírselo, temiendo irritarlo y que la llamase

creta o braquicéfala, epítetos archidenigrantes que él tenía en la punta de la lengua y lanzaba como una excomunión, y a los cuales temíales ella más que al fuego[1].

Tocles dejó caer la cabeza sobre el pecho[2] y se puso a pensar en sus fracasos mientras escuchaba, como entre sueños, el batir de alas y la algarabía pajaresca del corredor y, juntamente, los lejanos ruidos que venían del campo: dulce mugir, blando balar, rumor de hojas, a las que se unía fraternalmente la monótona melopea del peón que araba, allí cerquita, acuciando a los bueyes con las mismas frases, prolongadas a modo de largo gemido. Repetía indolente: "¡Vamos, *Carpeeeta!*.... ¡Vamos, *Corbaaata!*.., ¡siga la marrrrcha!...", y había en su voz protesta y aceptación a la vez del duro destino del trabajador. De cuando en cuando, los horneros que habían hecho nido en las cornisas de las ventanas, lanzaban sus notas potentes y metálicas como las de un tenor. Después reinaban de nuevo los rumores musicales y las vagas sinfonías del campo[3].

A la izquierda de la cama había un armario de luna. Tocles tenía el hábito de contemplarse en los espejos y sostener con su imagen largos diálogos. Esa mañana se encontró más viejo y más cabezón. "Tienes treinta y nueve años, y sin llegar a ninguna meta vas perdiendo los pelos y las ilusiones. ¿Qué hice? ¡Nada útil! ¿Qué puedo hacer? Lo ignoro. ¿Adónde se fueron mis entusiasmos, mis idealismos, mis esperanzas? Tu alma, pobre diablo, se me antoja una vejiga desinflada. Todo era viento, sí; viento

tus aspiraciones superiores, viento tu altruísmo de parada, viento tus campanudas frases. Como a cada quisque, te guió el egoísmo, sólo que el tuyo, maleado por la literatura, fué obtuso; te hizo dejar el grano por la paja. Mientras los otros obraron, tu discurseaste; mientras los otros aceptaron modestamente las enseñanzas de la realidad, tu persististe en los desplantes librescos; mientras los otros medraron, tú hiciste el desdeñoso, y ahora te encuentras con las manos vacías, los pies fríos y la cabeza caliente. ¡Bonito resultado! ¡Ah!, ¡cuánto envidio el macarrónico evangelio de Mamagela, y cuánto bien me hubiera hecho no confundir los molinos con los gigantes, las Aldonzas con las Dulcineas, los rebaños con los ejércitos!" Y pareciéndole romanesco en alto grado aquel descontento de sí mismo, sin poder resistir, ni aún en tal ocasión, al amor de las frases, terminó recordando a Oscar Wilde: "Ahora sólo me resta la más profunda humildad".

Doña Ángela entró con el churrasco recién sacado de sobre las brasas.

—¡Aquí está el churrasquito, jugoso como breva madura y tierno como bizcochuelo! Pruébelo, y diga que no es bizcochuelo[1].

—Está riquísimo...

—Muchos así te harían falta[2] para curarte el *enteque* y hacerte pelechar. Pulpa gordita, madrugones y meneo: mientras estuvieras aquí debías seguir ese tratamiento, y no abrir un libro ni escribir una línea. Aire puro, sacudirse las pulgas al sol, y trotes y panzadas de ejercicio

para desapolillar los huesos; en una palabra, vida natural; tú no sabes lo milagrera que es. El caballo te haría mucho bien. Casualmente, el overo *rosao* de Goyo está pidiendo que le pongan el *basto.*

Las murrias de Tocles se disiparon. Contra lo que esperaba Amabí, su marido hacía muy buenas migas con doña Angela. El sanchopancismo y lenguaje pintoresco de la buena señora lo divertían y eran bálsamo de sus heridas, triaca de los líricos males que lo apenaban. Oyéndola discurrir con aquel su sentido práctico, craso, pero saludable, le parecía que se apeaba de las nubes y ponía las asentaderas en el pollino de Sancho. Y a tal punto subía su admiración risueña por los discursos de doña Angela, que a veces se repetía escuchándola: "¡Cuán consolador sería tenerla sentada junto a la cabecera del lecho en la hora suprema de la muerte!"

Esta inusitada confianza, resultado natural, empero, del infalible ascendiente de un carácter enterizo sobre otro fluctuante, inspirósela Mamagela a Tocles así que se conocieron, poco antes de las bodas de éste con Amabí. El le dió irrefragable prueba de ello al consultarla la víspera del casamiento, sobre un asunto tan delicado como escabroso. Ni con los miembros de su familia, ni con los amigos, habíase atrevido Tocles a franquearse; el hacerlo con la futura suegra, cuando apenas la conocía, fué el mayor testimonio que pudo darle de la alta estima en que tenía su discreción y buen juicio. Aconteció que un día, con grande misterio, Tocles le manifestó a doña Angela el deseo de hablar con

ella a solas. Alborotóse la señora, temiendo alguna desgracia o fatal impedimento que aguase la fiesta: inconfesable enfermedad del novio, repentina oposición de la familia, malos negocios; pero cuando supo que sólo se trataba de *estética nupcial,* según la expresión de Tocles, se le quitó un gran peso de encima, y diciéndose: "Ahí me las den todas", escuchó con perfecta calma. El profesor de filosofía habló así:

—Se trata sólo, doña Ángela, de una cosa baladí, casi ridícula a fuerza de ser nimia, y que, sin embargo, me llena de perplejidades. Yo, señora, no soy lo que se llama, con galicismo evidente, un hombre de mundo; he vivido quemándome las pestañas sobre los libros, en la austera y casta soledad de mi gabinete, e ignoro ciertas prácticas, ciertos detalles, insignificantes en sí, pero que tratándose de la noche de bodas, pueden tener, y seguramente tienen, capital importancia. Necedad sería despreciarlos. Aunque poco ducho en materia de faldas y galanteos, no se me oculta que una impresión desagradable, un pequeño desencanto de la novia, empaña a veces y pone en peligro la dicha del matrimonio. ¡Es tan frágil el alma de una niña, y tan vidrioso eso de la doncellez!... Y yo, como me caso, no así como así, sino para trabajar por la especie y cumplir los más altos destinos del hombre, quiero estar en todos los toques y no cometer torpezas que podrían ser fatales. Quizá le parezca inoportuno y poco hábil el que me dirija a usted en este delicado asunto, siendo, como es, la madre de la novia; pero qué quiere, doña Ángela, su carácter abierto y buen sentido me

inspiran grande confianza. Además, si por exceso de escrúpulos cometo alguna sandez, quedará en la familia; ya sabe usted aquello de que los trapitos sucios han de lavarse en casa... Por otra parte, usted conoce los gustos de Amabilia, y mejor que nadie podrá sacarme de apuros, que apuros son, no se lo oculto, los que estoy pasando.

Y como aquí se le trabase la lengua y no diese pie con bola, ella, creyendo adivinar la causa de tantas atribulaciones, quiso allanarle el camino e insinuó, maternalmente:

—Hijo mío, en estas cosas, que son muy delicadas, en efecto, lo prudente, siendo tú medio chapetón, es que te dejes de retóricas y te abandones al instinto natural. Pierde cuidado, él te sacará en ancas de esos apuros que dices.

Tocles, poniéndose como la grana y ofendido hasta los tuétanos en su amor propio masculino por el concepto de bisoño en que doña Ángela lo tenía, repuso vivamente:

—¡Oh! no, no es esa vulgar experiencia lo que me hace falta. Soy un hombre en todos sentidos y... en fin. Aludía a un simple detalle de indumentaria en la cual no soy muy fuerte que digamos. En pocas palabras, yendo al grano como usted quiere: no sé lo que es más correcto para la noche de bodas, si el uso de la camiseta o del camisón[1].

Mamagela abrió tamaños ojos.

—La camiseta es más viril —prosiguió Tocles imperturbable—, más cómoda; pero el camisón tiene sus partidarios, parece cosa de más elegancia y refinamiento. Añadiré que yo siempre usé

camiseta, entre otras razones, porque con el camisón me hago un lío y no puedo revolverme a gusto; pero en tan solemne ocasión dispuesto estoy a cambiar de vestimenta si a usted le parece que debo hacerlo así.

Conteniendo la risa que le retozaba en el cuerpo, respondió doña Ángela, insinuante y melosa:

—No, hijo, no cambies de costumbres: caballo que sacan de su trote, no tiene buen andar. El camisón es cosa mujeril. A mí te diré que me inspira horror. Una vez Goyo, de vuelta de la capital, se me apeó con uno lleno de colorinches y ringorrangos, y se lo hice sacar sopre tablas porque parecía una abadesa. Amabí te encontrará muy bien en camiseta; tú no tienes, a Dios gracias, vientre ni joroba que ocultar. Además, ella está acostumbrada a esa prenda; es la que han llevado y llevarán siempre, porque no son maricas, su padre y sus hermanos.

Aquí hicieron punto. Siempre que doña Ángela recordaba el grave discurso de Tocles y, sobre todo aquello de que se casaba para *trabajar por la especie,* se relamía de gusto cual si tuviera mieles en los labios. Y desde aquel día, cuando su yerno se lanzaba a disertar, empleando los rebuscados términos con que gustaba darles realce y ponerles copete a las frases, en los ojos goyescos de Mamagela brillaba una lucecita maliciosa.

La conversación de marras y otros detalles que observó en los pocos días que estuvo en la ciudad, le bastaron para formarse un juicio cabal del carácter, prendas morales y defecti-

llos de su yerno. De vuelta a "El Ombú", al despedirse de Amabí, le dijo entre dos suspiros y dos lagrimones:

—Si quieres ser feliz, no contraríes a tu marido jamás; síguele el humor y dale cuerda, pero las cuentas de la casa llévalas tú.

* * *

Amabí apareció conduciendo al peoncito de Primitivo, el otro yerno de Mamagela. Era aquél un indiecito de piernas arqueadas, por el uso del caballo, y gordos mofletes, dorados por el sol. Llevaba las bombachas arremangadas e iba en mangas de camisa y descalzo, pero, eso sí, muy limpio y con flamante pañuelo de seda puesto de *golilla*. Entró con el chambergo en la mano y el *rebenque*, de maciza argolla y ancha *sotera*, casi más pesado que él, colgando de la muñeca.

—¿Conque tú eres el nuevo peoncito de Primitivo? ¡Vaya un hombre! ¿Cómo te llamas?

—Dicen que Pedro — murmuró el chico, después de un grande esfuerzo de memoria, y clavó los ojos obstinadamente en las tablas del piso.

—¡Caramba! — exclamó riendo Mamagela — ¿dicen no más, no estás seguro?

—No, señora...

Doña Ángela tenía el prurito de conocer la vida y milagros de todo el mundo y no perdía ocasión de tomar lenguas e informarse de la condición y manera de vivir de los vecinos

particularmente, un poco por curiosidad y otro poco por lo que atañía a los *fiados* del almacén. Ella era la que establecía en un libro especial, biblia de Papagoyo, el crédito que le merecía cada uno.

—Yo nunca te he visto; ¿de dónde eres; quién es tu madre?

—Soy del Paso e los Toros, *pa allasito* e la estación, casa de la china Baldomera, pues[1]— respondió el indiecito, esta vez con lengua expedita.

Mamagela reflexionó breves instantes, y luego pegóse una palmada en la frente.

—¡Ah! ya sé; si no conozco otra cosa. Hace años solía trabajar aquí, por temporadas sólo, porque siempre andaba por tener familia o con mamón al pie. Deben de ser en el rancho una barbaridad de chicos. ¿Cuántos hermanos tienes?

El indiecito bajó de nuevo los ojos, vaciló, y de repente, como quien ve el cielo abierto, dijo:

—No los he *contao* ... — y sin duda pareciéndole el interrogatorio sobrado prolijo, agregó: —Dice don Primitivo que viene mañana a visitarla y elegir los carneros; que se los tenga bien tempranito en los *bretes*. Güeno, adiosito — y se escabulló sin más ceremonias.

Siguiendo el consejo de Mamagela, Tocles, que después del churrasco sentíase más animoso, se vistió y salió a dar un paseíto en el overo *rosao* de Papagoyo. Tan gordo y panzón estaba el crédito del comerciante, que la cincha le partía la barriga en dos. Al verlo Tocles, les explicó a doña Ángela y a Foroso, con grande abundancia de razones, sacadas de los tratados de jineta,



que no debía apretarse la cincha en la barriga, sino en los sobacos, a lo cual replicó el pardo que si así se hiciera con la montura nacional, ésta pronto se saldría por las orejas. A pesar de la erudición de Tocles, cuando llegó el momento de montar, tuvo Foroso que ayudarlo porque el bolear la pierna por encima del *recado*, sin tocar el anca, no estaba en los libros del profesor. Al partir, su suegra le recomendó:

—Fíjate en las haciendas[1]; verás qué lindas vacas y ovejitas tengo; también esas son bizcochuelo . . .

Pero Tocles tomó el galope, se engolfó en sus pensamientos, y galopando anduvo dos horas, sin ver ni oír nada.

IV

Primitivo, con ademán resuelto, quitóse el poncho y esparció la vista sobre los robustos lomos de los carneros, recién entrados a los bretes y todavía jadeantes y cubiertos de rocío. Venían del campo, de dormir al raso, y parecían conservar en la tupida lana algo de la frescura y del misterio de la noche.

Aún no había salido el sol. A lo lejos, las finísimas muselinas de la niebla descorríanse como un telón de fondo y dejaban ver en lontananza vagas cuchillas y melancólicos ranchos, pobres nidamentas humanas, semejantes a nidos de horneros, cobijadas siempre bajo el ramaje paternal de algún frondoso ombú. Las dispersas haciendas animaban el campero paisaje con las policromas notas de sus colores. Mugían los toros, balaban las ovejas, retozaban los corderillos — algunos tan tiernos y temblorosos, que no parecía sino que fuesen hechos de leche cuajada — y los gallos dejaban oír sus clarines victoriosos allá, detrás de los corrales, de donde en aquel instante iban saliendo, seguidas de sus crías, las vacas lecheras ya ordeñadas, para des-

filar poco después por delante de los bretes, una a una, a la misma distancia, en orden monótono y pueril, como se repite un chusco motivo de decoración en los frisos de los dormitorios infantiles.

Primitivo no reparó en la belleza ingenua del viviente cuadro. Admiraba los carneros, y los ojos le brillaban de satisfacción y codicia bajo las hirsutas cejas. "Si yo pudiera, tendría muchos así, ¡cosa rica! ... pero éste, ¡ah!, a éste me lo llevo ... si Dios quiere", se dijo, y arrancándose de pronto, antes de que los animales tuviesen tiempo de huír, agarró a uno de ellos de la pata.

Era un hermoso ejemplar. Tenía tupidísimo el vellón, ancho el lomo, amplio el pecho y las patas cortas y cubiertas de lana hasta las pezuñas. Así le gustaban a Primitivo los merinos. Cuidadosamente hundió los torpes dedos en la lana de la paleta, luego en la del costillar, después en la del *cuarto*, y, por último, arrancando con hábil y rápido movimiento algunas briznas del lomo, se puso a examinarlas al través de la luz, grave y silencioso.

—Buena *mecha* y buen *rizo* — aseveró por fin, y dirigiéndose a Papagoyo que lo observaba, sonriendo plácidamente, preguntóle:

—Y éste, ¿es de los *salaos?*

—Sí, no hay más que verlo; es de los *puros,* aunque criado a campo; *refugo* de la cabaña; pero hay otros[1] de menos precio.

—No, esta vez vengo con mucho coraje y es fácil que si no me asusta me *les pueble* a los de campanillas — expuso el paisano echándose a

reír con la risa picaresca y a la vez cándida del niño que celebra su propia travesura.

El patrón, medio escarranchado sobre la *batea* de curar, apuraba a largos sorbos el mate que él mismo se cebaba. Tenía la caldera junto a sí, y, de tiempo en tiempo, se paseaba con ella en una mano y el mate en la otra.

Un peoncito muy sucio y andrajoso, curaba los carneros picados. Sarnosos realmente, nunca los había en "El Ombú". Por la mechita de lana que despuntaba sobre el vellón o la húmeda huella que los animales al rascarse con los dientes dejaban en él, reconocía el muchacho a los enfermos. Sin apurarse poco ni mucho, ni salir de su mutismo, ni alzar la vista del suelo siquiera, los cogía por los cuernos y *haciéndoles colita* con suma gravedad, traíalos a la batea y colocaba sobre ella, vertiéndoles luego el remedio en la parte dañada, que refregaba después enérgicamente con una rasqueta de cuerno. Si hacía falta les cortaba las pezuñas y las *cascarrias,* pasándolos por último, a uno de los bretes más chicos, de piso de piedra *bocha* como los otros y cubierto, como todos, por el tupido ramaje de los tamarindos, que protegían bretes y corrales contra el sol y el viento.

—Así me gusta, Primitivo; adelante, siempre adelante.

Coligiendo éste que tales palabras ponderaban su ánimo, arguyó:

—Qué le vamos a hacer; hay que cinchar: el que no cincha, no arrastra.

Y contento ante la risueña perspectiva de adquirir algunos de aquellos lindos padres, sintió

irresistibles deseos de hablar, de abrir el pecho, explicándoles a don Gregorio y a Mador, acaso para adormir las dudas y escrúpulos que le andaban por dentro, las ventajas que le reportaría la adquisición de buenos reproductores Siempre que hacía algún fuerte desembolso creíase obligado a dar explicaciones. Primitivo era un hombre bueno y simple.

Entre tanto, Papagoyo examinaba con Mador la señal de la pieza elegida.

—Por ser para ti, te lo dejaré en cuarenta,— dijo después, volviendo a su batea y a su mate.

El paisano se puso a sacar cuentas. Su rostro cuadrado, de frontal estrecho y huído, nariz corva, labios pulposos y recios maxilares, adquirió una expresión casi[1] inspirada. El diario y encarnizado bregar por el mendrugo, sin otras armas que buenos músculos y firme voluntad, lo había hecho prudente y reflexivo. Sin embargo, al igual de las damiselas y gentes de fina inteligencia, solía ceder voluptuosamente a las tentaciones del deseo, pero sólo cuando se trataba de adquirir.

"La lana de cien ovejas", calculó decidido a convencerse, "pero en la mejora de la majada no más..., y en las crías, y algún carnerito que venda..." ; y, pasándose la *sotera* del *arreador* por detrás del cuello, propuso:

—Mire, don Gregorio, que es pa' un pobre. Si me los da a treinta y cinco, le llevo media docena.

Papagoyo, después de madura reflexión, aceptó por tratarse de un *miembro de la familia*, y, entonces, Primitivo, sin disimular su con-

tento, metióse otra vez entre los carneros. No sentía los pisotones de las hendidas pezuñas, ni los golpes de los retorcidos cuernos de aquellos animales torpes y asustadizos; apartaba a unos con un brusco empellón de la rodilla; hundía la mano experta en el vellón de otros y examinaba con ojo inteligente el tipo y las *arrugas* de los que estaban más lejos y que no alcanzaba a tocar. Y todo ello sin cesar de hacer reflexiones de conocedor, a las que Papagoyo asentía sonriendo:

—Ya creo...

—Es verdad...

Los ademanes mesurados del pulpero, las actitudes perezosas, la eterna sonrisa que florecía en sus labios, el dormido mirar y hasta los pantalones, que abrochaba por debajo del redondo vientre, todo en él respiraba calma, dulzura, beatitud. A pesar de los sesenta, conservaba el frescor del cutis y la expresión cándida del rostro; parecía un niño Dios encanecido. Su bondad y pachorra eran proverbiales; su falta de memoria también. A menudo vendiera por la mitad del precio los artículos del almacén, si Mamagela no estuviese a la mira siempre y le refrescase la memoria con un tirón de los amplios fondillos y la consabida advertencia: "¡Goyo, que te estás *pialando!*", hecha con mucho retintín. Pero, según doña Ángela, la seráfica mansedumbre del comerciante era sólo aparente. Aseguraba que de soltero había sido muy tronera y mujeriego, y que aún tenía un genio *bárbaro* ... cuando se enojaba. En prueba de este último aserto, mostrábales a los amigos la lanza

que hacía centinela a la cabecera del lecho conyugal, la que bien a las claras decía que no todo había sido evangélica dulzura en la vida del pacífico Papagoyo. Y, llevada de su inagotable labia, corríase a contar anécdotas de las verdes mocedades de su señor. Éste sonrojábase a veces, otras sonreía de amor propio satisfecho, pero nunca protestaba. Inspirábale su mujer cariño y respeto. Comprendía que doña Ángela era su providencia en el negocio como en todo lo demás. La pronta y firme decisión de que carecía él, le sobraba a ella, y como el resolverse por uno u otro partido se le hacía cuesta arriba aún en los casos más triviales, dejaba regularmente que ella lo hiciera, con lo cual le daba gusto, evitábase contrariedades, y todo iba de perillas. Sólo en una cosa no se sometía a la autoridad, por veces despótica, de la patrona, ni toleraba siquiera que le diese su opinión ni se inmiscuyese en nada de lo tocante a aquélla: la pesca[1]. Ahí no admitía más parecer que el suyo, y si le tocaban las cañas o los aparejos, poníase hecho una furia. Desde tiempo inmemorial, pescaba casi todos los días, y hasta la guerra en que sirvió por seguir a los amigos, cuando andaba por esas cuchillas de Dios con lanza y divisa blanca, no dejó de satisfacer su deporte predilecto En las penosísimas marchas de los ejércitos revolucionarios, casi a la vista del enemigo, que les pisaba los talones, solía Papagoyo apearse de la transida montura y echar el anzuelo al agua, atándolo previamente en el regatón de la lanza, que así era, ya arma homicida, ya caña de pescar.

Apenas Primitivo terminó de elegir los carneros, aunque tenía cuenta abierta en el almacén y cimentado crédito, dispúsose a pagar. Abrigaba temores, tan bueno le parecía el negocio, de que sobreviniese doña Ángela y lo desbaratase. Estaba contento, muy contento. "Ahora sí voy a adelantar rápido", díjose al tiempo de *volcar* el cinto, y, no obstante su alegría, sintió supersticiosa inquietud, y un cuerpo oscuro como el ala de un cuervo, le pasó por los ojos.

Camino de la casa, al atravesar los galpones, encontraron a Mamagela y Amabí, ocupadas en la amorosa tarea de darles de mamar a los *guachos*. Desde la memorable fundación de la cabaña, la patrona reservóse para sí aquel delicado cometido, que cumplía con solicitud maternal. En el rabo de un mate voluminoso había adaptado la industriosa mujer un pezón de goma, con lo cual quedaba convertida la nacional calabaza en pintiparada mamadera. Y ¿para qué más? Los guachos se prendían a ella con el mismo afán que a la teta de la madre.

—Mientras les doy de mamar — decía en aquel momento Mamagela, en cuclillas y rodeada de tiernos corderillos —, viéndolos tirar de la teta, como a ti y a tus hermanos cuando los criaba a mis pechos, que Dios me condene si no se me antoja a menudo que me baja la leche...

Papagoyo, Mador y Primitivo se acercaron a ella, y este último la saludó afable y respetuoso. Mamagela lo había sacado de pila y prohijado luego en su orfandad. Era, pues, dos veces su hijo, una por tenerlo ella en los brazos

al recibir el crisma baustismal, otra como yerno. Primitivo no olvidaba lo que le debía. Junto a ella, amén de desasnarse, aprendió a ser limpio, económico y trabajador. Y por más que todo ello fué a fuerza de coscorrones, porque doña Ángela tenía el genio pronto y la mano expedita, no dejaba de reconocer el beneficio. La quería de la entraña, aunque con afecto tímido y reconcentrado. No obstante andar rayano en los treinta, seguía pidiéndole la bendición como de pequeño.

—Y cómo es eso, ¿tu mujer no viene?

—Sí, señora; viene más atrás, yo me adelanté para apartar los carneros — luego, mostrando la doble hilera de sus dientes, chatos y amarillentos como viejas teclas, añadió: —¡Que los cumpla muy felices!

Y en comitiva, charlando y haciendo inteligentes reflexiones sobre la calidad de los animales, empezaron a recorrer las diversas reparticiones de la cabaña. Mamagela mostraba la producción de "El Ombú" rebosando orgullo, y Primitivo se llevaba las gordas manazas a la cabeza en señal de admiración. Delante de las borregas, premiadas en las últimas Exposiciones, y los carneros preparados para la venta, se detuvo embebecido; y sus ojos, cuyo mirar firme era como un golpe de maza, brillaban tiernos y codiciosos.

—¡Qué arrugas! ¡Qué lana de animales! ¡Bendito sea Dios; si da gloria mirarlos!

—¡El vellón de éstos, *pesa y no brinca!* — observó Papagoyo, que iba detrás de todos, sin abandonar la caldera ni el mate.

Mamagela, aprovechando la coyuntura que se le ofrecía de colocar el artículo, dijo:

—Un par de carneros así te harían falta para adelantar pronto. Debías formar una majadita *tipo*, y de ella sacar los padres que necesitaras para las majadas generales; así no tendrías que comprarlos, y te saldrían más en cuenta. Quítale la manta a ése, Mador. ¿Qué tal? ¡Mira qué *corbatas* tiene en el pescuezo! ¡Qué arrugas en las costillas! ¡Qué galletas en el anca, y qué lana...! Es crema fina. Anímate a meterle el diente. Me gustaría que tan precioso animal no saliese de la familia.

Ganas no le faltaban a Primitivo; se relamía de gusto; pero recordando los rumores de revolución que corrían, reportóse y su rostro se entenebreció repentinamente.

—Le tengo miedo a las *revueltas;* ¿será cierto que por Cuadra andan agarrando gente y *arreando* caballadas? ¡Cuándo nos dejarán tranquilos!

Era el grito desesperado de los estancieros, víctimas de las agitaciones políticas y los desmanes de las hordas partidarias[1]. Los rurales vivían temblando. Periódicamente, el país entero se agitaba en hondas convulsiones; los gauchos huían a los montes, emigraban del país, después de haber liquidado a vil precio vacas y ovejas, o engrosaban las filas revolucionarias, la mayor parte de las veces, no por ardiente partidismo, sino para escapar a las *levas* del Gobierno; la labor nacional se interrumpía; a las efervescencias políticas seguía el tumulto de las armas, y empezaban las incursiones de los bár-

baros con divisa blanca o con divisa roja. Los ejércitos, las huestes vandálicas, eran como mangas de langosta que lo asolaban todo: llevábanse los hombres y los caballos, destruían los alambrados, quemaban los montes, diezmaban las haciendas. El respeto de la vida y la propiedad, fundamento y sostén hasta de las más precarias civilizaciones, desaparecía, y en un desate de instintos feroces, todo tornaba a la barbarie. Tal era el precipitado de la política nacional, política de sablazos y discursos, grotesca política de analfabetos y leguleyos. La eterna querella de los partidos tradicionales, o mejor dicho, la lucha de ambos por el Poder y la privanza, bien que idealismos ornamentales la disfrazasen, no tenía otra solución que la guerra civil, fruto indigesto del árbol democrático crecido en yermas tierras ideológicas y no disciplinado por la mano dura de la *grande razón*. Según aseguraban los gerifaltes de la cosa pública en muy peinados y conceptuosos discursos, la guerra era necesaria para salvar los principios, las libertades, los derechos y organizar constitucionalmente la vida de la nación. Entre tanto, empezaban por arruinarla y ponerla en peligro de muerte. Mas, caso peregrino y gracioso: a pesar del trasnochado racionalismo de los doctores y las truculencias caudillescas, el país prosperaba, gracias a que las energías productoras y la evolución de los intereses iban estableciendo las eternas jerarquías y el orden supremo allí donde los políticos ponían sólo farragosa confusión.

* * *

En el atisbadero de Mamagela formóse animada tertulia. Circuló el mate amargo y también el dulce, y no faltaron los buñuelos recién sacaditos de la sartén, amén de rosquetes y bizcochos.

—El Gobierno tiene la culpa de lo que sucede; si repartiera las diputaciones, las jefaturas y los puestos públicos con equidad entre blancos y colorados y les diese a todos una parte en la pitanza, se acababan las revoluciones — arguyó doña Ángela, cruzando las manos sobre el vientre.

Siguiendo el hilo de sus preocupaciones habituales y como para asentir a lo que aseguraba doña Ángela, dijo el paisano:

—Debían arreglar los caminos.

—¿Están feos?

—¡Feazos!...

Luego preguntó Papagoyo:

—Y ¿qué te parece, Primitivo, lloverá o no lloverá? Ayer, al entrar el sol, se formó una tormentita... pero no hubo nada.

Primitivo levantóse y consultó el cielo; Mamagela hizo lo propio y le pegó dos golpecitos al barómetro. Después, suegra y yerno cambiaron una mirada descorazonada y tornaron a sentarse.

—Sin embargo, los manantiales *venían reventando* — observó éste último.

—El tiempo anda como maleta de locos —afirmó aquélla.

—Así es — asintió Papagoyo.

Después de algunos instantes de silencio, éste volvió a las preguntas.

—Allá por tus pagos, ¿hay mucha seca?

—Mucha.

—¿Y langosta?

—También.

—¡Estamos frescos! — interrumpió Mamagela, y se enredaron en una larga plática sobre las tres clases de langosta: la voladora, la saltona y la criolla. Después hablaron de las esquilas, del precio de la lana y de los capones, del engorde tardío de las invernadas y de si el caudillo Saravia se *levantaría* o no se levantaría.

El sol rajaba la tierra, los pastos amarilleaban, las flores desmayábanse en sus tallos. El aura que venía de las praderas abrasadas, era como el aliento cálido y podre de un enfermo. Los azules crudos y los blancos lechosos del cielo cegaban, y la reverberación de la luz hacía ver los objetos cual si metidos estuvieran en una redoma de cristal ardiente. Los poros de la piel se abrían y por los rostros congestionados corría el sudor. Algunas gallinas buscaron refugio en la sombra de la glorieta; un perro, cubierto de moscas, dormía sobre las baldosas del corredor.

Papagoyo pensaba que las perspectivas poco halagüeñas de la *zafra* de lanas determinarían acaso a su yerno a vender barato.

—¿Ya concluiste la esquila? — le preguntó.

—Ya.

—¿Y cuánto pides por tu lanita, al barrer?

Primitivo mondó el pecho y púsose grave.

—¿Cuánto me da? — interrogó a su vez al cabo de algunos instantes, sin sacar la bombilla de la boca.

Papagoyo paseó los ojos dormidos y turbios por el suelo, y aseguró, tragándose las palabras:

—Estoy pagando treinta y dos reales.

—Está bueno... es poco — objetó el paisano; ayer me ofrecieron treinta y cinco y no quise *largar*.

Entonces terciaron en la discusión que siguió, Mamagela, Mador y la propia Amabí.

Generalmente, no tan animados eran los paliques de Primitivo con los suegros. Cuando no estaba presente doña Ángela — la más campechana y decidora—, aunque hablase de negocios con Papagoyo, la conversación reducíase a un intercambio de cortas preguntas y monosilábicas respuestas. A ambos se les hacía cuesta arriba exteriorizar lo que pensaban, por apatía natural Papagoyo, por torpeza Primitivo, además que ninguno de los dos tenía muchos pensamientos que formular. Cuando el yerno llegaba a la pulpería, el suegro, muy comedido, lo hacía entrar al interior del almacén por una puertecilla practicada en el mostrador — que era de los de barrotes de hierro hasta el techo—, lo invitaba a *tomar* asiento y le ofrecía un mate. Primitivo colgaba el sombrero por el *barbijo* en el respaldar de la silla; ponía el rebenque de plata en el suelo y *mateaba* en silencio, contemplando distraídamente los artículos de las vidrieras y los recados, botas, *pellones* y cacharros

suspendidos de los tirantes. Al cabo de las horas mil, decía el pulpero cruzando la pierna y como si comentase algún diálogo interrumpido:

—¡Sí, señor!...

A lo cual el yerno respondía en el mismo tono y haciendo el mismo movimiento:

—¡Es verdad!...

Y eso era todo; luego volvían a descender al pozo oscuro de aquel mutismo sin pensamiento ni ensoñación.

Pero ese día hubo elocuencia de sobra, porque Tocles se incorporó a la tertulia, tomó la palabra y disertó con estilo pródigo y brioso sobre los caudillos y las anteriores revoluciones, que llegaban a cuarenta y tantas, y los problemas políticos de actualidad. No obstante su propósito de ser parco en palabras y ademanes y renunciar al prurito vanidoso de hacerse admirar de todo bicho viviente, íbasele la mula al prado retórico con harta frecuencia. No podía remediarlo: la necesidad fisiológica de extender sus dominios espirituales en la conciencia de los otros por medio de la palabra, lo enfiebrecía. Primitivo lo escuchaba estupefacto; jamás había oído pieza oratoria tan raudalosa ni párrafos tan crespos. El esfuerzo de atención que se veía obligado a hacer para seguir el vuelo mental de Tocles, la abundancia de ideas, los puntos de vista múltiples lo mareaban, y pronto empezó a dar señales de fatiga y aún de sufrimiento. Tenía la frente rugada y parpadeaba sin cesar. Papagoyo y Mador admiraban sin comprender; Amabí observaba a todos con manifiesta inquietud; sólo Mamagela parecía realmente embelesada y son-

reía más con los ojos que con los labios. De vez en cuando, un temblor convulsivo le agitaba la redonda y jovial panza.

En tal punto llegó la mujer de Primitivo. La recibieron con ruidosas exclamaciones, besos y abrazos. En medio de la algarabía de voces oíase la de Celedonia, hosca y hombruna. La hija mayor de doña Ángela era como la caricatura de ésta. Tenía las mismas facciones, pero groseramente abultadas; la misma resolución y voluntad firme, mas sin maña ni propósito inteligente; el mismo género de gracia, pero sin mesura, fineza, ni don de oportunidad. Así resultaba disparatada y mamarrachesca, cuanto doña Ángela reflexiva y donosa. Cuando reía, desarticulábanse las mandíbulas; cuando hablaba, era como si echase a vuelo las campanas. Todo en ella, por su condición excesiva, parecía brusco y como sacado de quicio: el gesto, el andar, los ademanes. El pergeño dejaba también mucho que desear. Las polleras se le bajaban, el corsé se le subía, y nunca pudo ponerse prenda que se estuviese queda en su sitio. "No *caprichea*", decía doña Ángela para disculpar la poca coquetería de Celedonia. Lo cierto es que le faltaban las gracias de la mujer y le sobraban los arrestos masculinos. En los melindres del bello sexo y el emperejilarse quedó siempre muy mal parada, pero en las faenas rudas, y en lo madrugadora, dábales cruz y raya a todos los de la familia. Nadie tenía la boca más descosida y sucia que ella, si se le iba el santo al cielo; pero nadie tampoco le echaba la zancadilla en muñecas firmes para tirar de la teta, ni en

puños recios para dejar como un guante la masa en un par de estrujones. Con todo, aquella virago, no obstante las apariencias, era muy fundible y tentada de la risa en materia de amores. Muchos tuvo de moza que pusieron en mayúsculos aprietos su honestidad, porque tan blando tenía el corazón y tan poco sabía resistir a las seducciones masculinas, que, no bien le hacían algunas carantoñas, ya estaba dispuesta a otorgar sus favores y acudir a las peligrosas citas del maizal. Y de nada servían sermones ni vapuleos. Mamagela, que por tal causa sufrió muchos dolores de cabeza, explicaba el caso diciendo que Celedonia "no podía con la naturaleza", y esta consideración la determinó a casarla cuanto antes con el primero que se presentara, trayendo honradas intenciones, que fué Primitivo. Es decir, él no se presentó; fué ella quien, con mucha maña, empezó a ponderarle las virtudes de su hija para el gobierno doméstico y a metérsela por los ojos, desde el punto y hora en que, por el número de ovejas que esquilaba, dió en la tecla de considerar a su antiguo peoncito como un excelente partido para aquella muchacha que a gritos estaba pidiendo casorio.

—Creíamos que no llegabas—le dijeron.

Celedonia explicó lo que le había sucedido.

—*Rodé* y disparó el *matungo*. Ya se lo he dicho a este cristiano: es muy rodador el *pangaré;* en caminos como la palma de la mano clava el pico. ¡Y cómo no, si tiene unos *porongos* así!..

Primitivo objetó que la culpa no era del caballo, sino de Celedonia, que se dormía, y al atravesar los pasos feos, dejaba que el *pangaré* viejo se fuera de narices.

Luego Celedonia habló de sus quehaceres. Dijo que los últimos quesos se le habían *pasmao*[1] y que tenía mucho que coser, zurcir y remendar. Concluyó asegurando, tímidamente, que venía resuelta a comprar una máquina de coser; tímidamente, porque doña Ángela era acérrima enemiga de ellas. Les imputaba el crimen de destruír el espíritu de familia. Y tanta era la inquina que les tenía, que allá en sus mocedades, y en su pueblo, publicó en el periodiquín de la localidad y en colaboración con doña Mariquita, un artículo que se titulaba así: "De la destrucción de la familia por la máquina de coser". Sus hijos le habían oído decir repetidas veces, con mucho fruncimiento de labios, gestos y manoteo:

—"En los buenos tiempos de mi madre, que Dios tenga en su santa gloria, los lazos de la familia eran más apretados, y ¿por qué? Porque no existía la máquina de coser. Ciego, ñato e incapaz de cristianos sacramentos es el que no lo vea. Escuchen y se convencerán. Nuestras amigas del pueblo venían a casa todas las tardes, después de la siesta, con sus almohadillas, costuras y enseres de bordar. Micaela Cortina llegaba la primera, el bastidor debajo del brazo. ¡Qué dedos los suyos para el *cribao*, el *deshilado* y los *festones!* La seguían Pepa y Lola Oregón, muy duchas en todo lo que fueran jaleas, dulces caseros y golosinas de esas que cuestan poco y la dejan a una relamiéndose los labios; des-

pués llegaban Mangacha Umarán, la más oronda y peripuesta, mujer de respeto y buen consejo; Patricia Pérez, con sus hijas, que bailaban el pericón, como dos ángeles; Severa Cuenca, de origen andaluz, alegre y picotera, pero muy mentirosa, y, por último, cuando sus muchos quehaceres se lo permitían, caía a las reuniones, trajeada con mucha humildad, pero también con muchísima limpieza, Juana Pintos, que, para bandearse en los malos tiempos, solía vender huevos la pobrecita... Mujer más buena y honrada no la ha habido bajo el sol. Nos reuníamos en el comedor, y cada una se dedicaba a sus labores mientras el mate, de boca de plata y oro, que cebábamos Jua y yo, corría de mano en mano. Sobre la mesa se ponían, para regalo de todos, bizcochos y rosquetes, y también *El Eco Carolino* y *La Revista de Ultramar*, que leíamos en voz alta. A veces le metíamos el diente a las primas con que aquella revista obsequiaba a los suscriptores, como *La Bella Platera*, que tanto nos deleitó; pero, por lo general, no había más lectura que la del periódico del pueblo, la cual no duraba mucho ni nos divertía gran cosa. Comentábamos lo leído, charlábamos alegremente y trabajábamos de lo lindo: sabroso mate y rico rosquete, genio alegre y lengua viva, puntada larga y buen tirón. Aquello era el Paraíso de la familia. Nos desasnábamos y ayudábamos mutuamente; no hacíamos nada sin consultarnos; juntas íbamos a los bailes y a los velorios; juntas llorábamos y juntas reíamos, y así, las penas y los trabajos nos afligían menos y las alegrías se nos antojaban más grandes. ¿Era eso,

sí o no, apretar y echarle nudos *potreros* a los lazos de la familia? Pero, amigo, un buen día aparecieron las máquinas de coser, prurrrrm..., con el ruido, imposible hablar; se desgañitaba una y nadie entendía jota: se acabaron las reuniones y el holgorio, la buena chupetada y el buen humor, y se acabó la familia".

Pero en aquella ocasión, Mamagela se abstuvo de protestar, porque en la pulpería se vendían las famosas máquinas de coser.

Pasaron al comedor, que se conservaba cerrado y a oscuras para que no entrasen el aire caldeado de fuera ni las moscas. La sopa humeaba sobre la mesa, cubierta de hule blanco; blancas eran las paredes, con algunos cartelones colgados aquí y allá a modo[1] de adorno; blanco el techo. El piso de madera, lavado a diario, resplandecía de blancura como el mantel, los muros, el techo y los dientes de las mulatas, las cuales, muy cuadradas, sonreían, con un lazo celeste en las motas y una blanquísima servilleta al brazo. Oíase el tic tac de un reloj de pared. La estancia estaba fresca, y lo parecía más porque la fresca y nívea cuajada, en una ancha sopera, temblaba sobre el aparador.

V

Al tranco, por lomas y por llanos, avanzaba Primitivo hacia su casa, deteniéndose de trecho en trecho junto a los arroyos o al pie de las cuchillas para darles respiro a los carneros. Con la pierna derecha cruzada sobre el cuello del caballo y echando humo por boca y narices, hacía toda suerte de alegres planes y dejaba vagar libre la imaginación hasta sentir que le producía mareos el generoso mosto de la dicha.

Las ovejas suyas no eran de buen origen, pero a fuerza de cuidados había podido mejorarlas un poco; con la cruza de sangre rica que les iba a dar, esperaba obtener rápidos progresos. Y sonreía placentero. Luego se puso a recordar con fruición, como quien goza del amor de la lumbre después de haber estado al frío luengas horas, las penurias pasadas para reunir el modesto capitalito de que era dueño, libertarse de la esclavitud del *conchabo* y trabajar por su cuenta. ¡Trabajar por su cuenta, ensueño feliz! Con la vista clavada en los rugosos cogotes de los carneros, veíase niño, siguiendo el paso de la verde carreta de "El Ombú". El monótono

rechinar del eje lo hacía dormir sobre el petizo, rodilludo y chueco. ¡Cuántas mañanas heladas! ¡Cuántas noches al raso! ¡Cuántas horas hundido hasta la cintura en el barro para libertar las atascadas ruedas en un *paso feo!* Veíase luego garrido mozo, trabajando *por día* en lo que saliera: yerras, acarreos de tropas, esquilas; después hombre hecho, empleado de *puestero* en la estancia de los "Tapes", y, por último, arrendatario y dueño de una majadita, de *su majadita*, linda y próspera gracias a los cuidados casi[1] paternales que él le prodigaba. Primitivo sabía trabajar Cuando un borrego extraviado de la madre amenazaba morirse de hambre y frío, cobijábalo debajo del poncho y se lo llevaba al rancho; allí, al calor del fuego, lo hacía revivir dándole frotaciones y leche con caña; esta operación la hacía, no por azar, sino con frecuencia, y por eso siempre andaba en las casas rodeado de una buena cantidad de *guachos* que lo seguían, brincando de contento, como antes a la madre, en la luciente pradera. Primitivo los acariciaba, les quitaba los abrojos y, por las tardes, se iba con ellos a la laguna, para regalarlos con el sabroso verde de las orillas. Los traviesos animalitos parecían agradecerle esto último sobre todo. A la vuelta, se le metían por entre las piernas, mordíanle las bombachas o le interceptaban el paso, plantándose delante de él, con los grandes ojos llenos de luz y alegría. Y Primitivo, viéndolos medrados y lozanos, sentía un goce purísimo, plácido y tan hondo, tan hondo, que a veces le dilataba el fornido pecho, del que salía el ás-

pero vello por entre la camisa abierta, como una mata de enredado trébol. Revisando la majada, si veía algún cordero débil y canijo, volteaba a la madre para abrirle con un alfiler gordo la teta que, de seguro, tenía obstruída; en los temporales, encerraba la majada en los bretes; librábase del azote del *zaguaipé* y de la lombriz, haciéndoles lamer a las ovejas en todo tiempo piedras de sal, y en la canícula, cuando la híspida flechilla enceguecía a los borregos, veíase a Primitivo pastoreando la majada en las alturas o en las costas de los arroyos limpias de pasto alto, y sus corderitos conservábanse tan hermosos...

Lo distrajo de sus pensamientos un hombre que, a galope tendido, avanzaba hacia él. Cuando estuvo cerca: "Es mi hermano, ¿qué tripa se le habrá roto?", preguntóse, y, al verlo tan *paquete* y presumido, reflexionó. "Eso sí: aunque no trabaje y ande de *agregao* de estancia en estancia, nunca le faltará un peso en el *cinto*, ni puñal de plata, ni rico *apero*, mientras que yo.. ¿Quién estará en lo cierto?" Y echándose el sombrero sobre los ojos, esperó.

El hermano de Primitivo era el modelo del gaucho taimado y peligroso. Tenía el rostro huesudo, *aindiado*, sin pelo de barba y, como el *charque*, estirado y seco; la mandíbula inferior, ancha, al modo de los perros de presa, los ojos gitanos y la mirada traidora. A pesar de ello, cuando enseñaba los dientes, regulares y blanquísimos, resultaba simpático. Jaime no había trabajado nunca y despreciaba a los que lo hacían. A las patas de los caballos, a la *taba*

y los naipes solía encomendar su suerte cuando no *andaba hablando gente* para la próxima trifulca u ocupado en alguna misión peligrosa. Titulábase capitán de los blancos, y, entre los suyos, gozaba fama de hombre avispado y de pelo en pecho. A esta reputación debía quizá su buena fortuna con las mujeres, de las cuales se dejaba socorrer sin mayores escrúpulos cuando la caprichosa suerte le volvía las espaldas en la carpeta. Siempre vivía *arrimao* a alguna viuda adinerada, que invariablemente dejaba pobre y encinta. Por lo demás, no era hombre que lo achicaran penas y ahogos. Las épocas más calamitosas no agotaron los expedientes que para vivir tenía, ni hubo tiempo, por malo que fuera, que lo despojase de las *pilchas* de mozo paseandero, ni lo apeara, con reveses, de su altanería y presunción. Era enjuto de carnes, alto, fino, derecho de piernas, quebrado de cintura y salido de pechos; parado adoptaba, sin querer, posturas gallardas, casi provocativas, y parecía a todos, a pesar del empaque soberbioso, tan abierto y jovial como reservado y saturnino su hermano. Con tales prendas, reputación de travieso y gentil apostura, se hacía respetar del gauchaje y no dejaba títere con cabeza entre el chinerío de *rabo alzao,* según la pintoresca expresión de Mamagela, que lo conocía y apreciaba por su picardía y talento natural.

Los hermanos se detestaban; por sus venas corría sangre enemiga. El padre de Primitivo, vasco pacífico y trabajador, había muerto con el alma llena de odio hacia el hombre que le

robó traidoramente mujer y hacienda. Fué éste el padre de Jaime, quien, como el hijo, tampoco conoció nunca el yugo del trabajo, ni comió pan ganado con sudor, y cuya divisa: "Aire puro y carne fresca", famosa en los campamentos, decía sin subterfugios lo que pensaba y a lo que iba a la guerra. Los cachorros sacaban las manchas de los progenitores. Uno poseía las mansas virtudes de las razas domesticadas por la necesidad, el trabajo y la obediencia; el otro, los hábitos del *milico* en tiempo de guerra, la astucia del perseguido matrero y la filosofía del gaucho *gaucho*. Indomable aversión los separaba. De chicos vivieron siempre moliéndose a golpes. Jaime, querelloso y busca pleitos, no dejaba tranquilo a su hermano mayor; éste era muy pacienzudo y tolerante, dejábase maltratar, huía al campo por no reñir; pero cuando se le subía la mostaza a las narices, atropellaba con furia de loco, y a puñetazos y coces habría acabado con el pendenciero si no se lo sacaran de entre las manos. Los azotes eran para él, los dulces para el otro.

"Trae el caballo *cansao*... ¿Qué buscará este peine? Como no me pida plata..." —pensó Primitivo alargándole la punta de los dedos.

Efectivamente, Jaime venía a pedirle dinero para la revolución, próxima a estallar. Como Primitivo se resistiera, el revoltoso aseguró para amedrentarlo:

—A los que no nos ayuden les vamos a carnear de lo lindo.

El paisano no respondió.

—¿No oís?

—Sí, oigo.

—¿Y?...

—Nada, a mí me cuesta mucho lo que gano para regalarlo.

—Siempre roñoso y chancleta — murmuró el indio.

Primitivo hizo un movimiento de cólera y miró a su hermano fíjamente; luego, volviendo los ojos hacia los carneros, rascóse la cabeza, recogió velas y se puso a silbar.

Jaime sonrió despreciativamente.

—Al menos *préstame* tu caballo — repuso luego—, el mío está *aplastao* y me vienen persiguiendo.

Primitivo, sin responder, apeóse y empezó a desensillar.

—Adiós; si te pasa algo malo, no digas que no te avisé — agregó Jaime, al partir.

Un tanto inquieto siguiólo Primitivo con la mirada hasta que jinete y caballo desaparecieron en una vuelta del camino, y de nuevo se entretuvo en examinar los carneros y compararlos entre sí. "No digas que no te avisé..." ¿Qué habrá querido decirme con eso? — preguntóse algunos momentos después, asaltado por la extraña inquietud de antes; y volviendo repentinamente a sus reflexiones de ganadero, afirmó: "El más petizo es el mejor".

Cuando el sol empezó a apretar de firme, dejó que los carneros se echaran, sacóle el freno al caballo para que comiera, y se dispuso a asar el churrasquito que traía entre los *pellones*. Hizo con el cuchillo un hoyo en la tierra, lo llenó de bosta seca y dióle fuego. Una colum-

nita de humo se elevó recta y ligera, rematando luego en una especie de triple aro o movible aureola; semejaba la flor de una planta acuática meciéndose sobre el esbelto tallo. "Sí, no hay que darle vueltas; el más petizo es el mejor'", repitióse Primitivo, y sentándose con las piernas cruzadas adelante, sacó la tabaquera de goma y el librillo de papel Duc.

En todo lo que abarcaba la vista no se veía ninguna población, ningún árbol. El campo ondulaba suavemente, reverdecido por las fecundas lluvias de la fecunda primavera. Sólo allá, muy lejos, rompía la regularidad monótona del paisaje vigorosa loma donde el verde resplandecía con el fuego de los diamantes del Brasil, y a trechos cambiaba de entonación, haciéndose más sombrío o más claro y luminoso, pasando de las tintas límpidas de la esmeralda al verde lechoso de los cardos, al verde anémico del *caraguatá* y de éste a los cambiantes metálicos del colibrí. Por entre opulentos camalotes se alcanzaba a ver la plata bruñida de un arroyo. Cuando opaca nube interceptaba el sol, la cuchilla y el llano languidecían: el verde luciente tornábase mate y sucio como la cáscara de la sandía, y la bruñida plata, plata oxidada; luego, al resplandecer el astro magno, todo parecía verse de nuevo al través de finísimo polvillo de oro.

Primitivo, absorto en la contemplación del viviente cuadro, experimentaba emociones tan puras e intensas que parecían aumentarle la salud del alma y del cuerpo y dilatarle la vida más allá de la vida.

¡La existencia dichosa!

En el alma rústica del paisano brotaban ternuras y oraciones de gracias que le humedecían los ojos. Primitivo era un hombre ingenuo. "Sí, sí; todo irá bien. Dentro de poco compraré el campito y haré mi casita... si Dios quiere..." Y se echó a reír como un tonto. Mas de súbito y sin saber por qué, las palabras ambagiosas de Jaime le cruzaron por la mente, y entonces la risa se le petrificó en los pulposos labios. Los grupos de gauchos que pasaban a galope, algunos con caballos de tiro o *tropillas* por delante, y los alambrados cortados que había visto, contribuyeron a inquietarlo. Aquel afanoso ir y venir de gente y arreos de caballadas eran signos ciertos de revuelta. Primitivo empezó a temer que alguna partida de forajidos le quitase el caballo y lo dejara a pie, como le había acontecido ya en cierta ocasión. Pero no sucedió así, y al atardecer, aunque no sin susto, pudo llegar a "Los Abrojos", guarida del coronel Pantaleón, el caudillo blanco del pago.

"Los Abrojos" merecían el nombre: alrededor de las casas, grupos de edificios, de material unos, de terrón o cinc otros, dispuestos todos sin orden ni concierto, crecían cardos, ortigas, abrojales y espinosas malezas. La legendaria incuria criolla reinaba allí, sin atemperante alguno, como la suciedad en una toldería de indios. Por dondequiera[1] veíanse latas despachurradas, alpargatas rotas, huesos dispersos y carroñas pudriéndose al sol. En cambio, los árboles escaseaban; sólo había por junto dos ombúes, en los que, a falta de mejor cobijo,

hacían noche las gallinas. Contra la costumbre paisana, las poblaciones, cercadas por hostil alambrado de púas y defendidas por media docena de bastardos mastines, rabones unos, coludos otros, pero todos fieros, se elevaban, no en las alturas, sino en el bajo, entre el arroyo de esquivo monte y la aspereza de la sierra, señoreada aquí y allá por inhospitalarios *talas y espinillos.* Al pie de dos de ellos, en lo más encumbrado de la eminencia, divisábanse, puestos sobre las piedras, algunos ataúdes sórdidos y toscos, hechos con tablas sin cepillar; guardaban los restos de los leales de Pantaleón, muertos con las armas en la mano en los ataques nocturnos, sorpresas y asaltos que había sufrido en otros tiempos la madriguera del caudillo. Mientras éste escapaba a uña de caballo y corría a reunirse con los suyos[1], levantados en armas o en vías de hacerlo, los *muchachos* defendían *los pasos,* y, a veces, morían en la contienda. Era la consigna, y la cumplían, no ya con bravura y espartana serenidad, sino con alarde heroico y criollo desamor al pellejo.

Cuando Primitivo llegó al lo alto de la siniestra cuchilla y pudo divisar el paisaje bravío y montuno de "Los Abrojos", confirmóse en las sospechas que lo amedrentaban. Detrás del monte vió una gran cantidad de caballos *pastoreados* hasta por una veintena de hombres; junto a las casas, grupos de gente armada y caballos ensillados, y, de trecho en trecho, a lo largo de la cuchilla, más hombres aún, tendidos en el suelo boca abajo, oteando el horizonte.

—¡Qué fiera[1] se está poniendo la cosa! —murmuró Primitivo, y siguió avanzando con sus carneros hacia las casas. Nadie le interceptó el paso.

Sólo, debajo de la enramada, con el caballo de la rienda y los brazos cruzados sobre el *basto*, la cabeza apoyada en los brazos y el chambergo sobre los ojos, atisbando la sierra, estaba el coronel Pantaleón, de poncho puesto y espuela calzada.

Era el coronel uno de los señores feudales de la campaña, que, de tiempo en tiempo, se levantan en armas contra los Gobiernos constituídos, cuya autoridad no reconocían ni aún en la paz. Desde la turbulenta época del gran Aparicio, había tomado parte en todas las revoluciones por compadrada y salvaje instinto de rebeldía contra la ley primero, por compromisos y odios partidarios después, y sus cargas de lanza, arremangado de brazo y pierna[2], marchas fabulosas de cuarenta leguas en una noche, y travesura en la guerra de recursos, habíanle dado grande prestigio entre los criollos de cintillo blanco, y rodeaban su nombre bélico y sonante de una aureola de heroísmo gaucho y autoridad cimarrona, la única que el paisanaje, enemigo de la regla urbana, acataba de buen grado.

Como planta indígena del medio criollo, poseía Pantaleón las virtudes y los vicios que el ambiente producía y corroboraba la enjundia charrúa de la raza. Heredero legítimo de los caudillos históricos, que en el dramático choque entre los principios abstractos y los inte-

reses nacionales representaron a éstos, como los doctores a las doctrinas extranjeras, encarnaba en cierto modo, aunque él ni por asomos lo sospechase, acaso el individualismo anárquico del hidalgo, quizá los derechos de la pasión y la ley natural del cacique frente a la regla civilizada, tal vez el instinto vital y castizo del terruño contra la cultura exótica y el racionalismo prestado del Gobierno. Y al modo de sus antepasados, en la anarquía de las pasiones desatadas, era un elemento de orden; en los regulares casilleros de la vida laboriosa no tenía encaje: semejaba bárbaro residuo de otra edad, si bien pintoresco y hermoseado por la poesía melancólica de las cosas llamadas a desaparecer... Sensaciones dolorosas o vagos presentimientos, le anunciaban el término de su reinado y de su raza. El ambiente cambiaba; el gaucho de alma potra desaparecía de las estancias junto con las boleadoras y el lazo; los ganados finos desterraban a los criollos, los gringos a los paisanos. Pero al estallar la guerra... cuando *levantaba el poncho* como el carancho levanta el vuelo, el ojo encendido y la garra presta, sentía renacer todos los bríos del vivir. Sus instintos ancestrales encontraban empleo y cumplida satisfacción en la pelea y la vida aventurada. los toques de clarín le ponían fuego en las venas, y la sola vista de su lanza, la más formidable que esgrimió brazo de caudillo, lo hacía estremecer de entusiasmo y braveza. Los ataques, las sorpresas, las fugas atravesando a nado arroyos y ríos; las marchas y contramarchas a campo traviesa, sin apearse

del transido matungo ni de día ni de noche, y, en fin, la existencia libre y montaraz despertaban las mañas, recursos y defensas del gaucho *alzao* y las pasiones truculentas que el progreso del país iba descuajando de las almas.

Pantaleón poseía la recia complexión y la táctica indígena del montonero. Conocía palmo a palmo la República, y era fama que por el olor y el gusto del pasto sabía, como el taimado don Frutos, los lugares que atravesaba. Podía caminar noches enteras sin perder el rumbo, guiado sólo por el instinto animal del baqueano. El hambre y el sueño no le hacían mella, ni lo otormentaban los tábanos ni los mosquitos; dondequiera dormía con el basto o una piedra por almohada; cualquier piltrafa de carne medio sancochada sobre las brasas y cuando no había tiempo *entre las caronas,* satisfacía su sobriedad, y nunca lo oyeron quejarse del frío, ni del calor, ni de las heridas, homéricas heridas de esas que los fieros soldados españoles quemaban con pólvora para impedir que volvieran a abrirse y manasen como fuentes. La estatura prócer no le impedía montar de *salto* ni cuerpear ágil una puñalada o un lanzazo, y tocante a las balas, decía, con socarronería gauchesca, "que venían con nombre y apellido, y que era inútil sacarles el cuerpo". Vigilante, de imaginación fértil y lleno de tesón, era él quien daba primero la voz de alarma, o sorprendía el enemigo, o le copaba la caballada, y quien cesaba último las persecuciones con un postrer *tiro de boleadoras,* arma temible en sus manos. Y mientras duraban las corre-

rías, mostrábase tan animoso, campechano y decidor, como taciturno y díscolo en la paz hurona de "Los Abrojos". No refinaba el rodeo ni curaba la majada. El cuidado de la tropilla de tordillos, que tenía en todo tiempo gordos y aseaditos, constituía casi la única ocupación del caudillo en la estancia. Los *desvasaba* prolijamente y *tusaba* con primor, y a menudo hacíalos sudar, a fin de que estuviesen *levantados de barriga* y prontos... *como tiro de pistola.* De vez en cuando, en las noches de luna sobre todo, tañía la guitarra o íbase a pescar; después de la siesta hacía cigarrillos, que encabezaba muy diestramente con la uña del dedo meñique, larga y encanutada, y la mayor parte del tiempo pasábaselo *yerbeando* en la puerta de la cocina, con el gacho sobre los ojos y la mirada en el suelo, solo, silencioso, torvo. Nadie le dirigía la palabra si él no hablaba primero, y hasta los secuaces, que a menudo venían a saludarlo, no se atrevían a acercarse a él si antes Pantaleón no los invitaba con el gesto. Y, aun entre ellos, hablaba poco y nunca de sus proezas; pero le placía oírlos discurrir y de buena gana les reía las chanzas. A todos los trataba de tú. La hija, gallarda moza, y los hombres de confianza, fieles y fieros como mastines, constituían la única familia que le quedaba al coronel. Había perdido tres hijos en la guerra, y otros tres, por extraña aberración, *salieron coloraos* y vivían alejados de su padre. La señora de éste murió acabada por las tristezas y los disgustos de familia. Desde entonces, el caudillo vestía de riguroso luto.

Primitivo lo conocía por haberlo visto muchas veces en "El Ombú". Con el sombrero en la mano lo saludó y pidióle permiso para desensillar. Él asintió, sin dignarse volver la vista ni desplegar los labios, cuya comisura formaba una línea recta, severa, casi cruel. Después, pausadamente, quitóse el chambergo, adornóle le copa con ancha divisa blanca, en la que se leía este lema: "Patria para todos"; montó en el pingo de luciente pelo, requirió la lanza y adelantóse hacia sus *indios,* que, al verlo de aquella suerte, prorrumpieron en vivas al coronel y mueras a los *salvajes.* Entre gritos, adioses a las chinas que quedaban en los ranchos, piafar de potros y ruidos de *coscojas* y armas, desfilaron al trotecito camino del monte. Pantaleón pasó impasible y adusto, sin despedirse de su hogar con una mirada siquiera. Las caballadas también se pusieron en movimiento del otro lado del arroyo; grupos armados a lanza bajaban de la cuchilla o salían del monte e iban engrosando las filas de la horda partidaria en marcha hacia el poniente. Y pronto el horizonte quedó manchado de trágicos puntos negros que, poco a poco, fueron fundiéndose en la desolación del crepúsculo. El cielo había cobrado esos colores desmayados y enfermos de las piedras que mueren, el coral, la turquesa. La tierra se envolvía en sus mantas de sombras para dormir[1].

Primitivo clavó una estaca en la tierra, *ató a soga* el *malacara* con el largo *maneador,* que, a guisa de pretal y como gaucho advertido, llevaba siempre en el pescuezo del caballo, y *rum-*

beó hacia la cocina. La misma hija del caudillo lo recibió e invitó a que tomase asiento junto al fogón, en una de las cabezas de vaca que allí había. Por puro alarde de criollismo, Pantaleón no permitía en su cocina, harto criolla aun sin aquel detalle, ninguna otra laya de bancos. A punto seguido, la moza le alcanzó el tarro de la yerba, en el que había un mate con bombilla de metal amarillo, y le preguntó por la familia.

—Los viejos y los muchachos, ¿siguen bien?

—Todos buenos, para servirla.

—Y Celedonia, ¿siempre tan guapa?

—Siempre... — asintió Primitivo, esquivando la vista.

No se encontraba a sus anchas entre mujeres, sobre todo, si eran bellas o retozonas. Aquella esbelta moza de ojos aterciopelados y labios encendidos y húmedos como la carne de una granada[1] abierta a fuerza de madura, lo cohibía y llenaba de singularísima desazón. Cuando topaba con ella en "El Ombú", la sangre se le agolpaba en los carrillos y entorpecía la lengua. Ella, que lo había notado, lo saludaba sonriendo y como gozándose sin maldad, en la confusión del paisano. Florestana era la flor del pago. En los bailes distinguíase de las otras, no sólo por la descollada estatura y el rostro de hermosura bravía, sino también por el andar arrogante y los ademanes desembarazados. Tenía fama de ser muy buena, muy tratable, aunque imperiosa y de genio pronto, y agregaban las crónicas que hasta con su padre se las tenía tiesas cuando se ofrecía. De hecho las relacio-

nes de padre e hija no pecaban de tiernas. La hosquedad de él y la condición orgullosa de ella, no dejaban cuajar en el afecto que, a pesar de todo, se profesaban, delicadezas ni efusiones. Además, el caudillo tenía por cosa indigna de *machos*, según su propia expresión, toda suerte de blanduras sentimentales. Cuando se iba de improviso a una *patriada* y dejaba a su hija en los ranchos con las chinas del servicio, la besaba en la frente pequeña y recta, y le decía, tratándola de usted:

—Hasta la vuelta, *mihijita*. Haga ensillar sobre tablas y váyase a casa de mis compadres. Sea dócil y comedida; ya sabe que, por ahora, no tiene más padres que ellos.

—Así lo haré, papá — contestaba ella, y a punto seguido cerraba armarios y puertas, montaba a caballo sin que nadie la ayudase, y acompañada de un negrazo armado hasta los dientes, tomaba el camino de "El Ombú".

Florestana puso la caldera en el fuego y un churrasco sobre las brasas y se sentó frente a Primitivo. Éste, muy despacio, llenó el mate de yerba, introdujo en él la bombilla y luego, para romper[1] el silencio, que ya se hacía muy embarazoso, dijo sin alzar la vista:

—Parece que tenemos revuelta...

—Así es, Primitivo — contestó Florestana, con desaliento.

—En esta tierra no gana uno pa[2] sustos— agregó el paisano.

—Si eso dice usted, qué podríamos decir nosotros. Papá vive con las armas en la mano

y el caballo de la rienda, y yo con el Jesús en la boca.

Hizo una breve pausa y luego, entre curiosa y angustiada, interrogó:

—¿Sabe si el comandante Carranca está ya sobre las armas?

—Hace días que andaba agarrando gente... A la fecha le va siguiendo el rastro a don Pantaleón. No al *ñudo* lo tiene el Gobierno ahí de centinela con orden de pegarle al coronel en la cabeza en cuanto quiera *alzarse*. Pero a su papá no lo agarran durmiendo y otra vez se van a sacudir los trapos — concluyó el paisano, recordando la enemistad tradicional de los dos jefes.

Florestana permaneció un gran rato abstraída, los ojos clavados en el fogón y el pensamiento Dios sabe dónde.

De pronto pasóse la mano por la frente, suspiró hondo y levantándose salió, larga, derecha y tiesa como una lanza.

Cuando el churrasco estuvo a punto, Primitivo lo sacó del fuego con la punta del cuchillo, le dió dos revolcones en la fariña y se lo engulló en un abrir y cerrar de ojos. Luego limpióse las manos en la caña de las botas y dirigióse a la enramada. Los carneros permanecían echados, el caballo pastaba dando de tiempo en tiempo gozosos resoplidos, las estrellas titilaban en la luminosa oscuridad del cielo. Primitivo tendió las *caronas* en el pasto, dispuso sobre ellas los espesos cojinillos, hizo almohada del basto, poniéndole además el *sobrepuesto* doblado encima para mayor regalo, y quitándose

las botas con espuelas y todo, pero sin desnudarse, se acostó arrebujándose luego en el poncho de verano.

De ordinario, se dormía así que cerraba los ojos; pero esa noche, el espíritu revuelto y los nervios alborotados le impidieron conciliar el sueño. La vivienda del caudillo, destacándose sobre la negrura del monte, cobraba en las tinieblas invernales desolado y temeroso aspecto, que las claridades de la luna, cuando brillaba en el firmamento, tornaban melancólico y romántico. Ésta, en aquel instante, tramontaba la cuchilla. Los grillos repetían incansables su monótona cantilena; dominando el coro, oíase a veces el estridente graznido de las lechuzas; millares de bichos de luz se encendían y apagaban como diminutos faros en el aire tibio e impregnado de los olores del trébol seco y del pasto en flor. Primitivo contaba las estrellas, pensaba en los carneros, en Pantaleón, las revoluciones, los encantos de Florestana, el precio de los novillos y otras mil barajadas cosas. A altas horas de la noche, un graznido extraño, parecido al del chajá, pero menos áspero, salió de la espesura del monte. El paisano levantó la cabeza y miró hacia las casas. Oyóse otro graznido más cercano; poco después un hombre se deslizaba contra los muros del edificio y detenía junto a la ventana de la hija del caudillo[1]. Lo reconoció: era el hijo del comandante Carranca.

* * *

Al otro día, al llegar a "El Bichadero", tuvo Primitivo un gran disgusto: los alambrados habían sido cortados en varias partes; las puertas del rancho estaban rotas, y por aquí y allá, diseminadas, como si hubieran sido perseguidas en la noche, veíanse algunos grupos de jadeantes ovejas. "¡Ah, Jaime! ¡Ah, perro, si no fuera por!..." — exclamó Primitivo, y después de lamentarse y renegar un poco, acomodó los carneros y atareóse resignadamente en componer las puertas y anudar los alambres.

VI

Mientras el buen paisano luchaba a brazo partido con la suerte, y Mamagela seguía trayendo pajitas para su hormiguero y Pantaleón, como quien cumple un rito, cortaba alambrados y volaba puentes, Tocles, en la capital, se sentía cada vez más desorientado y comido por la inquietud. La famosa conferencia del Durazno, que, al decir de los periódicos locales, "fué todo un acontecimiento político", a pesar de la cosecha de laureles y las amistades útiles que le dió pie para contraer, divorció más a Tocles de sus correligionarios, acreciendo por añadidura la aversión que, desde cierto tiempo a aquella parte, le inspiraban las asambleas partidarias y las agrupaciones de gentes estultas y casi analfabetas, hasta el extremo de antojársele charlatanismo y mojiganga pura, no sólo los discursos y los ajetreos electorales, sino toda acción política, sin excluír la gubernamental.

El acto, patrocinado por el "Club Rivera", proclamador de la candidatura de Tocles, realizóse en un espacioso local, destartalado y polvoriento, que era, según las circunstancias, ya

teatro, ya cancha de pelota, ya salón de reuniones. Las paredes, embadurnadas de cal, no lucían ningún ornamento; en cambio, el techado de cinc, sin cielo raso ni cosa que lo valiera, dejaba ver las vigas y el maderamen lleno de telarañas. Un gran artefacto de latón, muy historiado y de mal gusto, en el que ardían hasta diez lámparas y triple número de velas, colgaba del techo sobre la tribuna del conferenciante; el resto del recinto, ocupado por hileras de sillas y bancos traídos de la escuela, permanecían a media luz. En el vacío penumbroso y sórdido, las toses y los carraspeos sonaban dolidos como en las iglesias, y el aire olía a rancio y a moho.

En el hotel, algunos minutos antes de la hora señalada para la conferencia, a tiempo que los improvisados amigotes del candidato se lamentaban amargamente de la anarquía del partido, dividido en fracciones, círculos y camarillas hostiles, empezó a oírse cada vez más distinto, como un rumor de olas, que fué creciendo tumultuoso hasta rematar en descompasado vocerío. Inquieto, preguntó Tocles qué significaba aquello, y le contestaron con mal disimulado orgullo, que era la asamblea en marcha hacia el teatro. En efecto, dando voces, desfilaron por delante del hotel, hasta una centena de mozos pueblеros y gauchos de muy varia catadura, entre los que iba no poca gente de color.

—¿Qué diría usted de esa *indiada* con una lanza en la mano? — exclamó el presidente del club —; pero Tocles, entregado a extrañas reflexiones, no supo qué contestar. El entusiasmo brillaba en los ojos de todos y el estupor en los

suyos. Más tarde, al entrar al salón, ya repleto, gritó aquel mismo personaje, que era precisamente el que más se había dolido del desorden y la enemistad reinantes entre los partidarios:

—¡Viva el partido colorado, *siempre fuerte y unido!* — lo cual hizo fruncir el ceño y luego sonreír a Tocles Sin embargo, como los otros, respondió:

—¡Vivaaa!... — y a punto seguido subió a la tribuna y empezó a hablar, aunque sin el dominio de sí ni el entusiasmo comunicativo de otras veces.

—Métale bastante *ají;* es necesario retemplar la fibra partidaria, le habían dicho varias veces; lo recordaba; pero al mismo tiempo sentía que un muro de opuestos conceptos, una infinita distancia mental, lo separaba de aquellos hombres de cinto y golilla, contra cuyos cráneos, de paredes duras y sin resquicios espirituales que dejasen pasar la luz de afuera, las sutiles puntas de su raciocinio se embotarían sin penetrar. En balde acudió a los recursos histriónicos, la *salsa de tomate* y los metaforones con que solía condimentar las tiradas patrioteras; no entraba en calor, la fiebre no lo exaltaba: juntamente con las frases cálidas por el sentido y tibias por la entonación, una vocecilla misteriosa y procaz, que le salía de los hondones del alma, decíale: "¡Histrión! ¡Sacamuelas! ¡Comediante!"[1] Y la elocuencia trocábase en torpeza de lengua y pesadez de espíritu.

Efectuáronse las elecciones poco después; los comisarios y agentes del Gobierno, hábiles en chanchullos electorales, intervinieron, y Tocles

sólo obtuvo algunos vergonzantes votos. El haber obrado como una meretriz, y, sobre todo, la inutilidad de ello, lo llenó de humillación y despecho, revolviendo por ende el limo acerbo de sus decepciones. Rebosando hiel y destilando acíbar, decidió, entonces, renunciar generosamente a la diputación y condenarse al ostracismo en la modesta casita que habitaba. En aquel humilde retiro permanecería entregado al estudio y la meditación hasta que la patria lo llamase. Esta noble actitud lo reconcilió un tanto consigo mismo y, andando el tiempo, hasta llegó a parecerle lavaje y expiación de las pasadas culpas. Además, se dedicaría a la enseñanza y al periodismo, porque, decaído y todo, no podía renunciar a ejercer una influencia intelectual entre sus conciudadanos, que ésta fué siempre la generosa ambición suya, o mejor dicho, la necesidad inherente a la voluntad de Tocles, como a toda voluntad humana, de extender su imperio, de una u otra manera, sobre los seres y las cosas del mundo.

En la biblioteca, hojeando libros, que se le caían de las manos, o embadurnando cuartillas, que no concluía, o divagando en alta voz, se pasaba las horas. Una estantería de pino sin pintar contenía el tesoro de los autores predilectos de Tocles. Los muros, pintarrajeados de azul y con grandes manchas de humedad, estaban cubiertos de retratos de hombres célebres y láminas de revistas, amén de una horrible oleografía de los Treinta y Tres; la mesa de escribir, cubierta de hule negro y rodeada de sillas, ocupaba el centro de la pieza, y, en los ángulos

del frente, tenían acomodo y sitio de honor dos viejos sillones de caoba aforrados de crin, por los que, a veces, contando con el desdén filosófico del maestro, se paseaban las chinches tranquilamente.

Amabí partía al colegio muy temprano y volvía de él a las seis de la tarde. Tocles no la echaba de menos; lejos de eso, sentíase muy a gusto solo y sin oír los gritos de su mujer, que tenía la maldita costumbre de estudiar en alta voz y paseándose, con lo cual, interrumpía las meditaciones del filósofo. Además, sentíase con el alma ahita de inquina y resentimiento contra ella. Ignoraba la causa, pero ya no apetecía comunicarle los vastos proyectos que acariciaba, ni sentía orgulloso placer en explicarle la *razón pura* de Kant o la *idea* de Hegel, y menos se corría a descubrirle las procesiones que le andaban por dentro. Comprendía, a vuelta de desengaños, que cada criatura es un mundo impenetrable para las otras criaturas, y que el lenguaje, lejos de ponerlas en comunicación, las aisla más, cuando esa comunicación no está preparada de antemano por misteriosas afinidades. Sin embargo, una noche, requerido por ella, que empezaba a cargarse y mirar con malos ojos las murrias, y, sobre todo, el hiriente mutismo de Tocles, dijo él con apesadumbrado acento:

—¿Por qué no te hablo? ¿Por qué no te digo lo que me pasa? ¿Acaso lo sé yo?... ¿Acaso podrías tú comprenderme cuando yo mismo no acierto a hacerlo? Atravieso un período de dudas, de escepticismo, de mortal desencanto. Empiezo a sospechar que los libros me han ro-

bado la plata; que es falso lo que creí, que es falso lo que amé, y que el idealismo y el culto de la razón han hecho de este fraile una especie de sonámbulo *para quien el mundo exterior no existe* y que, por lo tanto, la suerte condena a perpetua derrota[1].

Amabí lo oía con los ojos redondos de estupor y la boca en forma de U. Vivía contenta y reconfortada con sus pedagógicos pensamientos; el que Tocles se los desbaratara después de haberla hecho pasar tantas apreturas y descrismarse tanto para adquirirlos y ajustar a ellos su conducta, la llenaba de asombro y secreta indignación[2].

Tocles calló breves instantes y luego, con voz más adolorida aún, prosiguió:

—Créeme: de mil amores trocaría mi literatura nobilísima por la aguja de marear de tu madre o las prosaicas ambiciones de Primitivo. Almas son esas que, sin intoxicación libresca, *van a lo suyo;* despliegan energías útiles, trabajan, acaparan, luchan por extender su dominio, y así viven de acuerdo con el mundo, y, lo que es más, de acuerdo con el universo. Esto, que podrá parecerte materialismo craso, es, en realidad, metafísica pura. La ley de la vida no es la contemplación, sino la acción, y la acción, aunque lo contrario sostengan poetas y filósofos, es por sí sola cosa trascendente, cosa divina; por otra parte, aquella ley, antes que el desinterés, ordena el egoísmo, y éste, en resumidas cuentas, es más saludable no sólo para el que lo practica, sino también para los otros. *Fuí literariamente* desinteresado: he ahí mi crimen. Amé las pa-

labras huecas, los gestos, las actitudes. Los prejuicios literarios me divorciaron de la vida, y mi deformación es tal, que ya nunca podré reconciliarme con ella... Sí; he vivido dándome de testarazos contra las realidades y sin aprender a conocerlas. ¿Puede darse algo más estúpido, más absurdo, más inmoral?... Lo sospechaba; pero el amor propio del plumífero me impedía confesarlo, y hacía prodigios de voluntad y empleaba toda suerte de subterfugios para ocultar mi miseria; pero ahora, ¡ah!... Veo que no soy nada, y que no sirvo para nada, como no sea para embadurnar cuartillas, que nadie lee, o enseñar a otros lo que yo mismo ignoro.

Aquí se le trabó la lengua y llenaron de lágrimas los ojos. Amabí no supo qué decir, y lo contemplaba sintiendo vagamente que su marido era un ser incomprensible para ella y que no podría consolarlo. La lámpara de cristal, compañera y testigo de las vigilias del miserable soñador, iluminaba con luz melancólica la estancia y proyectaba sobre el muro, la cabeza enormemente agrandada y empequeñecido el cuerpo, la silueta de Tocles. Resultaba una especie de extravagante caricatura, que la maestra, sonriendo, se entretuvo en considerar. Tocles lo observó, y retirando bruscamente la mano con que se cubría los ojos, miróla de hito en hito y articuló con labios convulsos y el rostro desfigurado por la ira:

—¡Braquicéfala!...

Después, como anonadado por aquel esfuerzo, cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás.

* * *

Tocles tenía dos horas de clase por la mañana y otras dos por la tarde; el resto del día se lo pasaba encerrado en el escritorio, rumiando sus amarguras. No recibía ya por las noches a los camaradas y discípulos, que por iniciador lo teníam, ni discutía con ellos como antaño, a grito herido, de filosofía, literatura y política. Ogaño inspirábanle secreto enojo, desazón irritante, particularmente los más íntimos, tal vez porque le traían a la memoria las disparatadas imaginaciones que junto con los tales acarició y los fracasos que las siguieron. Al presente, juzgábalos sin amor ni piedad, comprobando, con perversa delectación, lo poco que les había enseñado la vida y cuánto más grande que la suya era la cursilería intelectual de ellos. ¡Pobres ilusos! —decíase—. ¡Pobres mentecatos! Y así fuí yo: un *tragador de viento* como el *parejero* de "El Ombú", que, según Mamagela, "se hincha de aire y no corre"...[1] ¿Para qué sirvo? ¿Qué puedo hacer? Y el sollozar del pampero le respondía cosas muy tristes.

Ningún pasatiempo lograba disipar las perpetuas murrias de Tocles: lecciones y lecturas nada podían contra el come-come interior; sólo lo hacían sonreír de tiempo en tiempo, un instante, las cartas de doña Ángela. Leíalas con íntimo gozo... El saludable macarronismo de la ínclita matrona, era como un aura de cordura

y placidez que venía del campo y le refrescaba el alma. Por Mamagela estaba al tanto de lo que ocurría en "El Ombú" y aun en todo el departamento. Supo que la revuelta había sido sólo una *demostración* armada para obtener ciertas prerrogativas, y que los caudillos, luego de representar la comedieta de deponer las armas y someterse al Gobierno se habían despedido entre sí con estas sacramentales palabras: "¡Hasta la otra!", lo cual no era prenda precisamente de pacíficos propósitos. Pantaleón, siempre levantisco e indócil, desapareció con su horda sin entregar arma alguna. Estaba más sombrío y bronco que nunca. La hija se le había fugado con el hijo del comandante Carranca, y el coronel, después de maldecirla, juró que con las tripas de su contrario en cien lides, ahorcaría a los amantes. A par de estos sucesos de bulto, daba Mamagela cumplidas noticias de los negocios de Primitivo, que iban a aqué quieres boca, y también, con grande minuciosidad, de los propios. Y Tocles, leyendo, empezaba a comprender la poesía del bregar campesino, y cuánta inteligencia y noble esfuerzo demandaban aquellas tareas, tenidas en poco por él, cuando no discernía bien y menos aquilataba con justeza su grande utilidad y virtud educativa. Mas las tales cartas, donde ella describía con redonda letra y plácido espíritu la existencia laboriosa de "El Ombú", en medio del gozo que le causaban al yerno, lo inducían a hacer comparaciones y ver más claramente su descarrío. A veces, impulsos le daban de quemar los libros e irse a la campaña; pero a raíz de

ello, confesábase que la floja voluntad suya desmayaría ante el primer obstáculo, porque a luchar y vencer obstáculos no le había enseñado la cultura universitaria, y, sobre todo, que nunca tendría el valor de proponerle a Amabí semejante aventura. ¿Cómo invitarla a asesinar las ilusiones intelectuales y pedagogías que él mismo, con paciencia benedictina, le había metido en el alma y en la sesera? ¿Cómo decirle, sin mengua ni humillación, sin caer del pedestal: "Lo que te prediqué fué pura paparrucha; deja tus sueños que, como los míos, no responden a ninguna vocación seria, y vámonos al campo a criar vacas y destripar terrones?" Imposible, y aquella irresolución, de la cual tenían sólo la culpa sus pecados pretéritos, en vez de irritarlo contra sí mismo, lo llenaban de encono hacia ella. El lenguaje conceptuoso de la latiniparla, aprendido de él, y sentimientos levantados de que hacía alarde, también lo sacaban de quicio, y hasta los gestos y ademanes protocolares de la profesora, que en el accionar como en el decir le había tomado los puntos a su marido, enfadaban a éste por parecerle remedo e ironía de los suyos, y ella, despiadado espejo en el que él se veía en caricatura. Cuando la infatuada maestra decía con el dedo meñique en alto, a guisa de cola gatuna, "la belleza es eterna", impulsos sentía Tocles de arrancárselo de una dentellada. Amabí, por su parte, comenzó a agriarse y encontrar insoportables las pejigueras y negruras del filósofo. Una vez lo llamó maniático, otra cargoso. Las apreturas pecuniarias por que pasaban frecuentemente,

contribuyeron a enconarlos más. Tocles culpaba a Amabí de poca ducha en el gobierno de la casa, "que es lo primero que debe saber una señora, sea maestra o no", y Amabí a Tocles de incapaz en la conquista del mendrugo, "principal obligación del marido, con talento o sin él". Con estas y otras mal contenidas manifestaciones del desacuerdo interior, se herían y ponían a peligro la paz del matrimonio. Desvanecido el espejismo amoroso empezaban a verse sin encanto, es decir, llenos de defectos y máculas Ella no era la compañera dulce, inteligente y fidelísima de cuerpo y alma que él se figuró; tenía el espíritu estrecho, la respuesta desabrida y las muñecas muy gordas; además, con el dedo meñique, levantado y todo, se hurgaba las narices, y se sorbía los mocos con más gracia que finura. Por otra parte, no le daba hijos, con lo cual se convertía en agua de cerrajas aquello de *trabajar por la especie*, principal objetivo de sus nupcias. Y con la dureza de Tocles a ella, lo juzgaba ella a él; él no era, ni con mucho, el hombre superior, todo fuerza, hermosura viril y bondad, que ella creyó: lo veía estevado y cabezón, débil y tornadizo, sobrado de palabras y mísero de voluntad, y, por añadidura, lo culpaba de destruír las ilusiones que antes la incitó a forjarse, haciendo así que vinieran a tierra con grande estruendo, los castillos de sus aspiraciones pedagógicas. Entonces, ambos dieron en huirse y pensar en sí, como si los intereses de cada uno fueran extraños al otro. Afortunadamente, un acontecimiento inesperado los detuvo al borde de esa procelosa pendiente por

donde se precipita el cariño cuando los egoísmos abren los ojos y rompen el sortilegio de la mutua ilusión conyugal. Fué una noche después de comer. Llovía, y Tocles, no pudiendo dar su sonámbulo paseo por las calles más solitarias de la ciudad, se refugió en la biblioteca. Amabí lo siguió.

—Llueve... — dijo él, pegando la frente a los cristales de la ventana.

—Hace frío... — murmuró Amabí.

Encendieron el calorífero de petróleo y se arrimaron a él sin cambiar palabra. Las veladas de los cónyuges solían ser así, silenciosas y desabridas. Tocles, como siempre, tenía rugado el ceño y la boca plegada dolorosamente; Amabí, los ojos bajos y el gesto resignado. De pronto, dijo ésta:

—Tengo que comunicarte una grave noticia; dadas nuestras tristes circunstancias — aquí su voz se quebró, próxima a sollozar — no sé si te causará placer...

Tocles, afectando indiferencia, respondió:

—Tú dirás...

—Quería estar segura antes de hablarte; y bien... estoy encinta desde hace cuatro meses.

Tocles experimentó una fuerte y nunca sentida emoción, y quedóse mirando con supersticioso respeto, como delante de un ídolo milagrero, el talle ya deformado de Amabí.

VII

El fausto acontecimiento se esperaba en noviembre, y como Amabí clamaba por su madre en trance tan apurado y principal, y no quería saber de comadrones ni parteras. sino bajo el ojo experto de doña Ángela, ésta abandonó "El Ombú" una mañanita de octubre, tibia y pura como el aliento de un corderillo mamón, y llegó a Montevideo por la tarde, con buena provisión de golosinas y otras cosas de mayor sustancia, como huevos frescos, queso criollo, chorizos, manteca, para regalarles el paladar a sus hijos y no echar de menos ella misma los manjares de "El Ombú". Se hospedó en la casita de aquéllos; ni en sueños pensó nadie en el hotel, y hasta crimen de lesa familia les hubiera parecido mentarlo en aquella ocasión, y aposentó en la misma alcoba de Amabí. A Tocles le pusieron un catre en la biblioteca, y allí quedó confinado el filósofo, sin voz ni voto, mientras Mamagela empuñaba con mano segura las riendas del gobierno doméstico y hacía y deshacía a su talante. Cierta vez quiso él protestar y se dolió de que no lo consultasen para nada, siendo el marido,

el futuro padre, y entonces Mamagela le dijo, circunspecta y sentenciosa:

—Mira, Tocles, en estos achaques mujeriles, los futuros padres sólo sirven de estorbo; si quieres sernos útil en algo, quítate de en medio, elimínate, desaparece y no digas oxte ni moxte.

Se resignó a ser una *nonada;* mas, desposeído y todo de sus fueros, lo pasaba muy agradablemente, gracias a la cháchara y al buen humor de Mamagela. Con ella entraron por las puertas de aquella casa triste, la cordialidad y el contento de vivir. La buena señora no paraba en todo el día de hacer graciosísimas reflexiones sobre el derroche urbano y predicar el santo ahorro, ni daba paz a la mano en el manejo de la escoba y el plumero. Después de almorzar, salía a hacer visitas, y también compras, y aun a surtirse en los *registros* y casas introductoras de los artículos que don Gregorio le había encargado para el almacén. Y si lo hacía en mejores condiciones que su marido o a plazos más largos, tornaba de las diarias correrías muy oronda y satisfecha. También traía la delicada comisión de arreglar ciertos negocios embrollados, a los cuales el apocamiento de Papagoyo no acertaba a darles cumplido corte, y tuvo que verse con abogados, escribanos y procuradores maleantes y enfadosos. Viéndola preocupada y en tantas diligencias, le dijo Amabí:

—Deja que papá se las arregle como mejor lo entienda; eso de cobros y reclamos no son cosas de señoras: él sabrá lo que ha de hacer.

Mamagela abrió tamaños ojos.

—¿Quién, Goyo?... Pero, hija, si por Goyo fuera, nunca le *parábamos rodeo* a los cobres; —y tres días después, mostrándoles a sus hijos, con grande aparato, un gran fajo de billetes, agregó: —Ya entraron al corral —y su rostro gozoso resplandecía como una moneda nueva.

Sólo una vez volvió de la calle mohína y atufada.

—Vengo de casa de tu madrina —le dijo a Amabí, con los labios fruncidos y los ojos más saltones que de costumbre—. Parece que era día de recibo, y como en la sala había mucha gente copetuda, y yo, vestida como ves, me pasaron al cuarto de los niños. Por lo visto, mi cuñada tuvo verguenza de presentarme a sus amigas. ¿Qué tal? Ahí tienes cómo esa señorona trata a la mujer que le dió ocho hijos al hermano y tan buenos consejos a ella para el gobierno de la casa. Pero si no recibió educación, yo se la voy a dar de perlas. ¡Mandarme a mí ese espantapájaros de institutriz para hacerme compañía, y no venirme a saludar sino media hora después! ¡Habráse visto descomedimiento igual! Por supuesto, si no hubiera sido por el chocolate y las masas, que eran cosa fina, me voy con la música a otra parte. Vino al fin y me hizo muchas zalamerías: ya sabes cómo es ella de macaca y enlabiadora; pero no se la perdono, y te juro que me las pagará.

Amabí quiso disculpar a la madrina, explicándole a doña Ángela lo que eran las reuniones de etiqueta y los rigores de la indumentaria en ciertos casos.

—Madrina ha querido evitar el que te criticasen por no vestir como los usos sociales exigen en tales reuniones; pero no creas que te tiene en menos: al contrario, siempre habla de ti con cariño y respeto.

—¿Y por qué me habían de criticar? ¿Porque mis trajes me los hago yo en casita? Pues que no sean opas; eso prueba que soy más ladina y mujer de más provecho que ellas —respondió al punto la ofendida matrona.

Tocles también quiso disuadirla; pero ella siguió en sus trece y resuelta a darle a la cuñada la lección que merecía, para lo cual proponíase escribir y entregarle a aquélla, antes de volver a "El Ombú", ciertas "Reglas del buen vivir", que no tendrían más que ver. Así se lo comunicó por carta Papagoyo, después de referirle al por menor lo sucedido. Casi a diario lo ponía al corriente de lo que hacía en Montevideo, terminando siempre las larguísimas epístolas con una retahila de recomendaciones, tan minuciosas como necesarias, para refrescarle la desvanecida memoria al comerciante e impedir que se *enredara en las cuartas.*

La última rezaba así:

"Querido Goyo:

"Ya terminé las compras; quedarás contento: todo es bueno y baratito. Fíjate en el precio de los artículos y tranquilamente pide el doble. Ya sabes que la caridad bien entendida empieza por uno mismo. Amabí sigue bien y pronto se *desocupará.* Tocles, blandito por irse al campo a probar fortuna. Sus discípulos salieron corri-

dos en los exámenes, de lo cual me alegro, porque eso, probablemente, acabará de decidirlo. Según él, sabían mucha filosofía, pero no de la que pide el programa; ¡al demonio se le ocurre...! Es el profesorado otra puerta que se le cierra, como la del periodismo y la política. ¡Pobre Tocles! Hace todas las cosas a contrapelo: no enseba el lazo y se le corta; muerde la teta y luego se extraña que no lo dejen mamar. ¡Cuánto más le valiera pensar y vivir como todo el mundo y dejarse de ir contra la corriente para mostrar que es buen nadador! Yo nunca vi que entrasen las ovejas a los bretes saltando cercos, sino por la portera; él quiere saltarlos, por prurito vanidoso u orgullo mal entendido, y ¿qué resulta?: *se piala*, se da contra el suelo... y todos le pasan por encima. Es el único que no llega a ninguna parte. ¿Para qué diablos, me pregunto yo, le sirven esos librotes que se ha metido en la cabeza, y tanto discurso y tanta *letra menuda*, si *parao* tropieza y allí donde ni el *bagre roncador* pica, él se traga el anzuelo hasta la boya? Ten por seguro que aquí no hará camino; de las tres casitas que heredó, ya vendió una y tiene hipotecadas las otras. Pronto quedará como gallo que no pelea: sin plumas y sin gallinas Ahí, al arrimo de la familia, puede que el hombre se acomode y peleche.

"Como te lo anuncié, fuí a visitar de nuevo a tu hermana. Estuve sólo algunos momentos, y al irme le hice una reverencia muy ceremoniosa, como aquellas tan *desgarretadas* que en nuestras mocedades te hacía cuando bailábamos *lanceros*, y le entregué "Las Reglas del buen

vivir", diciéndole con mucho retintín, que las meditara cuando estuviese sola. Copio aquí lo principal, para que te des una idea del parche que le puse y que le vino como anillo al dedo, según verás más adelante.

"Reglas del buen vivir", de Ángela Céspedes del Sagrado, castellana de "El Ombú", retiro campesino, modesto y virtuoso, para su cuñada que vive en la capital y está expuesta a los peligros del gran mundo, donde todo es mentira, derroche, virtudes flacas y pecados gordos.

"No te quisiera como te quiero ni cumpliera como hermana mayor, si dejase pasar en silencio las faltas que, por inexperiencia y vanidad, cometes en el gobierno de la casa y sobre todo en lo que toca a las consideraciones que les debes a miembros de la familia tan allegados como yo. La familia y la casa deben ser la preocupación constante de la mujer honesta y hacendosa, porque sin eso no hay buena esposa, ni buena madre y, sin éstas, tampoco hay familia ni sociedad en la que se pueda vivir cristianamente. Al preferir la compañía de los extraños a la de tu parienta y tenerme por indigna de ser presentada en una reunión de señoras amigas tuyas y en tu propia casa, obraste con poco seso y mucha vanidad; preferiste la paja al grano; a la cualidad verdadera, la apariencia engañosa; a los intereses tuyos, los ajenos, y no maliciaste siquiera que, aun sin estar obligada por el parentesco, la elección no debía ser dudosa para ti, que presumes de avisada, entre ellas y yo; porque doña Ángela Céspedes del Sagrado nada tiene que envidiar a nadie en lim-

pieza de sangre, educación esmerada y prendas personales, y que aún vestida de percal y en chancletas, será más señora de su casa en cualquier parte, y sabrá más donde le aprieta el zapato, que aquellas señoronas tus amigas, aunque les pongan trajes y escarpines de baile y las sienten en un trono. Porque lo que yo valgo es por mí, y ellas, por lo que tienen de prestado o de alquiler; esto se pierde con las mudanzas de la fortuna; aquello no. Y si fortuna tienen, yo la tengo tan grande, si no codicio más, y con lo mío me arreglo, y lo aumento, y no hago trampas (no todas pueden decir lo mismo) y vivo como una reina en su reino; si nacieron en ricos pañales de batista, revolcándome sobre alfombras de Esmirna me crié (esto lo digo por aquel tapiz que tú conociste), y si saben derrochar el dinero de sus benditos maridos en lucirse y darse tono, yo sé acrecentar el peculio del mío zurciéndole los calcetines y echándole fondillos nuevos a los pantalones que rompe, con lo cual, ciego será el que no vea, está él mejor regalado y servido que los otros, y que tengo yo más sal en la mollera, que humo tus amigas en la cabeza... Porque, vamos a cuentas: ¿cuáles son las virtudes que deben premiarse y las que aprovechan más a la familia? Las que me sobran a mí y les faltan a eso que ustedes llaman señoras de la primera sociedad. Son las tales como las cotorras: vistosas e inútiles; pajaritos en jaulas doradas. Yo vivo en el corral, si tú quieres, pero pongo huevos todo el año. Y si a otras cosas pasamos de menos sustancia y más apariencia, pero dignas de estimación al fin; si

de buen discurso, gancho para las simpatías y otros atractivos personales se tratase, ponme a mí a prueba con ellas y verás que, lo mismo en un fregado que en un barrido, les doy *cola y luz* y les robo la plata.

"Errada, pues, anduviste al estimar menos tu sangre que la extraña. Honra a los tuyos y te honrarás; si los alzas, con ellos subes; si los denigras, desciendes con ellos: la familia es la familia, y cumple y engorda ponerla por encima de todo. Empieza por tu marido, que suda tinta y se las pela el pobre por darte lo que tú gastas sin reparo, lo cual es faltarle a la consideración debida y quererlo como a *capón*, por la lana que da; sigue por tus hijos, a quienes la inglesa les está pasando la fealdad y la secura, ¡angelitos de Dios!; continúa por tus parientes, que los tienes pobres y necesitados, y termina por tus amigas, estimando, en primer término, a la de más fundamento, no a la que por ser rica y *tonuda* halague más tu amor propio, porque aquélla te dará buenos consejos y ésta sólo envidias y dolores de cabeza.

"A raíz de esto le explicaba, uno por uno, los deberes de la perfecta casera y le hacía ver el despilfarro de su casa y lo malcriados y poco respetuosos que son los sirvientes. Creí que la medicina le amargase y se me *apotrara*, figúrate cuál no sería mi asombro al verla entrar esa misma tarde en casa con cara de pascuas y molerme a abrazos y besos, después de disculparse y hacerme mil protestas de cariño. Me miraba, se reía como si cosquillas le hicieran y volvía a los estrujones y besuqueos. ¡Demonio de mu-

jer!, nunca supuse tomarla de tan buena vuelta. Sin duda, reconocía sus yerros y la validez de mis razones y se propuso demostrarme que sabe hilar fino cuando quiere. Y así es. Nunca me pareció tan engatusadora, y como bonita, lo estaba de veras. Tiene, la muy gata, una caída de párpados y un aquel en la sonrisa que dan ganas de comérsela cruda, que es, según decía mi padre, que lo entendía, como las mujeres saben mejor... ¡Y qué cuerpo, qué esbeltez y qué arte para adobarse y vestirse! No sé dónde se mete las pulpas, porque yo la he visto medio desnuda y sé que las tiene, ¡y muy apretaditas! Caro le cuesta al marido beldad tan consumada; pero así y todo, más digno es de envidia que de conmiseración, porque, a ratos, no debe de pasarlo mal el hombre... Y envidiosos yo sé que tiene muchos, pero sé también que ella no *para a mano*. Por eso la quiero.

"Hablamos largo y tendido, y después me llevó a Los Pocitos en su victoria, y luego, por la noche, al cinematógrafo — cosa sorprendente que tú, Goyo, no debes morirte sin verla — y al otro día al teatro. Ella misma me arregló y peinó en un periquete; ¡qué manos ágiles tiene!, tocándome aquí y allá parecían dos palomitas blancas revoloteando en torno de la luz. Cuando terminó y me miré al espejo de cuerpo entero, casi no me conozco: ¡habías de verme de puro polvo y descote limpio!... Hoy y mañana también estoy de teatro; en fin, no deja de obsequiarme como a novia, lo cual prueba que anduve acertada en obrar como lo hice. A los engreídos

y cogotudos un poquito de rigor les ataja el pasmo.

"Aquí termino ésta que empecé antes de ayer, porque Amabí se siente incomodada y voy a darle palique. Diles a los muchachos que no vayan a empacharme los corderos con la leche; que no olviden de terciarla con agua y echarle azúcar, y tú desconfía de los amigotes de mi compadre Pantaleón, que siempre andan sonsacándole la plata a la gente para sus paniaguados políticos. Por lo que me dices en tu última, temo que te enreden y comprometan. No te dejes *bolear;* sácales el cuerpo con maña y sin resentirlos, porque de ellos necesitamos, y sin que duden tampoco de nuestro amor al partido, porque sería ponernos a mal con nuestro compadre, sin contar con que perderíamos lo mejor de nuestra clientela. Cuando vaya, échamelos a mí y verás cómo yo, con palabritas de miel, los despido sin plata y contentos.

"Te abraza tu mujer, que te quiere y quiere tu bien,

Ángela."

P. D. — Vuelvo a abrir esta carta para anunciarte que tienes un servidor más a quien mandar. Amabí muy corajuda — de casta le viene al galgo — sigue muy bien, y Tocles, como loco de puro contento. Mientras duró el baile me anduve tropezando con él a cada paso; le decía que se quitase de en medio, pero siempre que salía por una puerta con algo que nadie debía ver, allí estaba mi hombre. Puede que la paternidad le vuelva al cuerpo la alegría y le dé

el *tanteo de la pesada* en las cosas de este mundo. Ya maté la gallina negra y le di el caldo a la parida. Todo se ha hecho en regla y pronto estará en pie, si Dios quiere.

* * *

La paternidad, el mal éxito de sus discípulos y el quedarse sin ellos; los desengaños, más amargosos que el duro pan de la miseria, y la conciencia cada vez más nítida de la vida gastada en vanos ajetreos, y sobre todo esto, las continuas matracas de Mamagela, que no cesaba de predicarle campo y trabajo, como triaca infalible para curarle el mal de *no hacer cosa de provecho,* disponían poco a poco el ánimo de Tocles a quemar las naves de las viejas aspiraciones y cambiar de rumbos. Mas el arrancarse del alma tantas esperanzas allí arraigadas fuertemente, el renunciar a tantos sueños, dulces como las mieles, y declararse vencido, era cosa que le costaba lágrimas de acíbar y sangre. Y sin embargo, era preciso. "¿Renunciar, no ser Temístocles, sino Tocles, un ente vulgar, un pobre diablo, un *raté,* yo?"... decíase, y sentía la misma angustia que al entrar a casa del dentista a sacarse una muela. A veces, sublevábase, y haciendo gestos extraños y profiriendo frases incoherentes, se paseaba por la biblioteca, agitadísimo; pero esto duraba poco, muy luego desfallecía y se dejaba

caer en un sillón, anonadado y sin pulsos. Estas fugaces rebeldías, últimos encabritamientos del amor propio desbravado por la necesidad, iban siendo cada vez menos frecuente y transformándose en una especie de noble y orgullosa melancolía, como la del que acata, por deber, destino inferior a sus merecimientos. En resumen, sólo buscaba para ceder definitivamente, la traza de salvar algo del naufragio y conciliar, en lo que cupiera, las necesidades prácticas con las de su espíritu, poniendo un poco de idealismo e imaginación en las actividades campesinas a que Mamagela lo invitaba y que, por sí solas, sin más vislumbres que el logro, aunque honorables, le parecían sobrado *chatas* e indignas de él. Con fatiga y dolor, la inteligencia de Tocles se fabricaba la moral que convenía a su amo, mientras la loca de la casa, la eterna consoladora, preparaba sobre las realidades prosaicas el colchón de hojas secas que recibiría la pobre aspiración despeñada de lo alto... Sólo faltaba el pretexto final, la palabra que atesora en germen las posibilidades de la nueva ilusión y que es como su estandarte guerrero. Cierto periódico se la dió con este párrafo: "¿Quién será el sembrador de ideas de nuestra campaña generosa? ¿Quién libertará de la explotación política a los esforzados *pioners* de la riqueza nacional? ¿Quién les mostrará a los jóvenes que vegetan en las ciudades, que allí, en el campo, y no en los puestos públicos, está la fortuna, la independencia y también la salud del alma?" "Yo", se dijo Tocles al punto,

como iluminado por un rayo de luz; "yo seré el sembrador de ideas de esos campos invadidos por los cardos borriqueros de las pasiones políticas; yo seré el libertador de esos esclavos y mártires del doctrinarismo y del caudillaje; yo les mostraré a los mozos de agallas el camino de Damasco, metiéndoles en la sesera el sentido noble de la utilidad, para que no traguen viento como yo tragué, ni se vean desorbitados como yo me vi; yo predicaré con el ejemplo, trabajaré con mis manos y, desde mi rancho, lanzaré a los cuatro vientos, no las doctrinas *hechas ya* y dictadas por otras necesidades, que son para nosotros y nuestra época frutas de cera, pollos embalsamados, sino las que se van haciendo en nuestras propias entrañas y se nutren de ellas; las que se paren con dolor; las que la vida, en su evolución constante, fabrica diariamente para adaptarnos; las únicas legítimas y útiles, digan lo que quieran los moralistas, porque son las únicas que responden a una alta necesidad, a una razón suprema. ¡Al diablo los idealismos fiambres, la literatura, la pedagogía y el engaño universal! Yo me lavaré con el aguarrás de las realidades el barniz del irrealismo universitario; defenderé los hechos vivos contra las ideas momias; lo que vive en la tierra contra lo que duerme en el limbo; lo que *es*, según la fuerza de las cosas, infalible siempre, contra lo que debía ser y no será sin permiso de aquélla, y crearé a mi modo, yo, yo, Temístocles Pérez y González, la tabla de valores que nos conviene, la cual, por *convenirnos*, será más noble y encumbrada que cual-

quier ideal prestado, aunque traiga en las manos la lira de Apolo".

Tiró el cigarrillo que fumaba, encendió otro y prosiguió su monólogo, haciendo rodar impetuosamente los sillones y las sillas que encontraba al paso.

"Y a nosotros, lo que nos conviene es favorecer principalmente la expansión de las actividades productoras, ¡gran gimnasia de la voluntad! Las energías *combativas*, madres de toda excelsitud; la tendencia a enseñorearse del mundo que lleva cada criatura en el alma y es como su carta de nobleza, y destruír, al propio tiempo, el exceso de política y la hueca ideología[1]. Los intereses materiales por encima de todas las cosas, sí, señor, ya que los otros, si bien se mira, son servidores de aquellos y de nada valen cuando dejan de servirlos. Además, sépanlo los incautos: los intereses materiales son el manantial de toda vida y *principalmente* de la vida espiritual. Las construcciones ideales no tienen otro objeto, ni nacieron para otra cosa, que para defender y asegurar las conquistas económicas. Los que no lo ven son, en realidad, los torpes materialistas; son los que miran a la tierra, no al cielo, y es de lo alto, de allí arriba, que les viene a esos intereses su misterioso poder. Cuando Mamagela dice que "cada moneda de oro es una estrellita caída del cielo", formula sin saberlo una verdad cosmogónica y también metafísica. Yo me entiendo: allí están fundidos el macrocosmo y el microcosmo, y también la vida social. Ya, ya sé que no habrá lírico ablandabrevas, ni maestro de

escuela, ni pedante doctor, ni profesor de idealismo trasnochado, ni pobre diablo embozado en la capa de Don Juan, que no me lance al rostro, con grande aparato de indignación, el apóstrofe de hombre sin ideales y torpe materialista. ¡Farsantes, sacamuelas, adoradores de vejigas; gente sin convicción ni sinceridad; embusteros apóstoles; mascaritas que yo conozco y a cuya comparsa pertenecí! ¡Qué grande desprecio siento por ustedes y cuán grotescos me parecen! ¿Hombre sin ideales, yo? ¡Mentecatos! Tendré muchos, y en particular uno más encumbrado que el de todos, porque su culto severo impone el sacrificio de la simpatía humana, a la que nadie renuncia: quien lo predique parecerá un pestífero y, sin embargo, será un hombre puro: es el de ir contra la mentira universal del desinterés, por todos practicada *interesadamente,* a modo de una religión que no inspira la fe, pero que llena la panza. Yo me declaro, en teoría, el apóstol del egoísmo, y, prácticamente, del egoísmo rural, vale decir de la energía castiza de la nación. Los que no me conocieron van a conocerme. Sonó la hora de la venganza. Al cementerio lo que está muerto. ¡Viva la vida!...

A las voces que daba entró Amabí con la criatura en los brazos.

—Pero, Tocles, por Dios, ¿te has vuelto loco?

—Sí, loco estoy, pero esta vez de gozo. Encontré mi hueco, mi vía, ¿sabes? No más dudas, angustias ni come-come interior. Ahora sé lo que quiero y adónde voy. Es cosa resuelta: nos vamos al campo. Vida de pensamiento y de

acción. Ya te lo explicaré. Allí educaremos a nuestro hijo prácticamente, haciéndole conocer, desde temprano, la santa utilidad. Se acabaron los lirismos ñoños, las dengosidades románticas, las pavadas trascendentales; y, para empezar, ya no le llamaremos Mesías como pensábamos en recuerdo de la paz que nos trajo, sino Pedro prosaicamente, a fin de no caer en la tontería en que cayó mi padre cuando me puso Temístocles. ¡Si supieras los errores y pecados mortales que me indujo a cometer ese nombre y cuánto he sufrido por causa de él! A él le debo, entre otros males, mi irrealismo, la falta de sentido práctico y esta pobre musculatura. La poesía me traicionó, a la prosa me vuelvo; me levanta el estómago la farsa de la ciudad, y al campo me voy. Quiero sentir agitarse en mí las energías de la naturaleza y vivir un poco de la vida universal. Obrar, obrar; ocupar más espacio; apoderarme de las realidades; darles escape a los deseos de poseer y dominar que falsas disciplinas me enseñaron a combatir. De eso estaba enfermo. Lo comprendo en este instante, porque a la sola idea de obrar, de luchar, de ser útil, ¡Dios mío! útil, me siento revivir".

Amabí lo miraba de hito en hito, exactamente como cuando él le explicaba *la finalidad sin fin del arte* Entonces Tocles, dándole fuego a otro cigarrillo, le expuso sus ideas y planes, con tanta elocuencia y tan hondo acento de convicción, que Amabí vió también el cielo abierto y quedó dispuesta a seguirlo al fin del mundo.

Y ese mismo día, los desocupados paseantes de la calle "Sarandí" vieron con asombro un hombrecillo de chambergo, bombachas gauchas y grandes botas, que se paseaba tomando toda la vereda para sí, arrogante el andar, soberbioso el empaque, y cuyas miradas eran como carteles de desafío.

VIII

Primitivo se dirigía a "El Ombú". Iba contento. Había duplicado el número de las ovejas, y en el cinto, redondo a fuerza de duro relleno, que le oprimía las caderas como hinchado culebrón ceñido al tronco de un árbol, llevaba el producto de la última esquila. El oro dábale cierta tonificante confianza en sí mismo: silbaba, entonaba décimas y estilos criollos, y, de vez en cuando, sentía ganas de gritar, porque el gozo le producía vivo cosquilleo en las narices. "La verdad es que todo me ha salido a pedir de boca... ¡gracias a Dios!", repetía, apresurándose a mostrarse agradecido para que el buen Dios no lo dejase de su mano.

El gacho, de alas cortas y copa alta, era flamante; las botas de cuero amarillo y las espuelas de plata, presumidas y galanas, también. Contemplándose en la sombra, afirmábase en los estribos de amplia campana y abría las piernas con presunción, como antes de casarse, cuando pasaba por delante de las mozas de redondas caderas y firmes pechos, y al verse tan peripuesto, sobre un pingo escarceador, sonreía con todo el rostro.

De pasada se apeó en "La Nueva Esperanza", la estanzuela de Tocles, para tomar un mate y enterarse de las novedades políticas. El hombre estaba al concluir la esquila y examinaba el trabajo, yendo de un lado para otro, sin cesar de revolver maquinalmente la *bolsa de las latas,* con las que pagaba a los esquiladores al depositar éstos los vellones albos y ligeros como monstruosos copos de nieve, o gualdos como enormes capullos de seda, sobre la *mesa de atar.* Hacía un calor aplastante; olía a *jubre* y a sobaquina; el sudor caía de las nudosas frentes o corría por los pechos fornidos y velludos. El patrón no le perdía pisada a su gente, y mostrábase muy pelilloso; quería que esquilaran al ras de la piel, sin pegar tijeretazos menudos ni herir las ovejas, y recorría la *cancha* vigilando con ojo inquisidor lo mismo a los tijeras que a los *atadores, escobas y médicos.*

—¡Amigo, tiene las ovejas gordas y sanas! — exclamó Primitivo después de haberle dado la mano a todo bicho viviente—. ¡Y qué parición, si cada oveja tiene un cordero!

—Y algunas dos — replicó Tocles gozoso—. Nuestro suegro está en lo cierto cuando asegura que "los carneros de "El Ombú" preñan y no brincan".

—Ya creo — asintió el paisano, soltando una gran risotada, una de esas risotadas gauchas que sólo se oyen en las cocinas de las estancias.

Pronto y sin esfuerzo, porque todo era para Tocles motivo de curiosidad y maravilla, habíase puesto al corriente de las faenas camperas y encariñado con ellas de modo singular. Las

tareas más pedrestes y rudas — tanto podía su imaginación—, antojábansele inteligentes, entretenidísimas, y la empeñosa defensa del centésimo, llena de goce hondo. No parecía sino que el despliegue de las potencias y actividades naturales, antes contenidas y torturadas, le volvían el alma al cuerpo, restituyéndola a los vitales ejercicios que la mantienen sana, fuerte y bien dispuesta. Sentíase con muy otro ánimo. El levantarse con la aurora y el acostarse con las gallinas, después de la porfiada brega de todo el día, lo limpiaban de murrias y desazones[1].

Siempre tenía algo urgente que hacer: ya estirar alambres, ya retocar el revoque del rancho; ora señalar los terneros, ora combatir el yugo y la espina, y a tal extremo llegaba el impetuoso afán de darse cuenta de todo y de hacerlo todo por su propia mano, que poco o ningún espacio le quedaba para leer o escribir. En cambio, plantaba árboles y los miraba crecer, gozoso; regalábase con las legumbres que él mismo, mitad en serio, mitad en broma, cultivaba en compañía de Amabí, y que le sabían a gloria, y curaba personalmente a sus ovejas de la sarna y la manquera. Jamás supuso que el recoger los huevos calentitos, o el apurar un vaso de espumosa leche, palmeando a la vaca *suya* que lo daba, y otras puerilidades parecidas, habían de halagarle al amor propio de tan dulce manera, produciéndole al mismo tiempo algo así como la impresión, grata y calmante, de un baño tibio en bañadera propia... Pero si no estudiaba ni escribía por falta de

tiempo, meditaba, y con fruto y placer, porque el contacto con las realidades enseñábale lo que los libros no decían, y el mirar las cosas con ojo inteligente hacía que descubriera, aun en las más nimias, bajo la fútil apariencia, la poesía íntima, la oculta significación, lo cual era venero de grandes goces[1].

"¡Quiera Dios que le dure!", decíase Amabí, considerando la ardorosa actividad de Tocles. Ocupábase la maestra en los quehaceres domésticos, y, a ratos perdidos, en el jardinete y la huerta. Era un contento verla tan diligente y mañosa. Con la alegría, la maternidad y el trajín casero, le habían vuelto los colores y los encantos naturales de su carácter llanote y retozón. La venida a "La Nueva Esperanza", fué para ella también como una resurrección, que la despojó del afeite pedagógico e hizo retoñar en la individualidad propia las cualidades heredadas de doña Ángela. Del profesorado no se acordaba siquiera, y tan a pechos tomó la zumbona advertencia de Tocles, de que la literatura le iba a cortar la leche, que sólo leía el "Arte Culinario" y "La cría práctica de las gallinas"

Por excepción, en las horas caniculares o en las largas noches de invierno, Tocles cogía un libro de versos, francés generalmente, y leía en alta voz, mientras Amabí, cosiendo, escuchaba. Las cariciosas[2] frases aleteaban entre las cuatro paredes del rancho como mariposas venidas del país del ensueño. Tocles sentía a veces el alma rebosante de nostalgias; el limo amargo de las aspiraciones frustradas se removía.

Mourir, n'être plus rien! Rentrer dans le silence!
Avoir jugé les cieux et s'en aller sans bruit!

En pasajes como el que antecede, una extraña melancolía, a la vez penosa y dulce, embargábale el ánimo. Cerraba los ojos y meditaba. Amabí alzaba la vista de la costura y contemplábalo curiosa e inquieta. Su instinto de mujer le decía que los libros, árboles del bien y del mal eran, cuyos frutos prohibidos de nostalgias y morbidezas enfermaban a Tocles y comprometían la dicha conyugal. Largo rato lo observaba sin mover pestaña, como si quisiera beberle los pensamientos.

—¡Tocles!... —exclamaba al fin, con acento de reconvención.

Él salía como de un sueño; pasábase la mano por la frente y tornaba a leer con voz insegura y ronca, como preñada de sollozos. Otras veces lograba dominar sus impresiones, pero al acostarse y apagar la luz, decíase:

Ah! Redevenir rien irrévocablement!

y permanecía horas enteras boca arriba, inmóvil y con los ojos desmesuradamente abiertos. Amabí dormía a pierna suelta; fuera oíase el graznido de las lechuzas y los alertas del avizor terutero. Tocles pensaba, pensaba... Pero esto acontecía de higos a brevas; por lo general, de noche, marido y mujer hablaban sólo de sus quehaceres y hacían cuentas y alegres cálculos.

* * *

Primitivo recorrió los bretes, examinó los opulentos vellones de los carneros padres, a fin de cerciorarse si éstos habían dado más lana que los suyos, y luego, con el caballo de la rienda, al despedirse del flamante estanciero, le preguntó:

—Y.. ¿tendremos revuelta?

—Por ahora, no — aseguró Tocles, después de breve reflexión—, pero más adelante, seguro.

—Entonces... ¿sabe algo?

—¡Hum!... Más de lo que yo quisiera. Para los que siguen de cerca los tejemanejes de los partidos, no es un misterio lo que pasa. Los blancos o nacionalistas, como ellos se llaman ahora para darse lustre patriótico, se organizan y arman; el Presidente, a fin de mantenerse en el Poder, aunque luego sobrevenga el diluvio, hace la vista gorda: a ese precio lo dejan gobernar; el país está dividido en feudos: cada cacique tiene el suyo y en él es señor de horca y cuchillo: exigen, el Gobierno cede, y esto no puede concluir sino con una pamperada de bayonetazos.

—¡Cuándo nos dejarán tranquilos! — suspiró el paisano.

—Eso digo yo. ¡Cuándo nos dejarán tranquilos!

Primitivo se alejó de "La Nueva Esperanza" al trotecito, reflexionando en las alarmantes palabras de Tocles. Llegó a "El Ombú", pagó

las ovejas finas que había adquirido días antes y gravemente entrególe, bajo recibo, el resto de su oro al comerciante, que lo guardó más gravemente aún. Hecho esto preguntó:

—¿Cuándo te decides a comprar el campito?

—Después de vender los capones... si Dios quiere.

—Si te hace falta algún dinero, yo te lo puedo adelantar... con un módico interés.

—No, gracias; me va a sobrar.

Hubo un silencio. Después dijo Papagoyo:

—¿Y qué tal van por "La Nueva Esperanza"?

—Lindo no más...

—Entonces, ¿el hombre *rumbea?*

—Rumbea — contestó categóricamente Primitivo.

—¡Quién había de creerlo! — exclamó Papagoyo, con su beatífica sonrisa.

El paisano almorzó en compañía de sus suegros; después de la siesta se dispuso a partir.

Empezaba a soplar con fuerza el viento. Espesos nubarrones morados, violetas y parduscos, corrían a la desbandada hacia el sur, donde agonizante claridad entristecía la tierra. Por los caminos se levantaban iracundas trombas de polvo, y el aire olía a paja mojada. A lo lejos oíase el bronco rodar del trueno.

—Se viene la tormenta, y mis ovejitas recién esquiladas — murmuró Primitivo, hincando espuelas.

Un impetuoso remolino de viento casi lo saca limpio del *recado;* oscureció más aún y empezaron a caer gruesas gotas, que estallaban como

cohetes al chocar contra la tierra. Primitivo, con el cuerpo echado hacia adelante, el sombrero en la nuca y la barba partida en dos, avanzaba a todo correr. *Pataplán, pataplán, pataplán,* hacían los cascos del caballo, y, como un eco, *pataplán, pataplán, pataplán* respondía el corazón de Primitivo. Pero no fué muy lejos. De súbito, furiosa lluvia de piedras lo hizo tirarse del caballo y cubrirse la cabeza con un *cojinillo.* Y se desencadenó la tormenta. Tronaba como si chocasen las esferas celestes; las piedras, en medio de lívidas claridades y sulfúreas luces, golpeaban el suelo, semejando el precipitado redoblar de sonantes tambores, y el agua corría a torrentes por las cuestas y rebullía espumosa en las zanjas.

"¡Quiera Dios que no les suceda nada a mis ovejitas!", suspiraba Primitivo, viendo, como sumergido en agua, el paisaje que tenía ante los ojos. "Y a Tocles lo agarra con las ovejas al ladito de los bretes, mientras que a mí... Bien dicen que para *potrosos* no hay como los *chapetones.* Ni un cordero se le va a morir...", agregó con cierto despecho. Cuando cesó la piedra, pero bajo el latigueo de la lluvia, siguió su camino a escape, repitiendo incesantemente: "¡Quiera Dios que no les suceda nada a mis pobres ovejitas!"

Llegó; las ovejas, empujadas por el viento, avanzaban hacia el arroyo, desbordado y torrentoso. El trayecto recorrido era fácil de conocer por el tendal de borregos muertos que se veían blanqueando sobre el pasto verde. Primitivo comprendió el riesgo que corría la ma-

jada y se propuso juntar los grupos dispersos para que se abrigaran mutuamente, y, al mismo tiempo, desviarlos de la dirección del arroyo, al que podían azotarse y perecer. Ruda tarea; las ovejas, transidas de frío y medio locas de miedo, seguían siempre adelante, hacia el abismo, con estúpida testarudez; el paisano, corriendo de un lado a otro, procuraba atajarles el paso y hacerlas volver grupas, y en ese desesperado empeño transcurrieron dos horas de angustias mortales. Llegaba la noche y arreciaba el temporal. Los bretes quedaban en contra del viento y ni por soñacion pensó en llevarlas a ellos; hubiera sido intento vano. Era necesario imaginar otra cosa, y ansioso miraba hacia todas partes, sin que se le ocurriera medida de salvación alguna, pero sin desmayar tampoco en su porfía; antes de ceder y dejar perderse el fruto de tantos trabajos, hubiera preferido morir junto con sus ovejitas. A la luz de los relámpagos aparecía ceñudo y formidable, cual un héroe de los tiempos bíblicos batiéndose con apretado ejército de pigmeos. Había desensillado y quitádose las botas y el poncho, y en pelo revolvía el caballo, haciendo las más estupendas evoluciones. A veces, con las patas del noble bruto empujaba las ovejas arremolinadas, o, desesperadamente, echaba pie a tierra y, a empellones, trataba de hacerlas cejar. No sentía cansancio, ni el frío que le agarrotaba los miembros; sólo pensaba en salvar las ovejas, sus queridas ovejitas.

Después de mucho batallar, avanzando al sesgo, pudo llevarlas a la falda de una cuchilla,

y allí, al abrigo de ella, arrimándose unas a otras, se detuvieron.

—¡Por fin! —exclamó Primitivo, a tiempo que el viejo pangaré, doblando las temblorosas, patas, caía hacia adelante sin vida.

Al amanecer, viendo perecida casi toda la borregada y además una buena cantidad de ovejas, lágrimas de rabia acudieron a los ojos del buen paisano; pero pronto se rehizo, y sin rencor, sin maldecir la suerte, propúsose lo que en otras análogas ocasiones: trabajar más y gastar menos. Y a punto seguido, con el firme propósito de disminuír el daño en lo posible, ocupóse diligente en sacarle el cuero a los animales muertos.

Primitivo era un hombre sano. Primitivo era un hombre bueno.

Lo que le costó más fué renunciar, por el momento, a la compra del campito; pero lo hizo, ahogando con harta pena, pero también con mano dura ,aquella aspiración de toda su vida.

Primitivo era un hombre bueno; Primitivo era un hombre sano.

IX

Pasaron dos años[1]. Mientras la política seguía ahogando las energías nacionales y produciendo agitación vana y ansiedad cierta, los estancieros llevaban a cabo la obra magna de refinar las haciendas, invirtiendo al efecto ingentes capitales[2]. Con las arboledas, potreros, molinos, modernas construcciones que iban señoreándose de las peladas cuchillas, el paisaje campero se transformaba y de hosco aparecía sonriente, y, al propio tiempo que aquél, cambiaba el ambiente moral, gracias a las ideas y aspiraciones nobles que traía aparejadas la actividad de las estancias. Y así iba formándose fuera de la escuela y de toda influencia urbana, un nuevo tipo social, producto exclusivo de la necesidad económica, cuyas severas disciplinas hacían de cada gaucho levantisco un paisano trabajador, como la política de cada trabajador un gaucho *alzao*.

En "El Ombú", el progreso saltaba a la vista: los arbolitos dábanle ya sombra y abrigo a las ovejas en todos los potreros; dos de éstos[3] habían sido alfalfados, y otro molino asomaba, por encima del viejo ombú, su rueda inquieta.

En "El Bichadero", Primitivo, que con la prosperidad usaba pantalón *ajustao* en vez de bombachas, tenía las majadas servidas por carneros puros y los rodeos por toros Durhams; además, había hecho tres potreros nuevos y plantado un monte de eucaliptos[1]. Sólo a Tocles no le lucía el pelo: la agricultura y la instalación de la cremería, a pesar de que "al régimen pastoril debían seguir el laboreo y las industrias rurales", le originaron serios desembolsos, hartas preocupaciones y no le daban resultados prácticos. Por otra parte, los artículos de propaganda rural que escribía y el ocuparse en los intereses generales, lo hacían descuidar los propios, y aún perjudicarlos, porque el prurito de predicar con el ejemplo lo llevaba a introducir en la explotación de "La Nueva Esperanza" reformas y adelantamientos avanzados, pero fuera de sazón. Llegó a fabricar muy buena manteca; pero como el mercado de consumo quedaba muy distante, los gastos de transporte salían más caros que el producto; algo semejante le aconteció con el trigo, amén de que la impermeabilidad de las tierras y lo irregular de las lluvias hacían muy problemáticas las cosechas. Estos fracasos le revolvieron la bilis y lo hicieron mirar con despechado enojo la prosperidad de "El Ombú" y "El Bichadero", y hasta decirse que para medrar, tanto en el campo como en la ciudad, lo mejor era ser bien egoísta en lo que toca al dinero, y arrimadito a la cola en lo que atañe a las ideas[2].

En cambio, Primitivo, estaba contento de la suerte y de sí mismo. El día señalado para

firmar la escritura del campito dirigióse a la pulpería, recogió su plata y alegremente tomó el camino del pueblo. Iba tan alborozado, que la luz le parecía más luminosa, más puro el aire y el canto de los pájaros más melodioso que el de las aves del paraíso.

Todo estaba en forma. Pagó, apoderóse de los títulos con mano febril y salió de la escribanía vacilando como si estuviese ebrio. "¡Gracias a Dios, gracias a Dios!" —repetíase caminando sin dirección fija—. "Ahora es necesario ponerse paquete. porque, porque..." —se dijo luego, y entrando a una tienda, adquirió varias relumbrantes chucherías, las ropas necesarias para emperejilarse de pies a cabeza y un reloj de mujer muy cuco, y montó de nuevo con los preciosos documentos atados a la cintura en un pañuelo de seda.

"¡Qué sorpresa le voy a dar a mi Celedonia, ella, que no me espera hasta de aquí a tres o cuatro días!" —pensó saboreando anticipadamente la dicha que le proporcionaría con el regalo, y la dicha que experimentaría él mismo al verla reír con aquella su bocaza de labios elásticos y rojos. Iba para seis años de casado, y ¡gracias a Dios!, era feliz. Tenía campo propio, tres mil ovejas de apretado vellón, doscientas vaquitas, un hijito que le tiraba de las barbas, y una compañera de carácter brusco y rostro machuno, es verdad, pero hacendosa, querendona y con unas carnes frescas y apretadas como la pulpa del melón. "Ahora, como el campo es mío, haré una casita de material, un galponcito para los carneros padres, un

huerto, quinta, alfalfares..." y placenteramente seguía imaginando la posesión y el goce de bienes largo tiempo codiciados.

De pronto, recordando que a la realización de sus sueños seguía siempre alguna desgracia, la sonrisa se le petrificó en los pulposos labios. "Cuando compré lo primeros carneros finos, me cortaron los alambraos y saquearon el rancho; poco después de comprar las ovejas puras, el temporal me mató la borregada... Pero ahora, ¿qué puede sucederme? No hay guerra, ¡gracias a Dios![1], y el tiempo corre a pedir de boca". Tranquilizado con estos últimos razonamientos, engolfóse de nuevo en sus alegres planes. "Al galpón lo haré un poco más grande, pa[2] poner mi caballo; sí, es conveniente un caballo a *grano* en el invierno. ¡Cómo va a engordar el *manchao* viejo!" — exclamó, por último, y la dicha tornó a iluminar el rostro cuadrado y coloradote de Primitivo.

Llegó de noche. Los perros ladraron, y después, reconociéndolo, le salieron al encuentro. Celedonia abrió la puerta y, precipitadamente, volvióla a cerrar. "Se habrá asustao" — supuso Primitivo, y, apeándose, desensilló tranquilamente y soltó el caballo, después de haberle rascado el lomo con el cuchillo.

—Soy yo — dijo golpeando la puerta.

Nada, Celedonia no respondía. "Está despierta, hay luz, ¿por qué no abre?" — preguntóse Primitivo, sin saber qué pensar. Llamó otra vez, y nada. "¿Le habrá sucedido algo? Puede que le haya dado *el mal*", conjeturó[3], y, afinando el oído, parecióle sentir rumor de

voces, susurro de palabras dichas quedo y de prisa. Sin saber por qué, le empezaron a temblar las piernas... "Y yo, ¿qué tengo? ¿Por qué me late el corazón?" No pudiendo resistir más, hizo saltar la cerradura de un rodillazo y entró, encontrándose, de manos a boca, frente a frente de Celedonia y Jaime.

Ella, muy pálida, desencajada y toda temblorosa, habíase refugiado en un ángulo de la pieza: tenía los brazos colgando, como desarticulados, y los ojos fuera de las órbitas; él, en medio de la alcoba, con el poncho arrollado en el brazo izquierdo y el puñal en la diestra esperaba, haciendo alarde de cínico valor. Primitivo apreció con pasmosa lucidez hasta los menores detalles del cuadro. Vió que por la bata mal abrochada de su mujer aparecía una camisa más fina y primorosa que las usadas a diario por ella. "Para mí no se hermoseaba tanto". Lo hizo pensar con acerba pena aquel descubrimiento; notó el convulso temblor de los labios de Celedonia, hinchados de tanto besar; el desaliño del cabello y la sortija de dos corazones que él le había regalado al hacerla su esposa. Esto último le causó como un brusco desgarramiento interno. Contó las monedas de oro que adornaban el cinto de Jaime, y, por la expresión fiera de los ojos de éste y su arrogante actitud, dedujo que estaba resuelto a todo. "Sería capaz de asesinarme el muy perro", se dijo; "¿y ella...?, ella acaso lo ayudaría... Entonces, ciertos eran los rumores y habladurías que yo no quise oír..., lo quería a él, no a mí; quizá había sido suya, y sólo por

la plata, ¡ah...!" Y en tropel y confusión lo asaltaron mil recuerdos de su noviazgo con Celedonia, noviazgo cuya paz turbada[1] las asiduas visitas de Jaime a "El Ombú". "¡Cuántas veces se guiñaron el ojo en mis narices...! ¿Qué querían decir sus sonrisas maliciosas? Me engañaban, se reiban[2] de mí". Y, diciendo esto último, el rostro pareció demacrársele repentinamente; los ojos se le escondieron en las órbitas, ahondáronsele los rasgos de la fisonomía y los pliegues del cerdoso entrecejo, y la nariz se le puso blanca, casi transparente.

Jaime no esperó más; como despedido por un resorte, saltó sobre su hermano y le asestó una feroz cuchillada en el rostro. Primitivo cayó de bruces.

El tenorio ganó la puerta, montó *de salto* y al alejarse a galope corto, como si tal cosa, se dijo: "¡Había sido *de andar* el salvaje!", y envainó el arma.

Y ya los tiernos guachitos no tuvieron quien les diera leche, y, en las majadas, los corderos que perdían a las madres, morían de hambre y eran carniza de zorros y *caranchos*... Las ovejas, enflaquecidas y sarnosas, dejaban los vellones en las malezas, y en los alrededores de las casas, antes tan limpios, crecían las espinas y los cardos, dándole a la población el aspecto de una melancólica *tapera*...

• • •

Primitivo entregóse con ardor a la bebida y la pasión política, cual si entre ésta y el odio que le roía las entrañas, existiesen íntimas y estrechas correspondencias. Fué el furor suyo como el del buey: tardío pero terrible. Frecuentaba asiduo las pulperías y concurría puntual a las periódicas reuniones y asambleas de sus correligionarios, donde presto adquirió fama de colorado exaltadísimo y capaz de una hombrada. Él, antes tan indiferente a las luchas de los partidos, aunque colorado era, porque su padre lo había sido, hablaba solo, así que la *caña* le desataba la lengua, de degollar blancos traidores; hízose satélite y hombre de confianza del pardo Carranca, de tenebrosa historia, sólo porque Jaime lo era de Pantaleón, y usaba, en vez del puñalito de plata, enorme daga de dos filos, que sola estaba pregonando el gusto de su dueño por la pendencia y las airadas aventuras. Y al hilo y compás de estas tan inusitadas cuanto radicales transformaciones de su carácter, fué perdiendo el pobre gaucho las virtudes adquiridas en el trabajo y dando señales inequívocas de relajamiento moral. Al presente, dejaba que las ropas se le pudriesen en el cuerpo, no se peinaba nunca y dormía, muchas veces sin desnudarse, en un mal jergón. De las *haciendas*, mejoradas con tanto afán, no hacía maldito el caso: los carneros permanecían en las majadas todo el año; la sarna hacía de las suyas; los vecinos le robaban los corderos que él, en su insensata desidia, ni siquiera se preocupaba de señalar. Una personalidad primitiva, áspera, sin cariz de afina-

miento, producto de remotos influjos ancestrales y ambientes contenidos, no destruídos, por las disciplinas de la cultura, surgía nuevamente del pozo hereditario, y se superponía a la personalidad formada por ellas. Aun en el físico había cambiado; Primitivo parecía otro hombre. Su falta de aseo inspiraba repugnancia, y el *chirlo* que le partía la frente, el ojo y la mejilla, dábale el aspecto inquietante del gaucho *malevo,* impresión quilatada y subida de punto por el entrecejo, siempre rugado, y el mirar torvo y como vestido de riguroso luto. "Ese hombre tiene ahí clavado un mal pensamiento" — decíanse las gentes al observar el sombrío empaque del paisano.

Con el sol muy alto ya, abandonaba el lecho e iba a sentarse a la sombra del ombú, a un lado la cafetera y el mate, la botella al otro, y allí se pasaba las horas, perdido en una especie de abstracción estúpida, porque en ella no había ni pensamiento ni ensueño. Deslizábanse las horas lentas, monótonas, dormidas; caían cual un perenne gotear en el pozo sin fondo del infinito. Primitivo cabeceaba, abría los ojos lentamente y tornaba a cerrarlos más despacio aún. A veces se distraía siguiendo el vuelo de los pájaros o las ágiles carreras de las lagartijas, o el paso doctoral de un *ñandú,* o miraba a los lejos sin ver... De repente, en lontananza, esfumándose cada vez con más vigor sobre las verdes lomas o la fineza azul del horizonte, alcanzaba a percibir algo animado... Luego, los contornos se precisaban, el bulto adquiría forma... ¡Ay! era una vaca vieja empantanada

en el arroyo, o una oveja, puro pellejo y huesos, de lomo encorvado, de ijares hundidos, que buscaba, para morir tranquila, un sitio apartado y soledoso. Entonces aguzaba la vista y veía, veía que un carancho, trazando en el aire, alrededor de la moribunda, majestuosos círculos, cada vez más lentos y cerrados, espiaba la agonía del mísero animal con su pupila ardiente. De trecho en trecho deteníase la oveja para tomar respiro; dejábase caer sobre las rodillas y haciendo eje de ellas, seguía el amenazante vuelo de su verdugo, girando sobre sí y dándole siempre la cara. Cuando, jadeante y extenuada, se abatía al suelo, el ave de rapiña pasábase frente a ella como el centinela de la muerte. Luego aproximábase paso a paso, solemne y siniestra. La oveja, haciendo un esfuerzo supremo, tornaba a ponerse sobre las rodillas, y el carancho volvía a trazar los círculos fatídicos, y así, hasta que aquélla desfallecía. Entonces, de dos certeros picotazos, le reventaba los ojos.

Doloroso sacudimiento despertaba las facultades mentales de Primitivo; como Prometeo, sentía que el corvo pico le arrancaba las entrañas; pero no se movía. "Antes, no hubieran pasado las cosas así; pero aura[1]... todo acabó", decíase, y empuñaba la botella.

Yo tenía un pajarito
Y el pajarito se fué,

Canturreaba por último, mientras el carancho, después del sangriento festín, se elevaba

en los aires, llevando en las garras para sus hijuelos las entrañas de la víctima; y aquel estribillo de una vieja *relación*, quién sabe por qué oculto subjetivismo, expresaba con lenguaje intraducible, aunque elocuente, lo que él no acertaba a analizar bien ni decía de ninguna manera.

Celedonia pasaba como una sombra. Caminaba encorvada y tenía enrojecidos los ojos y la boca hundida. Al ver a su marido silencioso y huraño junto al fogón o debajo del ombú, preguntábase: "¿Qué pasará por su alma ahora? ¿Me estará maldiciendo?... Si fuera capaz de perdonar, me echaría a sus pies, lo serviría de rodillas, pasaría por todo por no verlo así; pero no, ese hombre no puede perdonarme..." —y se sentía morir de angustia—. "¿Y todo viene de *aquello?*" —interrogábase a continuación, y empezaba a percatarse de que allá, en las reconditeces de su alma, nacía violento odio contra el amante y juntamente un sentimiento indefinible, extraña mezcla de admiración, lástima y respeto hacia el esposo burlado que la martirizaba, es verdad, pero por vengarse, sin duda, de la afrenta que ella le había inferido Reconocía su culpa, cometida sin pasión ni sensualismo, por debilidad tan sólo; pero más que la falta misma la atormentaban las consecuencias de ella: la vida miserable que vino luego y, sobre todo, la abyección del esposo, cuyo relajamiento físico y moral seguía espantada paso a paso.

"¡Qué malo debe de ser lo que hice!" —pensaba vagamente al verlo regresar de la pulpería

vacilando sobre las piernas, las ropas desaliñadas y el rostro embrutecido por la embriaguez. Y se asustaba de su delito y disponía a aceptar, sin protesta, las mayores torturas para purgarlo. Por las noches figurábase siempre que Primitivo iba a matarla, y, caso extraño, no abrigaba rencor contra él. Lo oía acercarse; lo veía desnudar la daga, cuya hoja resplandecía fatídica en la oscuridad, y sentía sobre el pecho desnudo la mirada del asesino que busca el *sitio*. Helado sudor humedecíale las sienes; la lengua seca se le pegaba al paladar, desfallecía

"¡Vivo vivo!" murmuraba al volver en sí, y en lugar de odiarlo sentíase casi reconocida porque aún él no había usado del derecho de acabar con ella, que le concedió desde el primer momento sin la menor violencia. El envilecimiento de Primitivo tampoco le repugnaba. Cuando lo veía tirado en un rincón, borracho, con los ojos fijos y sin luz, como los de un pescado muerto, la boca entreabierta y los mechones de pelo pegados a la sudorosa frente, no experimentaba asco, sino, por el contrario, vivísima atracción, piedad ardiente, ternura exaltada, quizá porque sufría *por ella*. La relajación de aquel hombre, antes tan bueno y sano y ahora abyecto, era *obra suya*, y este hondo, aunque confuso sentimiento, daba margen en el alma femenina y nada dura de Celedonia, a ternezas inauditas e inclinación amorosa, explicable tan sólo considerando que las Evas suelen sentir perversa predilección por el hombre que, a causa de ellas, sufre y se envilece...

Una tarde regresó Primitivo de la pulpería en tal estado de ebriedad, que apenas podía sostenerse en pie. Tambaleando, pudo llegar hasta el comedor. En la puerta se detuvo, y viendo a su mujer, que cosía junto a la ventana, entonó con lengua estropajosa:

Yo tenía un pajarito
Y el pajarito se fué,

echándose a reír luego estúpidamente. Estaba muy pálido; la barba de ébano hacía resaltar más aún la blancura lechosa del rostro, y la lividez de los labios, estirados y entreabiertos por sardónica sonrisa.

—¡Dios mío!, ¡qué suplicio! — exclamó Celedonia tapándose la cara con ambas manos para no verlo, para no ver, sobre todo, la expresión de aquellos ojos turbios y revueltos como los de los ciegos.

Yo tenía un pajarito
Y el pajarito se fué,

tornó a repetir Primitivo; e intentando avanzar, se le enredaron las piernas, y cayó hiriéndose en la frente.

Celedonia trajo agua fresca, arrodillóse junto a él y le lavó la herida. Mirándolo luego tiernamente, con lágrimas en los ojos, le pasaba los dedos por la enmarañada melena, henchido el pecho de sentimientos blandos y dulces. "Yo he sido su cruz", consideraba con infinita tristeza, y la machuna Celedonia sentía ímpetus

de prodigarle mil caricias, mil besos... Esa noche se impuso el deber de velarlo, y al otro día, al abrir los ojos Primitivo, se encontró con que los de ella lo miraban húmedos de amor...

"¿Qué ha sucedido? ¿Por qué está mi mujer arrodillada a mi lado y mirándome así?... Y ¿por qué me duele la frente?", se preguntó sin recordar nada, entre los limbos del sueño aún; y luego, agregó en voz alta y con acento duro:

—¿Qué haces ahí?

—Te cuidaba; anoche te heriste en la frente y...

—Güeno, güeno[1] —interrumpió él—; ya sabes que no quiero conversaciones; *dejáme* no más...

Como Celedonia permaneciese en la misma actitud y no respondiera, añadió incorporándose:

—¿No oís?

Entonces ella clamó, abrazándose a las piernas de su marido:

—Te pido por la virgen que tengas piedad de mí; no puedo más...

Primitivo, montando en cólera, iba a estallar en improperios como otras veces, pero la pena de ella lo contuvo.

—Déjame salir —dijo solamente, domando la expresión fiera del rostro.

Pero Celedonia, puesta de rodillas siempre, se apretó con más fuerza a él.

—No, no, eso no; por la virgen te lo pido; mata, pero perdona... ¡Me muero! ¿No ves que me muero?...

En aquella actitud, con las lágrimas corriéndole por las flacas mejillas y los ojos puestos en blanco, a pesar de su fealdad, atenuada por la expresión dolorosa y como espiritualizada por ella, semejábase Celedonia un tanto a la estampa de la arrepentida Magdalena que adornaba la pared. Era la aflicción de sus ademanes y palabras tan verdadera, que el airado esposo sintióse conmovido. ¡Cuántas ideas, rápidas como relámpagos, le sugirieron de súbito aquellas azuladas ojeras, aquel hundido pecho, aquel crispamiento de los labios, secos y amarillos!...

"¡Qué acabada está!", pensó. "Si yo pudiese perdonarla, si yo pudiese..." y la piedad dilatóle un instante el endurecido corazón. "Pero no podré, seguro que no podré. ¿Qué vamos a hacerle?, yo también sufro: la culpa no fué mía. ¿Por qué me engañó? ¿Qué diría Jaime si supiera?..." Y al recordar el nombre del traidor, la bilis se le subió a los labios.

—¿No te acordás ya?— gritó con voz estentórea mostrándole la herida siempre roja, que le desfiguraba el rostro.

Oyóse sorda queja. Las manos sarmentosas de Celedonia se desprendieron de las piernas de Primitivo, y se desplomó hacia atrás, como ave herida que extiende las alas y cae del árbol.

X

Mamagela decidió intervenir, y en su flamante *break*, muy oronda y satisfecha a pesar de los disgustos, trasladóse a "La Nueva Esperanza" a fin de tener una conferència con Tocles. Ambos, por confesión propia de Celedonia, estuvieron desde los primeros momentos al tanto de lo que ocurría, y ambos también, por distintos medios, trataron de consolar y prestarles arrimo de amor a los desdichados cónyuges, aunque inútilmente, porque Primitivo les manifestó con rotunda claridad que lo dejasen tranquilo y no se metieran en sus cosas. Doña Ángela se limitó entonces a predicarle cristiana resignación a Celedonia, obediencia incondicional, ternura sumisa para ver de desarmar, por esos dulces medios, la cólera del afrentado esposo. A Primitivo nada le decía, ni hubiera podido hacerlo, porque así que llegaba a la casa la ínclita matrona íbase[1] él a la pulpería, y no a la de sus suegros, sino a otra, lo cual irritaba por partida doble a Mamagela.

—Vengo dispuesta a llevarme a Celedonia y al chico —le dijo a Tocles no bien hubo puesto en el suelo el regordete y menudo pie—.

Aquello no puede seguir así; justo es que Celedonia purgue su falta; pero yo no puedo permitir que la martirice adrede y además maltrate a la pobre criatura, inocente de toda culpa. Si quiere ese bárbaro matarse que lo haga, pero la vida de su mujer y la de Pedrito no le pertenecen. ¡Qué demonios!, todo tiene su límite. Al verla tan arrepentida, tan sumisa, tan resignada a los malos tratos que le da, otro cualquiera hubiese perdonado, pero él es incapaz de hacerlo; lo conozco bien. Nadie le gana a bueno, pero a cabeza dura y malas entrañas tampoco, si lo irritan. Yo, como madre, no puedo estarme de brazos cruzados; debo intervenir. ¿Qué piensas tú?

Tomaron asiento en el comedor, que era al mismo tiempo sala, cuarto de costura y biblioteca. Libros, papeles, trapos y enseres de bordar andaban por allí revueltos al capricho. Las humildes paredes de terrón absorbían la luz que entraba únicamente por la puerta sin vidrios. Cerrada ésta, la habitación permanecía a oscuras, lo cual era muy bueno, según doña Angela, contra el calor y las moscas. El piso de tierra, muy barrido y bien regado, daba grata sensación de sobriedad y limpieza. Sobre la mesa, en dos frascos de encurtidos, de boca ancha, que servían de floreros, veíanse algunas rosas.

—Sí, me parece necesario —respondió Tocles—. Primitivo no perdonará, no puede perdonar; el odio al felón hermano le envenena la sangre. Por otra parte, las ruinas que se preparan alrededor de él y que él precipita sin

poder remediarlo, lo hacen vivir recriminando a Celedonia y descargando sobre ella su ira enconada. Es fatal.

—Cierto, atormentarla y atormentarse no parece sino que es para ese bárbaro el único fin de la vida. ¡Pobre Primitivo, siempre fué muy bruto!

—Y no sólo atormentarla y atormentarse, como usted dice, sino también denigrarla y denigrarse. ¡Caso curioso! Todo el noble tesón que puso en enriquecerse parece que lo pusiera ahora en envilecerse y descender por la escala social abajo. ¿Qué resorte se ha roto en la voluntad que parecía de hierro? ¿Qué abismos tenebrosos, qué golfos de dolor se abrieron en esa alma simple donde antes toda era sumisión y bondad, y ahora pasiones e instintos bárbaros, desorden y rebeldía?...

—¿Qué te hace pensar así? ¿Te ha dicho algo? — interrumpió doña Angela, temiendo que Tocles se corriera a explicarle a lo psicólogo lo que ella pronto y sin retóricas apetecía saber.

—No, no me ha dicho nada concreto; pero yo lo veo obrar, y, observándolo, he caído en la cuenta de que su mal no tiene cura. Aconsejarlo es inútil y hasta ridículo. ¿Qué pueden los razonamientos fríos contra el alud de impulsos oscuros que lo empujan hacia el mal, que acaso para él es el bien? ¿Sabe, por ventura, lo que le pasa ni adónde va?

—¿Y es posible que ya ni caso haga de lo que tanto le costó ganarlo?

—Así es.

—Entonces, adiós mi plata; ahora sí creo que no tiene compostura. Cuando se hace abandono de lo que todos, incluso los moribundos dando boqueadas, cuidan y muchos ponen por encima de la salud del alma, es que el hombre está loco de remate.

—Yo he tratado de adivinar sus designios, lo que se esconde tras aquella frente obstinada. Y bien, nada se esconde allí. Primitivo no razona, obra llevado por instintos que no conoce ni puede gobernar. Y va adelante como un ciego, mejor, como un sonámbulo, cosa que si bien se mira, aparte el ser más visible en él que en los demás, es achaque corriente: todos vamos así, lo mismo los avisados que los torpes, los cuerdos que los dementes; éstos, movidos por unos hilos, aquéllos por otros; títeres somos tan poco dueños de nuestros actos como de nuestros pensamientos. Usted y yo, doña Angela — agregó sonriendo del asombro e indignación de su suegra—, somos tan sonámbulos como él, aunque engañados por espejismos diferentes.

—¡Ay, hijo mío! — replicó al punto la buena señora—, no me metas en esos tiquis miquis psicológicos, como tú dices, ni me *entropilles* con esos sonámbulos de que hablas, porque te juro que no me extravía ningún espejismo y que me duelen las muelas de saber lo que quiero y adónde voy. Ya te lo dije en otra ocasión, ¿para qué te haces el chancho rengo? Sólo me interesa el bien de los míos, y por ellos trabajo con tanto gusto como afán.

Por buscarle la lengua objetó Tocles, maleante y retozón:

—Pero ¿quién le dice, doña Ángela, que mirado de cierto modo, ese bien no sea el mal, y que ese afán y gusto suyos, que a usted le parecen tan simples y limpios de pecado, no obedezcan a incentivos egoístas en sí, anticristianos, como el deseo de poseer y dominar, pongo por caso?

Doña Ángela, abrió los ojos desmesuradamente.

—Mira, Toclitos —exclamó al fin con mucho parpadeo y fruncimiento de labios—, déjame a mí tal cual soy y con lo que creo, que así me encuentro muy a gusto. No quiero saber lo que no me hace falta. Si a tí te placen las inquietudes y el vivir como San Lorenzo en la parrilla, con tu pan te lo comas; a mí no. Una buena cristiana no tiene necesidad de tantos ajilimójilis y rompecabezas para vivir en paz y en gracia de Dios. Ni tú, ni el mismísimo Salomón, me harán creer que el sacrificarse por los hijos es otra cosa que sacrificio cristiano y caminito del cielo. Si esto es espejismo, con él me entierren. Dicen los sabios que el diamante es carbón; bueno: yo les digo a los sabios que quisiera tener muchos carbones de esos y ni una sola de las piedras finas que ellos fabrican, porque nada valen[1]. Y así en lo demás. Por lo que respecta a Primitivo, me parece que debemos ir a lo práctico: ¿qué remedio tiene el mal? ¿Qué se puede hacer? Y no perder el tiempo en averiguar si son galgos o podencos,

porque ya sabes el fin de la fábula... A eso le llamarás tú ser utilitaria y... ¿cómo dices?

—Pragmatista...

—Bueno, mejor que esos feos motes, te diré yo en dos palabras lo que soy: pues una mujer que va al grano y deja la paja para el que le guste.

—Tiene usted razón, que le sobra, al obrar así — asintió Tocles, riendo—; hay que ir al grano; yo también quisiera hacerlo, pero ¿dónde está el grano?

Sin vacilaciones, respondió Mamagela:

—Allí donde está la utilidad; es cosa dejada de puro sabida, y verdad siempre verdadera, aunque nos venga del tiempo de hacer *pipí en porongos*.

A su vez, se quedó Tocles mirando a Mamagela de hito en hito.

—¿Qué remedio tiene el mal? ¿Qué se puede hacer? — repitió ésta.

Viendo que su suegra se irritaba, respondió Tocles cambiando de tono:

—En mi sentir, lo único que cabe hacer, dado el extremo a que han llegado las cosas, es que usted se lleve a su casa a Celedonia y al chico.

—Y Primitivo, ¿no se opondrá?

—No lo creo, y si se opone, nos pasaremos sin su consentimiento. A grandes males...

—¡Gracias a Dios que hablas cristianamente! Vamos allá.

Y allá fueron, y con grande sorpresa escucharon de boca de Celedonia, que a pesar de todo y sucediese lo que sucediese, quería permanecer junto a su marido. Lo dijo con dul-

zura, pero firmemente, como si obedeciera a una resolución madurada de antemano. Mamagela, comprendiendo lo que significaba aquella resignada aceptación del destino, no pudo menos de tenderle los brazos, y en ellos, Celedonia, que hasta ese instante se había dominado, murmuró dejando correr las lágrimas:

—¡Ay, mamita!... — como una queja que lo decía todo.

Por no soltar también el trapo, salióse Tocles de la pieza. En la enramada, Primitivo se disponía a montar pertrechado como para un largo viaje: poncho de invierno arrollado, metido en una funda de lona y sujeto a la cabezada posterior del recado; lazo a los *tientos;* abultada maleta de tela entre los cojinillos; manea en el bozal, y caldera de *tropero* en la cincha, colgando debajo de la barriga del caballo. Lo saludó Tocles, y con sentida emoción refirióle la escena que acababa de presenciar. El paisano lo oyó con el pie en el estribo, y sin inmutarse:

—Hasta que *lo mate* no me compongo — dijo al fin, como único comentario, y se alejó al trote, con la cabeza baja y golpeando sobre el pecho.

Aunque era su único consuelo, Celedonia no se opuso a que doña Ángela se llevara al Macho, que así llamaban al chico. Antes bien, le aseguró que ya había pensado en ello, a fin de evitar que el inocente sufriera por culpa ajena. Primitivo había dado en la flor de decir que no era hijo suyo, y lo maltrataba de palabra y de obra. En las piernas tenía el pobrecito muchas señales del *arreador* paterno.

La vuelta fué triste. Por [illegible]ubicundas mejillas de Mamagela corrían las [illegible]mas; Tocles se hacía muy amargas reflexi[illegible] tarde moría, y allá en el rancho, mirando [illegible] el coche, sin alma y sin alientos, quedaba [illegible]nia: una sombra entre las sombras crepusculares.

Cuando dejaron de ver las poblaciones de Primitivo, dijo Mamagela, mientras acariciaba a su nieto:

—De las ruinas se salva lo que se puede...

Tocles no la oyó; escudriñaba el horizonte con tenaz insistencia. De pronto, palideciendo, aseguró:

—Aquello es gente; revuelta tenemos...

—¡Ave María!, ¿qué dices?

—Lo que usted oye. ¿Ve aquellos puntitos que salen del monte de "Los Abrojos", se mueven en la cuchilla y avanzan hacia este lado? Es gente armada. Su compadre levanta el poncho. ¿Qué hacemos: sigo o doy vuelta?

—¡Sigue, apura los caballos...!

—Pero para seguir tenemos que toparnos con ellos. Usted está entre los suyos, no le harán nada, pero a mí... —observó Tocles, recordando ciertos artículos que había publicado contra el caudillaje.

Al atravesar el arroyito de "Los Ceibos", oculto por espeso monte criollo, se encontraron de sopetón con un grupo de divisa blanca, que les dió el *alto* y luego orden de echar pie a tierra. El que parecía capitanear aquella partida de forajidos, se acercó y le dijo a Tocles, con tono que no admitía réplicas:

—¿No ha oído que se apee...? Necesitamos su coche..., y no me ponga mala cara porque lo voy a bajar de un tiro.

Doña Ángela, con grande presencia de ánimo, asomó la cabeza por entre las cortinas del break, y dijo, sin pizca de turbación y lo más jovialmente que pudo:

—Pero vamos a ver, muchachos; ¿no hay entre ustedes nadie que me conozca? ¿No saben que soy más blanca que Aparicio? ¿A quién se le ocurre que se puede dejar en el medio del campo y de noche a una correligionaria como yo...? ¿Están locos? Eso no se atreverían a hacerlo conmigo ni los salvajes. Algunos reales, sí, les daré, como he hecho siempre; pero el coche, primero me sacan las tripas. ¿Dónde está mi compadre Pantaleón?

Afortunadamente, el coronel caía *al paso* en aquel instante, acompañado de una centena de hombres. Tocles se echó el sombrero sobre los ojos y hundió más en el pescante.

Así que divisó al caudillo, gritóle Mamagela:

—¡Compadre de mi alma, venga a sacarme de estas apreturas! Aquí me tiene prisionera de su gente...

Riendo de muy buena gana se acercó el jefe y les ordenó a sus soldados que dejasen tranquila a aquella señora, a quien el partido le debía muchos servicios.

—Pero ¿qué anda haciendo por estos andurriales, comadre? ¿No sabe que el Gobierno nos ha querido *madrugar?* ¿No sabe que el país entero arde en guerra?

Y como Mamagela, con grande asombro le contestase que nada sabía y le pidiera explicaciones, prosiguió dejando de reír:

—Pues sí, comadre, empezó el fandango. Los jefes nacionalistas estábamos tranquilos en nuestras casas, nadie pensaba en revoluciones... por ahora. Pero el Gobierno, no se sabe bien con qué pretexto, nos ha querido dar un golpe de mano para arrancarnos, sin duda, las jefaturas que logramos *en la otra.* Muniz, sin decir agua va, nos atropelló en Cerro Largo; aquí, Galarza; ya ha habido varios encuentros en otras partes también, y ahora seguirá el baile porque estamos todos avisados y dispuestos a hacerles la *pata ancha* Esta vez va a ser la buena. Es necesario que todos cinchen si no quieren que los salvajes nos corran con el poncho y nos monten luego con espuelas. Dígale a mi compadre que no olvide lo que me prometió —y luego, observando a Tocles y frunciendo las hirsutas cejas, que parecían dos pegotes de enredada crín, añadió: —¿Y este mocito no es su yerno, el que me trataba en los diarios de gaucho *alzao?* Mire, amiguito, este gaucho alzao ha dao su sangre por la patria cien veces, y la patria no le ha dado nunca ni un cobre. Vea si entre sus amigos los *dotores* hay muchos que puedan decir lo mismo.

—No estoy en circunstancias de responderle con entera libertad—replicó Tocles, dignamente.

—Así es, y por eso no digo más— repuso Pantaleón.

Y, después de tenderle la ruda manaza a su comadre, se internó en el monte, seguido de los suyos, jinetes de barbas de astracán y rostros cobrizos por el adobe de frío y sol; centauros de las epopeyas nacionales, que iban a la guerra como a una *corrida* de avestruces y morían en las cuchillas sin saber por qué ni para qué; gauchos, en fin, educados en los campamentos y la vagancia, sin apego al pellejo ni ley a cosa alguna, habituados a vivir del abigeato en tiempo de paz y del merodeo a mano armada en tiempo de guerra. Entre ellos, en un overo azulejo muy escarceador, iba Jaime, de *chiripá* azul y ancha divisa blanca.

Camino adelante, toparon con otros grupos. Al pasar, algunos jinetes que conocían a la castellana de "El Ombú", la vivaron, blandiendo las lanzas o los mausers; ella les contestaba agitando un pañuelo celeste con la efigie del famoso caudillo Saravia.

—Adiós, doña Ángela; pronto, si Dios quiere, le voy a mandar las tripas de un salvaje, para que haga chorizos —le gritó alguien más atrevido que los otros.

Y ella, siguiéndole el humor, replicó al punto:

—Ya que eres tan comedido, mándame las de Muniz —lo cual hizo prorrumpir a los bárbaros en homéricas carcajadas, dichos gauchescos y vivas.

Mientras la maleante doña Ángela tomaba las cosas como venían y se ponía al diapasón de los acontecimientos, Tocles, adolorido por

el espectáculo de la barbarie nacional, dábase a todos los diablos.

—Ahí tiene—concluyó—en lo que la política convierte a esos miserables paisanos. ¿Y adónde van esos pobres diablos? ¿Qué fuerza los empuja? ¿Qué fuego fatuo los guía?

—"¡Aire libre y carne fresca!"—exclamó doña Ángela, recordando la famosa divisa del padre de Jaime—. Ahí tienes lo que lleva a esos hombres a la guerra.

—Justo, y ellos creerán que luchan por el partido, por las libertades, por el país. ¡Pobres diablos! ¡Pobres locos!

—Tus correligionarios tienen la culpa. ¿Por qué no les dan una parte en la pitanza a los que son tan orientales como ellos?

Aquí se enredaron en una discusión que, por veces, se tornó acalorada, y discutiendo, llegaron a la casa de Tocles, ya entradita la noche. Allí encontraron a Papagoyo y Amabí muy alarmados con las nuevas que corrían.

—¡Qué susto nos han hecho pasar! Empezábamos a temer que les hubiese sucedido algo —exclamó Amabí—. ¿Saben lo que hay?

—Sí, hija; ya estamos al cabo de la calle —y les refirió el encuentro con Pantaleón, cuyas tristes noticias confirmó en parte Papagoyo.

—Pero tú, ¿qué tienes, Goyo?—interrogó luego la señora—. Estás muy pálido; ¿te han dado algún susto?

El buen don Gregorio, que encendía los faroles del coche con mano temblorosa, se puso más pálido aún.

—Me tenía inquieto tu tardanza...

—¡Hum!... tú me ocultas algo, Goyete; pero, en fin, ya lo sabremos. Sube y vamos. Y ahora, hijos míos, cada cual a cuidar lo suyo, y ¡que Dios nos proteja!...

Papagoyo subió al pescante y partieron.

Pocos días después pudieron convencerse de que el caudillo no había exagerado: el país entero ardía en guerra; los ejércitos recorrían la campaña volteando alambrados, diezmando haciendas, talando montes; mucha gente de trabajo huía al Brasil y la Argentina; los peones se iban ya con los blancos, ya con los colorados, o se hacían matreros para no servir; los patrones se refugiaban en las ciudades, y las estancias quedaban abandonadas y como sin alma. Las pocas gentes que en ellas permanecían, vivían con el ¡Jesús! en la boca. Todo era fragor de armas, desolación y sobresalto. Pasaban los ejércitos sembrando ruinas y luego venían los grupos sueltos, más temibles aún: las *levas*, que se llevaban hombres y caballos; las gavillas de malhechores, que se formaban para saquear las estancias e imponer en los temerosos caminos la ley de la bolsa o la vida. En algunos establecimientos grandes recibían a estos últimos a tiros, pero en la mayoría, los moradores, pocos y desarmados, se dejaban despojar sin oponer resistencia.

Como otras veces, temiendo un asalto a la pulpería, la valerosa Mamagela adoptó el temperamento belicoso y armó a todo el mundo, según convenía al sexo y las cualidades de cada cual: con escopetas a sus hijos, para que pu-

dieran matar desde lejos y sin grande riesgo del cuero; con facón y pistola a Foroso; con *chuzas* a los demás, reservándose para sí un enorme pistolón de cargar por la boca, que metía miedo, y una filosa daga, que de puro ganosa por hurtar tripas, no parecía sino que se estaba saliendo de la vaina. A Papagoyo no le dió armas porque tenía buen pertrecho de ellas. De noche, la precavida señora hacía encerrar la *tropilla* en el corral y las ovejas en los bretes; y ponía a uno de los muchachos de centinela con orden de *menearle* bala al cuatrero que se acercase. Pero de poco le valió, para salvaguardia de sus bienes, este aparato guerrero, porque a las primeras de cambio, en vez de la gavilla de bandidos que esperaba con tan gallarda disposición de ánimo, pasó una partida del Gobierno y le carneó cincuenta capones y llevó los caballos, dejándole, en cambio, algunos matungos llenos de mataduras y un burro macilento y taciturno, que se lo pasaba todo el día parado frente a las casas, amusgando las grandes orejas y meneando el rabo. Sólo se salvaron de la *arreada*, por estar muy escondidos en el galpón de los cueros, el *overo rosao* de Papagoyo y el rosillo de Foroso.

"Mientras no me lleven a los muchachos todo va bien", se dijo Mamagela para consolarse; mas el gozo le duró poco, porque el comisario, cumpliendo órdenes superiores, no tardó en presentarse en busca de aquéllos. Esta vez Mamagela perdió los estribos, y después de poner a Batlle de oro y azul, le aseguró resueltamente al comisario que ella no le entregaba sus

hijos para que fuesen a matar infelices de su mismo *color,* que blancos los había parido y blancos eran.

—Si usted quiere — concluyó airada — búsquelos y lléveselos y deles armas, que yo seré la primera en aconsejarles que con ellas se pasen a los suyos en la primera ocasión. Por lo que respecta a Mador y Mérico, que están uno al frente de la cabaña y el otro al frente de la pulpería, ni usted tiene el derecho de llevárselos, ni yo se lo permitiré — y diciendo esto se encerró con ellos en su alcoba y puso el pistolón bien a la vista.

El comisario, que era hombre prudente y además apreciaba a doña Angela, aunque conocía su exaltado partidismo, sólo dijo dirigiéndose al comerciante:

—Vea, don Gregorio, que yo sólo cumplo órdenes. No tengo inconveniente en dejar a Mador y Mérico, aceptando como válidas las razones que ustedes me dan, aunque bien pudiera obrar de otro modo; pero haga que los otros se presenten y no me obligue a allanarle la casa y a usar de medios violentos.

—Yo no se los entrego; usted cumpla con su deber — contestó reposadamente Papagoyo.

El comisario, amostazado ya, iba a proceder sin miramientos, cuando los muchachos se presentaron.

—¡Aquí estamos! — exclamó el Sacristán, poniéndose como mayor al frente de ellos.

Faltaba el peoncito, el único que había en "El Ombú". Era un muchachote medio idiota.

Lo llamaron a gritos y buscaron por todas partes y no aparecía; al fin dieron con él en la cocina: espumaba el puchero tranquilamente.

—¿Qué hace ahí, amigo? ¿No oye que lo están llamando, o es sordo? ¿Cómo se llama? Responda pronto.

—Con perdón de la comida que está en la olla, me llaman *El Cagao* — contestó el infeliz, creyendo oportuno nombrarse para que lo dejaran por inservible, con el mal oliente mote que hasta la misma Mamagela le daba cuando tenía que retarlo a causa de su falta de aseo o inveterada simpleza.

—Bueno, amigo; Cagao... y todo, marche — ordenó el comisario.

Mamagela los equipó a todos lo mejor que pudo y los dejó partir, diciéndoles solemnemente:

—Acuérdense que son blancos y cumplan como tales.

Afligida, pero entera, los miraba alejarse desde la enramada, saludándolos con el pañuelo de tiempo en tiempo.

Ellos, antes de pasar la *portera,* volvieron los caballos, pusiéronse en fila, y a una quitándose los chambergos, le enviaron un postrer saludo.

Sobre el ámbar del horizonte destacábanse nítida y vigorosamente como siluetas de tinta china. Ella agitó por última vez el pañuelo y luego entróse a la casa, seguida de Papagoyo. El buen hombre caminaba encorvado y arrastrando los pies.

XI

El pacífico comerciante parecía inquieto y congojoso. Paseábase a lo largo del almacén y suspiraba frecuentemente, como si lo embargase una de esas penas que no sólo pungen, sino que quitan los bríos y arrestos del vivir. Después de muchas idas y venidas, suspiros e indecisiones, se dirigió al dormitorio de su mujer y, en puntillas, acercóse a la puerta Escuchó: la castellana de "El Ombú" dormía el sueño de los justos. Bien asegurado de esto Papagoyo, mudóse de ropa sigilosamente; empuñó luego la herrumbrosa lanza en la diestra, y con las botas en la otra mano, muy paso, salió. En el almacén, dando resoplidos, calzóse las granaderas, escribió una carta, que puso sobre el mostrador, en lugar visible, y consultó la hora. ¡Las doce! Un nudo le apretó la garganta. Haciendo de tripas corazón, empuñó su viejo lanzón patrio, y despidiéndose con tiernísimas miradas de los objetos que le eran más familiares y caros: la mesa donde escribía desde treinta años atrás, el lustroso palo de descolgar los artículos del techo, la peluda silla de Ma-

magela, abrió la puerta que daba al campo y echó a andar, apoyándose contra los muros para no caer. La noche era como un pozo sin fondo, tenebrosa y llena de silencio. Papagoyo, con los brazos tendidos hacia adelante, echada hacia atrás la cabeza y los ojos cerrados, avanzó, suspenso el ánimo, cauteloso el pie.

—¿Estás ahí?—preguntó muy quedo al llegar a la enramada.

—Aquí estoy—contestó Foroso, que lo esperaba con dos caballos de la rienda.

Montaron; los caballos tascaron los frenos; los jinetes se hundieron en las sombras.

—¡Adiós, Ángela! ¡Adiós, hijos míos! ¡Quién sabe si los volveré a ver!—murmuró el buen hombre, enternecido.

Foroso rezaba.

—¿Por dónde vamos?—interrogó éste al cabo de algunos instantes.

—Saldremos por detrás de la chacra y cortaremos campo en dirección al Paso de Bustillo. Mi compadre Pantaleón me aseguró que las otras cruzadas eran muy peligrosas. Si nos encontramos con alguna partida enemiga, cuéntate entre los muertos. El bandido Carranca anda rondando por los contornos, y ya sabes lo aficionado que es al *violín.* ¡Quién me mete a mí en estos trotes, con sesenta años a cuestas y enfermo de la vejiga! Razón tenía la pobre Ángela cuando aseguraba que me iban a comprometer; porque has de saber, Foroso, que yo no voy a la guerra por mi gusto, ni a matar salvajes por odio, ni porque crea que cuando los nuestros estén en el candelero lo harán me-

jor que los otros, sino por cierto compromiso con mi compadre y porque no diga la gente, que a eso obligan los hijos y los negocios.

Foroso no iba menos apesadumbrado. La fidelidad, más que el partidismo, que en él era pura cháchara y ocasión de lucir lindas *golillas* celestes, lo constreñían a seguir a su viejo patrón, amén de las bromas y puyas de las mulatas, que de continuo reprochábanle el no haber mostrado en ninguna revolución la hilacha guerrera. Y como esto, más que las canas y el reuma, menguaba su prestigio donjuanesco, no fué lo que menos lo decidió a cambiar, una vez siquiera, el cucharón por la chuza y la golilla por la divisa. Y se la puso cumplida y con este lema amenazador: "A sangre y fuego", lo cual demostraba claramente sus belicosas intenciones. De repente, detuvo el caballo y murmuró apenas:

—¡Me parece oír!...

—¿Qué? —interrogó Papagoyo, sofrenando el overo.

—¡Ruido de gente!...

El pulpero afinó el oído mientras pensaba con involuntaria insistencia en los tres nacionalistas, mozos garridos y de distinguida condición, que habían aparecido días atrás degollados en las barrancas del arroyo. A muchos revolucionarios la suerte les deparaba el mismo fin mientras buscaban incorporarse al grueso de los ejércitos. Y la fama del comandante Carranca, que tenía a su custodia los pasos del *pago,* no era prenda de tranquilidad para Papagoyo y su escudero. Las gentes le atribuían a aquél actos

de crueldad espeluznantes. Amo y servidor los rememoraban y se estremecían.

—Échate sobre el pescuezo del caballo, y escucha — dijo con apagada voz Papagoyo.

En efecto, se oían ruidos alarmantes en una y otra dirección.

—*Maliceo* que nos *aguaitaban*... Lo mejor sería volver antes que nos corten la retirada...

Don Gregorio se indignó.

—Mira, pardo maula, si me hablás de volver te voy a dejar frito de un lanzazo. Esos ruidos provienen seguramente de algunas partidas que pasan sin pensar en nosotros. Con sacarles el cuerpo estamos del otro lao. Vamos a cruzar rumbo a "Los Abrojos"; seguirme[1], y lleva pronta la tenaza de cortar alambre.

Avanzaron al trotecito, sigilosos y prudentes. Cuando Foroso se disponía a echar pie a tierra para cortar un alambrado y salir al campo vecino, sintieron sordo golpear de cascos en el suelo y como un eco lejano de voces. Quedaron indecisos; luego volvieron grupas; pero a poco andar, oyeron también por aquel lado rumores sospechosos, y de pronto, un silbido que a los dos parecióles fatídica señal. Los teruteros cantaron; una lechuza dejó oír su graznido siniestro.

—¡Patrón, por lo que más quiera!... — clamó Foroso.

Don Gregorio, aunque pacífico, era animoso y no quiso prestarle oído a las palabras del pusilánime pardo. Torció a la izquierda, luego a la derecha y siguió avanzando un buen trecho, después tornó a desandar lo andado; mas sintiendo por todas partes los mismos ruidos,

se decidió a volver a las casas para buscar otra salida. Pusieron los caballos a galope, luego a media rienda, y como el galopar de otros caballos y los rumores de marras se oyeran cada vez más distintos y cercanos, echaron a correr, en la creencia, firme esta vez, de que los perseguían y cercaban.

La idea de que podían cortarles la retirada iba tomando cada vez más cuerpo en la mente de Foroso. Se veía alcanzado, rodeado, volteado del caballo y pasado a cuchillo. Y sin darle paz al rebenque y la espuela, encomendábase precipitadamente a todos los santos. Papagoyo espoleaba al overo sin piedad, maldiciendo a su compadre, que en aquellas apreturas lo ponía.

"¡Se necesita tener el alma atravesada — decíase — para meter a un padre de familia en estas aventuras! Nos vienen pisando los talones, y llevo el mancarrón completamente *aplastao*. Este pardo pícaro tiene la culpa, por no haberlo *levantao de barriga*, como le ordené. Va mejor *montao* que yo. ¿Por qué no le cambio el caballo? En resumidas cuentas, mi pellejo vale más que el suyo. Pero ¿cómo pedirle el rosillo, si el muy maula, de puro *asustao*, se sale por las orejas? Estoy por empacarme y hacer la pata ancha. De morir, mejor hacerlo matando. Son muchos, seguramente... y Foroso me va a dejar en la estacada, como si lo viera. ¿Por qué no lo...? Dios me perdone! ¡Qué cosas aconseja el miedo! ¡Malditas sean las revoluciones y quien las inventó!"

Erraron el paso, perdieron el rumbo y casi se llevan por delante un alambrado Detrás de ellos parecíales sentir gran tropel de jinetes y frecuente rebotar de boleadoras, como si un escuadrón entero los persiguiera lanzándoselas. Foroso arrojó las maletas que llevaba, porque el rosillo se le venía quedando, y gritó:

—¡Apure, patrón, que nos alcanzan!...

—No me da más el overo —contestó Papagoyo, con voz apenas inteligible.

Un relámpago les permitió divisar las poblaciones de "El Ombú".

—¡Gracias a Dios! — exclamaron ambos a una.

Muy cerca de las casas, cuando ya se creían salvos, un jinete se plantó delante de ellos cerrándoles el paso. Imposible era desviarse, menos retroceder. Papagoyo se encomendó a la Virgen y arremetió con bríos. Oyóse un alarido formidable y desgarrador, como el de un gigante al desplomarse con las entrañas rotas, y casi simultáneamente el lamento sordo del pulpero, que Foroso vió rodar por tierra y quedar tendido boca arriba.

El pardo, sin detenerse al llegar, abrió el portón de una pechada, y con grandes estrépito sentó de garrones al rosillo en el mismo centro del patio, como si sólo allí se creyese seguro. Armóse indescriptible alboroto; puertas y ventanas se abrían y cerraban con estruendo; se oyeron gritos y luego un tiro, después otro y por último una verdadera salva de ellos. Foroso gritaba que no tirasen, que era él. Al fin, dominado el tumulto y enterada Mamagela de lo que había, hizo que todos aprestasen las armas

y salió de la casa seguida de los muchachos y las mulatas y precedida por Foroso, que llevaba un farol en una mano y el *facón* en la otra.

—Por aquí, por aquí—decía el pardo. De tiempo en tiempo hacía alto.—¡Fuego!—gritaba; los muchachos disparaban las escopetas para despejar el campo de enemigos, y luego continuaban todos avanzando.

Papagoyo seguía tendido boca arriba con las manos puestas sobre el pecho. Tenía los labios teñidos de sangre y el rostro desencajado. Rápidamente lo recogieron y entraron a la casa. Le humedecieron el rostro, le dieron un poco de caña para reanimarlo, y cuando el herido abrió los ojos preguntóle Mamagela, mientras lo palpaba por todas partes:

—Goyo, Goyete, no te asustes, no será nada; dime, ¿dónde te duele?

—Aquí...—musitó Papagoyo, llevándose las manos al pecho.

No había sangre. Le desabrocharon las ropas, y, descubierto el pecho, notaron sobre la piel blanquísima dos manchas grandes y amoratadas como dos alcauciles.

—Es un par de bolazos—aseguró Foroso, gravemente.

—No hay herida—dijo Mamagela después de concienzudo examen—. Tiene razón Foroso; ¿qué otra cosa puede ser? ¿Te duele?

—¡Una barbaridad! Debo de tener roto algún hueso...

—Gracias a Dios, todo será asunto de árnica. De buena te has escapado, Goyo. Pero ¿cómo fué?—interrogó doña Ángela, observando de-

tenidamente la vestimenta de su marido—. ¿Qué hacías en el campo a estas horas? ¿Adónde ibas de botas y poncho?

—Éste te lo dirá — suspiró el pulpero, dirigiéndole a Foroso una mirada suplicante.

Entonces Foroso les relató los planes revolucionarios del patrón y la aventura guerrera que habían corrido, desde que enhoramala salieron de las casas hasta que Papagoyo arremetió, lanza en ristre, al salvaje que se les puso delante.

Papagoyo, con voz dolida y apagada, agregó:

—Al levantarlo en la lanza, arrojó un alarido tremendo y me acomodó el par de bolazos. Cayó y caí — concluyó con espartano laconismo.

Mador había recogido la lanza. Estaba tinta en sangre hasta la media luna. Todos la examinaron con viva emoción, y los ojos luego se posaban en el héroe, admirativos y consternados a la vez. Mamagela, sin cesar de sermonearlo cariñosamente por haber querido abandonar a su familia e irse a la guerra, le dió al maltrecho esposo una friega de árnica y le puso un paño de agua sedativa en la frente. Concluída esta operación, dijo muy grave:

—Ahora démosle gracias al Señor por habernos sacado con bien de este trance, y recemos un rosario por el alma del difunto.

—Por ése no rezaba yo ni un Padrenuestro. ¡Dios le perdone las ganas que nos tenía! — exclamó Foroso, ya enteramente repuesto del susto.

Desde el lecho, Papagoyo seguía las oraciones emocionado y contrito, removiendo los labios

muy de prisa, como las viejas rezadoras. Foroso besó el suelo varias veces; Jua lloró.

Antes de amanecer, cuando aun todos dormían transidos por los sucesos de la noche, Mamagela abrió el portón sigilosamente y salió àl campo, dirigiéndose al sitio donde sospechaba que debía de encontrarse el muerto. La idea de éste le impidió pegar los ojos, no sólo porque sentimientos humanitarios alarmasen su conciencia cristiana, sino, principalmente, porque temía, no sin razón, que el heroico hecho de armas de Papagoyo trascendiese y les atrajera la ira y la venganza de los colorados, con los cuales ella, a pesar de ser blanca hasta los tuétanos, se mantenía en muy buenas relaciones amistosas y también comerciales. Y dejándose llevar en alas de su briosa imaginación, veía, veía las ovejitas perseguidas a lanzazos y ardiendo las poblaciones de "El Ombú".

Lo primero que divisó fué el overo ensillado aún y pastando tranquilamente; un poco más lejos, el borrico dormía tendido sobre la hierba húmeda; pero del salvaje difunto, ni rastro. Recorrió el campo en todas direcciones: nada. El caballo pastaba; el burro dormía con el cuello tendido y las patas estiradas. En una de las pasadas, la señora, viéndolo tan inmóvil, acercóse más a él, y pudo cerciorarse, con pasmo, que estaba muerto: en el mismo degolladero tenía abierta una ancha herida, y a ambos lados de ella, y a cosa de diez centímetros, otras dos pequeñas y poco profundas. Mamagela comprendió por qué la lanza de Papagoyo tenía en la media luna algunos pelitos blancos, y por qué

éste había caído del caballo con dos bolazos en el pecho.

—¡Bendito sea Dios! Al sentirse herido el animalito, le arreó, sin duda, un par de coces—exclamó; y pegándose sendas palmadas en los opulentos muslos y apretándose otras veces los ijares, reía a más no poder. Repentinamente, como asaltada por una idea, cesó de reír, y presurosa, haciendo danzar las pulpas más alegremente que de costumbre, volvióse a las casas

—Foroso, levántate ligero sin hacer ruido—dijo entrando en la covacha del pardo, que despertó azoradísimo—. Novedades tenemos, y gordas; ¿sabes? Acabo de ver el salvaje muerto.

—¡Ah!...

—Allí está, con el pecho abierto de un tremendo lanzazo. . pero tiene cuatro patas...

—¿El qué?...

—Sí, es el burro.

El pardo abrió tamaños ojos.

—Como lo oyes: el burro es el salvaje que mató tu amo. Estamos limpios de pecado. No hay más muerto que ése, ni hubo más alarido de gigante que un rebuzno, ni otros bolazos que las patadas del burro.

Foroso, comprendiendo a su vez, pasó del terror a la hilaridad. Y reía a desternillarse, sin que Mamagela, que le hacía coro, lograra dominarse ella ni imponerle silencio a él.

—¡Phss!... quieres callarte, pardo maldito—exclamó al fin—; vas a despertar a los muchachos. Escucha: abre los oídos; levántate sin pérdida de tiempo; uñe los bueyes, y, antes que

nadie te vea, llévate el burro de arrastro al monte de sauces y escóndelo allí. Hay que enterrarlo.

Foroso volvió a abrir asombrado ojos y boca.

—Sí, hijo; hay que enterrarlo; tú eres ladino y me comprenderás en un abrir y cerrar de ojos. Es preciso que Goyo siga creyendo en la muerte del salvaje y convencido de que en el monte queda enterrado. Así no volverá más a las andadas, ¿adivinas? — y sus ojos goyescos decían mil cosas maliciosas —. Bueno, la tranquilidad de todos, sin exceptuar la tuya, pues imagino que las correrías de anoche no te atraen mayormente, pende de ti Ya lo sabes. Con que... despabilate, vestite[1], haz lo que te he dicho y guarda el secreto religiosamente. La verdad queda entre los dos; los otros deben creer lo que Goyo, ¿me entiendes? Otra vez te lo repito: lo que entierras es el salvaje y no el burro — guiñó el ojo y salió con el índice puesto en los labios.

La proeza de Papagoyo se divulgó presto entre sus correligionarios y dió margen a muchas invenciones y comentos, especialmente entre la gente de pelo largo y pollera. Numerosas y muy calificadas personas vinieron a saludar a los señores de "El Ombú". Papagoyo recibía, lleno de rubor, silenciosos, pero expresivos apretones de manos de aquellos amigos que, de mil modos, parecían decirle: "Respetamos su secreto, pero sepa que lo admiramos sin reservas". Mas en las tertulias del corredor, entre un mordisco al rosquete y una chupetada a la bombilla, doña Angela, en ausencia del héroe y a hurto de él

dábale gusto a la lengua y satisfacía la curiosidad de los visitantes narrando la famosa hazaña, no así como así, sino prolijamente y condimentándola con las dramáticas especias y las sales de que era capaz su fantasía. Si en tales ocasiones acertaba a pasar por allí Papagoyo, producíase respetuoso silencio; miradas enternecidas posábanse sobre él. Papagoyo aupábase maquinalmente los pantalones con un movimiento peculiarísimo de los brazos y la cintura; bajaba los ojos y sonreía, modesto y feliz. Cuando los tertulianos partían, Mamagela, recomendándoles el secreto, los acompañaba hasta el portón, y luego, con grande misterio, mostrándoles el monte de sauces, apartado y soledoso, decía:

—Allí está; ¡phss..!

Y los despedía haciendo expresivos signos de inteligencia.

Así subió de punto la estimación, ya acendrada, en que los vecinos tenían al pulpero y su señora, y aumentó la clientela de "El Ombú". A pesar de los horrores de la guerra y los temores que le inspiraban la suerte de los muchachos y de Primitivo, Papagoyo sentíase feliz. Todas las mañanas, al abrir el almacén, dirigíale desde la puerta una furtiva mirada al monte de sauces, y su conciencia de partidario, quedaba tranquila y gozosa.

XII

En muy graves aprietos veíase la ínclita Mamagela para mitigar los pesares y arrimarle el hombro a las desdichas de la familia. Ya eran cuidados y consuelos a la pobre Celedonia, y súplicas reiteradas a los vecinos, para que la ayudasen a salvar las abandonadas haciendas de "El Bichadero"; ya prolijas averiguaciones para conocer la suerte y el paradero de los muchachos y de Primitivo, y cartas a los jefes que conocía, recomendándoselos; ya consejos a Tocles, siempre a punto de descarriarse y tirar al monte, y, como cúpula y remate de tantas inquietudes, el vigilar los intereses de todos los suyos y los propios, amenazados por la guerra.

Por el lado de Papagoyo, estaba tranquila. El buen hombre creía, como en Dios, en el salvaje muerto; juzgaba haber cumplido gallardamente sus deberes ciudadanos y compromisos partidarios, y ni por asomo le venía a las mientes la idea de volver a empuñar las armas y salirse a otra patriada. Pero por "El Bichadero" y "La Nueva Esperanza", las cosas no llevaban tan buen camino: Celedonia secábase como la plan-

ta que tiene un gusanillo roedor en las raíces, y de Primitivo, que andaba con Carranca, llegaban a "El Ombú" especies y hablillas nada tranquilizadoras: atribuíanle las gentes del pago fechorías y desmanes perpetrados en las estancias y aun en las personas de los adversarios, que merecían unánime reprobación y llenaban de vergüenza a doña Ángela[1].

Casi a diario venía Tocles a "El Ombú" a leer los periódicos y enterarse de las noticias que en la pulpería daban los viandantes. Doña Ángela tenía con él animados paliques; mientras discutían, observaba ella con ojo sagaz el descontento y la marea creciente del pesimismo, que en el alma de su yerno hacían riza y estrago de toda ilusión vividora, de toda esperanza reconfortante, dejándola llena, en cambio, de secura y desabrimiento. No de toda la complicada urdimbre de los sentimientos de Tocles se percataba la buena señora, ni sabía ni pudiera averiguarlo, de qué recovecos del espíritu salía tanta malsana inquietud y pujos de mudanza, lo que ella llamaba la *culequera* del profesor; pero lo que colegía o adivinaba bastábale para dar por sentado que tan funesta disposición de ánimo no podía traer sino pesares e infortunios. Más que las pérdidas materiales de Tocles, causadas por la guerra, las pestes y, en parte también, por su prurito de reforma y originalidad, la atribulaba aquella incertidumbre y desazón constantes con que él se hacía infeliz y hacía infelices a los suyos.

—Mamá —solía decirle Amabí—, Tocles vuelve a sus viejas mañas. Como antes en la

ciudad, ahora reniega del campo; hoy quiere el sol, mañana la luna; en resumidas cuentas, no sabe lo que quiere, como no sea fregarme a mí la paciencia. El mejor día se le ocurre liquidar la estancia e irse Dios sabe adónde. Lo veo venir. Pero esta vez no lo seguiré; estoy harta de mudanzas, y *vidas nuevas*, y *obras de romanos*, y cansada de vivir en un puro sobresalto. Y todavía si agradeciera mis sacrificios, vaya y pase; pero no: hoy me critica las tonterías que ayer él mismo me metió en la cabeza; antes me llamaba pedagoga y romántica, como si e romanticismo y la pedagogía no me vinieran de él; y ahora, que por complacerlo me dejé de eso, burguesa y braquicéfala, y ya por una razón o por otra me echa en cara que no lo comprendo y que no soy su *compañera espiritual* ni una amiga para las *voluptuosidades del alma*. ¡Vaya al diablo!... Me tiene frita la sangre con tanta sandez. Ya no puedo más, basta de mudanzas: aquí estoy bien y aquí me planto.

Doña Ángela, a estas quejas de Amabí, respondía lo que su buen sentido le aconsejaba, a fin de calmarla y hacerla llevar en paciencia las ventoleras del marido: pero, para su capote, decíase que le sobraba razón y que Tocles era insoportable.

Aquel día, lluvioso y frío, llegó el novel estanciero más descorazonado que de costumbre. Una partida revolucionaria le había carneado el día anterior cien capones y volteado buen trecho de alambrados para hacer fuego con los postes y los *piques*. Y no paraban ahí sus desdichas: la sarna, que no podía combatir por falta de peones, cun-

día en la majada, y la lombriz hacía estragos terribles entre las ovejas, debilitadas por la crudeza del invierno y las enfermedades. Y ni siquiera le quedaba el consuelo de aprovechar la piel de las víctimas, porque no tenía tiempo de *cuerear* ni la mitad de lo que iba muriendo. Las acritudes y las amarguras que engendran los esfuerzos estériles y la mala suerte lo exacerbaban determinando una verdadera recaída pesimista, tanto más grave, cuanto que al presente no podía franquearse con Amabí ni descargar sobre ella el fardo de sus decepcionados pensamientos. Amabí, por sistema, hacía oídos sordos a las disertaciones pesimistas de su marido Así que él empezaba a lamentarse, sin disimulo ni cortesía cambiaba ella de conversación, o se encerraba en un mutismo condenatorio y hostil, o le respondía con desabrimiento, mostrándose tan díscola y sacudida, cuanto antaño mansa y conciliadora. Tocles entonces consideraba la diferencia de *temperatura moral*, como él decía, que lo separaba de su mujer[1]. Contemplaba sin amor las paredes del rancho, tristes y sórdidas; los libros, que ya nada le decían; el rostro cerrado y displicente de Amabí, y se le antojaba que vivía en una tumba rodeado de cosas muertas...

XIII

En el rincón de Mamagela, dejándose caer más que sentándose en una tosca y retacona silla, obra del industrioso Papagoyo, exclamó Tocles:

—Trabaje usted, sude el quilo, eche el alma por la boca, y todo ¿para qué? Para que vengan los bárbaros y derrumben en un día lo que construir le costó a uno tantos años de fatigas y sacrificios. ¡Maldito país![1] Yo protesto, y me echo a los caminos a robar y matar como los otros.

Mamagela lo hizo arrimarse más a ella, y le contestó con tanta suavidad como buen seso:

—Tocles, Toclitos, no desbarres. ¿Cómo vas a echarte a los caminos y cometer atropellos, robar y matar, si a mano viene, tú, que predicabas la paz y el trabajo? Deja eso para los brutos como el pobre Primitivo. Ten paciencia y valor; espera que este nublado pase, que pasará, no lo dudes, y acaso pronto. El Sacristán, que, como sabes, se fugó de los colorados, pudo al fin reunirse con la gente del padrino, y me lo dice en carta que recibí ayer, escrita después

de la carnicería del Paso del Parque, donde mi compadre Pantaleón, por defender los cañoncitos tomados en Fray Marcos, peleó a cuchillo con el agua a la cintura, escapando a nado cuando ya no le quedaba ni un solo hombre del valiente grupo que lo acompañaba. Al Sacristán, que creíamos tan gallina y *ladıao*, lo hicieron alférez en aquella acción; parece que el hombre *mojó* de lo lindo. ¿Qué tal? ¡Y yo que esperaba verlo cantando misa!... Según él, los jefes no quieren imponerle al país más sacrificios y están dispuestos a jugar en una gran batalla la suerte de la revolucıón. Dıos lo quıera y que esto acabe pronto.

Tocles, recordando sus reveses de fortuna y fallidos cálculos, los compromisos que había contraído y lo corto de dıneros que andaba, contestó con dolıdo acento:

—Estos nublados pasarán y vendrán otros peores, para mí al menos. El daño no está en las cosas, sino en mí. Es muy triste confesarlo, doña Ángela, pero de nada sirve querer engañarse. Me siento condenado por una fatalıdad más severa e infalıble que las otras: la fatalidad económica. Es la vida mısma, y la vida no perdona a los soñadores como yo. A los que no pueden adaptarse a los ocultos fines por ella perseguidos, los aniquila, los suprıme y pasa. El mundo de las realidades, donde impera aquella fatalidad, no es para este fraile. Naturaleza y cultura me empujan por otros caminos: mi voluntad, mal educada, flaquea, y mi escepticismo, fruto ındigesto del saber, destruye el

ciego tesón que piden los negocios y hasta la fe que para vivir se necesita.

Hizo breve pausa, suspiró hondo y concluyó mientras limpiaba cuidadosamente los quevedos:

—Por otra parte y para remachar el clavo, los bienes que perseguimos con tanto afán son ilusorios, pura gollería[2]...

—Toma este mate y este rosquete, y verás que no son cosas ilusorias, sino exquisita bebida y delicada masa. ¡Válgame Dios! Cuánta telaraña tienes en la cabeza... Si ese es el fruto de los libros, prefiero mil veces quedarme borrica como soy. Con tanto embrollo y balumba de enrevesados pensamientos, ¿cómo has de saber lo que quieres? Y créeme, Tocles, para vivir es necesario saberlo. Muchos, la mayoría, lo saben; el sonambulismo de que hablas, no es general, ni la vida tan atroz como la pintas: también tiene placeres y encantos; pero hay que saber gustarlos y contentarse con ellos. Si la razón y el saber de nada sirvieran, no habríamos salido de salvajes; andaríamos desnudos y comiéndonos crudos unos a otros, y lo mismo sería hacer las cosas a tuertas que a derechas. Y bien, la experiencia te dice que no es así. Ponte a amasar conmigo, y verás que a ti te salen *pambazos* indigestos, y a mí panes caseros de lo más fino. Y eso no será por casualidad, sino porque habré obrado con más discernimiento que tú. En la brega de la vida es igual: el que obra a tuertas, anda torcido, y el que a derechas obra, derecho anda. Malos tiempos corren para ti, y, naturalmente, todo lo ves de color negro;

con un poco más de ánimo y cristiana resignación, no te declararías vencido ni desesperarias tanto. Ya sé lo que vas a observarme: "Un hombre libre no puede aceptar la esclavitud a que las guerras civiles nos condenan fatalmente; un hombre libre no puede comulgar con las mentirolas partidarias..." Bueno; pero, a pesar de todo, yo te digo que si tus negocios no fuesen mal aceptarías contento aquella esclavitud y comulgarías con todas esas mentiras que te dan náuseas a ti, pero de las que otros se sustentan. Luego, pues, arregla tus negocios. Si triste es lo que nos sucede, razón de más para ponerle pronto remedio o tratar al menos de encontrarlo. No hay que echarse a muerto; a mala suerte, buena cara. En trances apurados como los que pasamos, si yo me hubiera dejado llevar de la desesperación como Primitivo, o de la ira como tú, o de los malos consejos como Goyo, ¿qué hubiera sido de la familia?

Con lentitud y voz, que por veces se hizo quebrada y sorda, respondió Tocles:

—Tiene razón: de esclavitudes y mentirolas vive la mayoría de los hombres; pero entre ellos algunos hay que acaban por conocer el juego y se rebelan... Su destino es melancólico y en ocasiones trágico: mientras los otros viven, ellos analizan la vida; mientras los otros pasan haciendo piruetas en el carnaval del mundo, ellos no aciertan a ponerse ningún disfraz ni a tomar parte en ninguna broma. Si ríen, desafinan, porque no tienen careta; si lloran también, porque todo es carnaval. Y como no pertenecen a ninguna comparsa y están de sobra en todas

partes, las mascaritas, al pasar, los insultan y befan... Yo soy de esos. Comprendo que el único partido razonable es ponerse el gorro de cascabeles y seguir el ruido de la gente, y, como los demás, ir al matadero cantando. Pero qué quiere usted: todos los disfraces me parecen grotescos; todas las actividades absurdas y viles; todas las palabras hueras, y hasta las personas más encumbradas, ridículos histriones. Me metieron en el alma el tósigo mortal de lo bello, lo bueno y lo verdadero, y me enseñaron a adorar de rodillas la razón, la libertad, el desinterés, grandes mentiras con las cuales religiosamente comulgué; pero las hostias eran de palo, atravesadas quedaron en mi garganta, y hoy me impiden reír, danzar y aceptar las mentiras de la vida, lo único *verdadero* que existe en el mundo. Antepuse a las realidades reales de ese mundo las realidades imaginarias del espíritu, que era lo mismo que poner los bueyes detrás de la carreta, y preferí la idea al acto, el dicho al hecho, la inteligencia a la voluntad, con lo cual me corté, no sólo las piernas y los brazos, sino la cabeza también. Ahora comprendo mi error; mas ya no tiene remedio: el vicio de pensar, el demonio de la finalidad me hará convertir siempre los hechos reales en espejismos ilusorios, los seres de carne y hueso en fantasmas vanos.

Calló el filósofo; los párpados sin pestañas de sus ojos de miope comenzaron a batir precipitadamente. Mamagela comprendió que no eran dengosidades, sino penas hondas las que afligían a Tocles, y trató de consolarlo.

—Eso que dices es muy embrollado para una mujer de tan pocas luces como yo — consideró doña Ángela con exagerada modestia y rostro compungido —. "Las Moradas" de la Santa, y los libros de religión que yo leo, nada hablan de esos extraños males que te afligen, ni fuera de ti vi nadie que los padeciera. Oyéndote, lo único que saco en limpio es que has tenido tus ilusiones y tus desencantos. Pero ¿quién no los tuvo? ¿Quién no creyó alguna vez que la luna era un queso de bola? No creas, Tocles, que tu destino es más burlón y despiadado que el de los otros. Aquí, donde me ves, también tuve yo mis desvaríos y mis desengaños. De chica quería ser monja y fundadora de órdenes, como Santa Teresa; de grandecita, princesa de las "Mil y una noches"; de moza, rica y dama principal... Después me casé con Goyo, salimos al campo y empecé a tener hijos y a criarlos... Y aquí me tienes, gorda y contenta. ¿Por qué? Porque cumplí con mi deber. Ya casada, mi deber era olvidar los sueños juveniles, velar por el porvenir de mi marido y mis hijos. Y en eso puse alma y vida, sin meterme en más averiguaciones ni darme esos trotes de si es o si no es que tú te das. ¿Para qué sirve tanto buscarle cinco pies al gato? A mí sólo me interesaba lo que me era útil y podía servirme de apoyo y ejemplo en mi tarea, que no fué tan fácil como tú puedes suponer. Goyo tiene sus rarezas y debilidades; por bondad y pereza habría comprometido mil veces sus intereses si yo no hubiera estado a la mira; además le gustaba el juego, y los lindos palmitos, y el trago, y la parranda...

¡Ay, hijo mío! Me ha hecho falta mucha paciencia y mucha aguja de marear para traerlo al buen camino, unas veces con lágrimas, otras con risas; ya con verdades, ya con estratagemas como la que te voy a contar, pidiéndote me guardes el secreto religiosamente.

Y aquí refirió la verdad sobre la belicosa hazaña de Papagoyo. Luego concluyó así:

—De tejas arriba, Dios; de tejas abajo, la familia. Para cumplir cristianamente mis deberes de esposa y madre y fortalecerme en mi empeño, aparte de mis oraciones, me decía: "¿Qué sería, Ángela, de Goyo y tus hijos sin ti? Eres la providencia de los tuyos; abre el ojo, mira donde pones el pie, vela por ellos noche y día; tú eres responsable de esas vidas", y el pensar así me hacía económica, trabajadora, precavida y, además, dichosa. Tú, que no tienes religión ni crees en nada, y por eso andas como bola sin manija, dicho sea entre paréntesis, me dirás que era víctma de un engaño, de una ilusión. A eso respondo que esa ilusión me hacía y me hace vivir. Era y es mi salvaje muerto. Y créeme, Tocles; cree a esta vieja, que tiene menos letras, pero más ciencia del mundo que tú· *para vivir, es preciso que cada uno tenga su burro enterrado.* ¿Qué importa que sea un burro, y no un salvaje, como Goyo cree? Para él y para todos, y buen cuidado he tenido yo de que así sea, es un salvaje, lo cual vale decir: deber cumplido, tranquilidad de conciencia, tributo pagado a la causa de los nuestros, y, en resumen, la seguridad mía de que no abandonará insensatamente familia y hacienda y se irá

a la guerra. Ya ves si tiene importancia lo del burrito.

Riendo[1], con la boca alegre y los ojos tristes, replicó Tocles:

—Muy cierto es lo que usted asegura, y su manera de obrar en este lance, tan bien intencionada como traviesa; pero no es menos cierto que si don Gregorio conociera la patraña, correrían grave riesgo la tranquilidad de la familia y los otros bienes alcanzados por embuste. ¿Y no le parece triste, doña Ángela, que la felicidad humana tenga por cimiento cosa tan deleznable y perecedera como lo es una supercheria? Por otra parte, le diré que hay dos clases de criaturas: unas que nacen para enterrar el burro; otras, para desenterrarlo. Las primeras constituyen la generalidad; las segundas marcan la excepción; aquéllas triunfan y gozan; éstas luchan y padecen sin triunfar; pero sus torturas son, si bien se mira, altamente estimulantes y útiles para el mundo: desenterrando burros podridos, lo obligan a matar y enterrar otros nuevos, y así se remudan y están siempre frescas las ilusiones. Comprendo cuán necesaria es la mentira, lo que los filósofos llaman ahora la ilusión vital; pero no puedo vivir en ella. Y volviendo a sus melancolías, declaró[2], lleno de rubor y la pesadumbre de quien muestra una tara fisiológica o confiesa vergonzoso vicio:

—No sabré adaptarme jamás: yo soy una *conciencia errante*.

Mamagela parpadeó fuerte y luego dijo, con mucho fruncimiento de labios:

—¿Y con qué se come eso? Quiero decir: ¿Qué es? ¿Para qué sirve?

—Eso quiere decir que.. Tocles fuí y Tocles seré — repuso él, sintiendo que doña Ángela no podría comprender las líricas desazones y filosóficas murrias que lo atormentaban.

Doña Ángela levantó los ojos al cielo, y meneando la cabeza, exclamó:

—¡Ay, Tocles de mis pecados! ¡En qué mal camino te veo! Tú estás a punto de cometer alguna locura... Piensa que no eres solo, piensa que tienes mujer, hijo e intereses que cuidar. Como todo el mundo, debes sacrificarte por los que viven detrás y que ya te pisan los talones. Es la ley de la vida.

En la glorieta, una gallina, después de poner un huevo, cacareó triunfalmente. Tocles se quedó pensando.

XIV

Prolongábase la guerra sin vislumbres de paz y sin que nadie barruntara en lo que remataría la cruenta lucha de los bandos tradicionales. Los periódicos, amordazados por la censura oficial y cohibidos en sus medios naturales de información, sólo traían noticias insulsas o adulteradas. Verbalmente, de oreja a oreja y de corrillo en corrillo, se propalaban las especies más absurdas y contradictorias, venidas, ignorábase cómo, de los cuatro puntos cardinales de la República; pero en realidad no se sabía lo que pasaba ni a qué lado se inclinaba la victoria. Lo único cierto e indiscutible era que el comercio moría, que las correrías de los ejércitos arruinaban la campaña y que la desesperación iba echando raíces en todos los pechos.

Por el Sacristán estaba al tanto Mamagela de las aventuras y malandanzas de los revolucionarios, o más bien dicho de la gente del coronel Pantaleón. Sus cartas, escritas con lápiz muchas veces, ya en el campamento, ya de paso en una pulpería y aun cabalgando, daban cumplidos detalles de las penurias que pade-

cían: días enteros sin probar bocado, marchas forzadas en las que, a fin de darles respiro a las cabalgaduras, a trechos avanzaban con ellas de la rienda, y los pies metidos en barro; noches toledanas, calados hasta los huesos y tiritando de frío junto a los menguados fogones; sustos, refriegas, cargas de lanza, huídas desesperadas y voces lastimeras de los heridos que quedaban en el campo y les pedían a los compañeros que los levantasen en ancas o los ultimasen para no caer en manos del enemigo y ser degollados bárbaramente.

Aquellas misivas, leídas y comentadas a cencerros tapados por Papagoyo y Mamagela, revelábanle a los dos, escondrijos y vericuetos del alma del manso Sacristán que los dejaba suspensos y atemorizados. Sin embozos ni eufemismos, como la cosa más natural del mundo, hacía el aprendiz de cura muy despiadadas reflexiones sobre la guerra y la matanza, y refería hechos de sangre llevados a término por él, que delataban instintos inhumanos y propensiones harto crueles y bajunas. De cómo había dejado *secos* de un solo tiro a dos salvajes que huían enancados; cómo de un culatazo concluyó a otro que se hacía el muerto, despojándolo en seguida del cinto, las botas y el poncho. "Ya no quiero ser cura, sino militar; esto es más lindo que cantar misa", aseguraba hablando con delectación de la vida aventurera y azarosa de los ejércitos. "En la guerra todo es de todos, mamá; yo, desde que me puse divisa, como carne más gorda, ando mejor *montao* y visto pilchas mejores que cuando ahí estaba, y con menos trabajo. Ya no soy

el mismo; ya no soy aquel simplote que al preguntarle tú: ¿Dónde te aprieta el zapato?, contestaba abriendo la boca: ¡Eeeh!... Seis meses de campaña me han sacado punta y enseñado más que todo lo que aprendí en la escuela. Padrino Pantaleón está muy contento de mí; dice que para *milico* nací, no para fraile. Yo así lo voy creyendo; la pelea me tira, y los peligros y azares que diariamente corro me parece que me entonan y hacen más hombre. A Dios gracias, acabó para mí la época de chuparme el dedo y matar *cachirlas* con alambre. Ahora sé defender el cuero y ganar galones Sacristán salí de ésa y quiero volver con las presillas de teniente. Cuando los nuestros suban al candelero, tendré un buen sueldito. Ya ves, mamita, que estoy obligado a arrimarles el hombro".

Las reflexiones que sugerían a los pobres viejos las epístolas del Sacristán eran muy tristes. Mucha veces no se la comunicaban por no apesadumbrarse más. Ninguno de ellos acertaba a explicarse cómo aquel muchacho, criado en la doctrina cristiana, y dulce y humilde por naturaleza, mostraba al presente inclinaciones tan ayunas de morigeración piadosa. Y como tampoco comprendían la extraña metamorfosis de Primitivo, dábanse a pensar que acaso Tocles tenía razón cuando aseguraba que nadie se conoce, menos se dirige, y que los mortales no saben lo qué quieren ni adónde van, siendo, por lo tanto, locos o idiotas.

La última carta recibida por Mamagela, rezaba así: "Hace siete días que vamos a marchas forzadas, volando puentes y destruyendo vías y te-

légrafos, en busca de un armamento que nadie sabe dónde está. Cuando nos separamos del grueso del ejército, nuestra columna contaba mil hombres; después de las refriegas habidas para abrirnos paso, hemos quedado reducidos a la mitad, pero esperamos importantes incorporaciones. Los salvajes que nos persiguen no nos dan respiro; pero como vamos arreando las caballadas y les dejamos sólo los *matungos aplastaos*, a veces los tiramos lejos... En muchas partes, fuerzas gubernativas nos salen al encuentro y las batimos; en otras, nos dispersamos para reunirnos más adelante. A padrino le gustan más las cargas que las guerrillas; asegura que el fuerte del *gauchaje* es el entrevero, y que sólo admira y sigue de buena gana a los jefes que saben lancear. Además, le he oído decir que llevamos *enancada* la suerte de la revolución, y que no está para perder el tiempo en floreos, de modo que las cargas a lo indio menudean que da fiebre. Como baqueano y guerrillero valiente y de recursos no tiene rival: nadie marcha, acampa ni se *hace humo* más lindo que él; nadie entra a la pelea con más coraje, y en mañas y *ardiles* pocos lo igualan. Para las gambetas es como avestruz: cuando el enemigo menos piensa, lo ha *tirao* cuarenta leguas, o le copa la caballada o lo sorprende por detrás. Frecuentemente, marchamos día y noche, deteniéndonos sólo para *churrasquear* o mudar caballos. Los arroyos y los ríos no los pasamos por las *picadas*, sino por sitios que él sólo conoce, y a nado. Nos desnudamos, nos ponemos las ropas

y los recados sobre la cabeza, y al agua, prendidos de la cola de los *mancarrones*. Es muy práctico.

"El pardo Carranca no nos da *alce*. Dicen que ha jurado llevarle a Pepe Botella las orejas de Pantaleón; trabajo le mando. Trae más gente que nosotros, pero peor montada. Además, a padrino poco le importa el número. Ayer, sin ir más lejos, le oí decir que en cuantito se corte el pardo de la otra columna que nos persigue, le va a llevar una *carguita* de mi flor para sacárselo de encima. Me gustaría ver a esos dos crudos frente a frente. Puede que sea pronto; desde ayer nos *traen cortitos;* no paramos, no comemos, no dormimos; todo se vuelve: "Muden caballos, y siga la marcha". Quién sabe cuándo volveré a escribirte; no te asustes si no recibes carta mía. Durante una semana, a lo que entiendo, vamos a gambetear de lo lindo: hoy marchamos hacia el norte; mañana lo haremos hacia el sur".

La columna duende anduvo mucho tiempo burlando con artimañas gauchescas la ciencia militar de los generales gubernistas. Una noche, empero, acorralada por fuerzas muy superiores, tuvo que abandonarles parte de la caballada, y, sin numerosos caballos de remuda y perseguida de cerca, la situación del caudillo blanco se hizo tanto más crítica, cuanto que el famoso armamento, que después de increíbles peripecias había logrado levantar en las costas del Uruguay, hacía punto menos que imposibles las evoluciones rápidas y también la dispersión, socorrido recurso del jefe revolucionario para desvane-

cerse como un fantasma cuando ya el enemigo lo tenía entre las uñas Pantaleón no quería que le hablaran de abandonar el parque; habíase comprometido a ir a buscarlo al *fin del mundo* y traerlo, atravesando la república erizada de lanzas enemigas, a los mismísimos cuarteles del general y en la temeraria empresa ponía la arrogancia del caudillo vencedor en muchas desiguales lides y el orgullo del gaucho que nunca había caído prisionero. De esconder la preciosa carga no trató siquiera, porque las fuerzas del Gobierno le pisaban los talones. El único recurso, todo bien pesado y medido, era revolverse sobre Caranca, que le atajaba el paso hacia Río Negro, y, arrollándolo, ganar las montunas espesuras, donde podía resistir, pasar el parque tranquilamente al otro lado del río y luego buscar la conjunción de la columna revolucionaria que marchaba sobre Paysandú. Así lo decidió el ardido jefe y se lo hizo saber a sus oficiales una noche al acampar, ordenándoles que mudaran caballos y estuviesen apercibidos para atacar en masa y en cuanto entrara la luna.

Los fogones se encendieron en lo alto de una cuchilla que haciendo eses se tendía de norte a sur, áspera y tortuosa como el crestado lomo de un dragón monstruo. Ocultos detrás de ella, mudaron caballos y le aparejaron doble número de bueyes a las carretas. Pantaleón, solo, con sus arteros pensamientos, anduvo un par de horas escudriñando las posiciones enemigas y rumiando el modo de llevar a buen término el plan que acariciaba.

—Hoy vamos a verle los cuernos al diablo—dijo Jaime a tiempo que le apretaba la cincha al mejor de sus fletes.

El Sacristán sonrió entre gozoso e inquieto.

—Parece que el zafarrancho va a ser gordo...

El indio se puso grave, y luego, en voz baja, como quien revela algo importante, confióle a su aparcero a guisa de respuesta:

—El coronel me ordenó que le tuviese enfrenados los tres mejores pingos de entrar en pelea.

Y después, pegándole una sonora palmada al *basto*, signo de satisfacción gaucha, que vale tanto como decir "así ensilla un criollo", añadió cambiando de tono:

—Me alegro que haya baile, a ver si puedo hacerme de algunas pilchas; buena falta me hacen.

—A mí también; ¡qué diría la vieja si me viese tan peludo y andrajoso!

—La cosa es que nos dejen *carchar* después del entrevero. Aura con tanta finura de clemencia y tanto *firulete* de que somos de la mesma sangre, no lo dejan a uno *rebuscarse*... Eso está güeno pa los milicos; el Gobierno roba por ellos y les da ropas y riales[1], pero entre nosotros el que no *carcha* pasa frío y expone el pellejo *al cuete*.

—Así es—asintió el Sacristán—. En el Paso del Parque perdí las botas y el poncho que pude agenciarme en las Tarariras, y desde entonces voy descalzo y sin abrigo.

—Enderece a los puebleros; siempre traen buenas prendas y el riñón *forrao*—aconsejó entre bromas y veras Jaime—. En cuanto vea

uno, al humo váyasele; son como corderitos pa' *estirar la pata*—. Y sus ojos entornados sonreían maliciosos y crueles.

La gente parecía muy animosa y batallona. "Vamos a cargar", repetíanse unos a otros, y los pechos se henchían de coraje. En los fogones oíanse dichos alegres y formidables risotadas. Los costillares de oveja ensartados en los *asadores* iban dorándose al fuego, lentamente, como naranjas al sol, y las veteranas *galletas*, en las que el uso había puesto el color y el lustre del coco, circulaban de mano en mano, vertiendo el nacional brebaje en los gaznates secos e irritados por el polvo de la luenga jornada.

Antes de esconderse la luna, el grueso de la mesnada montó y avanzó hacia la derecha por el flanco de la cuchilla, mientras el parque, por el bajo, se alejaba sigilosamente en dirección contraria. En el campamento quedaron cien hombres. Desde allí alcanzábase a divisar en lontananza, cual ojos de gato resplandeciendo en las sombras, los fogones del campo contrario. La gente de Carranca descansaba confiada en su superioridad numérica y en las centinelas y las vigilantes patrullas que velaban su sueño. Pantaleón pudo averiguar que sólo las avanzadas dormían con el caballo de la rienda; dando un gran rodeo pensaba flanquear y caer sobre el grueso de las fuerzas gubernistas y coparle la caballada, echándosela encima luego, en tanto que las carretas, aprovechando la confusión de los primeros momentos, se deslizarían por delante de la vanguardia con rumbo al Río Negro.

Al frente de la horda, desnudo — como en sus mocedades — de brazo y pierna; sujeta la melena por ancha *bincha* y en la diestra la lanza legendaria, iba el caudillo, arrogante y ceñudo como un guerrero bárbaro. El viento le partía la luenga y nívea barba en dos, a modo de alas de gaviota que se agitaban sobre sus hombros recios. Tres soldados marchaban inmediatamente detrás de él, conduciendo cada uno de tiro un pingo lustroso y tusado con primor: eran los *créditos* del coronel. Estos aprestos criollísimos del viejo lanceador, que alardeando de patriota despreciaba la táctica y la indumentaria de los militares europeizados, enardecían a su gente y la preparaban para el alarde heroico. El Sacristán experimentaba a una, belicoso entusiasmo y escalofríos de temor; Jaime echábase al coleto, con harta frecuencia, tamaños tragos de ardiente caña; ochocientos hombres los seguían, espectros silenciosos y torvos, que avanzaban al trotecito apretando las armas febrilmente. El viento bramador apagaba el grito gárrulo del terutero y el graznido de las lechuzas.

—Aparcero, si caigo, levántame en ancas — rogó el Sacristán, y, acometido de repentinas blanduras, se puso a pensar en la vida feliz de "El Ombú".

Jaime no respondió. Después de avanzar cosa de una legua, hicieron alto. Los jinetes guardaban silencio; las cabalgaduras estiraban el cuello y permanecían inmóviles. Al ocultarse[1] la luna entre nubes grandes y opacas como cerros, transpusieron la cuchilla a toda carrera

y, en tres apretados grupos, se lanzaron por la llanura. Oyéronse varios disparos, luego toques de clarín después repetidas descargas. Algunos pelotones de las avanzadas enemigas fueron arrollados y deshechos; otros huían. El ala izquierda de Pantaleón había echado pie a tierra y avanzaba haciendo nutrido fuego; sobre ella se concentró el fuego de Carranca. Era lo que pretendía el coronel para hacer más inesperado y efectivo el ataque de las otras dos columnas. Las balas silbaban; los indios empezaron a caer segados por una hoz invisible. Cuando un caballo rodaba por tierra, otros caían sobre él, y se formaba una confusa pelota de bestias y hombres.

En el campamento gubernista, todo era consternación y tumulto. A la luz de los fogones, veíanse correr los soldados de un lado para otro, y también grupos de jinetes que en tropel iban a engrosar las guerrillas ya tendidas. El fuego se hacía cada vez más recio y extendido; los aislados fogonazos se convertían en granizo de plomo.

"La breva va a ser más dura de pelar de lo que yo suponía", díjose Pantaleón hincando espuelas; "si no entramos a lancear pronto, me quedo sin gente".

—¡Adelante, muchachos! — tronó luego, blandiendo en alto la lanza.

La confusión de los colorados subió de punto cuando los cien hombres que había dejado Pantaleón en el campamento descendieron de la cuchilla, estrecharon las distancias y empezaron a hacer fuego por aquel lado. Como si fuera una

señal convenida, el ala derecha del caudillo blanco se corrió más a la derecha aún, con el propósito evidente de copar la caballada, tendida detrás del ejército. Una columna de gente montada le salió al encuentro; otra cargó sobre Pantaleón. Eran muy inferiores en número; las arrollaron y siguieron adelante.

—¿Mojó?...—interrogó a gritos Jaime.

—¡Mojé!..—contestó el Sacristán.

—¡Adelante, muchachos!—tornó a gritar el jefe.

En el sorprendido campamento, ya próximo, oíase confuso vocerío, relinchos, tropel de caballos, precipitados toques de clarín. Abriéndose paso a filo de sable y punta de lanza, hundiendo pechos, moliendo cráneos y hollando vientres con los cascos de las enardecidas monturas, llegaron hasta las primeras carpas, hechas con alambre y ponchos. Los recibieron a descargas cerradas. Los hombres caían como moscas. La columna se abrió, se dislocó, remolineó en partes, pero muchos grupos de ella se internaron en el campamento haciendo riza en cuanto se les ponía al alcance del hierro. A la luz rembranesca de los fogones[1], entre fogonazos y resplandores de armas, ayes y ternos, veíanse torbellinos de trenzados jinetes, rostros ensangrentados e iracundos, manos crispadas, ojos agónicos. Los cuerpos, al caer a tierra, producían como un sordo y fofo crujido; los sablazos se oían como si golpearan en la cáscara sonora del melón.

—¡No se despegue de mí, aparcero, y mate, que Dios perdona!... —le gritó Jaime al Sacristán, un tanto rezagado.

Apenas dicho esto, el overo azulejo que montaba rodó como una bola. Jaime echó el cuerpo hacia atrás, abrió las piernas y *salió corriendo,* y sin disminuir la violencia con que iba ni perder ripio, agarró de la rienda al caballo del enemigo que se le venía encima, esquivó ágil el hachazo que éste le tiró, le hundió el puñal en las costillas, y, a tiempo que su adversario se desplomaba por la derecha, el indio montaba de salto por la izquierda y se unía al Sacristán.

—¡Ah, tigre!... —no pudo por menos de exclamar, admirado el mozo, y juntos, con Pantaleón al frente y detrás unos cincuenta hombres, cayeron sobre un grupo que huía a pie. Y se cansaron de tajar en la carne viva. De pronto, el coronel se detuvo, observó el estrago que hacía su gente, y luego, prestando el oído a un sordo rumor que se oía lejano, mandó tocar retirada, lo que hicieron a todo correr porque gran golpe de compañías, ya rehechas y en perfecto orden, avanzaba sobre ellos.

A poco andar, Pantaleón dió vuelta cara, e hizo tender en guerrilla al grupo de fusileros que ya se le había unido. La otra columna, después de dispersar el pequeño destacamento que cuidaba los caballos, empujaba a éstos sobre el campo enemigo. Oíase, en medio del tiroteo, como lejano tronar. La mancha enorme y ondulante de la caballada parecía un mar borrascoso. El caudillo, solo, en lo alto de una eminencia, obser-

vaba, inmóvil y vigilante como un lechuzón en las sombras.

Con tabaco mascado, Jaime restañó la herida que tenía el Sacristán en la cabeza, y se la vendó como Dios le dió a entender, ofreciéndole luego un trago de caña.

—En la guerra, éste es el sánalotodo —dijo después.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —interrogó el Sacristán.

—Aurita[1] lo vamos a saber — respondió el indio, indicándole con el gesto al jefe.

El clamoreo que venía del campamento de Carranca les hizo volver los ojos hacia aquella parte. Cientos y cientos de caballos en furiosa carrera y atronando el aire con sus relinchos, se veían saltar por encima de los fogones, chocar entre sí y arrollarlo todo, gentes y carpas. Pantaleón sonreía sarcásticamente. Luego de algunos instantes mandó montar, y a la disparada se corrió hacia la derecha con el objeto de pasar por detrás del enemigo e ir a reunirse con el parque, lo cual en media hora fué hecho sin que nadie le pusiera el menor obstáculo.

Las carretas avanzaban, libres de estorbos, hacia el "Paso de Bustillos"; la horda ensangrentada prorrumpió en vítores. Hasta los heridos gritaban y reían. El coronel, atento sólo a sus planes, dió orden de mudar los bueyes y apurar la marcha. Era necesario pasar el río antes que las fuerzas derrotadas se reorganizasen y los alcanzaran. Además, temía topar con la otra columna gubernista, cuya situación precisa ignoraba el caudillo, aunque suponía

haber pasado entre ella y la gente del burlado Carranca. Mientras las carretas, dando tumbos, se alejaban al trote, gracias a los picanazos, que hacían lomear a los bueyes, ensillaron, vendáronse las heridas y hasta hubo quien acertó a calentar agua y tomar algunos mates. Después se pusieron en marcha.

Las avanzadas enemigas no tardaron en aparecer. Amanecía; la horda adelantaba silenciosa e inquieta, viendo cubrirse las cuchillas de destacamentos y más destacamentos, lo cual le hizo presumir a Pantaleón que las dos columnas gubernistas se habían unido para caer juntas sobre él.

—Creí que había concluído el baile, pero veo que va a empezar[1] — murmuró Jaime.

El Sacristán miraba, con los ojos muy abiertos, las negras masas que aparecían en el horizonte.

Cuando se hizo de día claro, Pantaleón desplegó algunas guerrillas que pronto hubieron de replegarse. "Se vienen como a comprarme los vicios... pero no se aflijan, salvajes[2], yo voy a darles *naco* que picar", murmuró, y luego de ordenar nuevamente que apurasen las carretas, dispuso sus bravos en orden de batalla. Mas, en las posiciones que había elegido, apenas pudo sostenerse media hora. A todo escape, las abandonó y volvió a echar pie a tierra una legua más lejos, detrás de un arroyito. Desde allí se veían los montes del Río Negro. Observando el número de enemigos que se le venía encima y lo cerca que iban las carretas, el coronel se

mordió los labios, colérico, y le envió otro aviso al jefe del parque.

Huyendo unas veces y otras resistiendo, fué acercándose la mesnada a Bustillos. El terreno arenoso y minado de *tucutucos*, hacía penosísima la marcha de los vehículos. Iban a paso de tortuga; los bueyes, con la lengua de fuera y dando grandes resoplidos, se inflaban y desinflaban, como acordeones; uno cayó reventado; otro muerto de un balazo; dos de ellos, heridos, no tiraban y sólo servían de estorbo. El ímpetu de las tropas del Gobierno era tal, que el caudillo blanco no podía mantenerse en ninguna posición, y fué arrollado hasta las mismas carretas. Allí, guarecidos en parte por los primeros *talas* del monte, se propuso resistir. La proximidad del paso hizo renacer la esperanza en la maltrecha horda, y como ya todos empezaban a creer en salvo el armamento y rematada la hazañosa empresa, prorrumpieron en vivas a la revolución y al más bravo de sus caudillos. Éste sonrió, irónico y piadoso a la vez, pensando acaso en el próximo fin de aquellos valientes. Estaba muy pálido, tenía el muslo derecho atravesado por una lanzada y perdía mucha sangre. Un practicante de medicina se le acercó con ánimo de prestarle sus servicios; pero él le dijo que tirase las vendas y agarrase un fusil, y, sin cura del pellejo, siguió exponiéndose a las balas y animando a la gente. El fuego enemigo era muy recio y certero; los indios caían; las ramas de los coronillas y los espinillos, tronchadas por

el plomo silbador, se abatían al suelo dulcemente, como haciendo una graciosa reverencia.

El jefe del parque llegó a pedir órdenes; las carretas caían al paso. Como había supuesto Pantaleón, el río traía poca agua y no era difícil vadearlo[1]. Reflexionó breves instantes, y luego dijo:

—Voy a darle todos mis fusileros para contener al enemigo... Dispóngalos convenientemente en la otra orilla, y que defiendan el paso, mientras usted, con cincuenta hombres, busca incorporarse hoy mismo a la columna nacionalista, que marcha sobre Paysandú. Está cerca; mándele un chasque.

—¿Y usted, mi coronel? —se atrevió a interrogar el comandante, clavando los ojos en los del caudillo.

Pantaleón, frunciendo el ceño, contestóle mirándolo a su vez fijamente:

—Yo voy a *acampar aquí...*[2] Dígale al general, cuando lo vea, que sus órdenes han sido cumplidas —y le volvió las espaldas.

El oficial partió seguido de los fusileros. Varios escuadrones de caballería atacaban; los sables y las lanzas resplandecían como si los jinetes trajeran en las manos haces de luz. Pantaleón, sin otro propósito que ganar minutos, les salió al encuentro con su reducida hueste. Por el apero de plata reconoció a su enemigo mortal y, adelantándose, arremetió contra él. Un oficialito sin pelo de barba, que también se había adelantado a los suyos, se interpuso y le disparó dos tiros casi a quema ropa; el caudillo lo apartó desdeñosamente con

el regatón de la lanza y siguió. Oíase distinto el precipitado golpear de los cascos en la tierra; veíanse ya los rostros iracundos de los hombres y las rojas fauces de los caballos; la tromba de carne viva y hierro avanzaba vertiginosa. La mesnada corría a la muerte. El Sacristán, llevado en vilo, no veía ni oía: iba como en sueños, sin conciencia de nada. En el furioso choque cayó, fué apretado por el caballo y perdió el sentido. Cuando volvió en sí, de la columna nacionalista sólo quedaban algunos grupos que se batían desesperadamente, y jinetes sueltos que huían perseguidos de cerca. Pantaleón y Jaime parecían dos lobos rodeados por una jauría rabiosa. Ambos, malheridos y cubiertos de sangre, revolvían los caballos y meneaban el hierro con rapidez fabulosa, de cierta manera favorecidos en tan desigual combate por el exceso mismo de sus adversarios, que de puro ganosos se atropellaban y entorpecían. Dos caballos se enredaron y cayeron. Jefe y ayudante vieron un claro abierto y por él se metieron; el bravo caudillo pudo romper, una vez más, el círculo de la muerte, a tiempo que los aceros se abatían sobre Jaime. El indio se desplomó y quedó tendido boca abajo. Rápido, un milico de aspecto siniestro se abalanzó sobre él, le puso el pie en medio de las espaldas y agarrándolo de los cabellos y levantándole la cabeza violentamente, lo degolló de oreja a oreja.

Por la cicatriz que la partía la cara, el Sacristán reconoció a Primitivo. Estremeciéndose

de horror, apartó los ojos y los puso luego con ansias mortales en los jinetes que, vociferando, perseguían a Pantaleón. Algunos lo denostaban, otros lo habían reconocido y, admirados de su indómito valor, le gritaban que se rindiese; pero él no hacía caso; parando con la lanza, diestramente, las boleadoras que le arrojaban, huía hecho un ovillo sobre el lomo del caballo. De tiempo en tiempo, cuando se veía muy acosado, revolvíase como un toro furioso, y se abría camino dando y recibiendo golpes. En aquellos supremos instantes de sonambulismo heroico, sintiendo las embriagueces del peligro y la locura del matar, sólo pensaba en no caer prisionero, en morir peleando, según la fiera tradición de su raza. La misma sangre caliente que le corría por el rostro y le mojaba los labios, lo enardecía como si bebiese un licor de fuego. "¡Salvajes! ¡Ladrones! ¡Van a ver cómo muere un criollo!", se decía, viendo sin espanto, al contrario, con exaltación bélica, los grupos de milicos que le salían al encuentro por todas partes. Un tiro de bolas le arrancó la lanza de la mano; no le quedaba arma ninguna; el tordillo daba signos de fatiga; los enemigos lo rodeaban. Entonces Pantaleón, adelantándose a la muerte, tarda en venir, pasó de industria todo el pie a través del estribo, y, golpeándoles la boca en son de burla a sus perseguidores, gritó: ¡Viva la revolución! Y se dejó caer. La soldadesca, espantada, sentó los caballos; hasta los más desalmados sintieron los

escalofríos del horror: el cuerpo del caudillo, arrastrado en veloz carrera, fué rebotando sobre el suelo hasta quedar convertido en una masa informe.

En aquel trágico momento aparecía el sol por detrás del monte, y las carretas del parque[1] subían las agrias barrancas del otro lado del río.

XV

De vuelta de la guerra, cuando Primitivo llegó a "El Bichadero", Celedonia hacía dos semanas que había pasado a mejor vida. Se extinguió dulcemente, sin lamentos ni protestas, dándole momentos antes a Mamagela, para que se la entregara *después* a Primitivo, la sortija de dos corazones que él, con mano temblorosa, le había puesto en el dedo anular al casarse. Acompañó el ademán de estas palabras, dichas con voz débil y cavernosa:

—Dile, mamá, que me perdone...; dile que no supe lo que hacía...; dile que sólo a él quise y muero queriéndolo, y, sin embargo... ¡Ay! ¡Así son las cosas!...—Y en medio de un sollozo, que terminó en hipo mortal, fué entornando los ojos, y al cerrarlos expiró.

En el rostro de la hombruna Celedonia la muerte puso el blanco velo de una tristeza infinita.

Al entrar al rancho abandonado, Primitivo sintió en el alma el frío y la soledad de las desiertas habitaciones, que recorrió con paso vacilante, sin objeto, sin idea fija. Frente a la

cama de Celedonia se detuvo. En los colchones veíanse aún las huellas del cuerpo enflaquecido, y en las almohadas, profundo hundimiento delataba el sitio de la cabeza, de *su cabeza*. Primitivo miraba absorto y con los labios fuertemente plegados por un gesto de dolor. ¡Cuántas cosas le sugería el lecho vacío!... Agobiado por la pena, al igual de la rama que se dobla bajo el peso del fruto, fué inclinándose hasta besar la almohada y esconder en ella el rostro. En tal postura pasó la noche. Afuera, los perros le ladraban a la luna y sus ladridos se perdían en el espacio azul del mismo modo que los sollozos del infeliz.

Primitivo, por hábito, pero sin que lo moviese ningún estímulo de amor a su hacienda ni acicate de interés alguno, recorrió el campo: los alambrados estaban en el suelo; las ovejas, muy flacas y sarnosas. Ni pestañeó. Más que indiferente, parecía insensible al mal o como si no tuviera clara conciencia de él. Y lo dejó todo tal cual. Ni siquiera le *pidió rodeo* a nadie para recoger y poner en seguro los animales que se hubieran desperdigado por los campos vecinos. Despedíase el invierno con interminables lluvias; el cielo amanecía siempre anubarrado; hasta el albear era triste. Primitivo no salía de la cocina: los hábitos contraídos en el campamento inspirábanle verdadera repugnancia por el trabajo y todo lo que fuese ley civilizada y ordenada vida. Además, la calma no venía: el come come de la tristeza y el rencor no lo dejaban vivir. Creyó que, satisfecha su venganza, se sentiría tranquilo: mas fué al con-

trario: la muerte de Jaime y la terminación de las correrías guerreras le dejaron el alma ahita de truculentas pasiones que, no encontrando sobre qué obrar ni en qué ejercitarse, se revolvían sobre sí mismas, alimentándose de las entrañas que les daban nacimiento, como el hijo de la madre. Perenne y sorda irritación lo mantenía hosco entre las cuatro paredes del rancho, donde no se diría sino que se iban amontonando las tristezas y las sombras, tal era su lúgubre aspecto. No tenía peón, ni pensaba tomarlo tampoco: ¿para qué? Él mismo se cebaba el mate y asaba el churrasquito que, sin pan ni cubiertos, comía desganado junto al fogón. Después bebía...

Tocles vino a visitarlo varias veces, pero como siempre lo encontraba entre dos luces o completamente ebrio, y en tal estado Primitivo tornábase muy sacudido y procaz, nunca pudo dirigirle las conceptuosas frases que traía preparadas Empero, en cierta ocasión, considerándolo mejor dispuesto, algo acertó a insinuarle sobre la necesidad de sobreponerse a los dolores que lo afligían y volver a su existencia honrada y laboriosa

—¡Rehacer mi vida!...—murmuró el paisano sordamente—. Cada cristiano va *maniatao* a su destino y es *al ñudo* apotrarse. Déjeme a mí con el mío. Sólo yo sé lo que me hace falta—repuso, y su acento se hizo sombrío y amenazador.

Tocles no volvió más a "El Bichadero", y desde entonces el pobre paisano no tuvo otros amigos que los canes, ni otra consolación

en su desamparo que la botella. Pero si no iba Tocles a la estanzuela de su concuñado, desde "La Nueva Esperanza" volvía los ojos a menudo hacia aquel sitio de tristeza y desolación, y, a veces, con anteojos, veía a Primitivo echado debajo del ombú o, menos frecuentemente, ocupado en alguna tarea doméstica. El infortunio del miserable paisano lo llenaba de honda conmiseración, sobre todo después que el vecindario le imputaba toda suerte de crímenes y hacía de él un objeto de escarnio y horror.

Una tarde, a la hora de la siesta, Amabí avisó aterrada a su marido que "El Bichadero" ardía. Tocles abrió la ventana y miró: en efecto, grandes lenguas de fuego salían flameando de las casas, los corrales y los bretes. El filósofo montó a caballo y, seguido de su peoncito, allá se fué corriendo. Pero tuvo que detenerse antes de llegar: el fuego rodeaba las poblaciones; las bolsas de lana de la esquila anterior, que Primitivo en su abandono había dejado sin vender, dispuestas con siniestro designio, cercaban los bretes; las ovejas, encerradas, huían en todas direcciones, locas de espanto[1]. Primitivo, lanzando gritos salvajes y juramentos, las acuchillaba al pasar con saña fiera. Otras veces, poseído acaso de la grandeza de su destino, negro y adverso, reía, viendo al través de espesa y sofocante humareda, desplomarse los ranchos unos tras otros, dando saltos, correr desesperadas las ovejas convertidas en antorchas vivas, reventar las bolsas como disformes panzas de vaca

hinchadas al sol. Y reía en su demencia, transfigurado por la embriaguez de destruír y el sentimiento de un fin próximo y trágico. De pronto, escapósele un grito de espanto: sus ropas ardían; echó a correr, pero a los pocos pasos cayó atropellado por las ovejas. Cuando se puso en pie, estaba medio ciego.

—¡Vida perra, vida cochina, yo te voy a arreglar! —vociferó, y poniéndose la punta del ensangrentado puñal en el cuello, de un golpe brusco se degolló. Saltó un caño de sangre, y con la cabeza caída hacia atrás dió algunos pasos tambaleándose; las llamas lo rodearon; negros crespones de humo lo envolvieron, y Tocles no pudo ver más.

XVI

La *tapera* de Primitivo, desolado jardín de melancolía, atraía a Tocles y avivaba sus extrañas fiebres. Después de recorrer el campo y examinar las haciendas, cuyo cuidado le recomendaba diariamente Mamagela, descendía del caballo, sentábase sobre las desmoronadas paredes de terrón y meditaba. El ombú, antes lozano y copudo, enseñaba ogaño el ramaje sin gala de hojas y el robusto tronco roído por el colmillo voraz de las llamas. Éstas lo habían devorado casi todo; de las poblaciones sólo quedaban algunos míseros despojos. Una mancha parduzca, rugada costra en la epidermis de la tierra, indicaba el sitio de los ranchos y los bretes. En medio de ella, entre hacinados escombros, un marco de madera dura había resistido a la acción destructora del fuego y se erguía entre las ruinas solitario y siniestro como una horca. La ociosa borraja y las espinas empezaban a brotar ,corroborrando, más bien que paliando, la desolación de lo que fué el próspero Bichadero. Al atardecer, hora de las diarias visitas de Tocles, las muertas lumbres

del crepúsculo parecían fundir en su tristeza la tristeza gris de la tapera y convertir en espectros[1] los dispersos ganados que, lentos y silenciosos, bajaban a las aguadas[2]. Como lobas cautelosas avanzaban las sombras, y con ellas crecían las torturantes dudas de Tocles. Cerrada la noche, levantando al paso lechuzas y perdices, tornábase a "La Nueva Esperanza". Desensillaba; refrescábale el humeante lomo al caballo con un jarro de agua fresca; entraba al rancho. Amabí cosía, Pedrito jugaba, deshojábanse las flores en los frascos de encurtidos, las velas de sebo ardían en los candeleros de lata. Tocles, sin decir palabra, sentábase en un rincón, y considerando con grande piedad de sí mismo la hurañez y hostilidad de las cosas que lo rodeaban, se enternecía hasta lagrimear. Esto sacaba de quicio a Amabí: "¡Peste de hombre!" decíase, y, pegando un respingo, salía. Pedrito íbase tras de ella. Tocles quedaba solo en medio de la semioscuridad de la sala. Sus ojos se detenían, sin ver, en las temblonas llamas de las bujías, en los grabados que ornaban las lóbregas paredes, en los libros cubiertos de polvo, mientras pensaba que era necesario *libertarse,* fugar de aquella odiosa prisión del alma en que *falsas relaciones* lo tenían, y correr los temporales de su agitada mar interior, para vivir de acuerdo consigo mismo y dar las notas agudas que tenía en la garganta. En realidad, no sabía bien en qué estribaría esto; pero la imagen sólo lo satisfacía, no obstante la teórica devoción de las realidades concretas. Y mientras acariciaba tales sueños, confesábase,

sin asomos de violencia, que el abandonar mujer, hijo e intereses, era altamente condenable, inmoral, vil; airadas voces de la conciencia que escuchaba sin terror, porque al mismo tiempo otras voces interiores, cariciosas y hechiceras, le decían: "No hay otro medio de romper las cadenas que te esclavizan e impiden cumplir tu trágico destino. La calma, la vida regular y laboriosa, la sumisión a la regla, la dicha del renunciamiento, si a esta desabrida existencia pueden dársele tales nombres, no son para ti; para ti, Tocles, el perseguir los fantasmas de tu idealismo pasionario; la incertidumbre, la inquietud perpetua y el morir por una estrella: esa es tu moral, tu ley, tu destino, y acaso entraña, diga lo que diga Mamagela, una grande aunque invisible utilidad". Y, a pesar de sus miserias y fracasada vida, embriagado por una especie de orgullo de poeta, llegaba a pensar que él, Tocles, era la sed de lo infinito hecha carne palpitante, la inquietud universal hecha luz, la rebeldía del egoísmo vidente contra las mentiras y tiranías sociales. Entonces la luz macilenta de las velas resplandecía con vivos fulgores; todo se iluminaba feéricamente; un voluptuoso coro de ninfas y danzarinas desnudas lo rodeaba y levantaba en vilo. "Sí, sí", decíase transportado, "eso es: soy una conciencia errante en el purgatorio del mundo, y al revés de los filistinos y de las personas honradas, me envileceré *públicamente* por no venderle en *secreto* a los sátiros la virtud de mi alma. Ése será mi *crimen radioso*".

La *peona* ponía la sopa humeante sobre la mesa y Tocles, suspirando, sentábase entre Amabí y Pedrito.

La tentación de partir, de liquidar totalmente el pasado y empezar una vida nueva, lo ganaba; rompía uno a uno los invisibles hilos que atado lo tenían a los deberes corrientes, y le descubría inopinados horizontes de ventura, de noble lucha, acaso de gloria. Quería ser un sembrador de ideas, el apóstol de alguna cosa, y encerrarse en el claustro de sus pensamientos como un monje en su ermita. Mas el decidirse no era asunto de raciocinio, sino de hígados, y flaqueaba. Mientras pensaba solo, todo iba bien: su cerebro resolvía sin vacilaciones; pero a punto de obrar, otra razón, arcana y honda, la razón de todo el cuerpo, imperaba y ponía sobre sus flacos lomos de soñador el bloque del pasado y del presente, y con él la carga abrumadora de la conciencia. Y, como el camello harto cargado, la voluntad de Tocles se negaba a levantarse y marchar. Entonces sentía con viva fuerza, aunque desfalleciendo, las irreductibles contradicciones de su naturaleza, y cuán difícil le sería poner nunca al unísono ideal y acto, egoísmo y desinterés, universo y corazón.

Y en verdad, no era fácil empresa. Múltiples y diversos móviles solicitábanle en opuestas direcciones. A pesar de todo, mujer, hijo, familia y también intereses, con los cuales se había encariñado y que satisfacían necesidades muy íntimas de su espíritu, en consorcio ejercían sobre él la tracción imperiosa y constante del hogar; aspiraciones superiores y pujos de indi-

vidualismo anárquico, aunque refrenados por el realismo de doña Ángela, mantenían vigorosas las tendencias de su cultura idealista y temperamento de poeta; ciertos apetitos en la tierra lo retenían; ardientes anhelos al cielo lo llamaban; incertidumbres y temores lo tiraban por aquí; certezas y esperanzas, por allá, y con todo ello, el atribulado Tocles no sabía qué hacer ni a qué santo encomendarse. Unos días sentíase revolucionario; otros, conservador; el tiempo pasaba; nada resolvía.

Además, de antemano lo inquietaban las dificultades que le sería forzoso vencer para poner en práctica cualquiera resolución que tomase. ¿A dónde iría? ¿Cómo viviría si abandonaba "La Nueva Esperanza"? ¿Qué haría de sus aspiraciones? ¿Cómo pagaría sus trampas si se quedaba? Aunque alucinado y ensoñador, no podía ocultársele que una conciencia errante tripas tiene y necesidades inmediatas que satisfacer, ni, por otra parte, se forjaba ilusiones sobre el estado de su hacienda, y menos sobre las dulzuras de la vida conyugal que en "La Nueva Esperanza" lo esperaban.

Tocles perdió el apetito y el sueño, y cayó en las negruras de la neurastenia.

XVII

Entretanto el país entraba en los cauces de la vida normal. Los ariscos matreros salían de los montes; los emigrados volvían a la tierra; los ganaderos, refugiados en los pueblos y en la capital, tornaban a las desamparadas estancias, reconstruían los alambrados, juntaban las dispersas haciendas y ordenaban, como los pájaros reconstruyen el nido que el viento deshace, lo que la guerra había desquiciado. Se hablaba de enterrar para siempre odios anacrónicos y divisas funestas; se hablaba mucho también de cordura y regeneración nacional, y aunque los partidos, a la sordina, se preparaban para *la otra,* la esperanza y el optimismo robustecían de nuevo los ánimos para las bregas del vivir.

La diligente Mamagela clasificó y seleccionó los rebaños de Primitivo; esquiló las majadas, les dió un baño *de órdago* para matarles la sarna, y, sobre las mismísimas ruinas de "El Bichadero" ,hizo edificar una casita muy cómoda y cuca. Y allí ubicó al Sacristán, que, después de las peripecias guerreras, no quería

ser militar ni cura, sino estanciero. Papagoyo bajó a la capital a surtirse y trajo a "El Ombú" gran copia de mercaderías, y los herederos de Pantaleón se repartieron "Los Abrojos" y empezaron a trabajar con muy otro empeño que lo hacía el difunto. Todos parecían decirse: "Los muertos al hoyo y los vivos al bollo"; todos aceptaban los hechos consumados. Sólo Tocles permanecía indeciso, caviloso y desamorado. Levantó, sí, los alambrados caídos, esquiló, bañó las ovejas; pero trabajaba sin fe, sin entusiasmo, como quien cumple un deber penoso e inútil. La idea de rebelarse él solo contra *las transacciones cobardes* e irse del país en son de protesta, no lo dejaba dormir. Antes de salir el sol, ensillaba e íbase al campo a recorrer los potreros; veía levantarse las ovejas, retozar los corderillos, pastar las vacas mientras el toro en celo las requería de amores. El aire fresco le producía deleitoso picor en las narices; a pesar de sus murrias, parecíale respirar a veces un penetrante vaho de vida. Mas el encanto de la existencia campera no lo subyugaba; aquellos bienes suyos nada le decían; no experimentaba, como antaño, vivo y hondo el goce de poseer; algo se había roto en su alma que lo hacía ajeno a los intereses y las ambiciones comunes. Sólo automáticamente seguía ocupándose en los quehaceres de "La Nueva Esperanza".

De vuelta del campo, frente a los libros, se pasaba las horas muertas. Pero los filósofos permanecían mudos a las interrogaciones de Tocles; *La Sagesse et la Destinée* lo convencía sin consolarlo; *Les Nourritures Terrestres* lo

enfervorizaban sin convencerlo; sus poetas favoritos nada le decían que pudiera iluminarlo o servirle de triaca a sus males. Prolijos exámenes de conciencia y arreglos de cuentas espirituales, tampoco lo sacaban del pantano. En el fondo de toda consideración, la duda enseñaba los dientes como una hiena en los antros de su guarida[1].

En tales cavilaciones estaba cuando recibió un recado urgente de doña Ángela, invitándolo a trasladarse a "El Ombú" sin pérdida de tiempo. Presuroso acudió a la cita, y llegó a la pulpería apenas el sol apuntaba en el rosado horizonte. Ya la señora, que seguía siempre tan madruguera, había visitado los galpones, el gallinero y el tambo, y puesto en movimiento a toda la servidumbre; ya se había aseado y vestido de parada, y respirando contento y oliendo a limpieza y Agua Florida, esperaba a Tocles en el rinconcito acostumbrado del corredor, muy repantigada en su silla peluda, la caldera a un lado, la canasta de los rosquetes al otro, y entre ambas manos, el mate.

—¡Albricias!... tengo muy buenas noticias que darte —exclamó con júbilo al ver a Tocles—. La suerte se ha cansado de perseguirte y ahora empieza a colmarte de favores. Siempre sucede así, hijo mío; por eso nunca se debe desesperar. Dios aprieta, pero no ahorca. Pues, señor, cuando menos te lo esperaban te cae sobre la cabeza la diputación como llovida del cielo. Sí, Tocles de mi alma, diputado eres por este departamento. El señor Herosa, que lo era, acaba de morir; el primer suplente renuncia, el se-

gundo eres tú, y te llaman a la representación nacional. Ahí tienes el telegrama de mi cuñado, anunciándome la buena nueva, y la nota del secretario de la Cámara. ¿Qué tal?... ¡Ríe, canta, baila ,sacúdete las pulgas!

Tocles no chistó; parecía anonadado.

"Piensa en sus trampas", se dijo Mamagela para su sayo, y luego agregó:

—Pero no es todo; cuando te digo que la suerte te guiña el ojo... Sabe que ayer has sido electo presidente de la "Liga Agraria" de esta región. Estás, pues, en el candelero. Ahora puedes darle vuelo a tus planes, hacer prácticas tus ideas en la Cámara y en la campaña, y, además, sacar el vientre del mal año, porque Goyo y yo, en vista de tu nueva posición y de los perjuicios que te ocasionó la guerra, hemos decidido entregarte la parte de Amabí para que pagues tus trampas, pongas orden en tus asuntos y vivas sin ahogos. Cuida mucho ese dinerito, Tocles; mira que es nuestro sudor y nuestra sangre lo que te damos.

Tocles dejó caer la cabeza sobre el pecho. Sus labios se movían convulsivamente, sus manos temblaban. Mamagela, equivocándose sobre la naturaleza de los sentimientos que lo embargaban, se levantó, y poniéndole cariñosamente la mano sobre el hombro, le dijo:

—Tocles, Toclitos, deja correr las lágrimas; es muy bueno llorar de gratitud.

El hizo un gesto negativo y desconsolado; pero ella, sin comprender, lo obligó a incorporarse y tendiéndole los robustos brazos lo estrechó contra su pecho

—Goyo también quiere abrazarte, ven —añadió luego secándose los ojos con el revés de la mano, y echó a andar.

Tocles la siguió mohíno y confuso. ¡La diputación, la presidencia de la "Liga Agraria"! Era tan inaudito lo que le acontecía y tan contrario al orden de ideas en que estaba, que en aquel instante, no sabía si feliz, si desdichado, imposible le hubiera sido decir a ciencia cierta si lo que experimentaba era el dulce anonadamiento del que, por modo inesperado, llega a la meta después de grandes tribulaciones, o la indiferencia y secura de alma del que recibe el bien cuando ya no lo desea ni lo tiene por tal.

Papagoyo estaba sentado en la cama y como calado entre almohadas y cojines. Sobre la cabeza se había puesto un pañuelo abierto para defenderse de las moscas y los aires, y en la diestra tenía el mate, como un chico el biberón. La noche anterior habíase quejado de jaqueca y náuseas. Al oírlo, Mamagela le clavó una mirada inquisidora y le dijo con el índice levantado:

—¡Conque jaqueca y náuseas!... Goyo, mañana, purguita.

Don Gregorio quiso protestar, pero a cada observación que hacía, Mamagela repetíale la implacable sentencia, y, como siempre, el buen hombre no tuvo más remedio que aceptar la tiranía doméstica y desayunarse, aquella mañana, con una buena taza de aceite de castor. Era la regla. A la menor indisposición, la señora, que en lo tocante a la higiene de las tripas

no se andaba con paños calientes, lo condenaba al mismo suplicio: purguita, cama y dieta. Y como esto acontecía con harta frecuencia, y el comerciante, estando solo, se aburría soberanamente, su mujer e hijos y hasta Foroso y las mulatas, en casos tales, lo rodeaban y le daban palique. A veces, en medio de la charla general, Papagoyo palidecía[1]; doña Ángela le clavaba los ojos perforantes como leznas. Bruscamente, ésta, después de algunos segundos de ansiosa expectativa, incorporándoe exclamaba:

—¡Fuera!... — y todos salían precipitadamente[2]. Media hora después, las puertas se abrían de par en par, y se reanudaba la tertulia. El comerciante[3] sonreía seráficamente, con el pañuelito sobre la cabeza y la bombilla en la boca.

Tocles cayó en los brazos del gozoso Papagoyo.

—Todos nos alegramos de tu buena fortuna —dijo éste con su calma habitual, pero más regocijado que de costumbre—. ¡Vaya, hombre; al fin vamos a tener quien le dé lustre a la familia!

Foroso y las mulatas observaban al flamante diputado con religioso respeto. Tocles, sin saber qué actitud adoptar, sonriendo forzadamente, sentóse por primera vez en el sillón de hamaca que, de ordinario, sólo ocupaba la señora, y que ésta misma le ofreció aquel día con inusitada deferencia. Este pequeño detalle conmovió a Tocles profundamente. La beatitud de su suegro y la reposada dicha que respiraban las personas que allí había, y aún la estan-

cia misma, lo enternecieron y avergonzaron sin saber por qué. ¡Cuánta virtuosa sumisión en aquella placidez de los rostros! ¡Cuánto deber cumplido en aquel honesto reposo de los ánimos! ¡Cuánta riqueza en aquel humilde ambiente de honrada y gozosa parcidad!

—"¡Pobre gente; si supieran lo que por mí pasa!...", se dijo. "Cómo decirles: y bien, aunque lo siento en el alma, voy a causarles un gran desencanto. Yo no puedo ser diputado, ni presidente de la "Liga Agraria", ni aceptar la herencia de Amabí"'.

Foroso y las mulatas se retiraron discretamente. Hubo un silencio embarazoso. Mamagela lo interrumpió diciendo:

—Me parece, Tocles, que no estás todo lo contento que debieras. ¿Qué te pasa? ¿Qué más quieres? ¡Por Dios, no nos des un disgusto!

Tocles sentía que los ojos goyescos de la castellana de "El Ombú", le hurgaban el alma.

—¡Es tan inesperado lo que me pasa! Necesito meditar, ver claro en mí mismo...

—¡Ay! dijo, ¿con qué tripa rota nos vas a salir? ¿Te haces el sueco cuando la suerte te abre los brazos? Escucha, Tocles de mis pecados: con la vida es peligroso jugar así; Dios condena a los desagradecidos. Si tantos bienes como llueven sobre ti no te satisfacen, después de haberlos deseado tan ardientemente, ¿qué puede contentarte? ¿Qué buscas? ¿Qué esperas? Mira que esos bienes no son espejismos, sino cosas reales; pero aun en el caso de no ser así, aun dando de barato que todo sea espejismo como tú aseguras, decídete, con mil de-

monios, por los que llenan la panza, que eso al menos habrás ganado. Si ahora no agarras la ocasión, no por el único cabello, sino por el mechón de pelo que te ofrece, ¿cuándo la agarrarás?

—Nunca, ya lo sé... —respondió Tocles, dejando caer los brazos con desaliento.

Así estuvo un rato y luego, fijando los ojos resueltamente en los de su suegra, agregó:

—Pero, por ventura, ¿puedo yo representar intereses en los cuales no creo fingir entusiasmos que no siento, aceptar los embustes que me propuse combatir?[1] Mi deber es vivir en mi ley, y mi ley es correr tras los fuegos fatuos que a porfía me ponen delante de los ojos inteligencia y corazón.

—¿Y por esos fuegos fatuos vas a sacrificarnos a todos? —interrogó doña Ángela, impaciente.

Aquí dejáronse oír ciertos alarmantes barbarismos[2], y Tocles, que iba a responder con un conceptuoso discurso, tuvo que callar y salir. Y, como por ensalmo, aquel detalle de la realidad doméstica lo apeó de su trascendentalismo y llevó a preguntarse, mientras se paseaba por la pulpería, si no estaba obrando como un rematado majadero.

Foroso, lleno de respeto y afectuosidad, vino a darle palique; la vieja Jua le trajo un mate muy bien cebado; Vivorí, los rosquetes en una bandeja perfumada, y Mérico lo palmeó con grandes muestras de cariño, mientras le decía: "¡Al fin, hermanito, te voy a ver en los papeles!" A Tocles se le antojó, que no sólo aque-

llas gentes, sino también los modestos artículos del almacén y hasta las vidrieras y el motrador, esperaban algo de él, y a una le decían: "No nos traiciones". Y el sentirse extraño a todo y a todos lo llenó de estupor.

Al volver a la alcoba y observar la pesadumbre de sus suegros, ímpetus lo asaltaron de caer de rodillas y pedirles perdón. Mamagela salió, no diligente y ágil como de costumbre, sino arrastrando los pies, como agobiada bajo el peso de una grande tristeza. Papagoyo, con tanto reposo como aflicción, dijo:

—Con tus cosas le vas a acortar la vida a la pobre vieja... y a mí también. ¡Esperábamos tanto de ti!... El Sacristán no quiere cantar misa; tú no quieres ser representante; todos son desengaños... Está visto que nuestra familia no saldrá de la oscuridad; ninguno de nuestros hijos le dará lustre. Nos hemos sacrificado inútilmente. Tocles, hijo mío, Dios no te perdonará el que hayas burlado las esperanzas de dos pobres viejos... Y sus ojos mansos y dormidos, más que airados, parecían suplicantes.

Tocles sintió que el corazón se le ponía como una pasa de higo.

—No he dicho que rehusara la diputación; manifesté las dudas y escrúpulos que me asaltaban y el temor, además, de ser representante del pueblo de nombre solamente.

—¿Y nosotros no somos pueblo también?—interrogó entrando doña Ángela—. ¿Y tus colegas, y todos los estancieros del pago, que en ti confían, y los intereses rurales de todo el país, que no tienen en las Cámaras quien vele por

ellos?... Pues todo eso representarías tú. ¡Ah! Si pensaras más en el prójimo y menos en ti, como es el deber de todo cristiano, no vacilarías ni un solo instante. Pero ahí está el mal: tú no eres cristiano; has dejado el buen camino por otro, a tu parecer mejor, pero que, en realidad, no lleva a ninguna parte; por inútil rechazaste las vejigas de la religión, buenas para mantenerse a flote en todo mar, y sin ellas ni otro asidero que los libros, que más bien te sirven de sobrecarga, te vas al fondo irremisiblemente. Las luces que tú buscas no alumbran, ciegan. Y si no, dime, ¿qué verdad persigues que te impide reconocer la verdad que tienes delante de los ojos, vivita y coleando? ¿Qué bien ansías que envenena tu existencia y la de los otros? ¿Qué interés es ése que te hace comprometer los intereses de todos y correr como un loco detrás de un fuego fatuo?

Tocles se rascó la frente y, luego de meditar un momento, dijo:

—Las altas virtudes piden el sacrificio de las pequeñas. Si no hubieran existido locos como Cristo y Colón, no habrían aparecido verdades sublimes ni nuevos continentes.

—Pero... ¡por los clavos de Cristo! —interrumpió Mamagela perdiendo la paciencia, cosa que le acontecía en muy contadas ocasiones—, fíjate bien, Tocles, que tú no eres Cristo. ni Colón, sino Temístocles Pérez y González, y que ya no estás en edad de hacer locuras; tienes cuarenta y dos años bien sonaditos, no lo eches en saco roto. Siendo tú profeta o descubridor verdadero, las verdades nuevas y las

nuevas tierras vendrían a ti, te saldrían al paso, obrarías milagros porque estaba en tu naturaleza el hacerlo, como el rosal da rosas y el duraznero *pelones;* en cambio, lo que viene a ti, lo que te sale al encuentro, son los deberes que para con nosotros y para con los compatriotas tienes; ellos te dicen a gritos lo que la vida espera de ti y lo que tú puedes hacer en este mundo; pero tú te empeñas en ser otro del que eres, y eso te lleva a confundir la puerta con la ventana, los piojos con las pulgas y te da, en lugar de sanas alegrías, sofocones y dolores de cabeza. Te sobra inteligencia, te sobran aptitudes, te sobran conocimientos, pero te falta buen sentido, y sin esto todas aquellas cualidades son como frutos que el sol no sazona, frutos sosos o agrios. No creas que para vivir se necesita mucho cacumen, ni grande balumba de ciencia[1], no; hace falta sólo darse cuenta de lo que uno es y puede hacer, y esto te lo dice algo, no sé qué, dentro de ti, una voz que viene de lejos, de lejos, que sale como de un pozo profundo, y que tú oirías si escucharas con atención. Yo, siempre que tengo una duda, afino el oído y oigo. Por eso, aunque rústica e ignorante, soy más ducha y hábil que tú. Donde a ti se te empantana la carreta, porque tiras solo, yo paso tranquilamente, porque conmigo tiran los demás. ¿A qué viene esa manía de aislarse e ir contra la corriente, cuando la ola nos lleva junto con los otros? Esa independencia, que tanto te halaga, es pura engañifa; contigo piensan y obran los que te rodean: mujer, hijo, parientes, y tus actos, pueden hacerles

mucho bien o mucho mal. A veces, parece que tú lo ignoras o que te propusieras ignorarlo, y lo mismo haces con el mundo: diríase que no existe para ti; adrede te alejas de él, y de ahí viene que, aun siendo una buena carta, no tengas valor en el juego de la vida, porque, gracias a tus caprichos, nunca estás con las otras sobre el tapete, sino sola debajo de la mesa. Créeme, Tocles: si yo estuviera en tu pellejo, otro gallo te cantaría.

—En una palabra —arguyó Tocles echándolo a broma—, que no tengo el *sentimiento de mis límites,* ni el tanteo de la pesada en las cosas de este mundo, como diría usted, y vamos a ver, estando en mi pellejo, ¿usted qué haría?

Doña Ángela cruzó las manos sobre la honrada panza, y dijo:

—Me diría: mi familia, mis amigos, mi patria es la tierra, mi tierra; lo que yo soy, es decir, mis aptitudes, la semilla; no la tiraré al aire fuera de sazón, la echaré a su tiempo en los surcos hondos y recogeré buenas cosechas. Hablando en plata: ten presente quién eres y que no eres solo; que tienes deberes que cumplir para con nosotros y para contigo mismo. Cúmplelos. Déjate de perseguir quimeras, no seas fantasioso, apoya los pies en el suelo, echa raíces en tu terruño y deja que sople el viento. Sacrifica lo que estorba. Si sueños dorados y ambiciones altas te traban y manean, maneas y boleadoras son para ti y no altas ambiciones y dorados sueños. Deséchalos, sacrifícalos sin

piedad, que sólo matas las sanguijuelas que te chupan la sangre.

De cara al sol, camino de "La Nueva Esperanza", Tocles pensaba: "Esa moral que habla siempre de los otros, nunca de mí, no me seduce; la voz que sale del pozo profundo me dice: "Tocles, a lo tuyo; tu tierra son las nubes, tu familia la soledad, tus semejantes los fantasmas que engendra tu imaginación". Tengamos el valor de ser lo que somos, de vivir con arreglo a nuestra ley. Mi ley no es la de Mamagela; lo que a mí me estorba para vivir, mis trabas y boleadoras son las tierras y bienes que todos apetecen y que a mí, sobre no satisfacerme, me arrancan de mi *terruño* y alejan de mi bien. Los sacrificaré a mi Dulcinea: "A tus plantas pongo, alta señora, la diputación, los honores mundanos y las profanas dichas". Quijote, ve a tus aventuras. Mamagela también me engañó; pero Tocles no morderá más el anzuelo de la ilusión realista y preferirá a los burgueses rosquetes, el pan duro del ideal. O César o nada; paso el Rubicón", y tomó el galope.

Doña Ángela, desde la ventana, lo siguió con los ojos hasta perderlo de vista; luego, suspirando, dijo:

—¡Pobre Tocles; tengo el presentimiento de que no volveré a verlo!

Sentóse en el borde de la cama, y añadió:

—Goyo, tu vieja está muy triste... Algo me remuerde en la conciencia. ¿Crees que hemos sido para Tocles todo lo bueno que debíamos?... Yo no estoy segura. ¿Qué dolores com-

partimos con él? ¿Qué consolaciones le prestamos? ¿Fuimos su familia de veras o sólo de nombre? ¡Ay! Me parece que hemos vivido como extraños: él a mil leguas de nosotros y nosotros burlándonos de lo que no entendíamos.

Lanzó otro suspiro más hondo aún y volvió a sus quehaceres, dejando a Papagoyo mohino y perplejo.

XVIII

Tocles nada le dijo a su mujer de las buenas nuevas que le había dado doña Angela. Comió poco y en silencio. Amabí tampoco desplegó los labios. Pedrito no jugó. Las velas que ardían sobre la mesa, lloraban grandes lagrimones de sebo y dejaban la cámara sumida en una semioscuridad preñada de sombras tristes. Los muros de terrón parecían destilar pesadumbre, como los rostros de los cónyuges cansancio y descorazonamiento. En los frascos de encurtidos se deshojaban dos rosas secas.

Luego de comer se mudó Tocles de ropa e hizo su maleta de viaje, atareándose en seguida en meter en un baúl viejo papeles y libros. Amabí, con los ojos obstinadamente clavados en la costura, hacía como que no se percataba de nada. Una máscara de secura y hostilidad le cubría el rostro. Tenía el ceño rugado y los labios hundidos. En la frente, espaciosa y un tanto abultada, la luz amarillenta ponía un ósculo de pergamino y hacía resaltar el apretado nacimiento del cabello, que a Tocles le pareció en aquel instante una múltiple barrera de estacas

y alambres de púas o puesta de industria a todo razonamiento que viniese de él. De vez en cuando posaba en Amabí una mirada angustiosa y llena de reproches, levantaba las cejas con resignada desesperación y volvía a su tarea. Cuando terminó, quedóse contemplándola largo rato con más encono que pesar. Por último, compuso el rostro y cogiendo el sombrero y el rebenque, para darle sin duda más solemnidad al acto, habló así:

—Amabí, lamento comunicarte la extrema resolución que nuestra triste vida, incompatibilidad de carácter y millones de razones que tú conoces tan bien como yo, me obligan a tomar. Puedes creerme: no lo hago sin honda pena, sin haberme torturado atrozmente... Me voy para no volver jamás... Me voy, sí, no sé a dónde ni en busca de qué...[1]

—Muy bien pensado — interrumpió Amabí, y levantándose bruscamente, giró sobre los talones y se fué a la pieza inmediata.

"¡Pobre Amabilia!, ¡cuánto debe haber sufrido para cambiar así y cuán urgente es lo que pienso hacer!", se dijo Tocles; y, como tantas veces, dejóse caer en la mecedora, y hamacándose quedóse hasta rayar el alba.

Las velas se habían consumido; tenue luz entraba por los resquicios de la puerta la atmósfera viciada diríase que olía a fiebre y sudor de enfermo.

—Es preciso partir — murmuró[2], incorporándose, y sintió una congoja angustiosísima y un peso extraño en todo el cuerpo, como si las ropas que vestía fuesen de plomo.

Antes quiso besar a su hijo. Sigilosamente entró en la pieza contigua. Amabí no se había acostado; vestida, velaba junto a la cama del niño. Tan humilde y triste era su aspecto y tanta desolación había en aquel ambiente de lobreguez y lloro, que Tocles se sintió cohibido y avergonzado. Los invisibles hilos de la pesadumbre parecían tirar las facciones de Amabí hacia abajo; caía la nariz, caían los párpados, las mejillas y, sobre todo, los ángulos de la boca, aquellos hoyitos graciosos y provocantes que él llamaba antaño sus nidos de amor...

Tocles permaneció clavado en el umbral de la puerta. Mil confusas ideas lo atropellaron, mil encontradas emociones lo enternecieron. Aquilató la pena y el desamparo de Amabí; pensó en la tristeza de los pobres viejos, en la majada, en las vaquitas y los bienes que iba a abandonar, y, por primera vez, tuvo la noción justa de las múltiples raíces que allí lo aprisionaban. Entonces, en tumulto y tropel, acudieron a su memoria textos y citas, residuos de extrañas filosofías, antagónicos preceptos morales; y sintió a una pujos de sumisión y rebeldía, de amor y odio, de desinterés y egoísmo feroz.

"¿Voy a obrar como un alucinado o como un infame también?", se dijo, espantado de las voces interiores que lo recriminaban, ahogando la voz profunda que le repetía, "¡Vete, vete!", en los antros de la conciencia. Y tuvo la sospecha de que acaso por ansias retóricas y artificiales aspiraciones, iba a causar muchos dolores verdaderos. "Yo debía pedirle perdón y quedarme;

sacrificar mis insanas ambiciones, entrar en la regla, aceptar el terrible pacto que imponen las realidades de la vida... Pero ¡ay! imposible, ¿cómo volverme atrás? ¿Cómo hacerlo teniendo el caballo ensillado y las botas puestas?"

Y esta última y nimia consideración lo determinó a partir.

Los canes empezaron a ladrar. Tocles, cogiendo la ocasión al vuelo para arrancarse de allí, salió a indagar lo que era, encontrándose con doña Ángela, que, muy presurosa y agitada, descendía del coche. Y al verla, como si volviese a la realidad siempre apetecible después de una angustiosa pesadilla, le pareció que le quitaban un gran peso de encima y que respiraba mejor.

—¡Gracias a Dios que llego a tiempo; creí no alcanzarte!... ¡En fin, aquí estoy! — exclamó precipitadamente y como ahogándose.

Tocles notó que estaba muy pálida y que tenía los ojos enrojecidos.

—Sí, creí no volver a verte — continuó ella—. Ayer, una corazonada me hizo adivinar *tus propósitos,* como si los estuviera viendo; y toda la noche me la pasé considerando en qué y en qué no, había sido para ti una verdadera madre. Qué quieres, cristiana soy, y me gusta tener limpia la conciencia. Y aquí he venido, no a convencerte ni a atajarte los pasos, sino a suplicarte que me disculpes si en algo te he ofendido... Tocles, no quisiera que guardases de mí un mal recuerdo.

—Doña Ángela, usted ha sido muy buena...

—¡Hum!... no sé, no sé... Dame el brazo; estoy

cansada, mis piernas parecen de trapo. Deseo hablarte sin que nos oiga Amabí. Vamos a la cocina; allí podremos hacerlo tranquilamente.

Entraron en la cocina, poca espaciosa oscura y oliente a humo y leña quemada. Doña Ángela tomó asiento, miró con disgusto la suciedad del recinto y el desorden de los cacharros que allí había, y dijo:

—Tú eres difícil de llevar, y Amabí no ha sabido comprenderte ni amoldarse a tu carácter; pero no creas que fué por orgullo o despego; obró mal sólo por ignorancia. Yo ahora veo claro en ti, y aunque me apena tu resolución, la disculpo y no te juzgo mal. Comprendo que razones muy poderosas, motivos muy grandes deben ser los tuyos cuando te llevan a huir de tu casa y dejar lo cierto por lo dudoso, la holgura por la miseria tal vez, el deber y la virtud por el pecado. ¡Pobre Tocles! ¿Adónde vas? ¿Qué suerte te espera? ¿Eres un santo o un loco? ¡Quién puede decirlo! Yo sólo sé que no eres hecho de la misma pasta que nosotros, y que no todo en tu conducta es capricho o insensatez. Hay en tu inteligencia alturas a que no llegamos nosotros; en tu alma, abismos a los cuales nosotros no podemos descender. ¿Son abismos y alturas de luz o de sombras? Lo ignoro; lo que no se me oculta es que nuestro bien no es tu bien y que una voz misteriosa te llama a otra parte. ¿Qué hacerle? ¿Qué voluntad, por imperiosa que sea, puede impedir que los arroyos vayan a los ríos y los ríos vayan al mar?... No creas, en el fondo yo nunca te juzgué severamente, porque te veía dudar y sufrir, y siempre

tuve por ti mucho afecto, grande simpatía, aunque te llevara la contra. Si erré, discúlpame; no me guardes rencor, ni olvides del todo a esta vieja, a esta pobre vieja que te quiere, Tocles, más de lo que tú puedes imaginarte — concluyó haciendo pucheros.

Tocles lanzó un sollozo que le vació el pecho de amarguras; cayó de rodillas, escondió la cabeza en el regazo materno, y, así como los frutos caen de la parra sacudida por el viento, sacudido él por ardiente gratitud, a la que se unía gran conmiseración de sí mismo, de sus ojos empezaron a caer lágrimas, redondas y pesadas como uvas...

—¡Pobre Tocles! ¡Pobre Toclitos!... — repetía Mamagela, pasándole la mano por el ensortijado cabello.

Amabí entró, contuvo un grito y, luego de algunos instantes de pasmo e indecisión, invitada por los ojos elocuentes de Mamagela, fué a arrodillarse en silencio junto a su marido.

Doña Ángela los tuvo a los dos en sus robustos brazos, grave y reconcentrada, como una gallina que incuba sus huevos. Cuando los tres se incorporaron y Tocles cogió el sombrero y el rebenque, ambas mujeres clavaron en él los ojos húmedos y consternados, y entonces Tocles, cambiando de propósito, dijo con un trémolo en la voz:

—Voy a *repuntar* la majada... — y salió dando traspiés.

Así que, por boca de doña Ángela, estuvo al tanto Amabí de los bienes que el cielo llovía sobre Tocles, sintió renacer la desvanecida espe-

ranza de ser dichosa y, juntamente, la admiración que antes su marido le inspiraba. Por encima de la ropa, se le conocía el laudable propósito de adivinarle los pensamientos y volverlo al redil del amor con cebo de halagos y promesas de deleitosas aventuras. Aseábase y vestíase con el esmero y aun la coquetería que de su madrina, grande doctora en elegancias y refinamientos mujeriles, aprendió cuando estuvo bajo su égida y guarda en la capital. Y como era alta, derecha, fina de talle y no sobrada de pulpas, las ropas ceñidas, que a la sazón se usaban, favorecíanla singularmente y delataban raras perfecciones. Por las noches sobre todo, poníase, sin corsé ni justillo, unas batas de espumilla de seda tan sutiles, que al menor movimiento la modelaban y, como una camisa de novia, permitían vislumbrar al través de la finísima tela los dátiles, ya juguetones, ya agresivos, de los pechos menudos y saltarines. El filósofo suspiraba y presentía infinitas dulzuras...

Los vecinos más calificados vinieron a saludar al nuevo representante del Departamento, y el comisario y el teniente alcalde, también. Más tarde recibió algunas tarjetas de parabienes, y un diario importante solicitó su colaboración.

Tocles, no obstante el desprecio de las satisfacciones vulgares, empezó a sentirse revestido de cierta reconfortante dignidad y a comprender que los halagos de aquéllas le placían como a cualquier quisque o braquicéfalo. Las mieles de los nuevos sucesos le endulzaban la sangre, y el temor de burlar indignamente tantas esperanzas como florecían en torno a él, lo incli-

naba poco a poco a vivir como los demás hombres y cumplir con valerosa modestia sus deberes sociales. Sin embargo, por las noches, mientras Amabí y Pedrito dormían, pensaba en las ambiciones y caros ensueños que le era forzoso sacrificar, y entonces sentía como un desmayo o acabamiento de todas las energías... A veces, cavilando lo sorprendía la aurora.

Cuando le comunicó su resolución a doña Angela, ésta le dijo mirándolo inquieta:

—Pero ¿sabrás renunciar a tus viejas ilusiones y conformarte con un destino que a ti, seguramente, te parecerá oscuro?

—¿Qué remedio?.. —contestó él triste, pero resignado—. Además, no renunciaré a ellas en absoluto. Cumpliré mis deberes ciudadanos, pero no me ataré, no haré de la política una carrera, mi oficio. Si así fuese no podría pensar ni hablar con absoluta independencia, y yo puede que algún día lo necesite, ¡quién sabe!... Pero no quiero hacer castillos de naipes, demasiados hice ya y todos vinieron al suelo —agregó con un dejo de amargura que Mamagela no le conocía—. Ahora sólo quiero ir a lo inmediato. Por lo pronto, defenderé los intereses rurales haciendo ver, si puedo, su infinita trascendencia para nosotros, no por lo que son en el orden material, sino por lo que representan espiritualmente; el resto de mi actividad obligatoria, digámoslo así, lo consagraré a "La Nueva Esperanza", y sólo en las horas que me queden libres, como recreo del alma y regalo del espíritu, admitiré en mi casa las visitas de las verdades puras... Mi posición moral queda definida, mien-

tras me oriento y busco otros horizontes: seré un criador de ovejas metafísico y un sembrador de ideas ovejero. Así le pondré una *collera* de cuero crudo, como usted diría, a lo relativo y a lo absoluto—concluyó riendo del asombro de doña Ángela.

Esto del sembrador de ideas no tranquilizó mayormente a la buena señora; pero reflexionando que, acaso para Tocles, ello sería lo que el salvaje muerto para don Gregorio, le dijo que estaba en lo cierto y lo exhortó a perseverar en tan buen camino.

Tocles empezó a gustar las sanas alegrías del trabajo, y, por ende, el reposado bienestar de sentirse unido a los otros por los lazos de comunes deberes y obligaciones mutuas. Recorriendo el campo para ver si estaba todo en orden antes de principiar sus nuevas tareas, parecíale mentira que hubiese podido desconocer el sosiego de la esclavitud y desencariñarse de aquellas cosas del campo, que tan al alma le hablaban. El blando mirar de los borregos decíale: "somos tuyos y todo lo esperamos de ti"; las lucientes praderas le ofrecían esperanzas y venturas; sombra y cariño los árboles que él había plantado, y las noches de plata campo vastísimo a la meditación.

Con grande diligencia pagó lo que debía y repobló y hasta[1] recargó el campo de hacienda. Mamagela le dijo que con tanto ganado se vería en apreturas a la entrada del invierno; pero él,

muy seguro de sí, le contestó, mostrándole un arado de dos rejas, que para el invierno tendría buenos avenales. Y, en efecto, tomó un chacarero y empezó a romper tierra y sembrar. Los discursos que preparaba, los artículos que escribía, las sesiones de la Cámara en la ciudad y los ciudados de la hacienda en el campo, le dejaron, en lo sucesivo, muy pocas horas libres; sin embargo, leía y tomaba notas. En Montevideo vivía en un modesto hotel. Los sábados, por el tren nocturno, regresaba a la estanzuela. Al divisar los árboles de "La Nueva Esperanza", le parecía llegar a la tierra prometida. Luego, con regocijada curiosidad, enterábase de todo, recorría el campo, la huerta, la chacra, y por las noches, después de comer, sacaba una silla afuera del rancho, sentábase apoyando las espaldas contra la pared y fumando contemplaba las estrellas. Amabí no lo interrumpía: respetaba su silencio. Cuando él trabajaba en el comedor, ella entraba y salía sin hacer ruido, sigilosamente. "Empiezo a recoger lo que siembro", decíase entonces él con gozo íntimo, al que se mezclaba un vago tinte de melancolía.

De mañana levantábase mucho más temprano que Amabí: desenterraba del fondo de una valija, llena de papeles, un cuaderno resobado, en cuya tapa se leía este título: "El Sonambulismo Universal", y, con la alegría que el avaro acaricia su tesoro, lo hojeaba febrilmente, transcribiendo después los apuntes que había tomado en la semana. Luego, con religioso respeto, lo volvía a su escondrijo.

Pero andando el tiempo lo relegó al olvido como a tantas otras ilusiones literarias que dormían en el fondo de la maleta. Los negocios, que iba dilatando, y las obligaciones morales que sin cesar contraía, eran nuevos hilos que cada vez lo sujetaban más en la telaraña de cuidados y deberes. Y así, estrechado por la necesidad y vencido por ella, el pájaro arisco de la conciencia errante fué domesticándose, domesticándose, hasta salir del monte y venir a comer su trigo en la mano misma de las prosaicas realidades...

—Esta noche velaré hasta muy tarde — le dijo Tocles en cierta ocasión a su mujer, que se disponía a acostarse—. Tengo mucho que hacer.

Ella, después de besarlo, desapareció Tocles salió afuera a tomar el fresco, y se sentó en el tosco banco de estacones de sauce, que él mismo había construído y colocado contra el muro, a fin de tener cómodo y amplio respaldar. Parecía de día claro Un airecillo retozón movía las hojas de los árboles y refrescaba la epidermis abrasada de la tierra. Las miradas de Tocles se perdieron en las cuchillas lejanas. Las livideces lunares derramaban sobre ellas suave tinte de misterio y poesía. Desde su sitio, veía el filósofo empotrada en lo alto de un cerro la casa nueva del Sacristán, irguiéndose risueña sobre la misma tapera de Primitivo; más acá divisábase la áspera sierra que ocultaba el caserío de "Los Abrojos", donde vivían casados y felices los vástagos predilectos de los caudillos enemigos; lejos, a la derecha, alcanzaba a columbrar el sombroso arbolado de "El Ombú";

allí Papagoyo y Mamagela, un tanto achacosos, pero joviales siempre, iban traspasando los umbrales de esa edad, toda resignación, en que el cuerpo se inclina hacia la tierra y los pensamientos crían alas y se remontan al cielo... La dulce e infinita melancolía del paisaje llenaba a Tocles de añoranzas e interiores morbideces.

Después de fumar media docena de cigarrillos, volvió al comedor, levantó la tapa de la arrumbada maleta y quedó un instante absorto y sobrecogido de vago espanto, cual si estuviese delante de un sepulcro abierto. Aquellos papeles amarillentos, casi cadavéricos, en los que su ardiente juventud puso tantas fastuosas esperanzas, su corazón tanto amor, su inteligencia tanto generoso desvarío, se le antojaron los restos mortales de una alma fenecida. ¡Cuántas grandes ilusiones cabían en tan pequeño espacio! ¡Cuántos muertos en tan breve fosa! Uno a uno fué sacando los legajos, los cuadernos, los abultados paquetes, y luego de leer tal cual página ya recobrado, las rompía a todas y arrojaba al canastro con sombría entereza y mano temblorosa, pero sumisa al mandato de la voluntad. El último paquete, el más voluminoso, estaba lacrado. Eran cartas. Al desgarrar la envoltura del papel de seda que las contenía, cayeron sobre la mesa muchos pliegos perfumados, un retrato de mujer y algunas flores secas, descoloridas, próximas a deshacerse en polvo. Tocles contempló largo rato la cándida niña de ojos ensoñadores, boca infantil y cuello como el tallo del lirio: "Esa pequeña cabecita", murmuró,

"tuvo mis fiebres; esos labios no mintieron; esos ojos se llevaron al otro mundo la encantada imagen del hombre que ella, ella sola, veía en mí y que yo hubiera querido ser". Luego estrechó el retrato contra su corazón, lo besó con frenesí y lo rasgó también.

—Ahora sí puedes afirmar, sin jactancia, que eres un hombre de provecho — le dijo un día Mamagela, gozosa de la próspera fortuna que a Tocles sonreía.

—Yo también lo creo así — aseguró él; y luego, sordamente, pero sin artificio, repuso:

—¡No en balde le vendí mi alma al diablo!...

Con dulce gravedad replicó Mamagela:

—¡Es que el diablo es la vida, Tocles!...

Iban caminando. Tocles se detuvo de repente, como quien presta el oído a voces lejanas y misteriosas. Sus ojos, estupefactos, parecían ver lo invisible y descubrir las íntimas y ocultas correspondencias del Bien y del Mal...

FIN

"Haras Reyles"
Lobería. - F.C.S.
Buenos Aires

PRIMITIVO

Advertencia[1]

Las interpretaciones que Gómez de Baquero, de la España Moderna, *de Madrid, Rodó, Ferreira, Magariños Roca, Lugones y otros críticos y "dilettantis" del Río de la Plata han hecho del prólogo de* PRIMITIVO, *me obligan a publicarlo por segunda vez con algunas aclaraciones y fundamentos que antes no creí necesarios.*

AL LECTOR

Me propongo escribir, bajo el título de ACADEMIAS, *una serie de novelas cortas, a modo de tanteos o ensayos de arte, de un arte que no sea indiferente a los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad* FIN DE SIGLO, *refinada y complejísima, que transmita el eco de las ansias y dolores innombrables que experimentan las almas atormentadas de nuestra época, y esté pronto a escuchar hasta los más débiles latidos*

del corazón moderno, tan enfermo y gastado. En substancia: un fruto de la estación.

En Francia, en Italia, en Alemania y otras naciones se han hecho y se hacen continuamente tentativas numerosas — algunas ridículas, otras muy inspiradas y razonables — para multiplicar las sensaciones de fondo y forma y enriquecer con bellezas nuevas la obra artística, para encontrar la fórmula preciosa de arte del porvenir — que no es el naturalismo ni la novela psicológica, como la entienden Bourget o Huysmans, ni siquiera el flamante NATURALISMO, *ni las ideologías de Barrés —; es* OTRA COSA *más ideal y grande, de que acaso sospechó la existencia el Dios de Bayreuth. En España no. A pesar de* FORTUNATA Y JACINTA, LA FE, SU ÚNICO HIJO, *y otras obras de indagación psicológica, la novela española, nutriéndose sin cesar del vigoroso realismo con que la robustecieron los Cotas, Cervantes, Hurtado de Mendoza, Alemanes, Espineles y Quevedos, es actualmente en su esencia y en sus cualidades castizas — que no consisten en el estudio de caracteres y pasiones, sino en la pintura de costumbres y en la gracia, amenidad y frescura del relato — lo que fué en el gran siglo XVI y principios del XVII: costumbrista y picaresca, cuadros de género de exacta observación, magníficos paisajes, escenas regocijadas, mucha luz y mucha travesura; un procedimiento grande y simple que ha engendrado obras verdaderamente hermosas, pero locales y* EPIDÉRMICAS, *demasiado epidérmicas para sorprender los* ESTADOS DE ALMA *de la ner-*

viosa generación actual y satisfacer su curiosidad del MISTERIO *de la vida.*

Por eso los complejos, los SENSITIVOS, *los intelectuales van a buscar en Tolstoy, Ibsen, Huysmans o D'Annunzio, lo que no encuentran en castellana lengua, tan propia por su admirable elasticidad y riqueza para expresarlo y pintarlo todo: con el fuego que la* CALIENTA, *las pasiones ardientes y los amores locos, que dan la nota aguda del sentimiento; con la sonoridad y el número que la suavizan y hacen muelle y blanda, las languideces y los desmayos de la voluntad y la fineza y ternura voluptuosas de los muslos y los senos de mujer... Todo, todo: el mago de la palabra y el mago del color hablablan aquella lengua.*

Admirable el REGIONALISMO *de Pereda, admirable y grande el* URBANISMO *de Galdós; pero en arte hay siempre un más allá, o cuando menos* OTRA COSA, *que las generaciones nuevas, si no son estériles, deben producir, como las plantas sus flores típicas. Por otra parte, el público de nuestros días es muy otro que el de antaño; los hijos espirituales de Schopenhauer, Wagner, Stendhal y Renán, los espíritus delicados y complejos, aumentan en España y América; es, pues, llegada la hora de pensar en ellos, porque su sentir está en el aire que se respira: son nuestros* SEMEJANTES. *Y para nuestros semejantes escribo.*

Los que pidan a las obras de imaginación mero solaz, un pasatiempo agradable, el BAJO ENTRETENIMIENTO, *que diría Goncourt, no me lean; no me propongo entretener: pretendo hacer sentir*

y hacer pensar por medio del libro lo que no puede sentirse en la vida sin grandes dolores, lo que no puede pensarse sino viviendo, sufriendo y quemándose las cejas sobre los áridos textos de los psicólogos; y eso es muy largo, muy duro... Digámoslo sin miedo: la novela moderna debe ser obra de arte tan exquisito que afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones, y tan profundo que dilate nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara.

Para conseguirlo tomaré colores de todas las paletas, estudiando preferentemente al hombre sacudido por los males y pesares, porque éstos son la mejor piedra de toque para descubrir el verdadero metal del alma.

A muchos que ignoran que el dolor es lo más soberbiamente humano que hay sobre la tierra, acaso disgustarán los asuntos que elija; acaso a otros ofendan o irriten las ideas que las Academias pueden sugerir; probable es, asimismo, que sin intento deliberado levante ampollas y reciba insultos y zarpadas. Ninguno de estos peligros se me ocultan; de sobra sé que el ir contra la corriente tiene sus quiebras, y ante mis ojos está la senda fácil por la cual, haciendo rodeos y del brazo de la HIPOCRESÍA, *se sube descansadamente a las alturas... pero, ¡cosas de la ardida juventud!; el camino recto, regado con la sangre generosa de los luchadores es el que me atrae. Tengo mi verdad y trataré de expresarla valientemente, porque yo, asombrado lec-*

tor, humilde y todo, pertenezco a la gloriosa, aunque maltrecha y ensangrentada falange, que marcha a la conquista del mundo con un corazón en una mano y una espada en la otra.

Primitivo, un tanto embarazado, esparció la vista sobre los robustos lomos de los carneros. "Si yo pudiera tendría muchos así, ¡cosa rica!... pero éste, ¡ah! éste me lo llevo" — se dijo, y atropellando agarró a uno de la pata.

¡Lindo ejemplar! Tenía tupidísimo el vellón, sólida la cabeza y las patas cortas. Primitivo se quitó el poncho y con religioso cuidado hundió los gruesos y torpes dedos en la lana del lomo, después en la del *cuarto*, y por último, arrancando hábilmente, con rápido movimiento algunas briznas del costillar, se puso a examinarlas al través de la luz.

—Buena *mecha* y buen *rizo*. — Y dirigiéndose al patrón, que lo miraba sonriendo, interrogó:
—¿Y éste, don Juan, es de los *salaos*?

—Sí no hay más que verlo: ése es de los puros; pero aquí hay otros de menos precio.

—No, patrón; vengo con mucho coraje y *pue* que si no me asusta me le *pueble* a los de campanillas — repuso el paisano echándose a reír con la risa picaresca del niño que celebra su propia travesura.

—Así me gusta, Primitivo; adelante, siempre adelante.

—¡Y qué le vamos a hacer! hay que cinchar: el que no cincha no arrastra. — Y contento ante la perspectiva de adquirir algunos de aquellos lindos animales, sintió deseos de comunicarse un poco, explicando a los presentes, acaso para acallar las dudas que le andaban por dentro, las ventajas que le reportaría la compra de buenos reproductores. Siempre que hacía algún desembolso, creíase obligado a dar explicaciones. Era un hombre sencillo.

Entre tanto el patrón examinaba el número y la señal de la pieza elegida.

—Por ser para *vos*, te lo voy a dejar en treinta y cinco.

Primitivo hizo sus cuentas gravemente. "La lana de cien ovejas — calculó; — pero en la mejora de las majadas no más... y en las crías... y algún carnerito que venda..." — y pasándose la *sotera* del *arreador* por detrás del cuello, propuso:

—Mire, don Juan, que es para un pobre. Si me los da a treinta le llevo tres.

Discutieron un buen rato, y, por último, don Juan, que tenía verdadera estima por aquel vecino trabajador y animoso, cedió, y entonces Primitivo, sin ocultar su alegría, metióse otra vez entre los carneros. No sentía los pisotones de las hendidas pezuñas ni las rozaduras de los retorcidos y fuertes cuernos; tocaba a uno, hundía la mano en el vellón de otro, y examinaba el tipo y las arrugas de los que estaban más lejos. El patrón sonreía bondadosamente.

—"Ahora sí que voy a adelantar ligero. Como no me suceda alguna desgracia .." — díjose al tiempo de volcar el cinto, y un cuerpo obscuro le pasó por los ojos.

* * *

Mientras por lomas y llanos se encaminaba a su casa, deteniéndose de trecho en trecho para que descansasen los carneros, hacía toda suerte de alegres cuentas y dejaba volar a su antojo la imaginación, hasta sentir que le producía mareos de generoso mosto de la dicha.

Las ovejas no eran de buen origen, pero a fuerza de cuidados había podido mejorarlas un poco; ahora, con la infusión de sangre rica que les iba a dar, esperaba obtener rápidos progresos. Y sonreía de placer.

Luego se puso a recordar con fruición, como quien goza del calorcito del fuego después de haber estado al frío algunas horas, las penurias pasadas para reunir el modesto capitalito de que era dueño, libertarse de la esclavitud del conchabo y trabajar a su antojo. Con la vista en los rugosos cogotes de los carneros, se veía niño, siguiendo el paso de la carreta, cuyo eje con su rechinamiento monótono, lo hacía dormir. ¡Cuántas mañanas de frío! ¡cuántas noches al raso! Luego, garrido mancebo de veinte abriles, trabajando en lo que saliera: yerras, acarreos de tropas, esquilas; después, hombre de veinte y cinco, empleado de puestero en una estancia

grande; y, por último, arrendatario, y dueño de sus ovejitas, que se reproducían rápidamente, gracias a los prolijos cuidados, a los cuidados casi paternales que él les prodigaba. ¡Ah! Primitivo sabía trabajar. Cuando un borrego, perdido a la madre, balaba de hambre y frío, cobijábalo amorosamente debajo del poncho y se lo llevaba al rancho; allí, al calor del fuego, lo hacía revivir dándole frotaciones y leche con cognac; y esta operación la hacía con tanta frecuencia, que siempre andaba rodeado de una buena cantidad de *guachos* que lo seguían brincando de contento como antes a la madre en la luciente pradera. Primitivo los acariciaba, les quitaba los abrojos, y por las tardes se iba con ellos a la laguna para que comieran el sabroso verde de las orillas. Ellos parecían agradecerle esto último sobre todo; a la vuelta se le metían por entre las piernas, mordíanle las bombachas o le interceptaban el paso, plantándose delante de él en actitud insolente, con los dulces y grandes ojos llenos de alegría y de luz. Y Primitivo, viéndolos alegres y lozanos, sentía un goce purísimo, plácido y tan hondo, que a veces le dilataba el fornido pecho.

Revisando las majadas, si veía débil algún cordero recién nacido, volteaba a la madre para abrirle la teta, que de seguro tenía obstruída; en los temporales encerraba las majadas en los bretes; se libraba del azote del *saquaipé* haciéndoles lamer a las ovejas en todo tiempo piedras de sal; y en el verano, cuando la flechilla enceguecía los borregos, veíase a Primitivo con los animales en las alturas o en la costa de los

arroyos, donde no hubiera pasto alto, y sus corderitos se conservaban tan hermosos!

Lo distrajo de sus pensamientos un hombre que a galope tendido avanzaba hacia él. Cuando estuvo cerca, — "Es mi hermano: ¿qué tripa se le habrá roto?" preguntóse; y al verlo tan paquete, agregó: "Eso sí, aunque no trabaje y sólo piense en divertirse, nunca le faltará un peso en el cinto, ni puñal de plata, ni buenas *garras;* mientras que... ¿quién estará en lo cierto?" — Y echándose el sombrero sobre los ojos, esperó.

* * *

El hermano de Primitivo era el modelo del gaucho peligroso. Tenía el rostro flaco, aindiado y sin pelo de barba; la mandíbula inferior ancha, como la de los perros de presa, y la mirada traidora. A pesar de eso, cuando enseñaba los blancos dientes parecía simpático. No había trabajado jamás: en el juego solía buscarse la vida, cuando no andaba *hablando gente* para alguna trifulca. Titulábase capitán de los blancos, y entre los suyos gozaba fama de hombre de pelo en pecho. A esta fama debía quizá su fortuna con las mujeres, de las cuales se dejaba socorrer sin mayores escrúpulos, cuando la caprichosa suerte le volvía las espaldas en la carpeta. Por lo demás no era hombre que lo achicaran penas y ahogos; las épocas más calamitosas no agotaron los expedientes que para vi-

vir tenía, ni hubo tiempo, por malo que fuera, que lo despojase de sus pilchas de mozo paseandero, ni lo apease de su altanería y presunción. Tenía la flexible cintura un poco metida y el pecho saliente; parado adoptaba, sin querer, posturas gallardas, casi provocativas.

Los hermanos no se querían bien: por sus venas corría sangre enemiga. El padre de Primitivo, extranjero pacífico y trabajador, había muerto con el alma llena de odio hacia el hombre que le había robado mujer y hacienda. Éste fué el padre de Jaime. Y los cachorros sacaban las manchas de sus progenitores. Uno poseía las mansas virtudes de los pueblos domesticados por larga vida de necesidades y esclavitud; el otro los hábitos del *milico* en tiempo de guerra, la astucia del perseguido matrero y la filosofía del vago: rasgos que delineaban hace cincuenta años el tipo del gaucho *gaucho*.

Indomable aversión los separaba.

* * *

"Trae el caballo *cansao*... ¿qué querrá de mí este peine? ¡Como no me pida plata!" — pensó Primitivo alargándole la punta de los dedos.

Efectivamente, era eso. Jaime venía a pedirle dinero para la nueva revolución que estaba próxima a estallar.

Como Primitivo se resistiera, el revoltoso aseguró para amedrentarlo:

—A los que no nos ayuden les vamos a carnear en grande.

No respondió.

—¿No *oís*?

—Sí, oigo.

—¿Y...?

—Nada... a mí me cuesta mucho lo que gano, para regalarlo.

—Siempre roñoso y *chancleta* — murmuró el indio.

Primitivo hizo un movimiento de cólera y miró a su hermano fijamente; luego, volviendo los ojos hacia los carneros, rascóse la cabeza, recogió velas y se puso a silbar.

Jaime sonrió despreciativamente y dijo:

—Al menos *prestame* tu caballo; el mío está *aplastao* y tengo que volverme en seguida.

Su hermano, sin responder palabra, apeóse y empezó a desensillar.

—Adiós; si te pasa algo malo, no digas que no te avisé — añadió Jaime, por último, al partir.

Primitivo, un tanto inquieto, siguiólo con la mirada hasta que caballo y jinete se fundieron en el gris perla del horizonte, y de nuevo se entretuvo en examinar los carneros y compararlos entre sí. "*No digas que no te avisé*... ¿Qué me habrá querido decir con eso?" — preguntóse algunos momentos después, asaltado por la inquietud de antes, y volviendo a sus reflexiones de ganadero afirmó: "El más petizo es el más lindo".

Cuando el sol empezó a apretar de firme, condujo los carneros a una ladera que había a la derecha del camino, y apeándose se sentó a la

sombra del caballo. En todo lo que abarcaba la vista no se veía población, ningún árbol. El campo ondulaba suavemente, lleno de luz, reverdecido por las fecundas lluvias de la fecunda Primavera. Sólo allá, muy lejos, rompía la regularidad vigorosa loma, donde el verde resplandecía con el fuego de los diamantes del Brasil y, a trechos, cambiaba de entonación, haciéndose más obscuro o más claro y luminoso, yendo de las tintas fuertes de la esmeralda, al verde Nilo, al verde iris y a los cambiantes vagos del *obsidienne*. Por entre *camalotes y caraguatás*, otros dos tonos de verde, se alcanzaba a ver la plata bruñida de un arroyo. Cuando opaca nube interceptaba el sol, la cuchilla y el llano languidecían; el verde luciente volvíase mate y la bruñida plata, plata oxidada; luego tornaba a aparecer el astro magno y todo parecía verse de nuevo al través de finísima lluvia de oro.

Primitivo, absorto en la contemplación del viviente cuadro, experimentaba emociones tan puras e intensas que parecían aumentarle la salud del cuerpo y del alma, y dilatarle la vida más allá de la vida.

¡La existencia dichosa!

En su alma brotaban oraciones de gracias y ternuras que le humedecían los ojos. Primitivo era un hombre ingenuo. "Sí, sí; todo irá bien. Dentro de poco compraré el campito y haré mi casita" — y se echó a reir como un tonto hasta que las palabras de Jaime le vinieron a las mientes, y entonces la risa se le petrificó en los gruesos labios.

* * *

El alambrado estaba destruído en varias partes; las puertas del rancho rotas, y por aquí y allá diseminadas como si hubieran sido perseguidas en la noche, se veían algunos grupos de jadeantes ovejas. "Me han robado... ¡ah Jaime!... ¡ah perro! si no fuera por..." — exclamó Primitivo; y después de lamentarse y renegar un poco, atareóse resignadamente en reconstruír el rancho y anudar los alambres.

* * *

Pasaron dos años. Una mañana de primavera muy fresca y ventosa ensilló para dirigirse a la estancia del Ombú, en busca de nuevos reproductores. Iba contento. Había duplicado el número de sus ovejas, y en el cinto llevaba el producto de la última y abundante esquila. El oro dábale cierta tonificante confianza en sí mismo; silbaba, cantaba y de vez en cuando sentía ganas de gritar, porque el gozo le producía vivo cosquilleo en las narices. "La verdad es que todo me ha salido a pedir de boca... gracias a Dios" — repetía, apresurándose en mostrarse agradecido para que el buen Dios no dejara de protegerlo.

El sombrero era flamante, las botas, adornadas de espuelas de plata, también. Contemplándose en la sombra, Primitivo abría las piernas con presunción como cuando pasaba por delante de las mozas, y al verse tan gentil sonreía satisfecho.

Pagó las ovejas finas, que había adquirido días antes en el Ombú, depositó el resto de su oro en la pulpería, y después de tomar algún alimento, se dispuso a volver a su querido rancho.

Empezaba a soplar con fuerza el viento. Espesos nubarrones parduscos corrían a la desbandada hacia el sur, donde agonizante claridad entristecía la tierra. Hacia aquella parte el cielo tenía esos colores desmayados y enfermos de las piedras que *mueren.* Por el norte lo manchaban inmensas franjas en que se fundían el azul del mar y el gris del acero recién pavonado, sobre las cuales se destacaban los objetos borrosamente, como sobre el viejo metal de un espejo etrusco.

"Se viene la tormenta... ¡y mis ovejitas recién esquiladas!" — murmuró Primitivo hincando espuelas.

Un fuerte remolino de viento casi lo saca del *recado;* obscureció y empezaron a caer algunas gruesas gotas. Primitivo, con el cuerpo echado hacia adelante, el sombrero a la nuca y la luenga barba partida en dos y flotándole sobre los hombros, avanzaba a todo correr en medio de las lívidas claridades y sulfúreas luces que incendiaban el cielo.

Pero no fué muy lejos. De pronto furiosa lluvia de piedras lo hizo tirarse del caballo y cubrirse la cabeza con un cojinillo. Y se desencadenó la tormenta. Tronaba, las piedras golpeaban el suelo, semejando el batir de cientos de tambores, y el agua corría a torrentes. "¡Quiera Dios que no les suceda nada a mis ovejitas!" — suspiraba Primitivo, viendo como sumergido en un baño de vapor, el paisaje que tenía ante los ojos. Cuando cesó la piedra, pero bajo fuerte lluvia, siguió su camino a escape, repitiendo para sí: "¡quiera Dios que no les suceda nada a mis ovejitas!"

Llegó. Las ovejas avanzaban hacia el arroyo. El trayecto recorrido era bien fácil de conocer por los borregos muertos que se veían aquí y allá, blanqueando sobre el pasto verde. Primitivo comprendió el peligro y se propuso juntar, para que se abrigaran mutuamente, los grupos dispersos, y al mismo tiempo desviarlos de la dirección del arroyo, a donde podían azotarse y perecer. ¡Rudo trabajo! Las ovejas, transidas de frío y medio muertas de miedo, seguían siempre adelante; él, corriendo de un lado a otro, hacía lo humanamente posible por impedirlo: y en esta tarea transcurrieron dos horas. Los bretes quedaban en contra del viento, y ni por soñación pensó llevarlas a ellos: hubiera sido inútil.

Era necesario pensar en otra cosa, y ansioso miraba hacia todas partes, sin que se le ocurriese medida de salvación alguna, pero sin desmayar tampoco. A la luz de los relámpagos aparecía ceñudo, airado y formidable, como un

héroe de los tiempos bíblicos batiéndose con un ejército de pigmeos. Se había quitado las botas y el poncho, y en pelo revolvía el caballo con increíble rapidez, haciendo las más extrañas y estupendas evoluciones. No sentía el cansancio. ni el frío que le engarrotaba los miembros: sólo pensaba en salvar las ovejas, sus queridas ovejitas.

Y luchó, luchó y luchó.

Después de mucho batallar, avanzando al sesgo, pudo llevarlas a la falda de una cuchilla y allí, encontrando cierto amparo, arrimáronse unas contra otras y se detuvieron. "¡Por fin!" — exclamó Primitivo, al tiempo que el noble bruto, doblando las temblorosas patas, caía hacia adelante sin vida.

Al apreciar las pérdidas, al ver muerta casi toda la borregada y además una buena cantidad de ovejas, las lágrimas acudieron a los ojos del buen paisano... pero pronto se rehizo y sin rencores, sin maldecir la suerte, se propuso lo que la otra vez: trabajar el doble y gastar menos. Y a punto seguido, con la idea de disminuir el daño en lo posible, ocupóse en sacarle el cuero a los animales muertos. ¡Ah! Primitivo era un hombre sano. Primitivo era un buen hombre.

* * *

Triunfando trabajosamente de la naturaleza y de los hombres, logró reunir el capital nece-

sario y realizar el sueño de rosa de adquirir el campito. El día señalado para firmar la escritura, dirigióse a la pulpería, recogió su plata y alegremente tomó el camino del pueblo. Iba tan contento, que la luz le parecía más luminosa, más puro el aire y el canto de los pájaros más sonoro.

Todo estaba en forma: pagó, apoderóse de los títulos y salió de la escribanía con paso vacilante, como si estuviese ebrio. "¡Gracias a Dios, gracias a Dios!" — repetía caminando sin dirección fija. "Ahora es necesario ponerse paquete, porque, porque..." — se dijo luego, y entrando a una tienda adquirió varias relumbrantes chucherías, las ropas necesarias para emperejilarse de pies a cabeza y un reloj de mujer muy cuco. Y montó de nuevo, llevando los títulos atados a la cintura, envueltos en un pañuelo de colores. "¡Qué sorpresa va a tener mi mujercita cuando me vea entrar con el reloj en la mano, ella que no me espera hasta de aquí a tres o cuatro días!" — pensó, saboreando anticipadamente la dicha que iba a proporcionarle y la dicha que iba a experimentar él mismo al verla sonreír, con su boca de labios elásticos y rojos.

Hacia dos años que se había casado y... gracias a Dios, era feliz: tenía campo propio, cuatro mil ovejas de apretado vellón, y una compañera dulce y hacendosa. "Ahora haré una casa de material, un galponcito para los carneros, huerta, monte..." — y regocijadamente siguió construyendo mil castillos en el aire.

De pronto, al pensar en que siempre que realizaba sus sueños lo seguía de cerca alguna desgracia, cesó de sonreír. "Cuando compré los carneros me robaron; cuando compré las ovejas tuve la gran mortandad...; pero ahora ¿qué puede sucederme? no hay guerra, todavía no he esquilado las majadas y el tiempo no puede ser mejor". — Tranquilizado con estos razonamientos, engolfóse de nuevo en sus risueñas ideas. "Al galpón lo haré un poco más grande para poner mi caballo; sí, es conveniente un caballo a grano en el invierno. ¡Cómo va a engordar el *manchao* viejo!" — exclamó por último, y la dicha tornó a iluminar el rostro coloradote de Primitivo.

La noche estaba clara. Los perros ladraron un poco, y reconociendo al amo, le salieron al encuentro. Adelina abrió la puerta y precipitadamente volvióla a cerrar. "Se habrá asustado" — supuso Primitivo, y apeándose la llamó por su nombre. Nada, no respondía. "Está despierta, hay luz: ¿por qué no abre?" — preguntóse sin saber qué pensar. Pasaron algunos segundos, llamó otra vez, y nada. Afinando mucho el oído pareciόle sentir rumor de voces, el susurro de palabras dichas en voz baja. Sin saber por qué le empezaron a temblar las piernas. "¿Le habrá sucedido algo?... Y yo ¿qué tengo, por qué me late así el corazón?" — Y sin poder resistir más hizo saltar la cerradura y entró encontrándose de golpe frente a Jaime y Adelina.

Ella, muy pálida y toda temblorosa, apoyábase en la mesa, donde se veían los restos del

festín con que habían excitado los deseos de su amor pérfido y carnal. Él, en medio de la alcoba, esperaba haciendo alarde de cínico valor. Tenía el poncho en el brazo izquierdo y el puñal atravesado sobre el vientre. Primitivo apreció con pasmosa lucidez los menores detalles del cuadro. Vió que por la bata mal abrochada de su mujer aparecía una camisa más fina y primorosa que las que usaba de costumbre. "¡Para mí no se hermoseaba tanto!" — le hizo pensar con acerba pena aquel descubrimiento; vió el temblor de sus labios, hinchados de tanto besar; el vergonzoso desaliño de las ropas que la cubrían y la sortija adornada con dos corazones que él le había regalado al hacerla su esposa, ¡su esposa! Contó las flores de oro que adornaban el puñal de Jaime, y por la expresión fiera de los jaspeados ojos de éste, ojos de gato, y su altiva actitud, dedujo que estaba *resuelto a todo*. "Sería capaz de asesinarme el muy perro, pensó; y ella, ella tal vez lo ayudaría... entonces era verdad todo aquello; él era el preferido, y por la plata, por la plata sólo, se unió a mí". Y en tropel le vinieron a la memoria sus relaciones con Adelina, relaciones cuya paz ponía en peligro las visitas de Jaime. "¡Cuántas veces se miraron en mis narices!... ¿qué significaban sus sonrisas maliciosas?... ¡ah! ¡ah! ¡me engañaban, se burlaban de mí!" Y diciéndose eso, el rostro pareció achicársele y demacrársele repentinamente; los ojos se le escondieron en las órbitas; ahondáronsele los rasgos de la fisonomía y las arrugas del entrecejo, y la nariz se le puso blanca, casi transparente.

Tan feroz era la expresión de aquel rostro descompuesto por el odio, que Jaime, retrocediendo un paso, desnudó el cuchillo. Primitivo, sin parar atención en ello, acercóse a él, y poniéndole la pesada mano en el hombro dijo, silbó apenas:

—"Vas a pagarle". — Y como su hermano pareciera no comprender, repitió rechinando los dientes: —"Que le *pagués,* ¿no oís?... que le *pagués,* como se les paga a *esas...*"

Había tanto poder en aquel mandato, tanta fuerza en aquella mirada, que Jaime, a pesar de no tener miedo, no pudo resistir; y después de decirse, "¿le hundo el puñal? no, no se defiende; si me atacara... *así* imposible..." — metió los dedos en el cinto y sacó una moneda.

Primitivo, sin mirarlo, lo llevó hasta la puerta.

—*Andate, andate* — le dijo; y volviéndose se plantó delante de la desdichada mujer, decidido a estrangularla.

"Si la mato, me pierdo: es preciso que se muera ella sola" — reflexionó después; y amenazándola solemnemente con el índice de la mano derecha, giró sobre los talones y se fué, al mismo tiempo que la infeliz desfallecía y rodaba por el suelo.

* * *

Y ya los tiernos guachitos no tuvieron quien les diera leche, y en las majadas los corderos que perdían a las madres morían de hambre y

eran devorados por los caranchos... Las ovejas, enflaquecidas y sarnosas, dejaban los vellones en las malezas, y en los alrededores de *las casas,* antes tan limpios, crecían las margaritas y los cardos, dándole el triste aspecto de una vivienda abandonada, de una melancólica tapera.

* * *

Efectivamente, ya no vivía allí nadie... o al menos no vivían las gentes de antaño. Primitivo era otro hombre. Las melenas le caían sobre las espaldas, la sucia barba le subía hasta los pómulos, y en las arrugas del entrecejo, siempre fruncido, parecía anidar alguna negra idea, la idea negra que le entristecía el rostro y prestaba chispazos de luz singulares a su mirada penetrante y dura. "Este hombre tiene ahí fijo un mal pensamiento" — se decían todos, observando el adusto ceño de Primitivo.

Ella... otra mujer. Los vestidos se le pegaban a los huesos y las canas volvían gris la antes renegrida cabellera. Sin duda era presa de algún oculto y grave daño: caminaba encorvada, habíasele hundido la boca y tenía rojos los párpados de tanto llorar.

A las horas de comer, cuando ocupaba su silla en la mesa, Primitivo, con refinada crueldad, le ponía delante el peso, ¡el maldito peso! y la miraba tenazmente; ella temblando, huía aquella mirada que se le introducía por los ojos co-

mo la hoja triangular de un estileto, y lágrimas silenciosas empezaban a correr por sus descarnadas mejillas...

Una vez, sin poder resistir aquel tormento a que la sujetaba diariamente, cayó abatida a sus pies demandando perdón; pero él le impuso silencio, e impasible volvióle las espaldas. Y la pobre Adelina, sin esperanzas de obtener clemencia, siguió llorando, llorando, yéndose en lágrimas como otros se van en sangre.

* * *

"¡Qué malo debe de ser lo que he hecho!" —pensaba vagamente al verlo regresar de la pulpería vacilando sobre las temblorosas piernas, las ropas descompuestas y el rostro amoratado y embrutecido por la embriaguez. Y se asustaba de su obra. Él, tan limpio y cuidadoso en el vestir, dejaba que las ropas se le deshilacharan en el cuerpo, no se peinaba nunca y dormía vestido en un mal jergón. De las *haciendas*, mejoradas con tanto afán, no hacía caso; los carneros permanecían con las ovejas todo el año; la sarna hacía de las suyas, y los vecinos robaban los borregos, que el desdichado en su abandono ni siquiera se preocupaba de señalar. No parecía vivir sino para recordarle a ella, con su conducta desesperada, el crimen que había cometido. Y a la muy sin ventura, más que los remordimientos de la falta misma, la atormentaban sus consecuencias, la vida miserable que vino

después, y sobre todo la abyección del esposo, cuyo relajamiento físico y moral seguía espantada paso a paso.

De madrugada Primitivo sentábase cerca del fuego y se ponía a pensar, a pensar... A aquella hora los vapores del alcohol no le nublaban el entendimiento: tenía lúcida la inteligencia, avivados los sentidos, y entonces aquilataba toda su miseria. "Sí, vamos barranca abajo, pero ¿qué hacerle?... debe ser así" — decíase sin presumir ni aun remotamente que las cosas podrían variar y dejar de ser como eran. Tampoco lo deseaba: se había entregado al dolor y a la bebida del mismo modo, y ahora ésta y aquél le eran igualmente necesarios. Sin las lágrimas de ella, que eran su goce y su martirio; sin la sorda irritación de los remordimientos y los voluptuosos dolores de envilecerse por ajena culpa, por culpa de la criatura amada, la existencia no habría tenido *estímulos suficientes* para hacerle dar un paso. Se hubiera encontrado sin poder ir adelante ni atrás, como la máquina que se le acaba el carbón. "No, no hay remedio: ella debe sufrir y yo también. ¡Qué hacerle! ¿acaso tengo la culpa?" — y entre las luminosas llamas se le representaba la escena de Jaime y Adelina sorprendidos por él. "¡Sí, sí, debe sufrir!" — decía, y empuñaba la botella.

El atormentarla era para Primitivo imperiosa necesidad nunca satisfecha, a la que quiso resistirse al principio y a la que concluyó por entregarse con doloroso placer, convencido de que aquello debía ser así. No tenía la conciencia clara de los móviles que lo impulsaban a

obrar, ni de si éstos eran buenos o malos; pero sí el sentimiento de que obedecía a naturales instintos, a instintos poderosos; y por eso no raciocinaba ya: obraba únicamente, experimentando escrúpulos, dudas y remordimientos que sólo hacían más sabroso el placer de pecar.

* * *

Con el sol muy alto abandonaba la cocina e iba a tenderse a la sombra del ombú, a un lado la cafetera y el mate, la botella a otro, y allí se pasaba las horas muertas. El campo, ora verde, ora amarillento, se extendía en todas direcciones, indiferente a las penas y amarguras de Primitivo... Ecos misteriosos y resonancias de ruidos apenas perceptibles, a los que se unía el canto pobre de *mixtos* y *cachirlas*, convidaba a dormir. Por otra parte, sólo algún escueto *caraguatá,* donde se balanceaban los *pechos colorados,* distraía la vista. Primitivo cabeceaba, abría los ojos lentamente y tornaba a cerrarlos más despacio aún. De pronto, allá a lo lejos, esfumándose cada vez con más vigor sobre la fineza azul del lejano horizonte, empezaba a percibir algo... luego los contornos se precisaban, el bulto adquiría forma... ¡ay! era una oveja flaca que huía de sus compañeras para morir tranquilamente en un sitio apartado y solitario... Doloroso sacudimienot despertaba las facultades mentales de Primitivo. "Antes no hubiera muerto así, abandonada; pero ahora...

¡ah, ah! ¡todo acabó!" — decíase, y se ponía a pensar, a pensar, a pensar.

"Yo tenía un pajarito
Y el pajarito se fué!"

canturreaba por último, y esta canción infantil, quién sabe por qué oculto subjetivismo, *decía* todos los sentimientos que lo señoreaban.

Al verlo cerca del fogón o debajo del ombú, huraño y metido en sí, preguntábase Adelina: "¡Qué pasará por su alma ahora! ¿me estará maldiciendo?... Si fuera capaz de perdonarme, yo me echaría a sus pies; pero no, ¡ese hombre no puede perdonarme!..." — y se sentía morir de angustia. "¿Y todo esto viene de *aquello?"* — demandábase a continuación, y empezaba a sentir que allá, en las reconditeces de su alma, nacía violento odio contra el amante, y juntamente un sentimiento indefinible y muy complejo, mezcla de admiración, miedo y lástima hacia el hombre que la martirizaba, es verdad, pero por vengarse de la feliz existencia que ella le había destrozado.

Él, a pesar de los pesares, crecía a sus ojos.

Por las noches figurábase siempre que iba a matarla y, ¡caso extraño! no sentía rencor contra él. Lo oía acercarse, lo veía desnudar el cuchillo, cuya hoja relampagueaba fatídicamente en la obscuridad, y sentía sobre el desnudo seno la mirada del asesino que busca el *sitio*... Helado sudor humedecíale las carnes; la lengua seca se le pegaba al paladar y desfallecía. "¡Vivo, vivo!" — murmuraba al volver en sí,

y en lugar de odiarle, sentíase casi grata, porque *aún* no había usado del derecho de acabar con ella que le concedió desde el principio sin el menor trabajo. Sus destemplanzas sufríalas sin chistar, y en la mesa, con profunda pena, pero sin rebelarse, recibía el insulto con que la afrentaba él sistemáticamente, como quien cumple un deber religioso. Acaso admiraba la férrea voluntad, el bárbaro valor con que seguía el plan perverso de sacrificarse para sacrificarla. Hacerla sufrir era su goce y su martirio; sabíalo ella de sobra y, sin embargo, la grandeza de aquel odio la atraía y la subyugaba, del mismo modo que subyuga y atrae el abismo, más cuanto más hondo y tenebroso. "¡Ah! es un hombre" — decíase al verlo sentarse frente a ella y poner con solemne calma el maldito peso sobre la mesa; y examinando a hurtadillas su torvo ceño donde leía el pensamiento fijo de matarla y de matarse, repetía: "¡Ah! ¡sí, un hombre, un verdadero hombre!"

La abyección de Primitivo tampoco le repugnaba. Cuando lo veía tirado en un rincón, borracho, con los ojos fijos y sin luz como los de un pez muerto, la boca entreabierta y los mechones de pelo pegados a la sudorosa frente, no sentía asco, sino vivísima lástima e irresistible atracción, quizá porque sufría por ella. Sí, la podredumbre de aquel hombre, antes tan sano y fuerte, y ahora despreciable, vil y abyecto, *era obra suya*, y este sentimiento elaboraba en su alma femenina ternuras inauditas e inclinación amorosa explicable tan sólo considerando que acaso las mujeres sienten la *necesidad*

de amar especialmente a los hombres que destruyen.

* * *

Primitivo, que había ido a la pulpería, regresó en un estado tal de embriaguez, que apenas podía sostenerse. Tambaleando pudo llegar al comedor. En la puerta se detuvo, y viendo a Adelina, entonó en lengua estropajosa:

"Yo tenía un pajarito,
Y el pajarito se fué!"

echándose a reír luego estúpidamente. Estaba muy pálido; la barba de ébano hacía resaltar la blancura lívida del semblante; tenía los párpados amoratados, como agrandada la boca y vítreos los ojos. "¡Dios mío, qué tormento!" — exclamó Adelina, escondiendo la cabeza.

"Yo tenía un pajarito,
Y el pajarito se fué!"

tornó a repetir Primitivo, e intentando avanzar hacia la pieza inmediata, se le enredaron las piernas y cayó, hiriéndose en la frente.

¡Sangre!

—"Primitivo, Primitivo" — gritó Adelina fuera de sí; luego trajo agua fresca, se arrodilló junto a él, y le lavó la frente. ¡Cuánto tiem-

po que no lo tocaba y qué emoción profunda sentía en aquel instante al hacerlo! Con su palidez mortal y gesto de abatimiento y dolor, lo encontraba ella más hermoso que nunca, pero con belleza melancólica, hermoso y triste como el Cristo de la cruz. Mirándolo tiernamente, con lágrimas en los ojos, le pasaba los dedos por la rizada melena, henchido el pecho de sentimientos blandos y dulces. "Yo he sido su cruz" — consideraba con infinita tristeza, sintiendo deseos de prodigarle mil caricias, mil besos... Esa noche se impuso el deber de velarlo, y al otro día, al abrir él los ojos, se encontró con que los de su mujer lo miraban húmedos de amor.

"¿Qué ha sucedido? ¿por qué está mi mujer ahí, arrodillada, mirándome *como antes,* y por qué me duele la frente?" — se preguntó, llevándose la mano a la herida, sin recordar nada, entre los limbos, del sueño aún. Pasados algunos instantes dijo con dureza:

—¿Qué *hacés* ahí?

—Te cuidaba; anoche estuviste enfermo y...

—Bueno, bueno: ya *sabés* que no quiero conversaciones. ¡*Andate!*

Como Adelina guardara silencio y no se moviera, Primitivo repuso:

—¿No oís?

—*Perdoname.* Yo... ¡yo te quiero! — clamó abrazándose a las piernas de él; — no puedo más, te pido por la Virgen que tengas lástima de mí. ¡Ay, Dios! mata, pero perdona.

Primitivo, en un arranque de cólera, iba a decir algo, pero se contuvo y domando la expresión fiera del rostro calló.

—Pamplinas; lo mismo dijiste antes y después... ¿te acuerdas? Bueno, *dejame* salir — añadió luego incorporándose.

Pero ella, puesta de rodillas siempre, agarróse más a él.

—No, no, eso no; mata, pero perdona; ¡me muero, me muero! ¿no ves que me muero?...

En aquella actitud, con las lágrimas corriendo por sus flacas mejillas y los ojos puestos en blanco, semejábase mucho a la estampa de la Magdalena que adornaba la pared. Era el dolor de sus ademanes y palabras tan verdadero, que el airado esposo se sintió conmovido. ¡Cuántas ideas le sugirieron de súbito aquellas azuladas ojeras, aquella transparente palidez, aquel crispamiento de los labios secos y amarillos!...

—"¡Qué acabada está! — pensó, mirándole los tendones del cuello; — debe de haber sufrido mucho, ¡pobre Adelina! y ahora quizás me quiere. ¡Si yo pudiera perdonarla, si yo pudiera!..." — y la compasión le dilató un momento el endurecido pecho. — "Pero no podré, seguro que no podré. ¿Cómo besarla ahí, en la boca, en el cuello, en la frente, ahí, donde están los besos del otro! ¡Jamás!... ¿Y *lo* besaría lo mismo que a mí?" — e hizo un gesto de repugnancia, como si le hubieran acercado a las narices el vientre asqueroso de un sapo.

—*Perdoname:* ¡si supieras cuánto he sufrido!

La bilis se le subió a la boca.

—¿No te acuerdas ya? — gritó con voz estentórea, y sacando la moneda se la puso delante de los ojos.

Oyóse sorda queja; las manos de Adelina se desprendieron de las piernas de Primitivo y se desplomó hacia atrás, con los brazos abiertos, como ave herida que extiende las alas y cae del árbol.

* * *

En la parte más alta de la cuchilla veíase un corral de piedra, de negras piedras, y dentro de él algunas cruces: era el cementerio. Al paso, por la cuesta, hacia allí avanzaba fúnebre cortejo. Llegaron, pusieron el sencillo ataúd en tierra, y los que tenían poncho despojáronse de él para cavar cómodamente la fosa. Primitivo también empuñó la pala.

La tarde moría, y en los medios tonos de la luz crepuscular las cruces y los hombres aparecían entre nimbos anaranjados, violáceos y verdosos que se combinaban entre sí, produciendo múltiples irisaciones, reflejos y tintas inseguras, muy tenues y finas. Una vaca, que rumiando asomaba la cabeza por encima del cerco, tenía verde la frente, azul el hocico y de color del fuego los ojos. Algunas cosas tomaban coloraciones tornasoladas, y el gris luminoso del cielo mismo tenía cambiantes y brillos nacarados, como los ópalos y las perlas de mucho *oriente*.

Cuando el negro rectángulo tuvo las dimensiones necesarias, pusieron dentro con religioso respeto el ataúd, y entonces cada uno de los

acompañantes arrojó a la fosa, después de besarlo, un pequeño terrón. Adelantóse Primitivo con los movimientos duros de los hipnotizados y acaso con la inconsciencia de ellos, y mirando la moneda algunos instantes, sonrió sarcásticamente y la arrojó también sobre el ataúd, que produjo el ruido sordo de un ahogado lamento.

Descendieron lentamente.

Al entrar al rancho abandonado desde la mañana, no pudo menos de decirse Primitivo: "¡qué triste está esto!" — al mismo tiempo que le parecía sentir en el rostro la soledad de las desiertas habitaciones, que recorrió con paso vacilante, sin objeto, sin idea fija. Frente a la cama de Adelina se detuvo. En los colchones aún se veían las huellas de su cuerpo enflaquecido, y en las almohadas profundo hundimiento indicaba el sitio de la cabeza, *de su cabeza*. Primitivo miraba sin pestañear y con los labios fuertemente plegados por un gesto de dolor. ¡Cuántas cosas le sugería el lecho vacío! Agobiado por la pena, al igual de la rama que se dobla bajo el peso de la fruta, fué inclinándose, inclinándose hasta besar la almohada y esconder en ella el rostro. En esta postura pasó toda la noche. Afuera, los perros le ladraban a la luna, y sus ladridos se perdían en el azul, del mismo modo que los sollozos del infeliz.

* * *

¡Ah! la calma no venía. Creyó al principio que todo hubiera terminado, que su odio satis-

fecho lo dejaría tranquilo, y así como el sediento que toma agua salada y en vez de mitigar aumenta la sed, sentía más imperiosamente que nunca la necesidad de ver sufrir, de torturar, de vengarse.

"¡Hasta que no lo mate no me curo!" — aseguraba, presintiendo tal vez que mientras viviera el hombre que lo había hecho desdichado, no podría arrojar de sí el odio que le envenenaba la sangre; y con fruición, con íntimo goce poníase a pensar en que lo *exacto* era haberle hundido la daga en el pecho, en la nuca, en el vientre... Y él, que no salía de las casas, se atareó en recorrer las pulperías del *pago* con la secreta esperanza de encontrar a Jaime. Cuando supo su muerte se quedó como el obrero que pierde los brazos e ignora qué será de su vida. "¡Muerto!... y entonces *¿para qué* vivo?" — se dijo vagamente; y la existencia empezó a hacérsele insoportable. Su martirio consistía en la imposibilidad de desenvolver los sentimientos que lo agitaban: tenía el alma repleta de pasiones que no encontrando sobre *qué* obrar, se volvían sobre sí mismas, alimentándose de las entrañas que le daban nacimiento, como el hijo de la madre. "¿Qué hacer, qué hacer?" — decía mordiéndose los puños de desesperación.

Complejo estado de alma el que producía en aquel hombre el odio, los remordimientos, la amargura de sentirse muerto en vida y el generoso amor a la pérfida, que, a pesar de todo, brotaba, brotaba, como el agua del manantial brota entre el barro y las sucias piedras. ¡Amor grande y perverso! Llorábala, y si viviera la

hubiese vuelto a matar, arrepintiéndose, muriendo del dolor de ella, pero pecando siempre. Confesábaselo sin esfuerzo al recordar el angustioso placer que sentía martirizándola y martirizándose; cuanto más se sublevaba su conciencia, más crecía aquel goce picante amasado con dolores, y con el recuerdo acontecíale lo propio: más sufría, más se complacía en recordar. Y desesperado o afligido sentíase vivir: en calma era un hombre muerto. "¿Qué hacer, qué hacer?" — repetía sin fuerzas de voluntad para nada, destrozado, desennoblecido, descompuesto por el dolor, a cuya acción corrosiva nadie resiste.

¡Y el manso Primitivo elevaba los puños cerrados al cielo y maldecía a Dios, a su buen Dios!!

"¿Para qué llevará eso?" — se preguntaba el pulpero al ver alejarse a Primitivo con su carro cargado de latas de kerosene. — "¡Hum! este hombre no está en su sano juicio" — concluyó, volviendo a la tarea de picar el naco que tenía entre los dedos.

Hacía algunos días que el pobre hombre era presa de inusitada actividad: cubría de pasto el piso de los bretes y corrales, y luego cercábalos con las bolsas de lana de las últimas esquilas. Y así que avanzaba en su extraña ocupación, más fruncía el torvo ceño, y con luces más singulares le brillaban los hundidos ojos. Por las noches bebía y hablaba. "Primitivo vencerá" — decía dirigiéndose a seres invisibles que danzaban en el aire.

Una tarde encerró las ovejas y después de rociar las bolsas con kerosene, fué dándoles fuego nerviosa y apresuradamente. Al verse rodeado por las llamas, que lamían el aire con la rapidez que lo hacen las bifurcadas lenguas de las víboras, lanzó un grito de júbilo salvaje, un grito de bárbaro victorioso. El placer terrible de la destrucción era lo que apetecía su alma enferma: prueba de ello el gozo delirante que experimentaba a la sola idea de arrasar, de aniquilar todo lo que con tanto trabajo había creado y que a pesar de eso no le servía para mitigar el más pequeño de sus dolores. ¡Miseria! Destruyendo iba a vengarse del engaño de la suerte, de la puerca suerte que le había hecho equivocar el camino de la dicha, sacrificarse en balde. Para él ni diversiones ni placeres; él no había hecho otra cosa que ahorrar, ahorrar y poner lo ahorrado en casa del pulpero; y todo ¿para que?... su buen Dios mentía. ¡Infamia! La sangre enrojecíale los ojos, la indignación lo hacía temblar, y el odio a la existencia, de los desesperados, le llenaba el alma de sentimientos tumultuosos y perversos. "Primitivo vencerá" — rugía viendo, al través de espesa humareda, incendiarse el techo del rancho, enrojecerse las puertas y reventar crepitando las bolsas de lana; y feroz expresión le transfiguraba el rostro.

El pasto del piso principió a arder y las ovejas empezaron a huir en todas direcciones, en horrible confusión. Las mojadas con petróleo no tardaron en llevar el fuego a todos lados: corrían, balaban de miedo, brincaban de dolor, caían muertas, y Primitivo, fuera de sí, medio

ahogado por el humo que aumentaba la angustia de su dolorosa embriaguez de destruir, reía y reía como un demente trágico.

El cielo teñíase de vivos resplandores, las ardientes lenguas de fuego consumían, consumían como las lenguas amorosas de las amantes, y el aire caldeado impregnábase de un olor inmundo. Primitivo contemplaba el pavoroso incendio, corriendo de acá para allá, en busca de los lugares que las llamas habían respetado. Las ovejas, por escapar al fuego, se le metían por entre las piernas, lo atropellaban De repente, irritado o poseído tal vez de la grandeza de su destino negro y adverso, empuñó la daga, hundiéndosela hasta la empuñadura a los pobres animales que se le ponían al alcance de la mano. ¡Y reía en su delirio! Veinte, cuarenta, cien veces tiñó el hierro la caliente sangre. Riendo siempre con sarcástica expresión y revolviendo los brillantes ojos, parecía un iluminado, un héroe a quien el sentimiento de un fin próximo y trágico lleva a la sublimidad. En su locura no vió que el fuego lo rodeaba por todas partes. "Primitivo vencerá' — repetía, hiriendo a diestra y siniestra. De pronto escapósele un grito de espanto y dolor: sus ropas ardían; echó a correr, pero a los pocos pasos cayó, atropellado por las ovejas. Cuando se puso en pie estaba medio ciego; quiso, con movimiento desesperados, despojarse de sus vestidos: no pudo; y entonces, repitiendo con voz estridente y por última vez, "Primitivo vencerá" partióse de una tremenda puñalada el corazón.

Nubes negras como negros crespones enlutaron el cielo. A la mañana siguiente todo era cenizas; pero poco después flores humildes y risueñas, crecían en la tapera de Primitivo...

En el campo hay muchas taperas, y la que más, la que menos tiene una historia semejante: la historia de un dolor.

APENDICE

UNA EPISTOLA Y UN SONETO[1]

Entre Carlos Reyles y José Enrique Rodó

Excmo. Señor don José Enrique Rodó, Príncipe del Ingenio, Señor de Ariel, de Proteo y del Mirador de Próspero, Caballero del Cisne y de la Pluma de Oro, etc.

Excmo. Señor: Mucho me temo exceder los límites naturales de la amistad que Vuestra Señoría, honrándome, me dispensa, e ir más allá de lo que, en buena ley, permiten las relaciones de señor y vasallo al solicitar de tan alto príncipe como lo es Vuestra Señoría, el escudo de su esclarecido nombre y amparo de su bien tajada pluma, para uno de los vástagos de mi fantasía, pobre como mío, orgulloso como pobre, y necesitado de protección, como todos los que, ansiosos de correr aventuras y con ánimo suelto y arrogante, se salen de la casa solariega, en cuya holganza y franqueza crecieron, para echarse a los caminos del mundo, donde todo son quitasueños, rejalgares, enredos prolijos, trapacerías tenebrosas, lazos, trampas, puñaladas de pícaros y airados trabucos que, en

las encrucijadas y aun en campo llano, apuntan al pecho y piden la bolsa o la vida. Pero la necesidad tiene cara de hereje. Aleccionado yo por la amarga experiencia de tres hijos que mucho bogaron sin salir a puerto; de tres hijos, que partieron de esta casa vendiendo salud y contento y tornaron enmagrecidos y destilando pesadumbres, busco para el cuarto el padrino de fuste y seguro rodrigón que les faltó a los primeros y fué causa principal de su derrota y abatimiento.

Hildalgo, aunque obscuro, nací, y por no avenirme a serlo de bragueta, prostituyendo mi honrada y plucra estrechez a la opulencia de las Musas y Famas ligeras de cascos, ando a pedir limosna en el templo de la Gloria. Así, poderoso señor, nada puedo darles a los míos, como no sea la sangre limpia y el cogote tieso, pobres dotes, en verdad, para inspirar simpatías a los hipócritas, ganar voluntades cortesanas y bandearse en la corrompida corte del Éxito, donde gozan de gran predicamento y tienen establecidos sus tribunales de justicia la Adulación y el Fraude. Y en trance tal, ¿a quién recurrir sino a Vuestra Señoría, cuya inteligencia magnánima abre de par en par las puertas de la comprensión a todo lo que tocan? A Vuestra Señoría, pues, encamino "El Terruño", que éste es el nombre del mozo, rogándole lo reciba sin ceño y cubra la pobreza y el feo corte de las ropas que lleva, con el capotillo galano de un prólogo suyo, a fin de que sin vergüenza pueda presentarse ante las gentes y éstas sin desvíos lo miren, y aún se encariñen con él, lue-

go de conocerlo, porque, vanidad de padre aparte, el muchacho es discreto, de humor regocijado —caso peregrino, ya que quien lo engendró llora lágrimas de acíbar y sangre— y no desprovisto de buenas letras, por lo cual, burla burlando, dice a veces cosas, si no graves y propias de un ingenio macho, por lo menos agudas y traviesas, que seguramente han de placerle y solazar a Vuestra Señoría.

Así lo espero yo, y si por desdicha no fuera así, y además si al dar este paso peco de inoportuno y atrevido, culpe Vuestra Señoría a su fama de bondadoso, que deja pequeñita la más grande discreción, despida sin miramientos al intruso, perdone mi poco tino y téngame siempre por el más fiel y humilde de sus criados.

CARLOS REYLES.

AL NOBLE SEÑOR DON CARLOS REYLES

Cultivador de terruños y "Terruños"

Corcel de tan cumplida gentileza
cual la heredad de su merced los cría,
no otra gala mejor requeriría
que aquéllas que le dió Naturaleza.

Desnudo el lomo, libre la cabeza,
más claro su donaire luciría,
y el tosco arreo de la industria mía
parecerá baldón de su belleza.

Pero, obediente, compondré el arreo,
en que todo ornamento fuera escaso
a hacerle digno de tan alto empleo,

y si sobrado ruin saliera acaso,
arrójelo de sí, de un escarceo,
y humíllelo a sus cascos de Pegaso!

José Enrique Rodó

PROLOGO[1]

La obra del escritor, como toda obra del hombre, está vinculada al medio social en que se produce, por una relación que no se desconoce y rechaza impunemente. La misteriosa "voluntad" que nos señala tierra donde nacer y tiempo en que vivir, nos impone con ello una solidaridad y colaboración necesarias con las cosas que tenemos a nuestro alrededor. Nadie puede contribuír, en su grande o limitada esfera, al orden del mundo, sin reconocer y acatar esa ley de la necesidad. Cuanto más cumplidamente se la reconoce y acata, tanto más eficaz es la obra de la voluntad individual. Dícese que el genio es, esencialmente, la emancipación respecto de las condiciones del medio; pero esto debe entenderse en lo que se refiere a los resultados a que llega, suscitando nuevas ideas, nuevas formas o nuevas realidades. Por lo que toca a los elementos de la operación genial, a los medios de que se vale, a las energías que remueve, el genio es, como toda humana criatura, tributario de la realidad que le rodea, y cabalmente en comprenderla y sentirla con

más profundidad y mejor que los demás consiste el que sea capaz de arrancar de sus entrañas el paradigma de una realidad superior.

El principio de originalidad local, en la obra del escritor y del artista, tiene, pues, un fundamento indestructible. Ampliamente entendido, es condición necesaria de todo arte y toda literatura que aspiren a arraigar y a dejar huella en el mundo. Apartarse de la verdad determinada y viva, de lugar y de tiempo, por aspirar a levantarse de un vuelo a la verdad universal y humana, significa en definitiva huír de esta verdad, que para el arte no es vaga abstracción, sino tesoro entrañado en lo más hondo de cada realidad concreta. Querer ganar la originalidad individual rompiendo de propósito toda relación con el mundo a que se pertenece, conducirá a la originalidad facticia e histriónica, que casi siempre oculta el remedo impotente de modelos extraños, no menos servil que el de los próximos; pero nunca llevará a la espontánea y verdadera originalidad personal, que, como toda manifestación humana, aun las que nos parecen más radicalmente individuales, tiene también base social y colectiva, y no es sino el desenvolvimiento completo y superior de cierta cualidad de raza, de cierta sugestión del ambiente o de cierta influencia de la educación.

En literatura americana, el olvido o el menosprecio de esa relación filial de la obra con la realidad circunstante ha caracterizado, o mejor, ha privado de carácter a la mayor parte de la producción que, por los méritos de la

realización artística y por la virtualidad de la aptitud que se revela, compone dentro de aquella literatura la porción más valiosa. Junto a esta porción selecta pero, por lo general, inadaptada, una tendencia de nacionalismo literario que, salvo ilustres excepciones, no ha arrastrado en su corriente a la parte más noble y capaz del grupo intelectual de cada generación, se ha mantenido, por esta misma circunstancia, dentro de un concepto sobrado estrecho, vulgar y candoroso del ideal de nacionalidad en literatura. Debemos, sin embargo, a esa tendencia artísticamente feble y provisional, lo poco que ha trascendido a la expresión literaria de la originalidad de vida y color de nuestros campos; del carácter de esa embrionaria civilización agreste, donde aún se percibe el dejo y el aroma del desierto, como en la fruta que se vuelve montés la aspereza de la tierra inculta. La vida de los campos, si no es la única que ofrezca inspiración eficaz para el propósito de originalidad americana, es, sin duda, la de originalidad más briosa y entera, y, por lo tanto, la que más fácil y espontáneamente puede cooperar a la creación de una literatura propia. Suele tildarse de limitado, de *ingenuo*, de pobre en interés psicológico, de insuficiente para contener profundas cosas, al tema campesino; pero esta objeción manifiesta una idea enteramente falsa en cuanto a las condiciones de la realidad que ha de servir como substancia de arte. Dondequiera que existe una sociedad llegada a aquel grado elemental de civilización en que, por

entre las primitivas sombras del instinto, difunden sus claridades matinales la razón y el sentimiento, hay mina suficiente para tomar lo más alto y lo más hondo que quepa dentro del arte humano. La esencia de pasiones, de caracteres, de conflictos, que constituye la idea fundamental del *Quijote,* del *Otelo, del Macbeth,* de *El alcalde de Zalamea,* y aún del *Hamlet* y del *Fausto,* pudo tomarse indistintamente del cuadro de una sociedad semiprimitiva o del de un centro de alta civilización. Pertenece todo ello a aquel fondo radical de la naturaleza humana que se encuentra por bajo de las diferencias de razas y de tiempos, como el agua en todas partes donde se ahonda en la corteza de la tierra. La obra del artista empieza cuando se trata de imprimir a este fondo genérico la determinación de lugar y de época, individualizando en formas vivas la pasión universalmente inteligible y simpática; y para esto, lejos de ser condición de inferioridad el fijar la escena dentro de una civilización incipiente y tosca, son las sociedades que no han pasado de cierta candorosa niñez las de más abundante contenido estético, porque es en ellas donde caben acciones de más espontánea poesía, costumbres de más firme color y caracteres de más indomada fuerza. Por donde debemos concluír que si la vida de nuestros campos, como materia de observación novelesca y dramática, no ha alcanzado, sino en alguna obra de excepción, a las alturas del grande interés humano, de la representación artística universal y profunda, ha de culparse de ello

a la superficialidad de la mayor parte de los que se le han allegado como intérpretes, y no a la pobreza de la realidad, cuyos tesoros se reservan, en éste como en todos los casos, para quien con ojo zahorí catee sus ocultos filones y con brazo tenaz los desentrañe de la roca.

Alegrémonos, pues, de que escritor de la significación de Carlos Reyles siente esta vez su garra en el terruño nativo, y realice la gran novela campera, y por medio de la verdad local solicite la verdad fundamental y humana que apetecen los ingenios de su calidad. A manera del heroico corredor de aventuras, que emigró de niño y forjó en remotas tierras su carácter, y trae de ellas, domeñada, a la esquiva fortuna, para volver ya hombre y ofrecer al hogar de los hermanos el tributo de la madurez, más fecundo que el de la ardorosa juventud, así este ilustre novelista nuestro, después de ganar personalidad completa y fama consagrada, por otros caminos que los de la realidad característica del terruño, viene a esta realidad, en la otoñal plenitud de su talento y con la acrisolada posesión de su arte.

Otras novelas suyas manifestaron su maestría para penetrar en el antro de los misterios psicológicos e iluminar hasta lo más recóndito y sutil; su poder creador de caracteres, a un tiempo genéricos e individuales; su sentido de lo refinado, de lo extraño, de lo complejo; la amarga crudeza de sus tintas y la precisión indeleble de su estilo. Ha realizado su obra literaria de la manera más opuesta a la publicidad constante y afanosa del escritor de oficio;

con señoril elección del tiempo de escribir y el tiempo de dar a la imprenta; ajeno a toda camaradería de cenáculo, y aun a comunicación estrecha y sostenida con el grupo intelectual de su generación; en altiva soledad, que recuerda algo del aislamiento voluntario y de la obra concentrada, y sin moción exterior, de Merimée. En Reyles la vocación del escritor no es toda la personalidad, no es todo el *hombre*. Su voluntad rebelde, arriesgada y avasalladora, le hubiera tentado con los azares y los violentos halagos de la acción, a nacer en tiempos en que la acción tuviera espacio para el libre desate de la personalidad y tendiese de suyo al peligro y a la gloria. Y aun dentro del marco de nuestra vida domesticada y rebañega, cuando no vulgar y estérilmente anárquica, la superior energía de su voluntad ha dado muestras de sí, abrazándose a la moderna "aventura" del trabajo, concebido en grande y con idealidad de innovación y de conquista; a las faenas de la tierra fecunda, en que, junto con la áurea recompensa, se recoge la conciencia enaltecedora del resabio vencido, de la rutina sojuzgada, del empuje de civilización impuesto a la indolencia del hábito y a la soberbia de la naturaleza. Porque este *gentleman-farmer* que, en cuanto novelador, se acerca ahora por primera vez a la vida de nuestros campos, es, en la realidad, familiar e íntimo con ella, y le consagra amor del alma, y no sólo le está vinculado por la aplicación de su esfuerzo emprendedor, sino que, como propagandista social y económico, pugna desde hace tiempo por

reunir en apretado haz las energías dispersas o latentes del trabajo rural, para que adquieran conciencia de sí mismas y desenvuelvan su benéfico influjo en los destinos comunes.

Del campo nos habla esta novela, y aun pudiera decirse que en favor del campo. Como en el libro improvisado y genial que es, por lo que toca a nuestros pueblos del Plata, el antecedente homérico de toda literatura campesina: como en el *Facundo* de Sarmiento, la oposición de campo y ciudad forma, en cierto modo, el fondo ideal de la nueva obra de Reyles; sólo que esta vez no aparece representando el núcleo urbano la irradiadora virtud de la civilización, frente a la barbarie de los campos desiertos, sino que es la semicivilización agreste, no bien desprendida de la barbarie original, pero guiada por secreto instinto a la labor, al orden, a la claridad del día, la que representa el bien y la salud del organismo social, contraponiéndose al desasosiego estéril que lleva en las entrañas de su cultura vana y sofística la vida de ciudad.

Grande o restringida la parte verdadera de esa oposición social, vuélvese entera verdad en la relación de arte, que es la que obliga tratándose de obras de imaginación. Ha personificado el novelista la sana tendencia del genio campesino en un enérgico y admirablemente pintado carácter de mujer; la vigilante, ladina y sentenciosa Mamagela, musa prosaica del trabajo agrario, Sancho con faldas, Egeria de sabiduría vulgar, cuya figura resalta sobre todas y como que preside a la acción. Mamagela

es la prudencia egoísta y el buen sentido alicorto, que, puestos en contacto con el vano e impotente soñar y con la bárbara incuria, adquieren sentido superior y trascendente eficacia y se levantan a la categoría de fuerzas de civilización. Como en el ingenuo utilitarismo de Sancho, hay en el de esta remota descendiente del inmortal escudero un fondo de honradez instintiva y de espontánea sensatez, que identifica a veces las conclusiones de su humilde perspicacia con los dictados de la severa razón y de la recta filosofía de la vida. Por su labios habla la malicia rústica, más rastreadora de verdad que la semicultura del vulgo ciudadano. Y tal cual es, y en los conflictos en que lidia, no hay duda de que Mamagela lleva la razón de su parte, porque el autor no ha colocado junto a ella a nadie que la exceda (quizá debido a que tampoco suele haberle en la extensión de realidad que reproduce), y los falsos o desmedrados idealismos que la tienen de enemiga valen mucho menos que la rudimentaria idealidad implícita en lo hondo de aquel sentido suyo de orden y trabajo.

Con Mamagela, aparece representando Primitivo la energía de nuestras geórgicas criollas. Felicísima creación la de este personaje, que vale por sí solo una novela. Primitivo es personificación del gaucho bueno, orientado por naturaleza a la disciplina de la vida civil y a la conquista de la honesta fortuna, que persigue con manso tesón de buey. Hay una intensa y bien aprovechada virtud poética en esta *vo-*

cación de un alma bárbara que tiende a los bienes de un superior estado social, con el impulso espontáneo con que la planta nacida en sitio oscuro dirige sus ramas al encuentro de la luz. Así debieron de brotar, en el seno de la errante tribu de la edad de piedra, las voluntades que primeramente propendieron al orden sedentario y al esfuerzo rítmico y fecundo. Primitivo aspira a tener majada suya y campo propio; y de sus salarios, ahorra para realizar su sueño. Cuida sus primeras ovejas con el primor y la ternura de un Melibeo de égloga. Rigores del tiempo diezman su majada, y él se contrae, con dulce perseverancia, a rehacerla, trabajando más y gastando menos. El buen gaucho tiene mujer, y la quiere. Pero he aquí que a su lado acecha la barbarie indómita y parásita de la civilización; la sombría libertad salvaje, que encarna el hermano holgazán y malévolo, el *gaucho malo,* el avatar indígena de la *raza de Caín.* Jaime quita a Primitivo la mujer y la dicha, y entonces el laborioso afán del engañado se trueca en sórdido abandono; su apacibilidad en iracundia, su sobriedad en beodez, su natural sumiso en ímpetu rebelde. Magistralmente ha trazado el novelista psicólogo esta aciaga disolución de un carácter, que llega a su término final cuando aquella mansa fuerza que apacentaba rebaños, vuelta y desatada en el sentido del odio, consuma el fratricidio vengador, al amparo de uno de los *entreveros* de la guerra civil, que anega en la sangre de su multiplicado fratricidio el generoso Fructidor del terruño. Todo ese trá-

gico proceso rebosa de observación humana, de patética fuerza, de sugestión amarga y profunda.

Sobre este mismo fondo de la guerra ha destacado el autor, esbozándola sólo, pero en rasgos de admirable verdad y expresión, la figura de mayor vitalidad poética y más enérgico empuje de cuantas entran en su cuadro: Pantaleón, el *montonero*, el caudillo; ejemplar de los rezagados y postreros, de una casta heroica, que el influjo de la civilización desvirtúa, para reducirla a su yugo, o para obligarla a rebajarse al bandolerismo oscuro y rapaz. Es el gaucho en su primitiva y noble entereza; el gaucho señor de los otros por la soberanía natural del valor y la arrogancia; el legendario paladín de los futuros cantos populares; majestuoso y rudo, al modo de los héroes de Homero, de los Siete Capitanes de Esquilo, o de los Cides, Bernardos y Fernanes González de la epopeya castellana. El cuadro de la muerte de Pantaleón, por su intensidad, por su grandeza, por su épico aliento, es de los que parecen reclamar la lengua oxidada y los ásperos metros de un *cantar de gesta.*

Mientras en esos caracteres tiene representación el campo, ya laborioso, ya salvaje, la propensión y la influencia del espíritu urbano encarnan, para el novelista, en la figura de un iluso perseguidor de triunfos oratorios y de lauros proféticos; apóstol en su noviciado, filósofo que tienta su camino. La especulación nebulosa y estéril; la retórica vacua; la semiciencia hinchada de pedantería; la sensualidad

del aplauso y de la fama; el radicalismo quimérico y declamador: todos los vicios de la degeneración de la cultura de universidad y ateneo, arrebatando una cabeza vana, donde porfían la insuficiencia de la facultad y la exorbitancia de la vocación, hallan cifra y compendio en el Tocles de esta fábula. No es necesario observar, en descargo de los que a la ciudad pertenecemos, que Tocles no es toda la ciudad, no es toda la cultura ciudadana, aunque sea la sola parte de ella que el autor ha querido poner en contraste con la vida de campo; pero la verdad individual del personaje, y también su verdad representativa y genérica, en tanto que no aspire a significar sino ciertos niveles medios de la cultura y del carácter, no podrán desconocerse en justicia. Tocles es legión; como lo es, por su parte, el positivista menguado y ratonil, especie con quien la primera se enlaza por una transición nada infrecuente ni difícil en la dialéctica de la conducta. De la substancia espiritual de Tocles se alimentan las "idolatrías" de club y de proclama; los fetichismos de la tradición, los fetichismos de la utopía, las heroicas vocaciones de Gatomaquia, la ociosidad de la mala literatura...; y del desengaño en que forzosamente paran esos falaces espejismos aliméntanse después, en gran parte, las abdicaciones vergonzosas, las bajas simonías del parasitismo político, común refugio de soñadores fracasados y de voluntades que se han vuelto ineptas para el trabajo viril e independiente. Aquellos polvos de falsa idea-

lidad traen, a menudo, estos lodos de cínico utilitarismo.

No es, desde luego, la aspiración ideal lo que está satirizado en ese mísero Tocles, sino la vanidad de la aspiración ideal. No es en Dulcinea del Toboso en quien se ceban los filos de la sátira, sino en Aldonza Lorenzo. Y este sentido aparece con clara transparencia en la representación de aquel carácter, cuando, convertido Tocles de predicador de idealidades vagas en confesor de realidades positivas y concretas, la vanidad de sus intentos persiste, porque procede de él y no del objeto de sus sueños, tan fatuos cuando se remontan a las nubes como cuando descienden al polvo de la tierra. Entre el trabajo utilitario enérgico y fecundo y la aspiración ideal sana y generosa, no hay discordia que pueda dar significado racional a un personaje o a una acción de novela: hay hermandad y solidaridad indestructibles. Los pueblos que mayor caudal de cultura superior y desinteresada representan en el mundo son, a la vez, los más poderosos y más ricos. La propia raíz de energía que ha erigido el tronco secular y desenvuelto la bóveda frondosa, es la que engendra la trama delicada y el suave aroma de la flor. Y la eficacia con que Reyles vilipendia, novelando o doctrinando, los idealismos apocados y entecos (aunque él se imagine a veces que estos dardos suyos van a herir a los tradicionales y perennes idealismos humanos), consiste en que él mismo es un apasionadísimo idealista, y tal es la clave de su fuerza, y, por serlo, se ofende mucho más con

el remedo vulgar y vano del sagrado amor a las "ideas" que con la resuelta furia iconoclasta: aquella que, negando el ideal, le confiesa paradójicamente y como que nos le devuelve de rebote por el mismo soberano impulso de la negación.

Pero, aunque extraviada y estéril, la inquietud espiritual de Tocles es, al fin, el desasosiego de un alma que busca un objeto superior al apetito satisfecho; la sed del ideal arde en esa conciencia atormentada; y, por eso, del fondo de sus vanas aspiraciones y sus acerbos desengaños trasciende, ennobleciendo su interés psicológico, una onda de pasión verdadera y de simpatía humana, como trascienden de la hez de un vino generoso la fuerza y el aroma del vino. El dolor de su fracaso es la sanción de su incapacidad y flaqueza; pero es también, por delicado arte del novelista, imagen y representación de un dolor más noble y más alto: del eterno dolor que engendra el contacto de la vida en los espíritus para quienes no existe diferencia entre la categoría de lo real y la de lo soñado. Así se levanta el valor genérico de esta figura por encima de la intención satírica que envuelve, pero que no recae sobre lo más esencial e íntimo de ella; y así adquiere, por ejemplo, hondo sentido y sugestión bienhechora la hermosa escena final, en que la cabeza abrumada del soñador descansa en el regazo de la compasiva Mamagela, como en el seno de la materna realidad reposan las vencidas ilusiones humanas y hallan la persuasión que las aquieta o las hace reverdecer transfi-

guradas en sano y eficaz idealismo.

Mucho cabría añadir de los personajes secundarios que en la obra intervienen; del fondo de descripción, en que, si entra por poco el paisaje virgen y bravío, de sierra y monte, hay toques de incomparable realidad y primor para fijar nuestro paisaje "de geórgica" y nuestros usos camperos, y para interpretar la oculta correspondencia de las cosas con la pasión humana a que sirven de coro; del estilo, en fin, siempre justo y preciso y a menudo lleno de novedad, de fuerza plástica y color. Pero ya sólo notaré, para llegar al fin de este prólogo, una particularidad que me parece interesante, del punto de vista de la psicología literaria, y es la frecuencia y la jovial serenidad con que se reproduce en el curso de la narración el efecto cómico, a pesar de que nunca fué ésta la vena peculiar del autor, y de que ha sido la novela engendrada en días, para él, de más amargura que contento; nueva comprobación de una verdad que yo suelo recordar a los que entienden de manera demasiado simple y estricta la relación de la personalidad y la obra, es a saber: que la imaginación es el desquite de la realidad, y que, lejos de quedar constantemente impreso en las páginas del libro el ánimo accidental, ni aun el carácter firme de quien lo escribe, es el libro a menudo el medio con que nos emancipamos, soñando, de las condiciones de la vida real, o con que reaccionamos idealmente contra los límites de nuestra propia y personal naturaleza.

En el desenvolvimiento de nuestra literatura campesina, esta novela representará una ocasión memorable, y por decirlo así, un hito terminal. De la espontaneidad improvisadora e ingenua, en que aún parece aspirarse el dejo de la "relación" del payador reencarnándose en forma literaria, pásase aquí a la obra de plena conciencia artística, de composición reflexiva y maestra, de intención honda y trascendente. De la simple mancha de color, o de la tabla de género circunscrita a un rincón de la vida rústica, pásase al vasto cuadro de novela, en que, concentrando rasgos dispersos en la realidad, se tiende a sugerir la figuración intuitiva del carácter de conjunto, de la fisonomía peculiar de nuestro campo, como entidad social y como unidad pintoresca. Del orden de narraciones que requieren como auditorio a la gente propia, pásase al libro novelesco que, merced al consorcio de la verdad local y el interés humano, puede llevar a otras tierras y otras lenguas la revelación artística de la vida original del "terruño".

Y esta nueva obra de Reyles, que por su alto valer de pensamiento y de arte confirmará para él los sufragios del público escogido, reune al propio tiempo más que otras de su autor, las condiciones que atraen el interés del mayor número, por lo cual puede pronosticarse que será entre las suyas la que preferentemente goce

de popularidad: género de triunfo que, aun cuando vaya unido a otros más altos, tiene su halago animador y violento, y sin cuyo concurso parecerá que falta un grano de sal en la más pura gloria de artista.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Montevideo, marzo de 1916.

NOTAS

Pág. 4. — (1) En la edición de 1916: como si no le pesasen.

Pág. 4 — (2) En la edición de 1916: como las espejadas aguas.

Pág. 4. — (3) En la edición de 1916: parpadeaban con ritmo igual.

Pág. 4. — (4) En la edición de 1916: las polleras.

Pág. 7. — (1) En la edición de 1916: del color y el brillo.

Pág. 8. — (1) En la edición de 1916: se bate.

Pág. 9. — (1) En la edición de 1916: una mulatilla.

Pág. 11. — (1) En la edición de 1916: Sólo el mate pone corriente y conserva la frescura del cutis.

Pág. 17. — (1) En la edición de 1916: de papel.

Pág. 17. — (2) En la edición de 1916: cuasi.

Pág. 22. — (1) En la edición de 1916: las polleras.

Pág. 28. — (1) En la edición de 1916: Y absortos, estupefactos, con ganas de reír y llorar a una, vieron adelantarse a doña Ángela envuelta gallardamente en la bandera de la patria. Era un golpe teatral que con Foroso había preparado la matrona en el mayor misterio.

Pág. 28. — (2) La edición de 1916 agrega: y en la temblorosa diestra una copa llena de vermut, que, por su

color, era, de los vinos del almacén, el que más se asemejaba al champaña — a todos ..

Pág. 29. — (1) En la edición de 1916: divisa roja.

Pág. 30. — (1) En la edición de 1916: Este discurso, a pesar de sus cómicos asertos y del patriótico pergeño de la oradora, fué escuchado...

Pág. 35. — (1) La edición de 1916 agrega: "Hubiérale hecho falta, para refrenar disposiciones quiméricas y extravagancias de carácter, mucha ciencia de la vida, mucho conocimiento de su yo; pero estas cosas sólo se adquieren viviendo con las puertas del alma abiertas a los ecos de fuera y el oído atento a las voces que de dentro salen. Tocles las cerraba sin descender jamás, por otra parte, al fondo de sí mismo. Y, naturalmente, sufría las torturas de lo que es artificioso, vano e inadecuado a su fin. El momento psicológico de la revelación no venía; las trompetas de la fama no sonaban Durante mucho tiempo creyóse víctima de las esquiveces de la fortuna, de la chatura del medio, del atraso de sus cerriles compatriotas. Entonces encerróse en su torre de marfil y adoptó una actitud donjuanesca. Como acontecer suele, las especulaciones desinteresadas y los líricos desplantes degeneraron en escepticismo, ironía, desdén y mal de vivir, tristes floraciones de la intoxicación literaria.

Pág. 38. — (1) La edición de 1916 agrega:

—Y de la obra, ¿nada? —preguntó tímidamente.

—Nada, como si la hubiese tragado la tierra — contestó él con mal contenida irritación.

Iba ya para cuatro meses que Tocles había dado a la estampa un libro, fruto sazonado de graves meditaciones, y los artículos, las críticas y noticias bibliográficas no parecían. Era una réplica aplastadora a las despiadadas doctrinas de Nietzsche. Contra el poema metafísico del filósofo alemán, "Así hablaba Zaratustra", lanzó Tocles el volumen suyo titulado: "Así respondió Pérez y González", que éste era su apellido. El día en que salió a luz el tal volumen, paseóse el flamante autor por las principales calles de la ciudad con el cuerpecillo erguido y la cabeza alta. Allí, en los escaparates de las librerías, para confundir al Antecristo, estaba la obra suya, luciendo la soberbia divisa: "Así respondió Pérez y González", y mentira le parecía que tal acontecimiento no turbase la calma de la ciudad ni interrumpiese el tráfago de los hombres que iban, como

de costumbre, a sus vulgares aventuras. En los días siguientes aconteció lo propio. Los diarios anunciaron el libro fríamente, con el desabrido suelto de cajón, y las personas a quienes se lo envió con mayúsculas dedicatorias, hiciéronse los suecos. Desde entonces, presa de ansias mortales, vivía esperando la crítica que había de hacerle justicia y demostrar a sus compatriotas la miopía que los cegaba, y su despertar era triste como el del que esperaba sin confianza: sentía, no bien abría los ojos, el pecho como oprimido y en la boca del estómago penosa desazón.

Así que salió su mujer cogió la obra, que siempre tenía sobre la mesa de luz, y la hojeó un momento, poniéndola luego en su sitio con un gesto de disgusto. "¿Siento verdaderamente lo que escribo y valía la pena de haberlo escrito?" —preguntóse—. "¿Estoy seguro que esos aforismos altisonantes son otra cosa que lugares comunes del viejo idealismo? ¿He sido guiado por éste en la vida o por la vanidad de parecer tan sólo? ¿Practico los altos ideales, las virtudes caballerescas, y desprecio los bienes positivos y los halagos del amor propio, o todo fué vana actitud, floreo retórico, parada pura?".

Pág. 38. — (2) En la edición de 1916: Dejó caer la cabeza sobre el pecho y se puso a pensar en sus fracasos, mientras escuchaba...

Pág. 38. — (3) En 1916: Después reinaban de nuevo los rumores confusos y las vagas sinfonías de los campos.

A continuación, la edición de 1916 agrega:

Sin grandes esfuerzos convino en que había sido sincero, aunque confundiendo la puerta con la ventana, como decía Mamagela, el amor de la verdad y del alarde heroico con el capricho de las bellas actitudes y la gárrula palabrería. Y, en un acceso de desencanto y humildad, ridículos le parecieron los desplantes catonianos y aquella oratoria suya de brazos abiertos y puños cerrados, con la que había obtenido tantos triunfos en las asambleas partidarias. Pero lo que más le mortificaba en aquel instante de depresión moral, era el sentimiento, mejor dicho, la certeza evidente de que al criticar las doctrinas nietzsquianas se había inoculado el virus ponzoñoso que pretendía destruir: el democratismo retórico trocábase en repugnancia real de lo plebeyo, y el espiritualismo de colegio se iba en humo dejándole el alma ahita de murrias y resquemores. Había cambiado tantas veces de idea para poner su con-

ciencia al día, que una nueva mudanza lo aterraba. Y de todas veras admiraba la macarrónica moral de doña Ángela, que sin empacho ella formulaba así: "Estar bien con Dios, no vivir a costillas del prójimo y tener el intestino corriente", máximas que entrañaban, en cierto modo, los deberes religiosos, los sociales y también los deberes para con uno mismo, principalísimos porque si muere el perro se acabó la rabia, según decía. El ajustarse escrupulosamente a este simple y prosaico evangelio le permitía vivir tranquila y contenta y cumplir valerosamente las sagradas funciones de esposa y de madre, mientras que él, Temístocles Pérez y González, con tantos intríngulis y ajilimójilis psicológicos, tantas retóricas y metafísicas, vivía lleno de torturas y no sabía qué hacer. Y daba unos suspiros que partían las piedras.

Después desfilaron por la memoria del atribulado soñador, las interminables caravanas de las caídas y los amargos desengaños sufridos en la prosecución de ambiciones nebulosas y fugitivas.

Sobre todo, el recuerdo de las acciones tontas llevadas a cabo por él, ardorosamente, con el soberbio prurito del que da cima y remate a grandes empresas, lo humillaba y le hacía ver, con cruel evidencia, la cómica desproporción entre las donjuanescas actitudes que adoptaba y los modestísimos actos que cumplía, signo cierto de su condición vanidosa. El escepticismo de la experiencia no había mitigado aún en Tocles el irrealismo y la tontería de la cultura universitaria; hinchaba las cosas de literatura, abultaba la importancia de todo lo que hacía y siempre estaba dispuesto a sacudir la crin romántica y adoptar líricos empaques. Reconocíalo a menudo, porque sus facultades analíticas eran lúcidas, y, entonces, el descorazonamiento, la verguenza y la ira lo señoreaban a una.

Pág. 39. — (1) En la edición de 1916: Pruébelo, y diga que no es bizcochuelo. ¿Eh, qué tal, es bizcochuelo o no es bizcochuelo? ¡Atrévase a decir que no es bizcochuelo!

— Está riquísimo...

— Como que es bizcochuelo. Muchos así te harían falta...

Pág. 42. — (1) En la edición de 1916: si la camiseta o el camisón.

Pág. 45. — (1) La edición de 1916 no acusa tanto el habla gaucha del personaje. Dice: "Soy del Paso de los Toros, *pa allasito* de la estación, casa de la china Baldomera, pues...". Más adelante, en vez de "Gueno, adiosito", dice: "Bueno, adiosito".

Pág. 46. — (1) En la edición de 1916: Fíjate en las haciendas de los campos.

Pág. 47. — (1) La historia de Primitivo, aquí yerno de Mamagela, fué contada por Reyles en términos similares en el cuento del mismo nombre, "Primitivo", que integra las "Academias", y que se publicó originariamente en 1896. A los efectos del establecimiento de las variantes no se ha considerado el cuento por ser muy numerosas, prefiriéndose publicarlo in-extenso. El lector podrá compulsar semejanzas y diferencias consultando en especial los capítulos IV, V, VIII, IX y XV de la novela.

Pág. 48. — (1) En la edición de 1916: pero ahí hay otros.

Pág. 50. — (1) En la edición de 1916: cuasi.

Pág. 50. — (2) En la edición de 1916: para.

Pág. 52. — (1) En la edición de 1916: en la pesca.

Pág. 55. — (1) La edición de 1916 agrega: De tiempo en tiempo, éstas pasaban por la campaña como trombas de infortunio y desolación.

Pág. 63. — (1) En la edición de 1916: *pasmado*.

Pág. 65. — (1) En la edición de 1916: a guisa.

Pág. 67. — (1) En la edición de 1916: cuasi.

Pág. 72. — (1) En la edición de 1916: Sí, no hay duda, el más petizo es el mejor.

Pág. 73. — (1) En la edición de 1916: Por do quiera.

Pág. 74. — (1) En la edición de 1916: reunirse a los suyos.

Pág. 75. — (1) En la edición de 1916: ¡Qué fea!

Pág. 75. — (2) La edición de 1916 agrega: y en pelo.

Pág. 79. — (1) Las dos últimas frases faltan en la edición de 1916, habiendo sido agregadas por Reyles a la de 1927 en base a una descripción de "Primitivo": "Hacia aquella parte el cielo tenía esos colores desmayados y enfermos de las piedras que *mueren*". Vuelve a aparecer en "El Extraño".

Pág. 80. — (1) En la edición de 1916: breva.

Pág. 81. — (1) En la edición de 1916: por romper.

Pág. 82. — (2) En la edición de 1916: para.

Pág. 83. — (1) En la edición de 1916: "y detenía junto a la ventana de la moza". En 1927 se agrega la última frase aclaratoria: "Lo reconoció: era el hijo del comandante Carranca".

Pág. 87. — (1) En la edición de 1916 se agrega: "¡Histrión! ¡Sacamuelas! ¡Comediante! Habla, habla, miente, miente; viola tu conciencia y traiciona tu pensamiento, no por eso has de medrar más; en cambio, te estimarás menos. Esa turba, esa plebe, ese pueblo soberano, al que adulas y desprecias, no siente, ni piensa ni vota; no te elegirá jamás, él sólo elige *a sus semejantes*, y tú, aunque te envilezcas para ponerte al mismo nivel suyo, mostrarás la oreja de lobo y serás el *enemigo*, el enemigo natural del rebaño plebeyo... Óyelo bien, mentecato: tu alma y el alma de las muchedumbres no tienen parentesco ni punto de entronque: son cosas distintas, antagónicas, irreconciliables; las turbas te inspiran antipatía y les inspiras horror. O las esclavizas cruelmente o te aplastan sin piedad. Y tú, bufón, en vez de empuñar el látigo, el único cetro que aquéllas respetan, doblas las rodillas, bajas la cerviz y les pides una miserable limosna. No tienes perdón de Dios. Lo que estás diciendo es falso y falsos tus gestos, ademanes y oratorios arrebatos. Sabes de sobra que todo eso de los derechos, las libertades y la soberanía popular es pura mitología, pintados globos que lanzan al aire innobles taumaturgos para atraer a las muchedumbres y explotarlas. El gran privilegio de la plebe es el de obedecer a los que nacieron para mandarla, lo sabes también, y no ignoras tampoco, por grande que sea tu habitual alucinación, que los hechos y héroes que ahora celebras son deformaciones y espejismos extravagantes y utilitarios a una de la óptica partidaria, ni se te oculta, finalmente, que ese partidismo es el *substratum* de bajos intereses y pasiones desmandadas. ¿Y para vivir en la mentira y hacer de ella tu alimento estudiaste tanto, te sometiste a tan severas disciplinas y juraste rechazar toda esclavitud profana? .. ¡Bufón! ¡bufón! ¡bufón!...".

Pág. 90. — (1) La edición de 1916 agrega: ¿Por qué me engañaron? ¿Por qué mintieron textos y profesores? ¿Por qué, como obedeciendo a un convenio tácito, todo el mundo propala el mismo embuste, la misma trapacería, la misma ilusión deformadora? Si ésta fuera provechosa me lo explicaría; yo sé que toda verdad es cosa deleznable

y sin sentido frente a la *mentira útil;* pero es el caso que la ilusión espiritualista nos desorienta, nos llena los ojos de alucinaciones, nos enferma y se desvanece más tarde o más temprano dejándonos, en el medio del camino de la vida, inciertos y desvalidos. Entonces, ¿por qué ese engaño universal? ¿Por qué predicar el culto de la razón cuando sólo puede triunfar, es bueno que triunfe y de hecho triunfa la fuerza, aunque a veces la disfracen ideales máscaras? ¿Por qué predicar la justicia cuando en todo el universo reina, y es saludable que reine, la iniquidad? ¿Por qué el amor, cuando sólo la discordia y la lucha nos unen? ¿Por qué el deisnterés, ya que el egoísmo es el resorte propulsor, el nervio central de la humana criatura y que la inteligencia, por su naturaleza misma, nos condena a ver las cosas al través de un velo utilitario, no como son, sino como nos conviene que sean?

Pág. 90. — (2) La edición de 1916 agrega: Escuchándolo se decía: "Pero, Señor, este hombre está loco. ¿Quiere decir que cuanto me dijo, lo que me enseñó, mi apostolado, la religión del alma, el altruísmo, los sentimientos generosos son puro gollería y bambolla? ¿La cultura no tiene por objeto precisamente matar la bestia y ennoblecer al hombre? ¿No son las virtudes desinteresadas las que nos elevan y los instintos egoístas los que nos rebajan? ¿Es la civilización otra cosa que el triunfo de aquéllos sobre éstos? ¿A dónde iríamos a parar si fuera cierto lo que él afirma? ¡Cómo, yo, maestra de segundo grado, no sería superior a mamá, por ejemplo! ¡Si fuese así, tanto valía no haber salido de "El Ombú"!

Pág. 90. — (3) La edición de 1916 agrega:

—Creía, como en Dios, en esas paparruchas, que todos proclaman sin practicar... felizmente para ellos. Yo fuí lógico y las practiqué. El orgullo del saber me hizo desdeñar la ciencia del mundo, que debe poseer todo hombre, y las tareas útiles, que debe cumplir cada quisque. El espíritu cuando deja de echar raíces en el terruño del alma, fabrica ilusos sin enjundia vital, no iluminados. El desdén obtuso de los bienes positivos y particularmente del dinero, en el que parece concretarse el desplante idealista, antojábaseme timbre de nobleza, actitud elegante; no comprendía, torpe de mí, su poder, menos su hermosura, menos todavía aquilataba el tesoro de energías anímicas y aun siderales, entiéndelo bien, *siderales,* que lleva la moneda

en el fecundo vientre, el más santo de todos porque en él alienta y se revuelve el deseo de dominar, que es como el ánima del ser... y ahora voy viendo que el último ganapán a caza del mendrugo cumplía sus deberes sociales mejor que yo, y que yo, el idealista en teoría, era en la práctica el más materialote, el que menos espiritualizaba la brega del vivir. ¡Ah! si supieras... ímpetus me dan de pegarle fuego a esos embusteros libros y no escribir una línea más. ¿Sé yo, por ventura, lo que afirmo? No; sólo sé ahora que ante el bien y el mal mi cursilería espiritualista me ha hecho inferior a los otros.

Pág. 92. — (1) La edición de 1916 agrega: Analizando la vacuidad y sandez de sus devaneos literarios sentía a una, rabia y verguenza. Sobre todo, el recuerdo de cierta sociedad fundada, siendo estudiante, con algunos compañeros que cojeaban del mismo pie que él y a la que bautizaron con el presuntuoso nombre de "Academus", le producía el escozor de una verdadera quemadura, cual si aquel recuerdo fuera brasa puesta sobre la carne viva.

Cerca de El Prado, por una bicoca, alquilaron los compinches una quintita medio abandonada, y allá se iban los domingos a merendar bajo los coposos árboles. Leían versos, fumaban en pipa, bebían varios licores y procuraban parecer tenebrosos a lo Rolla o cándidos y libertinos como Verlaine. La bohemia y truhanería montmartrense les sorbía el seso Llegaban con los bolsillos llenos de provisiones y el alma repleta de candorosos entusiasmos. Tocles, que siempre andaba poco sobrado de dineros, sólo traía pan espiritual. Algunos dábanle el dulcísimo nombre de maestro, gracias a su estilo enrevesado, rimas extravagantes y conocimiento de los poetas decadentes. En verdad, los que se sentían animados del fuego sacro y leían sus composiciones, eran sólo doce, los *doce pares;* pero como cada uno de ellos llevaba su cola de admiradores y devotos amigos, el número de los asociados llegaba a cuarenta. Los que podrían llamarse neófitos, sólo oían, y distinguíanse de los iniciados o corifeos por el buen diente y el buen humor. En fiebres e inquietudes los otros les llevaban la delantera; en buen apetito y sana alegría, no. Eran los que más se divertían.

Un buen día los doce pares, no se sabe cómo, cayeron en la cuenta de que se *imponía* hacer algo digno del título de olímpicos que sus compañeros les daban sin asomos de

burlas y que ellos oían sin pestañear, y decidieron escribir, en colaboración, una novela, una novela integral, algo así como la suma y quinta esencia de todos los géneros, maneras, estilos e inspiraciones. El plan de trabajo individual y el colectivo, objeto fué de acaloradas discusiones. No querían descuidar ningún detalle que pudiese contribuir al éxito de la obra. Unos pretendían que el libro se compusiera como los peripatéticos filosofaban, discurriendo amablemente por los jardines; otros, al contrario, en una habitación cerrada, sin adornos y pintada totalmente de negro para facilitar la concentración del espíritu Por fin, tras mucho batallar, transaron: las meditaciones y también los cambios de ideas, en los que todos, incluso los neófitos, podrían meter la cuchara, se llevarían a efecto en el *idearium* o sea el jardín, y las *realizaciones* en el *sintesistorium*, que así, con oportuna y feliz inspiración, bautizaron a la famosa pieza negra, donde los olímpicos fundirían y daríanle luego forma imperecedera al pensamiento común, y de ahí el nombre.

El día señalado para darle comienzo a la labor suprema, cuando llegaron los corifeos, ya estaba todo en orden Al entrar solemnemente en el *sintesistorium* y ver las doce bujías, una frente a cada silla, reflejando macilenta luz sobre la desnudez de la sala y la lobreguez de las paredes, tuvieron los doce pares, con gran vuelco de corazón, la noción justa de la empresa que iban a acometer. Se despidieron con efusivos apretones de manos de los neófitos, que en masa hasta el *sintesistorium* los habían acompañado. Tocles pronunció algunas sentidas palabras, y a punto seguido ocuparon sus respectivos puestos frente a las resmas de papel. Cada cual traía ya escritas varias cuartillas, describiendo la tarde *única* con que había de dar comienzo la novela. La forma definitiva sería una especie de extracto de lo más sugestivo y hermoso que cada colaborador aportase. Cien páginas podrían muy a gusto condensarse en una. Por tal arte, cada línea no podía por menos de atesorar la miga de un poema, y cada capítulo la enjundia de una biblioteca.

Pasaron dos horas, luego tres, cuatro, y la apolínica encerrona proseguía. Los neófitos empezaron a impacientarse Llegada era la hora de almorzar y los olímpicos no daban señales de vida. Las tripas reclamaban sustento; la comida se pasaba. Por fin, abriéronse entrepitosamente

las puertas y los vieron aparecer extenuados, pálidos, sudorosos. Corrieron a ellos y con emoción y pasmo enteráronse de lo que había. Ya tenía título la obra: era un hallazgo: se llamaría "El Jardín de Academus", y creyéndose todos posibles héroes del romance, aplaudieron a rabiar. En cuanto al trabajo realizado, se reducía a una línea o, mejor dicho, a un adjetivo que condensaba, eso sí, el espíritu, la esencia y el alma de las cincuenta páginas presentadas. ¡Ah, el *sintesistorium* merecía bien el nombre!... "Que se lea", gritaron, y entonces Tocles, que se había erigido por cuenta propia en gran maestro del cenáculo, se adelantó, pasóse la mano por la combada frente, dejó caer la cabeza sobre el hombro derecho, juntó los pies y leyó con voz melosa y mucho parpadeo: "Era una tarde *lacia*". con lo cual empezó y remató "El Jardín de Academus". pues en las siguientes reuniones, cada uno pretendió imponer sus ideas y frases, estallaron las discordias y feneció la sociedad.

¡Cuán ridícula y aun cursi le parecía aquella aventura y como ella cuántas cosas!.. Su pasado entero antojábasele a ratos sólo sandez, locura, puerilidad. "Ni un instante, decíase, fuí sincero; jamás me guiaron las voces profundas de mi ser, sino la vanidad libresca y las reglas ficticias que otros crearon para su uso particular y que a mí me venían grandes". Al haberlas acatado, ahogando la castiza originalidad propia, lo que él era en sí, atribuía el verse sin medro alguno y lleno de amargosas tristezas. "A todo trance quise ser un *intelectual* .. como Amabí. La tal palabreja me da dentera y revuelve las tripas Un ¡intelectual! como si la supremacía de la razón razonante no fuera pura gollería del mismo modo que la Libertad, el Derecho, el Ideal y otros fantasmas tras los cuales corrí, apartándome de la senda, tortuosa, agria, pero cierta, por donde avanza, matando quimeras, el egoísmo de cada criatura. Yo, al revés, me metí entre ceja y ceja el insensato propósito de destruirlo, y ahora caigo en la cuenta de que ese egoísmo es lo único sano, la tierra firme sobre la que el hombre levanta, obedeciendo a leyes inexorables, las fábricas de las religiones nobles y duraderas. Amor, altruísmo, entusiasmo, fe que no tienen esas bases son caprichosas arquitecturas y ridículos castillos de naipes.

"Cuando yo salí de la Universidad, y sólo hubiera sido sensato hacerlo al terminar mis estudios de abogado,

debí ir *a lo mío*, aprovechándome de todas las circunstancias favorables al logro de mis ambiciones legítimas, es decir, mías, y por lo mismo robustas y victoriosas; debí dejarme llevar por la corriente de las mentiras convencionales, poniéndome delante de ellas, no en contra, para poder combatirlas mejor cuando la ocasión llegara. Lo mío era formarme una buena clientela; escribir cosas que todos pudieran entender y amar; explotar a mi favor la mentira partidaria... y las otras; hacerme de amigos y servirme de ellos para ascender a las más altas posiciones, y, una vez en ellas, irradiar un poco de luz, si es que la tenía. Y ¿qué hice, en cambio? Abandoné la carrera por lo que llamaba presuntuosamente "el apostolado de la prensa y la enseñanza", sin maliciar que el tal desplante lírico, pues no fué otra cosa, me llevaría a ser un profesor sin ideas propias, condenado a vegetar eternamente, y un advenedizo de las letras. De los que nacieron para manejar esa arma terrible y ligera que se llama la pluma, sólo poseía yo la vanidad. Rompí con las tradiciones del terruño, ¡gran error! no supe adaptarme a él, ¡gran pecado! obré desinteresadamente, ¡gran crimen! y así fuí llevado a desdeñar las realidades vivientes por las realidades de museo, la verdad útil por la verdad teórica, y dije, escribí e hice lo que a nadie le convenía ni quería, aunque fuese cierto, oir, leer ni ver... En una palabra, fuí contra la corriente, contra la razón infalible de la vida; tenía los ojos puestos en no sé qué remotos espejismos, y choqué con todo y todo me engañó: los hombres, los libros, las cosas del mundo. ¿Cómo podré orientarme nuevamente? ¿Cómo salir de este pantano de incertidumbres, escepticismo, despecho e inhumanidad en que me hundió la casquivana Literatura? ¿Qué podría hacer? ¿Para qué sirvo yo, no teniendo creencias ni ilusiones ni amores?".

Pág. 110. — (1) En la edición de 1916: el exceso de política, latinismo y hueca ideología.

Pág. 116. — (1) La edición de 1916 agrega:

—Tienen estas actividades — solía decirle a Amabí — un encanto que yo no sospechaba siquiera, y que no sólo produce satisfacción interesada, sino goce artístico, porque, yo te diré, todo lo que se hace con amor y deleite es, en cierto modo, obra de artista. Yo comprendo mi tarea a la manera que un pintor su cuadro: pugno por suprimir, poniendo árboles, arrancando piedras, quitando malezas, las

desarmonías del paisaje, la monotonía del horizonte, las fealdades del campo cimarrón; trato de hacer visible y perenne el orden oculto de la naturaleza acomodada a un fin, y, poco a poco, establezco en las praderas, la majada, el rodeo; las poblaciones y el ambiente, gracias a las obras y cambios que hago, las divinas jerarquías de la belleza, o, si quieres, de la vida en flor Dirás que poetizo... y bien, la poesía es brava y saludable cosa cuando exalta, y exalta siempre que embellece realmente, es decir, siempre que es verdadera poesía. Acaso con el fin de darles mayor incentivo a estas humildes ocupaciones, procuro, sin sospecharlo, ennoblecerlas y hermosearlas espiritualmente; pero, con toda sinceridad te lo digo: me placen; siento que no son cosas baladíes, sino tareas inteligentes y graves, y me hacen mucho bien, tal vez porque no me dejan tiempo para el come-come del pensar.

En efecto, siempre tenía algo urgente...

Pág. 117. — (1) La edición de 1916 agrega:

Por otra parte, antes de levantar pendón guerrero y romper la primera lanza por su ideal, quería penetrarse de la real importancia de ciertos hechos, sin significación transcendente al parecer, pero llenos de ella si se aguzaba un poco el análisis, y estudiar a conciencia las necesidades y aspiraciones de la campaña, todo lo cual demandaba tiempo, reiteradas lecturas, tranquilidad de espíritu, por manera que la crítica demoledora de los partidos tradicionales y la propaganda de hegemonía rural, iban quedando en el tintero. Algunas pláticas, que al respecto tuvo con los vecinos más ilustrados y capaces de cristianos sacramentos, no fueron parte a encenderle el ánimo y darle mayores arrestos; al revés, lo dejaron mohino y cabizbajo Aquellas buenas gentes sólo querían la paz de cualquier modo, por cualquier medio, y que los dejasen tranquilos; pero ni por soñación se les pasaba por las mientes la idea de hacer algo con el fin de lograrla o imponerla. Por lo cual llegó a sospechar él, con grave peligro de sus doctrinas, que acaso los partidarios eran superiores a los trabajadores, dado que, con fines bajos o levantados, sabían los primeros luchar por sus intereses hasta morir por ellos, mientras los últimos no. A éstos, aparte del incentivo del logro, ningún móvil, ningún estímulo tenía la mágica virtud de llevarlos a las líneas de fuego de la lucha social, y Tocles comprendió presto, que en medio de todo, no era poca

fortuna el que sus colegas sintiesen con fuerza, al menos, la ambición bruta de riquezas, el afán de poseer, porque, sin ese acicate ni otra emulación de más alto orden, fueran como frutas que se les seca el carozo, o criaturas a quienes la voluntad de dominio muerta les pudre el alma y el cuerpo y convierte en espectrales sombras. A mayor abundancia de razones, lo hacían retraerse y postergar indefinidamente sus planes, el considerar, pasado el primer momento de entusiasmo y exaltación, que por los peligrosos senderos de su individualismo anárquico era harto improbable que el rebaño de Panurgo lo siguiese, y que a sus ideas les hacía falta pasar por las cribas del estudio y la meditación antes de ser expuestas en la plaza pública.

Pág. 117 — (2) En la edición de 1927: curiosas. Probablemente errata por "cariciosas" como registra la edición de 1916, término que usa Reyles, y con el mismo sentido, en otras ocasiones.

Pág. 124. — (1) La edición de 1916 agrega una página, comenzando del siguiente modo el capítulo: Pasaron los años. La política seguía ahogando las energías nacionales y produciendo agitación vana y ansiedad cierta. Hubo elecciones de representantes, que nada representaban; cambios de senadores y ministros, excelencias y usías tan inocuas como las que se fueron dejando calentitas las butacas rojas por la luenga y regalada empolladura, de la que sólo resultaron huevos podridos; hubo también cambio de gobierno, sin que faltara, como es natural, el consiguiente levantamiento nacionalista, que duró poco, porque el nuevo Presidente, no bien acomodado aún en el sillón presidencial, sintióse débil y tuvo que bajar la cabeza; los caudillos impusieron su voluntad y obtuvieron lo que buscaban bajo el poncho patriótico: canongías, prebendas, posiciones estratégicas, y el caciquismo y el sistema de los feudos departamentales entronizóse más en el país con grande escándalo de los doctores en ciencia institucional y no menos grande indignación de los colorados, los cuales trataban de levantiscos y alevosos a sus enemigos, sin echar de ver que las opresiones coloradas producían las reacciones blancas, por igual arte que el continuo conspirar del partido de la llanura la fuerza opresiva del partido del Poder. Y éste era el callejón sin salida y el círculo dantesco de las pasadas culpas de ambos. Mientras el *amigo* Batlle, *que no había querido correrla,* según la expresión

pintoresca del general Saravia, rumiaba su despecho y *se la juraba* al jefe blanco, la inquietud cundía en el país, los trabajadores emigraban al Brasil o a la Argentina, y los capitales, olfateando la tormenta, refugiábanse en las arcas o buscaban cielos más clementes y aires menos mefíticos para las finanzas. Sólo el elemento rural, no obstante ser él quien pagaba los vidrios rotos de las revoluciones, mostrábase optimista y activo, y seguía, guiado por un instinto cierto, produciendo riquezas y civilizando, a pesar de las turbulencias políticas, el apocamiento de las clases dirigentes y el macarronismo de toda la nación. Las estancias llevaban a cabo . .

Pág. 124. — (2) En la edición de 1927 esta frase está dividida en dos partes, probablemente debido a error del impresor que no vió la corrección de Reyles.

Pág. 124. — (3) En la edición de 1916: la mayor parte de éstos.

Pág. 125. — (1) La edición de 1916 agrega: La división de las haciendas en grupos rigurosamente clasificados, sobre utilizar mejor el campo y avanzar el refinamiento, le daban a la estanzuela un aspecto cuidado y próspero.

Pág. 125. — (2) La edición de 1916 agrega: Acaso no se equivocaba.

Pág. 127. — (1) La frase "¡Gracias a Dios!" es agregado de la edición de 1927.

Pág. 127. — (2) En la edición de 1916: para.

Pág 127. — (3) En la edición de 1916: reflexionó.

Pág 129. — (1) En la edición de 1916: cuya paz ponía en peligro.

Pág. 129. — (2) En la edición de 1916: se burlaban.

Pág. 132. — (1) En la edición de 1916: ahora.

Pág. 134. — (1) En la edición de 1916: cuasi.

Pág. 136. — (1) En la edición de 1916: Bueno, bueno...

Pág. 137. — (1) En la edición de 1916: ¿No te acuerdas ya?

Pág. 138. — (1) En la edición de 1916: partía.

Pág. 142. — (1) En la edición de 1916: que ellos fabrican, porque para nada sirven y, por lo tanto, nada valen.

Pág. 149. — (1) La edición de 1916 agrega: ¡Famosa política! en vez de ser la conductora de las energías nacionales, las descarría y destruye; en vez de educar y dis-

ciplinar los instintos salvajes, les da escape y rienda suelta; en vez de ennoblecer al ciudadano para hacerlo entrar en los casilleros de la regla civilizada, lo envilece y hace que repugne los frenos del deber social; en vez de preparar actividades libres y aptas, forma voluntades desmandadas y ayunas de toda virtud, y todo ello en nombre de principios y derechos que, si bien se mira, sólo son las apariencias legales, o, como si dijéramos, las buenas formas de que se sirven algunos pocos para someter y explotar a los demás.

Pág 157. — (1) En la edición de 1916: sígueme.

Pág. 164. — (1) En la edición de 1916: despabílate, vístete.

Pág. 167. — (1) La edición de 1916 agrega a continuación:

— ¡Pero, señor! — le dijo a Tocles en uno de los conciliábulos que frecuentemente tenían — ¿cómo es posible que ese hombre, antes respetuoso del bien ajeno y honrado a carta cabal, robe, destruya adrede las propiedades y cometa toda clase de tropelías? ¿Qué mosca lo ha picado? ¿Qué diablos tiene metidos en el cuerpo? A veces me doy a pensar si no estará loco de remate.

Tocles, que tenía pocas ocasiones de despuntar el vicio oratorio, respondió con una tirada filosófica:

— ¡Ah, señora! la guerra es la guerra; en ella se pierden las virtudes sociales, que son, en su mayoría, cosas prendidas con alfileres en el alma montuna, y el lobo muestra las orejas... No crea que el caso de Primitivo es único. Frecuentemente, nuestra política de sablazos y discursos convierte en charlatanes o en fieras a los hombres más íntegros. Qué quiere usted, doña Ángela: somos latinos, latinos descendientes de Juan Jacobo y Fray Gerundio, y perseguimos, mareados por las palabras, principios teóricos sin virtualidad alguna y fórmulas de civilización caducas ya y, por añadidura, inadecuadas a nuestras necesidades e idiosincracia gaucha. Cuánto mejor no sería conocer esas necesidades y fabricarnos luego las modestísimas Tablas de la Ley que nos convienen

—¿Y cuáles serían esas, a tu parecer? — interrogó con sorna Mamagela.

— Las que más robustecieran y más libertad dejaran a nuestros instintos de lucha y dominio económico — replicó Tocles desafiándola con la mirada —. Las modernas civiliza-

ciones no tienen otro terruño donde echar raíces, como las antiguas sólo lo tuvieron en la lucha y dominio religioso o guerrero, que, en el fondo, eran también conquista y posesión económica. Los idealismos y las doctrinas más desinteresadas en eso remataron siempre. Cada hombre es una especie de maravilloso substratum de la energía universal, una *gravitación sobre sí,* un egoísmo irreducible, y lo que urge, a mi entender, es disciplinar ese egoísmo, no destruirlo o amenguarlo, porque sería amenguar y destruir la vida misma. En estos tiempos, mejores que los otros, digan lo que digan, la virtud por excelencia, la virtud más *virtuosa* es la de acaparar y producir. He ahí la forma actual del *deseo de poder,* que vale tanto como decir el alma de las criaturas. Que mucho que lo primordial sea la producción de riquezas, si sólo esa gimnasia permite las más soberbias expansiones de la cultura y pone en juego y afina todas las facultades humanas, amén de abrevar la sed de vivir, que la religión, la filosofía, la literatura y el arte despiertan sin satisfacer... Los humanistas piensan otra cosa y defienden con razones, que de puro sutiles se quiebran, ideales muertos y verdades fósiles; ¿pero, no son fósiles ellos también? Entre nosotros no abundan los humanistas, mas sobran los leguleyos, los politicastros, los charlatanes de feria, los macarrónicos entusiastas y los espiritualistas de chicha y nabo, y, sobre todo, abundan y cunden como la ruda los escépticos por ignorancia y los tragadores de viento por necedad, que no parece sino que los siembran. ¡Mal rayo los parta! En cambio escasean los cazadores forzudos delante del señor, los capitanes del comercio y la industria; los poetas de la banca; los hombres de mirada ardiente y voluntad tendida como la cuerda de un arco. Yo triplicaría las iglesias y las escuelas, y sobre todo los laboratorios y los institutos; pero multiplicaría los gimnasios, las palestras y las salas de box. Entre un pueblo de atletas y un pueblo de retóricos, la elección no puede ser dudosa para la Vida; un match es una enseñanza tan sana y fecunda para el espíritu como la visita de un museo o la lectura de un buen poema, y me quedo corto; en un cheque suele haber más moralidad que en un sermón, y no menos valores religiosos en los juegos olímpicos que en una misa.

Haciendo estas y otras aseveraciones del mismo corte y talle, se engolfó Tocles en una aventurada disertación

que Mamagela oyó, no sabía bien si regocijada, si pesarosa. Harta al fin de tanta novedad filosófica y descreimiento, rebatiólo a su manera, y entonces, por caso peregrino, aunque frecuente, ya que todos suelen hacer lo contrario de lo que piensan, la utilitaria Mamagela defendió las doctrinas del desinterés, como buena cristiana vieja que era, y el lírico Tocles los intereses materiales y las morales egoístas.

Pág. 169. — (1) La edición de 1916 agrega: lo separaba de su mujer, y sin rencor, disculpándola más bien, discurría así:

"¡Pobre Amabí! También fuiste víctima tú de la falaz ilusión, que, al morir, deja en los ojos una lágrima por cada espejismo desvanecido... Sin sospecharlo, creyendo hacerte gran bien, te hice mucho mal. Con mis inveteradas inquietudes entenebrecí tu alma, hecha para los goces sanos y humildes; incautamente te llené de esperanzas excelsas y excelsas dudas que las criaturas simples no deben conocer porque no pueden soportar su noble peso; por extraños paisajes te induje a perseguir mil pájaros azules, a ti, que sólo naciste para correr tras las gallinas, atraparlas y retorcerles el pescuezo, y hoy, como ayer los generales de Napoleón, puedes decir: "Estoy cansada". ¿Qué error prodigioso, qué locura misteriosa nos transfiguró y nos hizo creernos nacidos el uno para el otro cuando, en realidad, no teníamos un solo pensamiento común y éramos, por lo tanto, enemigos naturales? Mas ¡ay! Rolando se convirtió presto en el Caballero de la triste Figura, y la sin par Dulcinea en la rústica y zafia Aldonza. ¿Cómo impedirlo? La transfiguración amorosa, como los otros espejismos, no fué destinada a durar más tiempo que el necesario para cumplir los fines secretos de la vida; pero el hombre, animal metafísico, quiere corregirle la plana a la naturaleza, haciendo duradero lo mudable, eterno lo fugitivo, sumiso lo rebelde, sujeto a leyes humanas lo que sólo obedece a mandatos divinos, y por eso en todas partes donde natura puso la libertad y el gozo, el hombre pone la esclavitud y el dolor."

Y después de hacerse tan lamentables reflexiones, contemplaba sin amor...

Pág. 170. — (1) La edición de 1916 agrega: Ningún hombre consciente de sus derechos puede aceptar sin humillación la ignominiosa esclavitud a que las luchas partidarias condenan a los ciudadanos de esta tierra. ¿Cómo

yo, hombre libre, me resignaré a que cualquier politicastro, por una banca o una jefatura de más o de menos, o cualquier gaucho bruto por ventolera, espíritu de rebeldía o mera *compadrada*, me arruinen periódicamente y sean así como los árbitros de mi destino? ¿Qué derechos son esos que todos violan y que ni siquiera garantizan la vida y la propiedad? ¿Qué libertades esas que me cargan de cadenas? Yo protesto...

Pág. 172. — (1) En la edición de 1916: prosiguió.

Pág. 172. —(2) Esta réplica es una corrección agregada en la edición de 1927, sustituyendo la larga explicación de Tocles de la edición de 1916, que es la que sigue:

— El pensamiento es enemigo del acto: cuando se analiza, toda actividad parece cosa ilógica y risible, y yo, por desgracia, veo demasiado bien la trama del tapiz y no puedo aceptar las supercherías con que la sociedad marea al hombre y lo hace esclavo, esclavo sumiso, no sólo de todos los hombres, sino también de todas las tiranías, empezando por las de la inteligencia y el alma, que son las más duras. En mí, riñen desesperadamente el yo individual y el yo social, y de ello tiene la culpa mi incurable idealismo, porque me lleva como de la mano a buscar afanoso la libertad donde sólo existe la esclavitud, la justicia donde sólo impera la iniquidad, la verdad donde sólo reina la mentira. Salí a campaña sediento de independencia y salud moral, lleno de energías y nobles arrestos, y deseando ardientemente consagrar mi vida entera a la obra magna de la regeneración nacional, por la única vía posible, ésta: estimulando sistemáticamente las actividades libres, el esfuerzo propio, la inteligencia productora y juntamente el espíritu de asociación, sobre todo de la campaña, para que ésta, formando una vasta y bien organizada colectividad, impusiese su voluntad de vida a los gobiernos y los partidos, y le diera a nuestra política, de pasiones y concupiscencias por una parte e idealismos trasnochados por la otra, la enjundia de razón utilitaria que no tiene, y que es como el tuétano de las modernas civilizaciones. Trabajo inteligente, cultura práctica, entusiasmo, fervor, esfuerzo armónico .. He ahí lo que soñaba, y vea con lo que me encuentro. Nadie ha querido escucharme, menos seguirme. Mis cálculos fallaron, los sucesos me traicionan, la fatalidad económica me condena. Y ahora empiezo a darme cuenta que tampoco sirvo para estas cosas, y que

en estas cosas, como en las otras actividades, sólo hay esclavitud, vanidad y desvarío. Si se acierta, es por casualidad; si la suerte no nos aplasta, es por milagro. Ignoramos lo que queremos, no sabemos a dónde vamos, ¡pobres ciegos en la noche obscura del alma! y tenemos la cómica pretensión de gobernarnos y dirigirnos... Considerándolo bien, sin engaño metafísico, sin idealismo deformador de la terrible realidad, ¡cuánta locura en la brega del vivir! ¡cuánta temeridad en el empeño de vencer! ¡La ola nos arrastra, y nos creemos, insensatos, los señores del mar! Examine un instante, doña Ángela, las encontradas y obscuras fuerzas que nos solicitan en mil opuestas direcciones, y dígame si hay mortal que pueda domeñarlas y darle a la existencia rumbo fijo, dirección preconcebida. El alma de los muertos y la voluntad de los vivos, luchando encarnizadamente dentro de nosotros, nos empujan de aquí y de allá, nos traen y nos llevan, nos suben y nos bajan; instintos animales y virtudes adquiridas, intereses y sentimientos, apetitos y aspiraciones atribúlannos y marean; los sentidos nos engañan a porfía, y deslumbran las fantasmagorías del mundo, y la razón misma, esa facultad de la que tanto se ufana el hombre, no hace otra cosa que crear espejismos, tras los cuales, desatentados, corremos... A veces, se me ocurre que la existencia es una gran pesadilla, y que todos somos sonámbulos, y no sólo las criaturas, sino las cosas también: Sí, todo es ilusión: el sonambulismo es universal.

Pág. 177. — (1) La edición de 1916 agrega: mal de su grado.

Pág. 177. — (2) En la edición de 1916: concluyó.

Pág. 185. — (1) En la edición de 1916: reales.

Pág. 186. — (1) En la edición de 1916: para.

Pág. 187. — (1) En la edición de 1916: Al parecer.

Pág 189. — (1) En la edición de 1916 agrega: o las lívidas claridades de la luna.

Pág. 191. — (1) En la edición de 1916: Pronto:

Pág. 192. — (1) La edición de 1916 agrega: ahora.

Pág. 192. — (2) La palabra "salvajes" es corrección agregada en la edición de 1927.

Pág. 194. — (1) En la edición de 1916: atravesarlo.

Pág. 194. — (2) La bastardilla tan significativa de "*acampar aquí*" ha sido agregada en la edición de 1927.

Pág. 197. — (1) Las palabras "del parque" son corrección agregada en la edición de 1927.

Pag. 201. — (1) La página que sigue, y que cuenta la trágica muerte de Primitivo, fué notoriamente transformada por Reyles al preparar la edición de 1927. Se transcribe, a continuación, el fragmento correspondiente de la edición de 1916: . . . locas de espanto, y Primitivo, en medio de ellas, poseído acaso de la grandeza de su destino, negro y adverso, veía, al través de espesa y sofocante humareda, desplomarse los ranchos unos tras otros, morir las ovejas, reventar las bolsas como disformes panzas de vaca hinchadas al sol. Y reía en su demencia, transfigurado por la embriaguez de destruir y el sentimiento de un fin próximo y trágico. De pronto, escapósele un grito de espanto: sus ropas ardían; echó a correr, pero a los pocos pasos cayó atropellado por las ovejas. Cuando se puso en pie estaba medio ciego; las llamas lo rodearon; negros crespones de humo lo envolvieron y Tocles no pudo ver más.

Pág. 204. — (1) En 1916: sombras espectrales.

Pág. 204. — (2) La edición de 1916 agrega:

Tocles se decía:

"He ahí una prueba palpable de la inutilidad del esfuerzo y de la insuficiencia de la razón para rodrigarnos y dirigirnos, cuando se destacan y campan por sus respetos las pasiones que duermen en los antros de toda alma, como arrolladas culebras en el nido. ¡Pobre Primitivo! Tus previsiones fueron inútiles; estériles tus sacrificios; burladas tus esperanzas, y entrada a saco por el destino adverso la fortaleza de tu voluntad. Y, sin embargo, tu poseíste las activas virtudes que más se premian, y fuiste obediente a la regla, sumiso al orden establecido, lo cual quiere decir que ni obediencia ni rebeldía sirven para maldita de Dios la cosa. ¿Qué espejismos te extraviaron? ¿Qué voces hablaron en ti y convirtieron tu mansedumbre en fiereza? ¿Qué demonio te cerró los ojos y condujo de la mano al abismo del rencor? No fué el demonio de la finalidad; los metafisiqueos y las retóricas no te hicieron cometer, como a mí, ninguno de esos nobles crímenes contra la vida, que la vida no perdona. ¿Será que, en todas las circunstancias, el hombre es juguete de las alucinaciones con que burlonas deidades le llenan los ojos? . . ."

Y después de vislumbrar los múltiples y arcanos impulsos que nos guían a hurto de la presuntuosa razón,

las ilusiones que nos engañan y las conmovedoras locuras que los mortales padecen, convenía:

"Sí, eso somos: alucinados y sonámbulos en un mundo fantasmagórico. Sonámbulo el ofuscado Primitivo, a quien oscuras leyes del honor gaucho conducen al dolo y al crimen; sonámbulo el bárbaro Pantaleón, convertido en adalid de los derechos y las leyes nacionales por instinto de rebeldía contra las leyes y los derechos; sonámbulo el seráfico Papagoyo, disfrazando con mansedumbre y bondad las flojeras del carácter y las concupiscencias de los apetitos; sonámbulos los partidos, envaneciéndose de perseguir ideales y principios puros, cuando sólo necesidades materiales e intereses inmediatos los inspiran y guían; sonámbulo yo, sonámbulos los otros, y archisonámbulo el mundo, porque engendro es de la ilusión universal. Ni aún la mismísima Mamagela escapa a ese fatal destino; a pesar de su sentido práctico y firme voluntad, víctima es, como todo quisque, de sus pasiones y juguete de la ilusión que a todos nos gobierna. En verdad, no es menos loca ni sonámbula que yo", repetíase con fruición; "sólo que su sonambulismo ignorante la hace creer, comúnmente, que el amargo acíbar es riquísima miel; los frutos podridos, lozanos frutos. Sin embargo, ella está dentro de la ley social; yo fuera. Su macarronismo será saludable para el mundo; mi racionalismo, perjudicial. ¡Irónica contradicción, fruto amargo de las trágicas antinomias del ideal y la realidad, del pensamiento y la acción, del bien teórico y del bien práctico! Mientras el materialismo egoísta de Mamagela construye y es útil, mi desinteresado idealismo secará, antes de arrancarlos, los sabrosos frutos del árbol de la vida... ¿Qué hacerle? Aunque quiera aceptar la ley del macarronismo saludable y someterme a la dictadura del embuste, no podré: soy una conciencia errante, y es necesario que cumpla mi destino. Quizá éste no sea tan inútil y vano como a mí me parece. Y una conciencia errante nada tiene que hacer con las actividades prácticas que, entre paréntesis, no son vado y satisfacción gozosa de los instintos más sanos y robustos, como me lo hicieron creer las deducciones lógicas de ciertas teorías ¡siempre las teorías!... ¡Que me vengan a mí con cuentos después de esta odisea campesina y del arrebatado fin de Primitivo! La acción tiene sus quiebras: es también una ilusión y una esclavitud; sólo somos libres en el reino de los sueños, como dice el poeta; sólo somos

verídicos y reales mientras soñamos. No, Tocles, basta de campo, de negocios y de familia. Eres para los tuyos un peligro constante. Sin tí, sin los conflictos y desastres que seguramente traerá aparejados tu incurable irrealismo, Amabí sería dichosa; Pedrito crecería sano y contento; los intereses medrarían bajo la sagaz dirección de Mamagela. El mayor bien que, en realidad, puedes hacerles a los tuyos, es eclipsarte, desaparecer, aunque esto parezca monstruoso. Por otra parte, ¿cómo vivir mintiendo, engañándome y engañándolos a sabiendas?: mi mujer no es *mi mujer*, mi casa no es *mi casa*, mi patria no es *mi patria*. ¿Qué ley me obliga a sacrificarme por lo que me es extraño o enemigo? ¿Acaso el bien... el bien de los otros? Respetable cosa; pero ¿dónde está el mío?"

Pág. 206. — (1) En 1916: idea.

Pág. 210. — (1) La edición de 1916 agrega:

"Yo, criatura viviente y animal razonante, soy una sutil encarnación de las energías siderales, como todas las cosas del universo y el universo mismo. La fuerza es Dios: todo sale de ella y a ella vuelve; indicio del común origen es el carácter guerrero de los fenómenos así físicos como morales", pensó un día, mientras repuntaba la majada. "Hijo de aquella divinidad terrible, el hombre, por naturaleza, tiende a dominar: es deseo de *poder*, que diría Hobbes; voluntad de dominación, que diría Nietzsche; egoísmo, en una palabra, como digo yo, y lo más *humano* del hombre, y, por lo tanto, lo más egoísta, es la inteligencia que, en efecto, es egoísmo integral, interés puro, utilidad inmediata, de igual modo que lo más *social* de la sociedad es el dinero, por ser la condensación perfecta de aquel egoísmo, de aquel interés, de aquella utilidad. Estas consideraciones entrañan la negación rotunda de las morales del desinterés y explican metafísicamente el que las relaciones de los hombres sean, en el fondo, relaciones pecuniarias. Por algo el espíritu deportivo y el espíritu mercantil reinan en el mundo y son como los lampadarios de la nueva religión que se forma y cuyos dogmas nadie ha formulado todavía. Es la religión de la vida. Quiero ser su sacerdote, teóricamente al menos ¿Qué haré para servirla mejor? ¿Sacrificaré el espíritu a la voluntad y lo social a lo individual? ¡Arduo problema! Siento que el bien de los otros no es mi bien y, por otra parte, comprendo que en el mundo cristiano todo pide el sacrificio

del individuo a la sociedad. ¿Hasta qué punto es legítima y sana tal imposición? ¿Por qué el saber me demuestra que lo más vital y noble es el egoísmo, el egoísmo que viene de arriba, si luego me induce a estrangularlo, en apariencia, porque en el fondo... ¿Pero aquel mundo es eterno? ¿El fundamento, la base de las civilizaciones modernas, es el altruísmo o la gravitación sobre sí? ¿Seré excelencia o vulgaridad, músculo o espíritu, inteligencia o sentimiento, voluntad de ser o voluntad de morir? ¡Ah! jamás podré decidirme completamente; fluctuando entre los dos polos viviré; mi idealismo me impedirá mutilar de buen grado lo individual; mi sentido práctico, lo social. ¡Miserable cosa el vicio de pensar!... ¡Cuánto daría por la fe ciega de mis mayores y los deberes cumplidos sin el torcedor del por qué y del para qué!"

Pág. 213. — (1) En la edición de 1916: A veces, en medio de la charla general, extraños ruidos suspendían los ánimos. Callaban; Papagoyo palidecía.

Pág. 213. — (2) En la edición de 1916: ¡Fuera; papá va a *operar!*... —y todos salían precipitadamente, riendo a más y mejor.

Pág. 213. — (3) En la edición de 1916: El comerciante, como a raíz de un feliz suceso, sonreía.

Pág. 214. — (1) La edición de 1916 agrega: Los triunfos oratorios, los intereses generales, el bien público, el medro personal, no me ofrecen ningún halago, no me dicen nada, no creo en ellos. La comedieta de la política me repugna; la mentira universal me da náuseas; las tiranías sociales me sublevan. Soy una conciencia errante, y las aspiraciones secretas de mi voluntad, los votos profundos de mi alma, me harán preferir el calvario de las aspiraciones supremas al camino de rosas de los bienes y goces embusteros. ¿Qué hacerle? Sé que es una ilusión falaz; pero ser iluso es mi destino: el vicio de pensar me dió el gusto de los artificiales paraísos. Los manantiales vivos no corren para mí; no sé qué disposición natural de espíritu me llevará siempre a apagar la sed en las aguas muertas de la meditación; jamás podré contemplar el cielo azul sin decirme: "No es azul ni es cielo"; mientras los otros viven, yo analizaré la vida... ésta me condenará por delito de lesa patria. Yo le pido perdón ... como a ustedes, y sigo mi camino. ¡Ah! sí, perdónenme; no me juzguen mal. Me liberto de los deberes corrientes y des-

pojo de los sentimientos humanos, no por egoísmo, sino precisamente por desinterés y amor... aunque yo sé que la única manera de amar bien es hacerlo *interesadamente*. Eso arraiga a la tierra y pone de acuerdo con el universo. Mucha, mucha amargura y no poca vergüenza me da frustrar las esperanzas de ustedes; no sentir lo que ustedes sienten, no amar lo que ustedes aman; pero no puedo obrar de otro modo sin traicionar vilmente mis creencias y mis principios. ¿Cómo ir contra lo que pienso, amo y admiro? Cueste lo que cueste, no cometeré ese crimen, y, por no cometerlo, abandonaré patria, hogar y bienes. Obro lógicamente, no soy un loco, soy un idealista. Mis sacrificios y desinterés dan testimonios elocuentes de la nobleza de mi conducta Si fuera creyente, me metería monje; cobarde, me alojaría una piadosa bala entre ceja y ceja; charlatán, me haría socialista y defendería los intereses del pueblo; pero no siendo charlatán, cobarde ni creyente, sólo me resta cargar con mi cruz, la cruz de mi conciencia..."

Pág. 215. — (1) La edición de 1916 agrega: ¿Y mis sueños generosos de verdad y belleza? ¿Y mi apostolado del egoísmo creador? ¿Qué hago de las nobles ambiciones que son el sustento de mi alma y así como mi razón de existir? ¿Usted no comprende que al asesinarlas me suicidaría?

Pág. 215. — (2) En 1916: Aquí dejáronse oir los extraños ruidos de marras.

Pág. 217. — (1) En 1916: ¡Ah —dijo,— si pensaras...

Pág. 218. — (1) En 1916: de libros.

Pág. 223. — (1) La edición de 1916 agrega: Nada me llevo: lo poco que resta de nuestro haber te lo dejo: es lo único que puedo hacer por ti y por nuestro hijo. Sé que cometo una gran locura y que sólo me esperan aflicciones y desengaños, y acaso también la miseria; pero se también que no puedo obrar de otro modo. Qué quieres, me repugna vivir en la mentira; aquí todo me es hostil. Hace tiempo que no somos ya marido y mujer... si es que alguna vez pudimos serlo, no teniendo un solo pensamiento común. Comprendo que no te hago dichosa; comprendo que para todos soy una amenaza constante, más aún, una desdicha cierta, y resuelvo eliminarme, desaparecer...

Pág. 223. — (2) La edición de 1916 agrega: murmuró el sacerdote de la religión de la Vida, incorporándose.

Pág. 230. — (1) En 1916: y aún.

Pág. 233. — (1) En 1916: cuasi.

Pág. 237. — (1) El prólogo de "Primitivo", corregido y aumentado se publicó como prólogo a la segunda de las "Academias": "El extraño". De allí ha sido tomado para esta edición.

Pág. 277. — (1) La epístola de Carlos Reyles y el soneto de José E Rodó se publicaron en la edición de "El Terruño" de 1916, iniciando el libro. Fueron eliminados por Reyles en la edición de 1927.

Pág. 281. — (1) Este prólogo, solicitado por Reyles a José E. Rodó, se publicó en las ediciones de la obra de 1916 y 1927, desapareciendo en las posteriores.

